

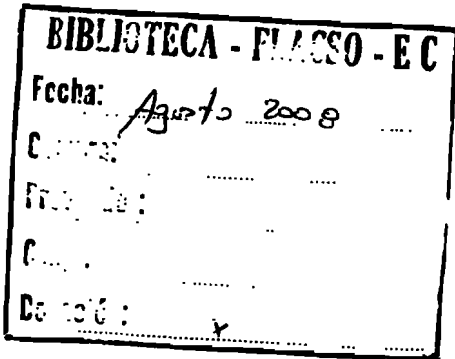
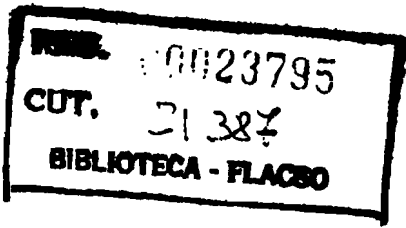
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile

FLACSO - EMBUSCO

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

300.72.
P211P



Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile.
José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn,
Tomás Moulian y Ludolfo Paramio.

© FLACSO
Inscripción N° 87.485
I.S.B.N. 956-205-063-7

Diseño de portada: Patricio Andrade y Mauricio Espinoza
Diseño interior: Patricio Andrade
Composición: Jorge Gacte
Producción editorial: Eduardo Díaz E.
Impresión: S.R.V. Impresos S.A.
Tocornal 2052 - Fonofax: 551- 9123
Santiago.

Se terminó de imprimir en
Agosto de 1993.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

Indice

Prólogo	9
La investigación social positiva y la utilización del conocimiento José Joaquín Brunner	15
El marxismo en Chile: Producción y utilización Tomás Moulian	107
El materialismo histórico como programa de investigación Ludolfo Paramio	163
El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile Martín Hopenhayn	203

Prólogo

En las sociedades llamadas «sociedades de conocimiento», al igual que en la política contemporánea, se utilizan de múltiples formas los saberes generados por la investigación social. Ellos están presentes en la prensa diaria, son empleados por las oficinas públicas y los partidos, aparecen en los debates sobre diversos asuntos e, incluso, permean el lenguaje cotidiano de las personas educadas.

Vivimos en medio de un mundo cuyas estructuras y apariencias están representadas por estrictos mapas de conocimientos: la pobreza es cuantificada rigurosamente, los movimientos de la opinión pública son medidos por las encuestas, a cada momento empleamos estadísticas sociales y los propios problemas de la sociedad existen una vez que son identificados por la investigación.

Algo similar ocurre en la esfera de la política: se desconfía de las soluciones puramente ideológicas y se insiste en la necesidad de otorgarles un fundamento técnico. Cada vez más, la política se apoya en el saber del experto, y algo similar ocurre con los ministerios, el Parlamento, los partidos, los sindicatos y los medios de comunicación.

Al moverse los conocimientos generados por la investigación social hacia el centro de las sociedades, también el papel desempeñado por los investigadores se ha vuelto más complejo y diferenciado. La clásica figura del investigador como un académico encerrado en los límites de su oficina, rodeado de libros y dedicado exclusivamente al estudio y a la docencia, están dando paso a la nueva figura de múltiples y diversas demandas.

El experto social puede ser un académico tradicional, pero frecuentemente no lo es. Ahora suele ser un investigador que actúa como

consultor, como asesor, como fuente de información o como pivote de contactos dentro de una red mayor de especialistas. Su oficina es un espacio abierto y multidimensional, ya que actúa en muchos lugares físicos: concurre a reuniones en los ministerios, asiste como experto al Parlamento, es contratado por una oficina consultora, tiene una red de clientes, viaja a lo largo de su país y fuera de él, concurre a seminarios de especialistas y escribe en distintos medios.

En breve, su vida no se halla limitada a la producción de conocimientos. El entorno que lo rodea, en función del cual él trabaja, le exige ahora, además, difundir y promover esos conocimientos, aplicarlos allí donde sea posible y, en cualquier caso, ponerlos a disposición de los potenciales usuarios. Su existencia se ha vuelto así menos tranquila y protegida; sus valores —tradicionalmente aquellos propios del *ethos* académico— se han visto invadidos por consideraciones utilitarias y de mercado y, su participación en la política ha cambiado desde el rol del ideólogo al rol de experto o especialista que presta su apoyo a decisiones que otros hacen en las esferas de su competencia.

Todos estos cambios tienen mucho que ver con las cambiantes modalidades del financiamiento de la investigación social.

En efecto, hasta ayer, mientras el Estado estuvo en condiciones y tuvo la voluntad de financiar benevolentemente a las universidades, los investigadores sociales pudieron aprovechar cómodamente esos recursos y autodeterminar su producción y su productividad, casi sin considerar variables exógenas.

Tal situación cambió drásticamente en Chile al momento de instalarse el gobierno militar. Desde ese momento, los científicos sociales fueron tratados con hostilidad, sus departamentos universitarios fueron suprimidos o reducidos en tamaño, su producción fue descartada y perdió significación y en general, la investigación social fue obligada a reestructurarse completamente y a buscar un nuevo hogar institucional.

De allí surgieron los denominados centros académicos independientes, instituciones privadas dedicadas a la investigación social bajo las condiciones del autoritarismo. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) dedicó ya un libro al análisis de ese fenómeno institucional, que sirve como antecedente al presente volumen¹.

1. Véase José Joaquín Brunner y Alicia Barros *Inquisición, mercado y filantropía*. FLACSO, Santiago de Chile, 1987.

Uno de los rasgos salientes de esos centros fue la modalidad de su financiamiento. En ausencia de recursos internos, públicos o privados, los investigadores agrupados en ellos debieron salir a buscar fondos fuera del país, y los obtuvieron de múltiples fuentes, tales como agencias, públicas o privadas, de carácter internacional o radicadas en los países desarrollados del norte. Cada vez que esas agencias acordaron otorgar fondos a los centros chilenos de investigación social, lo hicieron bajo un conjunto de condiciones que, a la postre, serían decisivas para la práctica de los investigadores.

En primer lugar, los recursos fueron asignados contra proyectos, con clara delimitación de los objetivos buscados, de los medios que se emplearían y de un exhaustivo cronograma de actividades.

En segundo lugar, tales proyectos, para ser aprobados, debieron pasar por un examen, el cual habitualmente contemplaba el juicio académico de pares contratados por la agencia para ese efecto y el juicio de la propia agencia en términos de la relevancia del proyecto propuesto.

En tercer lugar, los resultados del proyecto —sus productos— debían ser objeto de una evaluación independiente, practicada por la agencia financiadora o por personal experto contratada por ella.

Bajo tales condiciones, la investigación desarrollada en los centros académicos debió acostumbrarse a ser medida con estándares internacionales, se vio forzada a responder a demandas externas y no sólo a la discrecionalidad de sus autores, y tuvo que mejorar su productividad, de modo de poder cumplir con los términos del contrato bajo el cual se otorgaba el financiamiento que la hacía posible.

Pero, además, ello tuvo que tomar en serio, quizá por primera vez de manera sistemática, esa demanda por *relevancia* a la cual se hizo referencia más arriba.

¿Qué se pide a una investigación para poder ser considerada relevante?

Varias y distintas cosas, según quien aplique unos u otros «criterios de relevancia». En principio, de acuerdo al ethos académico tradicional, una investigación es relevante sólo y cuando produce conocimientos que son considerados como una contribución significativa por los pares de la misma disciplina.

Pero en las nuevas condiciones de las cuales aquí estamos hablando, la relevancia esperada es de otra naturaleza. Tiene que ver esencialmente con la utilidad de los conocimientos producidos. Esto es, con su potencialidad de uso o su empleo efectivo fuera de la comunidad

académica. De ahí que el lenguaje empleado por las agencias para referirse a esta dimensión de relevancia incluye categorías tales como el «impacto social» de la investigación, o su «potencial de aprovechamiento» por parte de agencias gubernamentales y organismos sociales, o del «número de beneficiarios» que podrían usar los resultados de una investigación.

Para los investigadores sociales, acostumbrados a enjuiciar la relevancia de sus conocimientos sólo en términos de criterios disciplinarios, la actitud de las agencias financiadoras equivalía a una verdadera intromisión en su ámbito específicamente profesional de juicio. Al comienzo, por lo mismo, se allanaron a aceptar tal situación exclusivamente porque no podían hacer otra cosa si deseaban seguir contando con recursos para desarrollar su oficio. Con posterioridad, sin embargo, su actitud fue variando, hasta llegar el momento en que aceptaron las nuevas reglas del juego por considerar que ellas reflejaban un cambio más generalizado en los patrones de evaluación del conocimiento generado por la investigación social.

En efecto, con los avances de la modernidad, ese conocimiento había llegado a ser a tal punto importante para el funcionamiento de las sociedades que ya no era concebible mantenerlo al margen de consideraciones externas a la comunidad de productores. Paradojalmente, entonces, era su propio éxito —o al menos la promesa de éxito que él envolvía— lo que le había llevado a convertirse en un producto social, política y económicamente valorado.

Habiendo abandonado su enclaustramiento académico, el conocimiento generado por la investigación social se convertía ahora en un instrumento de cambio de las sociedades y podía ser utilizado con provecho por distintos grupos y organizaciones. Pero sólo a condición de que su búsqueda, creación y comunicación fuesen diseñadas de tal manera que diesen lugar, en una fase posterior, a su utilización en la vida práctica de la sociedad, sea donde fuere que se le pudiese aprovechar.

En curso está, por tanto, una verdadera revolución dentro del ámbito de las ciencias sociales, cuya conexión con los procesos de decisión y de interacción que tienen lugar en la sociedad aumenta exponencialmente.

En este volumen se hace una revisión de las grandes corrientes cognitivas que en América Latina, y más concretamente en Chile, han regulado la investigación social y su utilización práctica en el ámbito social. Se establecen cuatro paradigmas que han marcado en los últimos

cuarenta años no sólo el quehacer académico, sino también en no pequeña medida la orientación política de nuestro subcontinente.

José Joaquín Brunner en el primer trabajo desarrolla el paradigma positivista, el cual busca combinar la producción de conocimientos científicos con su aplicación práctica mediante operaciones de ingeniería social. Es una tendencia que cobra especial fuerza después de la II Guerra Mundial en que las ciencias sociales adquirieron gran prestigio e influencia en la sociedad y en los gobiernos, que creyeron ver en ella un eficaz instrumento para el desarrollo. En el caso de Chile, la formación de un sistema de investigación social positivo coincide con la aparición de la investigación social profesionalmente organizada durante la década de 1950.

En el segundo trabajo Tomás Moulian trata sobre el paradigma marxista en Chile, su producción y su utilización. Se presentan dos aproximaciones distintas al marxismo: la metodológica —basada fundamentalmente en la noción de la dialéctica—, que da como resultado un marxismo abierto, que no posee todas las respuestas. Fue una concepción propia de las corrientes socialistas. La otra aproximación fue la teoricista o marxista-leninista que tuvo dos versiones. Una clásica resultante de la importación del paradigma de la Unión Soviética y cuyo exponente era el Partido Comunista; otra que se desarrolló posteriormente, la castrista, propia de los grupos revolucionarios que emergen en los años 70, y que permea ciertos sectores del partido socialista. El abrupto final del gobierno de la Unidad Popular y la posterior reflexión en el exterior y en el interior del país de muchos de sus partidarios produce el proceso de renovación socialista, proceso que es analizado en la última parte de este trabajo en cuanto incide en la producción de conocimientos dentro de la tradición de un marxismo revisado y, en otros casos, abandonados.

La aportación de Ludolfo Paramio cuestiona el pretendido contenido científico del materialismo histórico desde las diversas concepciones modernas de la filosofía de la ciencia. Esta había venido acusando al marxismo, incluso cuando atravesaba su fase de hegemonía académica en Europa, América Latina y posteriormente en Estados Unidos, de haberse convertido en un sistema de valores y creencias, del cual a un marxista ortodoxo ningún hecho empírico le podía apear. Paramio analiza los aspectos útiles de la teoría marxista después de ser sometida a las exigencias actuales de los criterios científicos y propone un programa de investigación en el que los materiales historiográficos y el

formalismo microeconómico puedan ser explotados sin que impongan sus propias reglas de juego.

El trabajo de Martín Hopenhayn presenta una nueva sensibilidad de las ciencias sociales, el humanismo crítico, cuyas filiaciones axiológicas y epistemológicas, así como su práctica de investigación y comunicación de conocimientos aparecen aún dispersas. Esta sensibilidad nace del desencanto y desconfianza de otros saberes sociales previamente constituidos en Chile, representados, por ejemplo, por los paradigmas positivista y marxista. Se parte de una crítica radical al peligro totalitario de otras tradiciones y también de la negación a constituirse en conocimiento orgánico al servicio del Estado o de cualquier grupo político. Su horizonte es la utopía democrática situada no sólo en la esfera del Estado, sino también en ámbitos mucho más cercanos (el familiar, el comunitario, el local, el regional, etcétera) y en distintas áreas (cultural, comunicacional, económica, política, social, moral, sexual, étnica, etcétera).

El conjunto de las aportaciones de este libro constituyen la primera parte de un trabajo más amplio: el Programa de Estudios sobre la Utilización del Conocimiento Producido por la Investigación, que se lleva a cabo en la FLACSO, y que se desarrollarán en tres volúmenes con estudios de casos concretos. Dicho Programa contó con el apoyo del International Development Research Center (IDRC) del Canadá, cuyo aporte valioso hace posible también la publicación de esta obra.

El marxismo en Chile: producción y utilización

Tomás Moulian

1. Generalidades

Del objetivo

La investigación de la cual este artículo forma parte trata de la utilización social de los conocimientos. Dentro del campo se han recortado tres objetos que llamamos paradigmas: el positivo-empírico, el marxista y el crítico. Este artículo se preocupa del marxismo en Chile desde esa perspectiva específica.

Desde principio del siglo veinte el marxismo se ha convertido en Chile en una tradición cognitiva que, adoptando diferentes formas, ha convocado practicantes, ha creado organizaciones, que son en parte instituciones del saber, y ha tenido una extensa utilización. Pero en los primeros esbozos, el marxismo existía como una entidad indiferenciada en una múltiple gama de corrientes socialistas o emancipatorias. Fue con la evolución tardía de Recabarren¹ que el marxismo empezó a definir sus límites intelectuales y políticos frente a otros socialismos u otras teorías de la emancipación, aunque sin eliminar sus rasgos sincréticos, en ese caso una mezcla de socialismo y de humanismo moral. Más tarde, en la década del treinta, el marxismo se cristalizó, endureciendo sus límites frente a otros discursos socialistas y también se dividió en una configuración de escuelas.

1. Luis Emilio Recabarren, *Obras escogidas*, dos tomos, Editorial Austral, 1972.

En todo caso en Chile nunca dejó de ser, a diferencia de lo que ocurrió en otros países de América Latina², una tradición cognitiva influyente, además de una de las teorías más utilizadas en el campo de la política y la explicación histórica. Esa fuerte implantación justifica el interés por averiguar sus plurales desarrollos y su capacidad de sobrevivencia como referente político y/o intelectual.

De la especificidad de la investigación

La especificidad de esta investigación sobre los paradigmas en las ciencias sociales es que el interés de conocimiento está colocado en el análisis del circuito de circulación, por tanto en el hecho de que las ideas son consideradas productos que, a través de sistemas de difusión o diseminación, se orientan hacia el uso. Esto se plantea al margen de que en los respectivos ideales explicativos o en los intereses racionalizados de conocimiento de los paradigmas, se asuma o no algún punto de vista que conecte explicación y acción, como lo hacen —aunque de manera muy diferente— por lo menos dos de los paradigmas, el positivista y el marxista.

Esta investigación tiene otros objetivos que los de, por ejemplo, José Aricó en su célebre libro *Marx y América Latina*³, un texto ejemplar en el campo de la historia de las ideas. En él se cuestiona la tesis simplista de la ignorancia de Marx sobre el continente o la versión manida sobre su eurocentrismo, para buscar las razones de fondo del divorcio analítico entre Marx y América Latina. Este desencuentro que, en algunos textos —como la tan comentada nota biográfica sobre Bolívar— adopta la forma de una aversión, tiene sus raíces profundas en el papel del Estado en América Latina como constructor desde arriba de la sociedad civil y en la propensión bonapartista de nuestro continente. A Aricó le interesa mostrar de qué manera este enfoque parcial distorsiona la mirada de Marx sobre América Latina y funda un desencuentro teórico. En su libro aporta conclusiones importantes en materia de historia de las ideas, pues indica el origen en Marx mismo, por tanto la «filiación paterna», de ciertas miradas marxistas sobre América Latina o de la ausencia relativa de una visión.

2. Julio Godio, *El movimiento obrero de América Latina*, Ediciones Tercer Mundo, 1978.

3. José Aricó, *Marx y América Latina*, CEDEP, 1980.

El objetivo de este artículo es diferente, puesto que se interesa no por Marx o los teóricos marxistas de referencia en cuanto tales, sino por los marxismos en uso y por el uso del marxismo. En la medida que se interesa por los marxismos en uso, esto es, por las características de los marxismos circulantes en el campo cultural chileno, puede hacerse preguntas respecto a su correspondencia con los originales. No se hace como preguntas en sí mismas válidas. Tampoco su interés se centra en descubrir un origen en Marx mismo de la visión distorsionada sobre América Latina. El interés está en otro campo, el de los procesos de producción y circulación del marxismo.

De los conceptos básicos

El sistema de conocimiento social

Una investigación que se preocupa de las ideas, en cuanto productos circulando y conectándose a través de una red con usuarios diversificados, necesita de partida de una doble conceptualización mínima. Una de ellas tiene un carácter estructural, la otra tiene un carácter dinámico. La primera ha sido señalada en el artículo de Brunner, consagrado a la investigación social surgida de la tradición positivista de la que deriva una ingeniería social. Allí el autor elabora la noción de «sistema de investigación» para referirse a un colectivo de investigadores identificados «por una común orientación de sus prácticas de investigación, la que se halla condicionada por una tradición de pensamiento compartida, por una comunidad de referentes teóricos y, sobre todo por un interés rector del conocimiento...»⁴. Como dice Brunner, este sistema de investigación está formado por dos componentes que son recortables en su interior: el contenido intelectual o sistema conceptual, por otro lado en permanente cambio, sea adaptativo o de modificación y la base profesional, o sea el grupo de practicantes que comparten el enfoque en cuestión, que tienen entre ellos diferentes interacciones y se consiguen posiciones particulares en un campo de prestigio y poder interno al sistema de investigación⁵.

4. José Joaquín Brunner, «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento», Ver Capítulo I de este mismo volumen.

5. *Op. cit.*

Conviene indicar desde ya, que estas posiciones de prestigio-poder de los practicantes de la base profesional no tienen necesariamente relación con la estima que ellos consigan en el interior mismo de la base de practicantes correspondientes a su tradición cognitiva. El argumento «internista» sobre la adquisición de logros y prestigios es sólo válido, en realidad, cuando se dan ciertas características de la organización de un sistema de investigación y cierto tipo de funcionamiento del circuito de circulación. Al contrario, en el caso de paradigmas como el marxista, existe una cadena de eslabones decisivos en el otorgamiento de prestigio en el interior de ese campo, que se pueden señalar como externos. En el proceso de reconocimiento no tiene un papel central la comunidad de iguales, esto es de practicantes.

Por otra parte es necesario, para fines de análisis del paradigma en estudio, realizar una ampliación del concepto de «sistema de investigación». Este cambio se hace necesario dado el carácter extremadamente restringido de la noción empírico-positiva de investigación, la cual limita el abordaje del paradigma marxista. Por ello es indispensable ampliar el abanico e incluir como un tipo entre los sistemas de investigación aquellos que son sistemas de conocimiento social no positivos, que tienen procesos de construcción de teoría que no funcionan según el procedimiento de la verificación o de la refutabilidad. Toda investigación social no se reduce a los códigos operativos de esa tradición positiva-empírica de investigación. Ella no da cuenta totalmente de la producción de conocimientos en ciertos paradigmas, como el que se analiza en este artículo.

El circuito de circulación

Un sistema de conocimiento social es, desde esta perspectiva, un sistema de circulación de productos cuyos principales momentos son producción-difusión-uso. Como es evidente, cada uno de ellos está determinado por los otros. El analista de un sistema de circulación siempre debe colocarse en un lado, sea en el de la función producción o en el de la función uso, para realizar operaciones descriptivas o para elaborar modelos. Pero debe conservarse la idea de circuito, lo que significa respetar el hecho de que toda obra tiene una lógica de uso y que el uso determina la producción o, viceversa, que la distribución selecciona a los usuarios. En el centro debe estar la preocupación, no por una

obra como tal, sino por una relación entre producción-distribución-uso de los sistemas teóricos.

En este contexto tiene especial importancia operativa el concepto de «en uso». Se refiere al hecho de que los objetos cognitivos que se estudien sean los sistemas conceptuales específicos que operan en un campo cultural históricamente determinado. En este caso la sociedad chilena en períodos de tiempo especificables. Es frecuente que ese sistema conceptual sea un sistema recogido de una cadena de circulación anterior o de una cadena original que es posible rastrear, en la medida que todos los sistemas conceptuales originan una preocupación entre los practicantes por los problemas de su o sus génesis. En ese sentido pueden interesar al estudioso las diferencias entre el sistema en uso en Chile y sus fuentes originales, incluso descubrir las modificaciones. Por ejemplo, precisar si en esas preocupaciones tienen que ver los efectos del uso sobre un sistema conceptual ya existente puede ser muy interesante en los casos en que el sistema de conocimiento social analizado se dirige a una red de usuarios que puedan ejercitar sobre los sistemas conceptuales originales efectos de sistemática «de-producción».

En ocasiones, aunque no siempre, el uso no es el consumo de usuarios intelectuales o investigadores, sean éstos otros practicantes, planificadores u otros formuladores de políticas. Es el consumo de agentes prácticos que, sin embargo, tienen en la cadena de circulación papeles discursivos, sean de producción de objetos cognitivos de divulgación o pedagógicos, o sea la producción de objetos cognitivos de orientación política. En esos casos, en la red de circulación se genera una forma específica de producción mediante el empleo de un producto cognitivo pre-existente. Esta forma, por ser a veces deliberadamente simplificadora, genera un objeto cognitivo que podemos llamar una de-producción.

El producto se va degradando, por así decirlo, en la cadena de circulación. En cada paso se realiza una reducción simplificadora a escala de las necesidades cognitivas de los usuarios, cada vez más alejados del círculo de practicantes originales. El análisis de este proceso es particularmente importante en el caso de algunos sistemas de conocimiento social, especialmente el marxismo.

De las escuelas en el marxismo en uso

En el marxismo en uso en Chile, desde el momento de la consolidación de la tradición cognitiva con su proceso de diferenciaciones sistemáticas, se pueden distinguir varias escuelas.

En este marxismo en uso, las escuelas representan tradiciones teóricas que pueden diferenciarse analíticamente por uno de estos dos aspectos: a) la posición *frente* a la teoría, lo cual remite a diferencias epistémicas, por así llamarlas y; b) posiciones diferentes *en* la teoría, lo cual remite a diferencias paradigmáticas.

Combinando los dos puntos de vista, en el campo cultural del marxismo chileno pueden distinguirse configuraciones típicas. Desde el punto de la posición frente a la teoría o del criterio epistémico se encuentran dos grandes divisiones. Una es la tradición cognitiva, con su conjunto de practicantes y su respectiva cadena de circulación, que piensa el marxismo como *método*, en el sentido de forma de conocer que eventualmente puede dar lugar a generalizaciones y leyes más que a un conjunto ya elaborado de conocimientos sustantivos. La otra es la tradición cognitiva que piensa el marxismo como *teoría*, como un conjunto sistemático y ya aprehendido de generalizaciones y leyes sobre el capitalismo, la revolución y el socialismo.

En el interior de la segunda configuración se pueden encontrar, tomando como criterio las diferencias teóricas respecto a la revolución, dos grandes escuelas: la *marxista-leninista soviética* y la *marxista-leninista castrista*. Sus respectivos sistemas conceptuales serán examinados más adelante.

2. El marxismo teórico y el metodológico: cuestiones generales

La radicalidad de la diferencia

Se ha visto que en los marxismos en uso en Chile se detecta una diferencia epistémica: unos lo consideran como teoría y otros exclusivamente como método. La diversidad de los dos enfoques tiene relación con una forma de concebir lo teórico. Es evidente que la tradición cognitiva, que se inclina por esa segunda posición, no tiene respecto al

método una noción empírico-positivista ligada con el principio de la refutabilidad o de la validación a través de la prueba. En realidad, los practicantes que se proponen considerar al marxismo como método están pensando en la noción de dialéctica. En su visión el atributo de cientificidad proviene de considerar a la realidad como contradictoriamente construida y al devenir histórico como resolución de contradicciones. Dentro del campo, algunas escuelas, entre ellas la de tendencia althuseriana, planteaban la noción de dialéctica de modo más preciso: como la teoría sobre la producción de conocimientos, lo que significaba pensarla como una meta-teoría. El método no era una filosofía, una especie de ontología social que incluyere un conjunto de enunciados sobre las formas de estructuración de la realidad, sino una epistemología, una ciencia sobre las condiciones de producción de la ciencia⁶. Por supuesto que muchas veces los practicantes «usaban» la distinción sin teorizarla totalmente.

En todo caso afirmar en el discurso el marxismo como método, concebido en cualquiera de esos sentidos, no implicaba aceptar una reducción de las pretensiones científicas. Sin embargo, ese uso conceptual daba lugar a una perspectiva más abierta que la del marxismo teorista, por la manera que en éste se pensaba la teoría. En esa perspectiva la teoría era definida de una forma cerrada y como un conjunto *ya* completo de proposiciones sobre el capitalismo y el socialismo. La suposición que operaba era la de una síntesis cognitiva *ya* existente; el método aplicado habría producido sus frutos, permitiendo al pensamiento marxista poseer una teoría general de la revolución inserta en una teoría de la historia.

El marxismo solamente como método o el marxismo como método más teoría: desde ese punto de partida se bifurcan dos corrientes radicalmente distintas en su modo de apreciar el papel del conocimiento social y su relación con la política.

La noción de método en el marxismo metodológico en uso

Como se ha dicho, la noción de método no tiene en el origen del marxismo en uso en Chile la función de reducir su significación como

6. Louis Althusser, "Materialismo histórico y materialismo dialéctico" en Alain Bordieu, *El comienzo del materialismo dialéctico*, Ediciones Pasado y Presente. 1972.

ciencia. Pero a través del término se indica la finitud y provisoriedad de la teoría tal como ella ha sido desarrollada. Por eso, en la práctica discursiva, la posición metodológica se conjuga bien con la idea de un marxismo abierto, de una teoría en proceso de construcción que no tiene todas las respuestas.

En el marxismo en uso en Chile esa posición metodológica fue la forma de concebir el marxismo de las corrientes socialistas⁷. En ellas la noción de método juega el papel de antídoto contra las posturas más dogmáticas y cerradas, contra las lecturas textuales y contra la tradición libresca.

La idea de los productores originales, en este caso de los fundadores, es que por ser el marxismo un método, para el usuario principal (el partido) las teorías a utilizar podían ser varias y no sólo una. En la definición original del marxismo como método, los productores permanecen adheridos al sincretismo original de las organizaciones obreras.

Así, en la Declaración de principios del Partido Socialista se habla de que esa organización se guía, en su acción, por el método marxista y «por otros aportes de la ciencia contemporánea»⁸. No hay una consagración del marxismo como verdad única o ciencia única y de hecho la noción de método no tiene la misma función sustancial que la observación empírica para la investigación positiva. La idea que operaba era que la teoría se construía tomando lo «bueno» que podía haber en una parte y en otra.

Pero la noción misma de método permite otra visión: la de fundamento gnoseológico de cualquier afirmación teórica. Esta apareció posteriormente con el marxismo de la década del sesenta, especialmente con el MAPU. Esa manera, por otra parte próxima a algunos de los teóricos fundacionales del marxismo metodológico⁹, permitía realizar dos operaciones: rectificar el sincretismo de la corriente socialista y mantener una visión teórica abierta.

Ya en la década del ochenta, con la teoría de la renovación socialista, se volvió a la idea original del marxismo como un método de interpretación. De nuevo se enfatizó la idea de que no hay teoría única y ya acabada, tampoco un método único.

7. Julio César Jobet, *Historia del Partido Socialista*, Editorial Documentas, 1988.

8. *ibid.*

9. George Lukacs, *Historia y conciencia de clase*, Editorial Grijalbo, 1967

Las relaciones entre práctica y teoría

La afirmación de que el conocimiento o la explicación tienen relación con la acción y que la ciencia puede servir para un control racionalmente orientado de procesos sociales no es propia y específica del marxismo. La tradición empírico-positiva también pretende producir conocimientos útiles, que permitan actuar sobre la sociedad. Pero los conocimientos sociales que en Chile denominamos marxismo postulan la necesidad de reorganizar racionalmente el orden de la sociedad¹⁰.

El «involucramiento de las ciencias sociales en el modelamiento de la sociedad»¹¹ está presente en el positivismo, pero en el marxismo hay un énfasis particular. Se postula la necesidad de una revolución y también se dice que no hay revolución sin la constitución previa de una teoría. En otros términos, se afirma que la emancipación no es solamente un acto práctico sino que ella es, primero, un acto de conocimiento y que, a través de éste, puede convertirse en un acto práctico. La acumulación cognitiva que en Chile se clasifica como marxismo produce una subordinación de la práctica al poder institucional del ideólogo, puesto que establece una relación fuerte entre teoría y revolución. La necesidad de la teoría proviene de que ella, y sólo ella, permite superar el mundo existente.

En ese sentido el marxismo en uso o socialmente vigente en Chile va más allá de afirmar la necesidad de que cualquier práctica sea orientada por un conocimiento técnico sobre la factibilidad de los fines o sobre la adecuación entre medios y fines. Agrega dos puntos centrales: a) la tesis de que la necesidad de una revolución se deriva del conocimiento y b) la tesis de que una revolución es imposible sin una teoría, la cual existe, como síntesis general, en un saber ya disponible.

Esta relación que las diferentes escuelas del marxismo predominante en Chile establecen entre teoría y revolución se sitúa en una perspectiva antiempíricista. La revolución es imposible sin la teoría, como pura voluntad, porque la simple observación no proporciona acceso a la realidad del mundo sino solamente a las formas aparentes. Lo objetivo no es directamente observable: como Marx lo dice en *El Capital*, las apariencias presentan al salario como pago del trabajo, por ende la plusvalía solamente se hace visible a través de una operación

10. José Joaquín Brunner, *op. cit.*

11. *ibid.*

teórica que penetra las apariencias del mundo fetichizado de las mercancías.

En este universo conceptual, tan importante para orientar la visión de la política, la práctica válida es aquella que se apega al saber consagrado, bien a la teoría, bien al método. La visión sincrética de los fundadores del socialismo permitía una mayor amplitud, pero ella fue sustituida por otra que parecía más total o completa, por lo menos hasta que el golpe militar modificó la estructuración y el funcionamiento de la cultura.

3. El marxismo teorícista: las bases conceptuales

Diferencias y semejanzas

Dentro del tipo de marxismo teorícista se debe clasificar a la corriente marxista leninista, la cual en Chile tuvo dos vertientes. La más importante correspondió a la «importación» soviética del paradigma, cuya «aclimatación» fue realizada por el Partido Comunista. La corriente castrista tuvo en Chile un desarrollo histórico posterior y también un menor grado de afincamiento cultural.

Como se sabe, las diferencias entre esas escuelas no se ubican a nivel epistémico (marxismo como método versus marxismo como teoría) sino a nivel paradigmático, puesto que son diferencias dentro de un gran campo de supuestos y concepciones comunes. Las diferencias se refieren a aspectos específicos y circunscritos de la teoría de la revolución, lo cual —a su vez— marca las distancias entre ambas escuelas y la renovación socialista de los ochenta, clasificable dentro del marxismo metodológico.

La teoría de la revolución

Características generales

En la teoría de la revolución del marxismo leninismo existente en Chile pueden encontrarse ciertos rasgos generales. Para fines analíticos se pueden distinguir tres niveles en la teoría de la revolución: a) el nivel del proceso revolucionario, donde se estudian los problemas de las condi-

ciones y de los medios o formas de lucha, b) el nivel de los fines, donde se analiza la sociedad socialista y su evolución y c) el nivel del estatuto de la teoría. Respecto al segundo y tercer campo las dos escuelas del marxismo leninismo no tienen diferencias significativas, aunque sí las tienen respecto al primero. Se analizarán primero los puntos comunes para explorar después las diversidades.

Estatuto de la teoría

Copiando el modelo original, los marxismos leninismos existentes en Chile afirman el carácter científico de la teoría de la revolución¹². Dadas las circunstancias, este atributo no podía originarse de la construcción de leyes mediante el procedimiento inductivo de la generalización. La corriente teoricista supone que las leyes de la revolución ya existen en el marxismo leninismo desde la obra fundacional de Lenin, por tanto contando con un número de casos que era entonces ínfimo para fines de una generalización de ese tipo —en realidad casi tan ínfimo como ahora—, los seguidores del marxismo-leninismo, se consideraban con la capacidad suficiente como para anticipar el curso de la historia

Como es obvio, el procedimiento de constitución de las leyes tiene una naturaleza diversa que la anteriormente señalada. Su origen sería la supuesta aplicación del método dialéctico al análisis del capitalismo, o sea a la realidad contemporánea. Los supuestos básicos que entran en operación son: a) el supuesto del carácter contradictorio de todo orden social y b) el supuesto de la «superación», el hecho de que todo orden social, en un cierto nivel de desarrollo de las contradicciones, entraría en una crisis estructural con incapacidad de reproducción.

En base al segundo postulado se puede afirmar que, al adentrarse el capitalismo contemporáneo en su fase imperialista, se desarrolla en su interior la contradicción entre las fuerzas productivas, las cuales van alcanzando cada vez más un carácter social, y las relaciones sociales que, al contrario, permanecen ancladas en su carácter privado. Entonces, como se dice ya en el *Manifiesto* de 1848, el desarrollo de las fuerzas productivas se va obstaculizando por el creciente anacronismo de las relaciones de producción. En su última fase, la sociedad pierde la

12. La principal base teórica de esta escuela es el libro de José Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1952.

capacidad para resolver los problemas técnicos de la producción ampliada porque no puede liberar las fuerzas productivas aherrojadas.

En esa perspectiva, las leyes de la revolución en la sociedad contemporánea surgen por la «aplicación» de los supuestos del materialismo dialéctico al análisis del fenómeno histórico del imperialismo, en el fondo como construcciones de base deductiva. Esto resulta así, porque este materialismo dialéctico no constituye un simple conjunto de reglas respecto a la validez del conocimiento¹³. En todos los casos, por lo menos los conocidos en Chile, implica supuestos respecto a la estructura de la realidad y a sus formas de desarrollo. Si bien la escuela althusseriana del marxismo de los sesenta, intenta construirla como una epistemología, la dialéctica difícilmente escapa de las redes de una ontología social.

La primacía de la estructural

En esta concepción marxista predominante el socialismo no es formulado en relación con el deseo de «buen orden»¹⁴. Al contrario, más bien, aparece como una «necesidad» derivada estrictamente de razones estructurales. En el centro no se coloca la voluntad de las masas ni su estado de conciencia sino el desarrollo de la «contradicción principal» entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por tanto, en el capitalismo y más aún en el imperialismo el socialismo está planteado como una realidad internamente determinada; siempre es una necesidad, aunque no siempre sea una posibilidad inmediata.

El marxismo leninismo existente en Chile se sitúa en una posición «objetivista»¹⁵, desde la se postula una primacía de la estructura respecto de la acción o de la práctica. Esta última solamente puede realizarse en el marco definido por las «condiciones», los actores son determinados y nunca son determinantes, aunque influyan porque sino se negaría radicalmente la política¹⁶.

13. Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Edit. Siglo XXI, 1967.

14. Lenin sufre el peso de la influencia del Engels del *Anti-Duhring* y de *Socialismo utópico y socialismo científico*. También la lectura de Stalin que se recoge en Chile.

15. Emilio de Ipola, *Investigaciones políticas*, Editorial Nueva Visión, 1969.

16. Tomás Moulian, *Democracia y socialismo en Chile*, FLACSO, 1983.

En el fondo, las corrientes teóricas predominantes hicieron suyas, aún sin conocerlas a fondo, las tesis de Godelier, quien planteó netamente una forma mecanicista de situar la relación estructura-acción¹⁷. Según él, existen en el capitalismo dos tipos de contradicciones: una interna a la estructura de relaciones de producción, que es la contradicción burguesía-proletariado y la otra inter-estructural, que es la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. La primera sería constitutiva y originaria, dado que existe siempre que hay una formación social capitalista y no desaparece hasta que este tipo de orden sea revolucionado. La segunda no sería ni originaria ni constitutiva porque solamente surge y se profundiza con el desarrollo del capitalismo. Pero ella es la «contradicción principal», la que determina las condiciones, ritmos y formas de la acción.

La teoría en uso es totalmente coincidente con el énfasis que planteaba el marxismo leninismo soviético. En ella la relación estructura-acción o estructura-proyecto está formulada de una forma radicalmente anti-voluntarista¹⁸. Lenin es, en realidad, más cambiante. En los comienzos de su trabajo intelectual era visible una perspectiva fuertemente determinista, influida por las posiciones de Kautsky. De hecho hablaba en términos de «proceso histórico-natural» y se obsesionaba por enfatizar la determinación estructural del socialismo. Más adelante se produjo en Lenin una politización de la perspectiva, pero siempre manteniendo el encuadre estructural y la subordinación de la acción a las condiciones de desarrollo de la contradicción básica de lo social, entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

La persistencia de este tipo de enfoque pone en evidencia que, pese a la importancia que, desde 1903 para adelante, Lenin coloca en la acción partidaria y en la política como lucha de clases, siempre las condiciones de eficacia de la acción política están determinadas por la maduración de las contradicciones estructurales. Estas últimas tienen un carácter objetivo, en el sentido de que su despliegue no depende de la acción humana voluntaria, ni siquiera planificada o racionalmente orientada; no constituyen una «decisión». Hay por ello en Lenin una primacía de las condiciones objetivas de la revolución, respecto de las

17. Maurice Godelier, "La contradicción en El Capital", en Marc Barbut y otros, *Problemas del estructuralismo*, Editorial Siglo XXI, 1967.

18. Para un análisis más detallado, ver Tomás Moulian, *op. cit.*

cuales las subjetivas solamente juegan un papel «sobredeterminante», para usar el término althusseriano.

Por ello mismo hizo una «lectura objetivista» de su acción política en la Rusia post-zarista. En este encuadre la revolución era pensada como posible en ese país porque existían condiciones objetivas, en el nivel del sistema capitalista mundial. Se aplica la lógica de que la totalidad engloba a la parte. Por eso podía suponerse que las condiciones que existían en el sistema estaban también presentes en el componente. Por eso, y básicamente por eso, la ventaja de ese país sobre otros se jugaba entonces en otro nivel, el nivel de las condiciones subjetivas. La teoría de la posibilidad se politiza pero en un marco objetivista y a través de una cabriola conceptual.

El mecanicismo residual, del que nunca se liberó el enfoque original, se mantuvo dentro del Partido Comunista chileno, y más bien habría que decir que se profundizó. El objetivismo, con su característica subordinación del proyecto a las condiciones estructurales, fue el encuadre teórico básico de la teoría de la revolución por etapas, el sello distintivo de la concepción del marxismo leninismo soviético en Chile.

La revolución por etapas: la modernización

La idea de que el paso al socialismo no puede saltar etapas es una de las premisas fundamentales del marxismo leninismo en uso en Chile, pero sin ninguno de los matices que existieron en el pensamiento de Lenin. Esa noción tiene plena coherencia con la lectura objetivista de la primacía de las condiciones estructurales.

Si se acepta el salto de etapas en una revolución, se estaría aceptando, con ello, la posibilidad del «avance» de la conciencia sobre la estructura¹⁹. Pero no puede haber una discontinuidad porque el socialismo solamente es posible cuando las contradicciones capitalistas han alcanzado internamente, en cada país, su maduración y, con ello, la posibilidad de que la clase, no una elite o vanguardia, adquiera la conciencia de sí. En ese sentido la teoría etapista del marxismo leninismo vigente en Chile demuestra la primacía de la lectura del Lenin de las obras consagradas a la revolución de 1905-1907, el que está más de

19. Herbert Marcuse, *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, 1968.

acuerdo con el marxismo economicista que primó, bajo la conducción de Kaustky, hasta los años veinte. Se trata de un marxismo presente también en aquel Marx, según Aricó después autosuperado, que vio en el capitalismo un camino de progreso y una antesala necesaria del socialismo²⁰. Ese marxismo, de raíz economicista y evolucionista, fue el que se elaboró en el «centro» y se expandió en el mundo y en Chile bajo el nombre de stalinismo.

La teoría etapista, derivada directamente de la concepción objetivista, dio lugar a una forma particular de teoría de la modernización. En ella se afirmaba que en la sociedad chilena el capitalismo tenía aún tareas que cumplir y que éstas se estaban cumpliendo, parcialmente al menos, en el marco de la industrialización apoyada por el Estado. En esas condiciones, el papel de la izquierda debía ser operar como una fuerza que favorecía ese despliegue ya existente de las fuerzas productivas e ir intentando, mediante reformas, corregir los obstáculos existentes al nivel de las relaciones de producción, por ejemplo la persistencia de rasgos semif feudales o semiserviles en el campo²¹.

En una primera época, la teoría etapista no fue una teoría del avance hacia el socialismo en democracia. Esto es comprensible porque esa posibilidad era incierta e inestable en los años cuarenta y dudosa en los años cincuenta, por la existencia de la Ley de Defensa de la Democracia. En su etapa originaria constituía, más bien, una teoría de la modernización como precondition del socialismo.

En el marco de esa teoría, la izquierda de los cuarenta elaboró una cierta visión de la política de alianzas, orientada por la idea de una revolución democrático burguesa con dirección política de los partidos centristas. El socialismo no estaba a la orden del día porque no debía ser antepuesto a la modernización capitalista. Esta teorización, típica del marxismo leninismo soviético a nivel internacional, tuvo en Chile posibilidades de aplicación por las particularidades de su régimen político y de su sistema de partidos. Para que ese fenómeno tuviera vigencia se requería no solamente que la izquierda tuviera flexibilidad política y una visión del papel «revolucionario» de las reformas modernizantes, además se necesitaba que existiera un centro poderoso, con perspectiva desarrollista y una derecha sistémica o, en todo caso, privada de posibilidades de influencia castrense.

20. José Aricó, *op. cit.*

21. Luis Corvalán, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Editorial Austral, 1972.

La relativa larga duración, durante diez años, de coaliciones donde la izquierda jugó un papel significativo marcó su camino. Después de las experiencias de los años cuarenta, con todas sus debilidades, la izquierda ya no visualizaba otra senda que la institucionalización política. Aunque la fórmula de coaliciones de centro izquierda fue abandonada en 1947, restringiéndose el régimen democrático, la izquierda continuó en la trayectoria elegida a fines de los treinta. El núcleo de su estrategia era la lucha por reformas desarrollistas desde dentro del sistema político. En ese sentido, fue significativa la posición comunista entre 1947 y 1958, cuando fueron sometidos durante diez años a la exclusión política. Entonces decidieron permanecer en la lucha por ampliar la democracia y por conseguir, legalmente, su reconocimiento político²², conservando la teoría modernizante.

Fue a partir de 1958 que el etapismo se desplazó de eje teórico, desde una teoría de la modernización como preparación al socialismo, hacia una teoría del tránsito institucional al socialismo. Por supuesto que el eje anterior tomaba en cuenta la existencia en Chile de un régimen con opciones de participación para la izquierda. Pero básicamente se trataba de una teoría desarrollista, cuyo presupuesto era que el capitalismo avanzado preparaba las condiciones para el advenimiento del socialismo. La preocupación por el «imperialismo» (capital extranjero en la minería cuprífera) se hace presente como retardo, posible de mitigar con soluciones al nivel de impuestos o en la comercialización, incluso con reformas de la propiedad. Es decir las relaciones centro-periferia no son percibidas como una contradicción principal, de igual modo que tampoco fue analizada la democracia como precondition teórica del etapismo. En efecto, no había obstáculo a priori para que las modernizaciones, que debían ser realizadas en conjunto con la burguesía nacional, pudieran ser ejecutadas también bajo las condiciones de un populismo al estilo peronista.

Sin embargo, esta manera de concebir las etapas como escalones de una modernización capitalista que conduce por necesidad al socialismo, no abandona el campo teórico del marxismo existente. No hay nunca el desvío hacia un simple desarrollismo, en el cual las influencias

22. Marisol Gómez, «Partido comunista de Chile. Factores nacionales e internacionales de su política interna (1922 - 1952)», *Documento de trabajo* N° 228, FLACSO, 1984.

marxistas estarían muy desvanecidas. Perteneció plenamente a la tradición cognitiva del marxismo leninismo soviético, el cual en esa época hacía suyos los temas deterministas que habían marcado primero a Engels, más tarde a Kaustky y también a algunos enfoques de Lenin. Por tanto no aparecen en este etapismo desarrollista elementos de fuga hacia posiciones socialdemócratas de tipo bersteniano.

Más bien existía una exitosa adaptación, por parte de los productores locales, de un encuadre economicista-determinista a las condiciones de un país donde estaba en vigencia una política de reformas del «régimen colonial capitalista atrasado» (gobiernos radicales e Ibáñez) y donde las teorías modernizadoras de la CEPAL tenían gran audiencia, como marco de referencia del pensamiento progresista.

La revolución por etapas: el tránsito institucional

A partir de las elecciones presidenciales de 1958, donde se demostró la posibilidad de un triunfo electoral autónomo de la izquierda, la teoría etapista cambió de énfasis²³.

Desde entonces el «gobierno popular» empezó a ser visto como comienzo o como la primera etapa de un tránsito institucional hacia el socialismo. Según el análisis que se va elaborando, ese tipo de gobierno permitiría la acumulación de fuerzas necesarias para un copamiento sucesivo del poder estatal.

La estabilización de una democracia representativa en Chile y la creciente ampliación de sus bases de representación política por las reformas electorales 1958 y 1962, le otorgó a los productores locales las posibilidades de teorizar sobre el tránsito institucional que, en verdad, ya habían adoptado en la práctica.

La tesis planteada era que la preparación de las condiciones del socialismo pasaba por la conquista de un «gobierno popular» que dirigiera la política de reformas. La teoría del tránsito institucional se desarrolló junto con las tesis de la subordinación del centro y de la incapacidad de las burguesías nacionales para dirigir los procesos de cambio. El marxismo leninismo soviético siguió planteando la tesis de los frentes amplios, como una condición de la acumulación de fuerzas,

23. Luis Corvalán, *Camino de Victoria*, Editorial Austral, 1972.

pero el énfasis estaba puesto en el papel del gobierno propio. Desde 1958 el tránsito institucional fue una trayectoria «pensable», un discurso «decible» porque, dada las condiciones de la correlación de fuerzas, se presentaba como oportunidad.

Una de las características del discurso del marxismo leninismo en uso fue intentar que la teoría del tránsito institucional no apareciera como hallazgo del período de desestalinización, sino que fuera vista como un planteamiento de los clásicos. De ese modo se evitaba clasificar la lucha armada como ley de la revolución y el camino pacífico como excepción. Los productores nacionales pusieron mucho énfasis en que la violencia no era esencial sino, más bien, correlativa con la violencia reaccionaria. La posibilidad del camino pacífico, sin guerra, en el cual podrían primar los aspectos políticos de la lucha de clases, dependería directamente de la «respuesta burguesa».

La tesis que se fue elaborando consistió en que las condiciones del desarrollo democrático, la fuerza alcanzada por la izquierda en ese marco, permitían un sucesivo copamiento del Estado, por lo cual en Chile podían ser ahorrados los rigores de una guerra civil. Aunque en ese terreno hubiera ambigüedades de parte de los productores, la forma de «resolución» del problema del poder no era, en verdad, la destrucción del Estado burgués. La teoría de un derrumbe violento del Estado anterior es casi imperceptiblemente reemplazada por una teoría del copamiento. Decir que la solución final dependería de la actitud de las clases dominantes era un recurso retórico, porque se tenía «in mente» la idea etapista del progreso incesante.

Esta teoría del tránsito institucional estaba plagada de puntos de fuga y de defectos de coherencia, en parte porque desarrollando la idea fuerza del tránsito institucional, desde dentro y «desde arriba», los productores nacionales se acercaban a los límites de la ortodoxia. El problema no residía en el predominio de la forma pacífica de la lucha política, porque ese aspecto estaba «regularizado» por el XX Congreso, sino en el intento de eliminar o, al menos, de plantear condicionalmente la necesidad de una ruptura del Estado burgués, poniendo en su lugar la tesis de una trayectoria de continuidad entre gobierno popular-poder socialista.

Como es obvio, dada la estructuración del sistema de saber, los productores nacionales de la escuela marxista leninista soviética estaban condicionados por el sometimiento a una ya-pre-establecida «línea correcta», esto es por la necesidad de no apartarse de las formas

institucionalmente aceptadas de plantear el problema del tránsito al socialismo. Pretendían formular el camino chileno como una nueva teorización, pero en realidad la realización de ese desafío hubiera requerido redefinir el estatuto de la teoría y de las formas de concebir la democracia. En esta empresa los productores nacionales se paralogizaron, en la medida que permanecieron atrapados dentro de la institucionalización del saber marxista.

Para hacer coherente la visión sobre el copamiento del Estado preexistente y poder con ella construir una verdadera teoría sobre el tránsito institucional hubiesen necesitado producir una redefinición del Estado socialista, donde se revisara el papel de indispensable mediatización que debía tener el poder político en la construcción socialista²⁴.

La tesis del tránsito institucional tiene las mismas bases de determinismo-economicista de la teoría de la modernización. Por de pronto, el postulado de la necesidad de completar el desarrollo capitalista seguía estando presente como trasfondo teórico. El cambio que se introduce era la afirmación de que no podía existir una dirección ni siquiera una codirección burguesa. En la nueva versión sobre el carácter de la revolución que se desarrolló desde fines de los años cincuenta, los partidos obreros eran los que debían asumir la dirección. Y el objetivo próximo pasó a ser un «gobierno popular», cuya misión era preparar las condiciones políticas del socialismo a través de una acumulación de fuerzas que se materializara en un copamiento del Estado.

Las finalidades del socialismo

En el marxismo leninismo de tendencia soviética predominante en Chile las finalidades del socialismo eran planteadas de manera clásica, sin que se desarrollara la hipótesis de que los medios (vía pacífica y copamiento institucional) pudieran condicionar los fines.

En la visión teórica del marxismo leninismo circulante el socialismo significaba, como condición sine qua non, la sustitución de las relaciones de producción de carácter privado por otras de carácter social. El cambio de la estructura de la «sociedad civil» era un prerequisite o una condición necesaria. Sin ese «revolucionamiento» de las relacio-

24. Franz Hinkelamert, *Crítica de la razón utópica*, Departamento Ecuménico en Investigaciones, 1984.

nes sociales de producción faltaría el elemento específico y definitorio del socialismo, aquél que posibilitaría cambiar el carácter de la «sobreestructura». Pese a ser ésta una condición necesaria no constituiría, por sí misma, una condición suficiente.

El socialismo está definido en el marxismo en uso, sin ninguna adaptación, como una «revolución» de las relaciones de producción que se acompaña de una «revolución» en el Estado, la cual debe conducir a la implantación de la dictadura del proletariado. Esta última no sería posible sin la primera, la cual es vista como su base económica. A su vez, la socialización productiva requiere sostenerse sobre un Estado proletario y sobre un proceso consciente de liquidación del poder político burgués, puesto que éste no se extinguiría automáticamente por el cambio de las relaciones de producción, ya que también está sustentado por el peso de una cultura o de una mentalidad²⁵. Tal como lo plantea el discurso más clásico, alcanzar esa finalidad es un proceso más complejo que el mero cambio del personal político del Estado, puesto que se requiere cambiar la estructura de representación de intereses y los universos simbólicos. Las dos finalidades antes mencionadas son analíticamente distinguibles pero en la práctica se encuentran imbricadas. El discurso se construye sobre la idea que para que exista socialismo una necesita de la otra.

Esta forma de pensar llegó a ser, por su predominio político-cultural, una forma casi natural. Aunque la teoría del Estado proletario constituiría una forma histórica, la manera específica en que el marxismo (sobre todo leninista) formuló el socialismo y la emancipación, se transformó, en la tradición de la mayor parte de la izquierda chilena, en una forma única e indiscutible. Desaparecido en los años veinte el anarquismo, sus ideas se hicieron humo. Este, al contrario del marxismo, planteaba la ausencia de una mediatización institucional entre el acto revolucionario mismo y la meta última de la revolución, la emancipación social. La existencia de una institución mediatizadora, el Estado, tenía su base en la tesis de que la revolución política no producía la libertad total sino solamente un orden societal intermedio, «en camino a». Durante ese «momento», el Estado no solamente seguía existiendo sino que jugaba un papel central para crear las condiciones para una autogestión de la sociedad (comunismo).

25. Lenin, «Qué Hacer» en *Obras Escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1960.

En la tradición imperante del marxismo leninismo soviético había prácticamente desaparecido la paradójica idea original de que ese Estado tenía el carácter de un semi-Estado, pues era un órgano de poder con sus funciones coactivas muy disminuidas y con poderes restringidos de intervención sobre la sociedad civil de los productores, los cuales gestionarían directamente la economía.

Justamente por la centralidad que adquiere el aparato estatal en la formación social intermedia o de transición pasa a ocupar un lugar básico, en el marxismo leninismo en uso, la mención teleológica al comunismo como fin de la historia. Actúa en ese contexto como justificación de las condiciones del presente imperfecto, en función del futuro armonioso.

Un punto nodal del marxismo como teoría del socialismo fue esta noción de una necesaria mediatización estatal en esa creación del futuro. Ese punto está fuertemente acentuado en la producción marxista leninista proveniente de los países centrales pues constituye la justificación teórica del rol emancipatorio del nuevo Estado de clases. Esa producción representa, en la práctica, un discurso doctrinario sobre la experiencia de las sociedades socialistas existentes. En él se combinan, como en un típico recetario ideológico, el realismo conformista respecto a la etapa de transición con el optimismo histórico para la etapa final, para el momento último en que se reconciliara la libertad con la necesidad. La originalidad, por así llamarla, consiste en sostener que en el camino «hacia el fin» debía existir la mediación de un Estado fuerte y centralizador, idea diferente de la del propio Lenin quien hablaba de un semi-Estado que impulsaba su propia desaparición a corto plazo.

Las interacciones teóricas

Desde el comienzo del proceso de desestalinización, a fines de la década del cincuenta, aparecieron en el campo cultural de marxismo-leninismo ciertas nuevas temáticas, introducidas por la mayor apertura del sistema de conocimiento hacia los aportes del marxismo europeo. Ellas llegaron a Chile con particular fuerza por razones fáciles de entender.

La operación de apertura que hizo el marxismo leninismo en uso, le significó alimentarse de nuevos elementos conceptuales pero sin modificar su contenido sustancial. El corpus originado por estos cambios no representa, en verdad, una síntesis, sino una visión acomodaticia,

donde los nuevos conceptos incorporados tienen un significado más político que teórico.

La principal corriente que desde los años sesenta para adelante empezó a interactuar con el marxismo leninismo en uso fue la teoría del «humanismo socialista», cuyo fundamento era la valoración de obras hasta entonces no publicadas de Marx, especialmente los Manuscritos Económico Filosóficos²⁶. Ese enfoque se situaba casi en las antípodas del marxismo-leninismo en uso con su fundamento determinista, su privilegio de la esfera económica y en particular de las relaciones de producción. Se trataba de una filosofía mucho más «subjetivista» que ponía el acento en la práctica y en la conciencia por contraposición a una teoría que enfatizaba el peso de las determinaciones estructurales.

El objetivo de los productores de la corriente marxista leninista predominante, que interactuaban con el humanismo socialista, era posibilitar el diálogo marxistas-católicos a través de la legitimación por una teoría²⁷. El humanismo aparecía como posible punto de encuentro entre ambas vertientes²⁸. Esto no significaba, sin embargo, que los productores del marxismo leninismo en el país intentasen una reconceptualización de la política en la orientación, por ejemplo, de una filosofía del sujeto o de la conciencia.

En todo caso, la interacción entre la variante leninista soviética del marxismo teorista existente en Chile y la corriente del humanismo socialista sirvió para atenuar el reduccionismo del enfoque. Ese cambio fue el producto de la relación de un economicismo determinista con una visión opuesta de naturaleza mucho menos objetivista, mecanicista y evolucionista.

26. *Manuscritos de 1844*, Ediciones Estudio, 1972. Ese libro recién se publica en los años cincuenta.

27. Orlando Millas, *El humanismo científico de los comunistas*, Editorial Andrés Bello.

28. Roger Garaudy, por ejemplo, es un teórico que intenta hacer de puente. Ver *Lecciones de filosofía marxista*, Editorial Grijalbo, 1966.

4. El marxismo teoricista y los procesos de circulación del conocimiento

Los productos

Se puede hablar de los productos, como si fueran separables de los productores y del sistema de uso, antes de hablar del circuito de circulación. Esta operación permite acercarse, en una primera aproximación, a las particularidades de la institucionalización del saber en el marxismo leninismo soviético circulante en Chile.

Desde un punto de vista general pueden distinguirse cuatro tipos de productos. Ellos son los textos del saber, los textos de aplicación teórica, los textos de aplicación estratégica y los textos didácticos. Los primeros contienen el acervo teórico original, el cual es considerado no sólo como «seminal» sino como completo. Las producciones de los autores a quienes en una época se les atribuye «consensualmente» el carácter de «clásicos» constituye una especie de cantera de la cual deben necesariamente alimentarse las obras derivativas, denominadas de aplicación teórica.

Este segundo tipo de producciones también contienen un saber considerado consagrado pero sus productores son, por así decirlo, de segundo nivel. No son los clásicos sino figuras aceptadas como intérpretes de la tradición cognitiva y que, además, aplican la teoría a un fenómeno o proceso particular, es decir, operan en un nivel menor de generalidad o sus afirmaciones se suponen válidas para una fase histórica específica.

La operación de producción de una aplicación teórica, que sea aceptada como saber consagrado por el sistema institucionalizado de otorgamiento de poder y prestigio dentro del campo, es una operación de interpretación derivativa. Una de sus características es estar sometida a cánones estrictos de exégesis o sea, de control respecto a su fidelidad en relación con los textos del saber. Puede decirse que se trata de discursos que son considerados unívocos en sus interpretaciones, con lo cual las aplicaciones teóricas son consideradas simples derivaciones a partir de los textos del saber, sobre cuyo sentido no podrían existir dos verdades.

El tercer tipo de productos, las aplicaciones estratégicas, son textos donde se elaboran conocimientos referidos a la acción política,

bajo el supuesto de su cientificidad. La existencia de nociones tales como la de «línea correcta», «desviación» u otras parecidas es sintomática. Ellas muestran que se opera bajo el supuesto de cientificidad de la política. El supuesto significa que hay un saber que señala y explicita las determinaciones estructurales básicas, con el cual se establecen proposiciones científicas, con carácter de ley, sobre la acción política de carácter revolucionario. El papel de esos enunciados es definir cursos de acción, establecer fines, adecuar medios a fines y preveer efectos.

El cuarto tipo de productos, los textos didácticos, son re-producciones que aproximan, acercan, hacen asimilables conceptos y teorías a ciertos tipos específicos de usuarios. En ese caso se trata de una transposición desde un código científico a otro más simplificado, donde el principal criterio de la exposición es el aprendizaje.

El papel de partido en el circuito de circulación

En el marxismo leninismo en uso, especialmente en la vertiente soviética, el partido tiene un papel crucial en cada uno de los momentos del circuito de circulación.

El papel más importante del partido se refiere a la validez o fundamento de verdad de las producciones. El fundamento teórico de esta función se encuentra en la premisa de la primacía de la teoría por sobre la experiencia espontánea de las masas obreras²⁹. El contenido anti-empiricista es claro y, además, muy conocido: la comprensión del funcionamiento del capitalismo o la propia construcción del concepto de proletario implica sobrepasar o ir más allá de las apariencias. Existe una necesidad de teoría, puesto que la experiencia por sí misma no enseña a la clase obrera. El supuesto del que se parte es que si no existiese el marxismo esta clase sería ciega respecto a sus intereses verdaderos, por lo menos le faltaría la teoría que los sistematiza y organiza en una concepción articulada de la historia.

La segunda premisa, derivada de la primera, es que la teoría no aparece por sí misma en la conciencia de los obreros y debe ser «importada» desde el mundo de la cultura. Al partido le corresponde asumir esa función crucial en la liberación de la «conciencia prisionera»

29. Planteada claramente por Lenin en «Qué Hacer».

de los obreros y su reemplazo por una «conciencia lúcida»³⁰. A través de esa operación ellos se convierten en clase, pasan del en sí (situación) al para sí (posición). La pura objetividad de la experiencia no basta, se requiere la «subjetivación» que el partido realiza, la toma de conciencia a través del conocimiento.

La adopción de la ciencia es el mecanismo que constituye a la clase obrera como actor histórico. El partido es el sujeto teórico que hace circular y asegura la validación del saber. En ese esquema las categorías de verdad, de ortodoxia o de clasicismo son definidas por el partido, no por la comunidad de científicos. Este papel cognitivo de la institución partidaria se acentúa desde el momento en que, en algunos países deviene en Estado. A partir de entonces es el mismo ente estatal el que sanciona la validez de los conocimientos y el que zanja las disputas teóricas, como ocurrió con el trotskismo, estableciendo los criterios de científicidad y determinando las situaciones de heterodoxia.

La validez de una producción, tanto como la etiquetación de aquéllas que se consideran desviadas, corresponde a un sistema de instituciones partidarias «estatalizadas» en cuya cabeza siempre estuvo, para los efectos del marxismo leninismo de tendencia soviética, el PCUS y, hasta su disolución en los años de la Segunda Guerra, la III Internacional. Sin embargo una parte de este papel fue realizado, con mayor o menor eficacia, por los partidos nacionales, según la influencia conquistada en el campo cultural de la izquierda.

Una de las funciones teóricas del sistema partidario es la producción de los criterios de validez sobre las obras del saber básico y de las aplicaciones teóricas circulantes, lo que podría llamarse un «control de la producción». Se trata de un papel de selección activa porque el marxismo, como todo campo teórico, está atravesado por contradicciones, debates, luchas de escuelas. Por esto mismo, en la división del trabajo los partidos nacionales tienen un papel más complejo que el de promotores de «causas de fe», decididas al nivel de las instancias centrales.

El partido tiene en esta tradición teórica una función de vigilancia y de correspondencia. Como ya se dijo, el sistema institucional de partidos, con el PCUS a la cabeza, definía el campo del saber válido, proporcionaba los criterios de construcción de «lo clásico» y los códigos correctos de lectura de las obras de los autores, asimismo indicaba las

30. Tomás Moulian, *op. cit.*

excomuniones. Por así decirlo, cumplía un papel de Santo Oficio teórico. Con el curso del tiempo esa estructura se simplificó y «nacionalizó». Un paso dado en esa dirección fue la desaparición de la III Internacional y la cada vez mayor cesión de autonomía a los partidos nacionales para el cumplimiento de esta función de validación que produjo la relativa «desestalinización» de 1956. Es evidente que esa era una tarea de la mayor importancia porque significaba determinar cual debía ser el saber básico circulante. En el caso chileno, especialmente el Partido Comunista, estaba estructurado para cumplir esa misión.

Según el modelo, el partido tiene además, un papel de producción de aplicaciones, tanto teóricas como estratégicas. Respecto a las aplicaciones teóricas las tareas podían cumplirse a través de dos formas: como producción propia, realizada por intelectuales ligados u orgánicos o como validación de la obra de algún intelectual independiente, referida al diagnóstico histórico de la sociedad, al análisis de la estructura de clases o del Estado, etc. Por estas operaciones el partido está también determinando el saber circulante, en este caso no el básico sino el adicional.

Respecto a las aplicaciones estratégicas, los productores son las direcciones partidarias, las cuales usan como medios de producción el saber marxista validado, sea básico o adicional. Por este procedimiento se elabora un conocimiento que se dice utilizar como «guía de la acción». Este tiene también una validación institucional (puesto que es el partido quien define determinado camino como correcto) pero es susceptible de una refutación empírica.

Este último tipo de producto tiene como uso o utilidad definir la práctica de los partidos. Se trata de un último eslabón, de un conocimiento derivativo, puesto que en este tipo de partidos siempre una reflexión estratégica se inserta dentro de un encuadre teórico global: significa la puesta en relación de una teoría de la revolución con un análisis de la realidad, del materialismo histórico con la dimensión espacio-temporal, de lo universal con lo particular. Por lo mismo cuando los partidos realizan aplicaciones estratégicas, que es lo que hacen cada vez que fijan la línea para una coyuntura o para una fase, ponen en operación mecanismos para la previsión del futuro. Hay resistencias de los partidos marxistas, como los que existían en Chile, para validar esas aplicaciones según los resultados y el repetido recurso a una «teoría de la historia», como sostén de líneas que a veces no funcionaban.

Quizás la explicación de la primacía de este tipo de construcción de discurso político es que los partidos no solamente cumplen el papel de vigilantes del conocimiento establecido según las reglas o de creadores de conocimiento «derivado». También tienen una función, tan importante como la primera: la formación de conciencia, la concientización, lo cual implica una capacidad de hegemonía o de expansión de la visión de mundo.

Esa operación, por la cual la ideología de una clase es establecida como universal, constituye un proceso político de lucha por el copamiento del campo cultural. La creencia básica era que, a través del conocimiento, en este caso del marxismo-leninismo, se producía la conexión de la clase con su *para sí*, estructuralmente fijado en su *en sí* y por tanto no indeterminado ni arbitrario. Sin la acción del partido la clase permanecería en el estado de una pura denominación; es a través de la «subjetivación» que el concepto deviene fuerza social.

La relación entre teoría, conciencia y práctica se establece a través del partido y éste está presente en cada eslabón de la cadena. El partido realiza también una función operativa-movilizadora que implica la fijación de fines, el establecimiento de medios, la incentivación de la acción, tanto a través de recursos de orientación cognitiva (que corresponden a las funciones teóricas) como a través de recursos expresivos o simbólicos. El partido aparece en todas las etapas, sea desde el lado de la teoría, desde el lado de la concientización o desde el lado de la movilización. Dicho de otra forma, está presente en cada momento del proceso de producción-uso.

En el eslabón de la producción, el partido es un productor del saber adicional, sea teórico o estratégico. Como se sabe, el conocimiento básico, el materialismo dialéctico y el científico, se encuentran por definición ya elaborados en sus líneas matrices en los textos de los clásicos o en «filosofía oficial» de los manuales. Pero como no se puede suponer la inmutabilidad existe un sistema procesual de validación. Son las direcciones («cabezas») del sistema jerarquizado de partidos o, en su defecto, del partido nacional las que definen el campo del clasicismo y la ortodoxia. Esta válvula de seguridad es importante, dado que lo clásico no constituye una tradición perfectamente cristalizada y siempre evidente. Es significativo el caso del mismo Lenin. Cuando se lanzaron a circular desde la URSS las tesis de la vía pacífica, fueron sacadas de la penumbra y puestas de relieve ciertas partes específicas de la polivalente obra de Lenin, especialmente textos del período entre la

caída del zar y la contrarrevolución de Kornilof. Lo mismo sucedió con segmentos de la obra de Engels, o con ciertas cartas de Marx. Las condiciones históricas nuevas, el cambio de la situación estratégica exigía una reinterpretación, la cual se realiza dentro del modelo, sin cambiar los fundamentos.

Más tarde, la ruptura chino-soviética significó que una visión competitiva se levantó contra el marxismo-leninismo oficial. Frente a ella el «clasicismo» institucionalizado reaccionó con la aplicación de los mismos criterios de verdad absoluta (desviación y heterodoxia) que antes había empleado contra el trotskismo. A su vez, el maoísmo, usando casi idénticos principios de verdad produjo por doquier pequeñas fracturas de los partidos comunistas, replicando la situación del trotskismo. Un caso parecido, aunque de mayor magnitud, ocurrió más tarde con la constitución de la corriente castrista.

En todo caso interesa señalar la significación del «partido nacional» en el ámbito de la producción. Este cumple el rol de productor indirecto, que le corresponde como autoridad respecto del marxismo en uso, la que realiza como seleccionador dentro del marxismo fundamental de categorías significativas para una etapa global o para una realidad específica. En general en esa tarea también tiene papeles subordinados, porque los roles principales los juegan las cabezas de la cadena jerárquica, en todos los casos que el partido local está integrado dentro de la red internacional. Pero incluso en ese caso, la entidad nacional específica tiene rangos de autonomía para resaltar los aspectos particulares y definir la «cultura» vigente.

En el caso del Partido Comunista chileno este papel autónomo fue bastante importante, pese a su «soviolatría». Mucho antes de 1956 el partido había asumido una línea de «tránsito institucional». El problema era que esa línea no podía ser argumentada en base a una teoría considerada científica, puesto que ésta solamente se «oficializa» después del XX Congreso. En sustitución el problema fue teorizado bajo la forma de un etapismo modernizante, lo que concordaba con el estilo de la época, con su determinismo evolucionista.

En este sistema particular de conocimiento, que era el marxismo leninismo de tendencia soviética en Chile, la ciencia estaba concebida como una construcción racional-objetiva sobre lo real que, al extenderse como conciencia, permitía la construcción de un sujeto histórico. En ese marco, el proceso de difusión científica era nada menos que la operación constituyente de develamiento que permitía la aparición de una clase

portadora del futuro. La condición era que esa difusión fuese realizada por un sujeto con un objetivo revolucionario, que lógicamente e históricamente tenía que ser preexistente a la clase, de un modo total o parcial. En este modelo el difusor debía ser el partido: solamente en sus manos el conocimiento podía conectarse con una práctica. Como es evidente, para el partido el conocer no constituía una mera operación de curiosidad intelectual o interés académico, era el medio para la formación de una conciencia de clase, en la cual se realizaba la síntesis de teoría y práctica.

La diversidad de productores y usuarios

Dentro de este paradigma el partido juega un rol crucial en el circuito de circulación, ocupando el papel de productor indirecto o directo del conocimiento en uso y de difusor normativo, puesto que solamente él tendría la capacidad de producir la unidad de teoría y práctica. Sin embargo, esto no significa que los productos eran elaborados y difundidos por ese único camino.

En Chile, desde aproximadamente la mitad de la década del sesenta, el marxismo se incorporó en el sistema universitario, al amparo de la pluralidad instaurada por los procesos de reforma. Aunque la razón principal que permitió este acceso fue el gran cambio cultural y político de las universidades ocurrido entre el 67 y el 70, operó también un factor adicional: las características del «althuserianismo», forma primera y preferente a través de la cual el marxismo leninismo penetró en esos sancta sanctorum del saber.

Su consagración dentro del sistema de enseñanza oficial fue muy importante para el proceso de reproducción del marxismo. Especialmente le permitió reclutar intelectuales y adquirir influencia en la juventud, como consecuencia de la fascinación que ejercían en esa época los sistemas que pretendían proporcionar una visión global del mundo y que postulaban el reemplazo del orden capitalista.

Puede parecer discutible la clasificación del «althuserianismo» dentro de la tendencia del marxismo leninismo soviético. En parte, la duda se justifica por la escasa resonancia del fenómeno dentro del Partido Comunista chileno. Pero esta inclusión se justifica porque, más allá de la influencia del althuserianismo dentro de la corriente castrista

y en algunos teóricos de la dependencia, centralmente constituye un esfuerzo de reformulación del marxismo leninismo clásico.

Como se sabe, Althusser propicia una ruptura con la influencia hegeliana y por ende, con las interpretaciones hegelianizantes de Marx. A través de ese corte intenta hacer una lectura que libere al marxismo de los feroces reduccionismos de la tradición economicista y que, al mismo tiempo, profundice su estatuto científico. Su obra puede verse como una empresa de reposición o restauración de la científicidad del marxismo leninismo, doblemente enturbiada por las vulgarizaciones de la didáctica y por las posiciones emergentes del llamado «humanismo socialista».

Un objetivo central de la obra de Althusser es superar el «hábito teórico» de interpretar los aspectos culturales e ideológicos (entre ellos la religión) como parte de la super-estructura o como epifenómenos. Para ello es necesario refinar el análisis teórico y dejar de pensar la relación entre lo económico y los otros aspectos de la vida social como determinaciones directas, carentes de una estructura de mediaciones. Althusser, usando el concepto de sobredeterminación, buscaba eliminar una lectura monista del marxismo. En su opinión, la contradicción simple fuerzas productivas-relaciones de producción nada explica por sí sola.

Pero, junto con este antirreduccionismo, que permitía restaurar la complejidad del marxismo como interpretación de la historia y conjugar mejor las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, Althusser también arreglaba cuentas con las interpretaciones del marxismo como filosofía del sujeto, incluyendo las vertientes historicistas, y enfatizando contra ellos una postura estructural³¹. Aún cuando Althusser se cuidaba de formular la situación con la estridencia de Foucault («Se nos plantea así un problema: el problema de la muerte del hombre»), sí puede decirse, siguiendo a Garaudy, que Althusser hace de la estructura el momento «único y exclusivo» (más bien habría que decir suficiente) del conocimiento y que, nítidamente, formula al marxismo como un antihumanismo teórico³².

Althusser refuta a la corriente, tan expandida entonces, del humanismo socialista, diciendo que Marx no recurre, para elaborar la teoría de la emancipación, a nociones tales como conciencia, libertad, esencia

31. Louis Althusser, *Lire Le Capital*, Maspero, 1968

32. Roger Garaudy, «Estructuralismo y muerte del hombre» en Varios, *Estructuralismo y marxismo*, Ediciones Martínez Roca, 1969.

genérica del hombre, más bien usa los conceptos de modos de producción, relaciones sociales, fuerzas productivas. Pero así como Althusser se niega a considerar el marxismo como humanismo teórico, también rechaza considerarlo como ateísmo, por cuanto el «ateísmo es una ideología religiosa»³³.

La importancia de Althusser en el marxismo chileno (y también latinoamericano) se debió especialmente a las obras de sistematización pedagógica producidas por Marta Harnecker. Las dos principales son el manual titulado «Los conceptos elementales del materialismo histórico»³⁴ que hasta 1988 llevaba sesenta y siete ediciones en español y la serie de doce folletos titulada «Cuadernos de Educación Popular».

La propia autora define su posición dentro de la cadena de circulación: «La verdad es que el objetivo fundamental de mis trabajos ha sido y es de orden pedagógico. Primero pretendí hacer llegar a las amplias masas ese redescubrimiento del marxismo realizado por Althusser y un grupo de compañeros que trabajaban con él...». En el mismo texto, agrega: «...creo estar en lo cierto al decir que existen muchos más investigadores y estudiosos del marxismo que pedagogos, pero resulta que no son los investigadores ni los estudiosos los que hacen la historia, son las masas populares con la clase obrera a la cabeza»³⁵.

Está claramente definida la primacía, dentro del circuito de circulación, de la función difusora, dado dos supuestos: a) la teoría para hacerla asequible a las masas debe someterse a una operación de-productora y, b) que la teoría está en condiciones de «hacer historia» solamente cuando se ha producido la «subjetivación», cuando se hace «conciencia de masas». Para Marta Harnecker la tarea básica es difundir, por qué la relectura althusseriana de los clásicos proporciona la teoría (del conocimiento) y la teoría (de la historia), además limpia al marxismo-leninismo de los rípidos reduccionistas y con ello permite la fecundación de «la ciencia de la historia» con los aportes parciales de la ciencia contemporánea (Bachelard, Freud, Lacan, etc.).

Para Marta Harnecker lo principal no es la «investigación» sino la «pedagogía». Esta es visualizada como enseñanza de las masas, como

33. Marta Harnecker, *Conceptos elementales del materialismo histórico*, Editorial Siglo XXI, 1985.

34. Editado por primera vez en 1969.

35. Marta Harnecker, «El marxismo: un antidogma», en *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Editorial Siglo XXI, 1985.

una tarea que desborda las instituciones académicas, pese a que precisamente con Althusser el marxismo-leninismo penetra los claustros universitarios. Los objetivos cognitivos están claramente expresados: simplificar la teoría, ponerla al alcance de las masas. La autora demuestra una cierta ingenuidad, en la medida en que comparte la ilusión racionalista de Marx, Engels y otros sobre la existencia de masas ebrias de ilustración y conocimientos, una muchedumbre proletaria a la espera y casi a la búsqueda de la ciencia que guiará su acción.

En todo caso el influjo más evidente del «althuserianismo» se localizó en el campo universitario, donde reclutó para el socialismo a profesores y estudiantes, entusiasmados por un discurso que planteaba el marxismo-leninismo en un código culto, académico y que borraba, a través del concepto de determinación en última instancia, los burdos mecanismos en el tratamiento del arte, la cultura y la religión.

En un campo teórico específico, el de las condiciones revolucionarias, el «althuserianismo» jugó un papel de puente, socavando algunos principios del análisis tradicional. El marxismo leninismo predominante, con su teoría etapista y su concepción de la «vía pacífica», se basaba en la vertiente objetivista-estructural del análisis de las condiciones revolucionarias. Situaba al socialismo como fin de un largo proceso de avance capitalista y profundización democrática, el cual prepararía la posibilidad del socialismo. Althusser, en su análisis de la teorización leninista sobre la revolución soviética, puso de relieve el sesgo politicista. La tesis de éste en octubre de 1917 era que, por estar el sistema capitalismo mundial uniformemente preparado en el «nivel objetivo», el punto de diferenciación serían los llamados «factores subjetivos». Se verá que esta teoría se encuentra en la base de las concepciones vanguardistas de los sesenta y en la corriente izquierdizante del período de la Unidad Popular³⁶.

36. Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Editorial Siglo XXI, 1967.

5. La otra corriente teorícista: El marxismo leninismo castrista

La denominación

Es problemático usar esta terminología para designar actores políticos chilenos, con excepción quizás del MIR (y de su órgano oficioso de difusión, la revista *Punto Final*). Como se sabe, el término castrismo sólo tiene un valor aproximado para designar las posiciones de la corriente izquierdista del Partido Socialista.

Se ha optado por el uso de esa denominación porque en esta última colectividad están presentes, aunque de una manera muy singular, los elementos esenciales de la base conceptual del marxismo leninista castrista.

La base conceptual

El análisis del capitalismo dependiente

La teoría etapista, presente en el marxismo leninismo de raíz soviética, se basa en el supuesto de que la «realización» pone en movimiento las contradicciones. Por eso no es posible el paso a una etapa cualitativamente superior en cualquier momento del desarrollo capitalista. Esta teoría del movimiento estructural aparece revisada en lo que se denomina castrismo.

El análisis del desarrollo capitalista de esa última corriente está basado en una versión de la teoría de la dependencia, construida por Frank, dos Santos y Marini, intelectuales extranjeros llegados a Chile al amparo de la reforma universitaria y de un clima de progresismo político³⁷.

En la segunda mitad de la década del sesenta, algunos autores realizaron un análisis histórico sobre la génesis del capitalismo en Chile, sus diferentes etapas y también sobre su desarrollo, tomando sobre ese último aspecto posiciones diferenciadas. Así Frank afirmó que, desde el período colonial, la economía chilena había tenido un carácter capitalis-

37. Ver, por ejemplo, Andrew Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Editorial Monthly Review, 1967.

ta, por su vinculación a los mercados externos. Otro, como dos Santos, criticó esa clasificación, señalando el peligro de confundir capitalismo comercial y capitalismo productivo y optó por emplear el término precapitalismo para calificar los momentos originarios³⁸. Usando un lenguaje hermético, Glauser afirmó que en Chile el régimen de producción originario fue la «manera pre-capitalista, y específicamente semiencomendil, en que se manifiesta en sus orígenes el sistema mundial de producción capitalista»³⁹.

Más allá de las diferencias de conceptualización, todos los autores de la teoría radical de la dependencia persiguen el mismo objetivo al investigar los orígenes del régimen de producción, están «interesados» en negar el carácter feudal de la economía chilena originaria⁴⁰. Esa apreciación historiográfica les parece necesaria para comprender plenamente la realidad política de su propia época, su actualidad. El razonamiento que realizan es alambicado: si la economía chilena no tuvo un origen feudal, cuestión en la cual esos autores están de acuerdo, mal podría hablarse, en la década del sesenta, de supervivencias feudales localizadas básicamente en el campo. Esa era la tesis que sostenían los comunistas, usándola para derivar de ella la estrategia de una «revolución democrática» pendiente, a través del argumento de las «condiciones objetivas».

Para estos autores, al contrario, las economías de todos los países de América Latina, con excepción de Cuba, eran capitalistas dependientes, por lo cual no estaban estancadas ni la espera de un «momento pendiente», no realizado. Esto significaba que eran países cuya industrialización estaba estructuralmente acotada o restringida porque su dinamismo provenía de las exportaciones de materias primas y de las importaciones de bienes de capital, insumos y tecnologías. Al mismo tiempo, eran sociedades cuyas burguesías internas estaban subordinadas al capital extranjero, países que carecían de un proyecto de desarrollo nacional y cuyo techo de desarrollo capitalista ya había sido alcanzado.

Esta corriente dependentista afirmaba el carácter limitado de las políticas desarrollistas y la inevitable frustración a que llevarían sus intentos más «visionarios», como los de profundizar la industrialización

38. Theotonio dos Santos, «El capitalismo colonial según A. G. Frank», *Monthly Review* N° 56, noviembre de 1968.

39. Kalki Glauser, «Orígenes del régimen de producción vigente en Chile», *Cuadernos de la realidad nacional*, junio de 1971.

40. José Cademartori *La economía chilena*, Editorial Universitaria, 1969.

sustitutiva de importaciones mediante aperturas negociadas de los mercados externos, al estilo de la integración regional⁴¹. Esas soluciones aparentes eran inviables o eran consideradas imposibles, en base al argumento del alto grado de integración monopólica del sistema capitalista mundial y de los efectos que esto habría producido en las clases dominantes internas. Como decía Marini, uno de los principales artífices de la teoría de la dependencia, después de la segunda guerra, el sistema capitalista mundial logró producir la «integración imperialista» en la esfera del mercado y también crecientemente en la esfera de la producción⁴². Junto con el intensivo desarrollo de la industria de bienes de capital se fue produciendo una hipertrofia del Estado en las economías centrales. Este jugó un papel básico en la reproducción no sólo económica sino ideológica y política del sistema productivo. En resumen, todas las etapas estaban cumplidas y todos los pasos dados.

Para estos teóricos radicales de la dependencia ya estaban extinguidas las condiciones que en algunos países de América Latina, en los primeros cincuenta años del siglo XX, hicieron posible tanto los intentos de industrialización sustitutiva de importaciones como la organización de un «Estado de compromiso». Es decir, ya estaban destruidas las «bases objetivas» sobre las que se había sostenido la política desarrollista y la existencia de una izquierda que privilegiaba un proyecto de modernización, concebido como etapa democrático-burguesa de la revolución. El grado de integración alcanzado por el sistema capitalista mundial y los efectos que ello provocaba sobre las clases dominantes internas hacían inviable una política cuyo centro era la alianza con las capas nacionalistas de la burguesía, y por tanto, también, los proyectos llamados reformistas. Los dependentistas radicales creían que el desarrollo capitalista era imposible por los efectos de un conjunto de contradicciones, por la combinación de la contradicción metrópoli-satélite con la contradicción interna o local entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En este discurso el socialismo era planteado como necesidad estructural, por lo que se estaba eximido de la exigencia de justificarlo como posibilidad. No había salida a la crisis del subdesarrollo capitalista sin buscar un camino socialista.

41. Una revisión detallada se encuentra en Cristóbal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, 1969. Kay distingue un enfoque reformista y un enfoque marxista de la dependencia.

42. Ruy Mauro Marini, *op. cit.*

Esta visión del socialismo como «necesidad» hay que tomarla en su sentido fuerte, puesto que lo que se estaba afirmando era que cualquier otra fórmula de desarrollo era incapaz de superar la crisis. Se creía que no había otro camino posible que el socialismo, lo cual significaba que éste era formulado como racionalidad única.

La alternativa de la lucha armada

Las tesis que plantea el socialismo como única salida posible de la crisis se combina, en estos teóricos de la dependencia (claramente en algunos, en otros de manera implícita) con la tesis sobre la vigencia de la lucha armada. Dentro de sus esquemas la revolución cubana era vista como caso ejemplar; se pensaba que había mostrado el camino, relativizando las tesis sobre la imposibilidad del triunfo militar en un continente tan directamente ligado a EE.UU. Algunos de estos productores de campo, siguiendo las generalizaciones de Debray⁴³, enfocaron el castrismo como la estrategia y la táctica de la revolución latinoamericana, aceptando, casi sin modificaciones, la tesis cubana sobre la guerrilla y sobre el papel del partido en la lucha armada. Otros se inclinaron hacia posiciones más próximas a los chinos y a la concepción maoísta de la revolución.

El enfoque dependentista está, muchas veces, en la base de las estrategias de lucha armada de esa época. Pero en ocasiones sigue líneas de argumentación menos estructuralistas. En todo caso, para asumir esa postura era indispensable formular el socialismo como necesidad y también como posibilidad alcanzable, siempre que se tuviera la «disposición de combate». Mezcla de economicismo y voluntarismo.

Guevara plantea enfáticamente que la lucha armada era una forma «universal» de lucha en América Latina, con pocas excepciones. Así se generalizan, en la década del sesenta las experiencias de guerrilla rural (Perú, Colombia, Venezuela, Guatemala, Bolivia)⁴⁴ y, más tarde, de lucha urbana (Uruguay y Argentina). Los dramáticos resultados de cada una de estas experiencias no fueron considerados como «demostraciones» alternativas, como señales del carácter contingente y difícil de la revolución.

43. Regis Debray *¿Revolución en la revolución?* Casa de las Américas, 1967; Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, CESO, 1971.

44. Richard Gott, *Las guerrillas en América Latina*, Editorial Universitaria, 1967.

En Chile, país cuya excepcionalidad aceptaba el propio Guevara, no se desarrolló la tesis de la necesidad de la lucha armada pero sí la tesis de la necesidad inevitable del socialismo. Los productores de esa teoría afirmaban que en Chile, igual que en cualquier otro país dependiente, no existía la posibilidad de un «camino intermedio». Según este discurso, el llamado «reformismo» se había agotado, por razones estructurales, porque no se podía pasar del subdesarrollo al desarrollo dentro del capitalismo. La diferencia que existía en Chile, aquello que «autorizaba» a pensar en una trayectoria distinta, «pacífica», era la posibilidad de acceder a la presidencia a través del camino electoral. Pero no se formulaba un cambio de metas, por lo cual el «gobierno popular» era visto como viable sólo a condición de avanzar hacia la «resolución final» del problema del poder. En algún momento, nunca bien precisado, la estrategia del copamiento debía ser dejada de lado, para dar paso al enfrentamiento directo.

Este enfoque modificaba la teoría de la revolución hasta entonces vigente. El etapismo preveía períodos largos de estabilización, durante los cuales se preparaban las condiciones objetivas y subjetivas del socialismo. Al contrario, los productores de esta nueva tendencia postulan la rápida transformación del «gobierno popular» en socialismo. En caso contrario, el fascismo sería una amenaza inminente, más aún inevitable.

Durante el período de la Unidad Popular estas dos concepciones estratégicas compitieron duramente por el control político del proceso. Al final se produjo entre ellas una suerte de empate catastrófico. Esta situación de equilibrio impidió que una línea se impusiera sobre la otra, generando una situación de inmovilismo.

Los productores de escuela

Ese tipo de producción marxista, expandida en la década del sesenta, combinaba la reinterpretación del subdesarrollo capitalista, conocido como teoría de la dependencia y la reconceptualización de la estrategia y táctica de la revolución realizada por Debray, a partir de la experiencia cubana de guerra de guerrillas. Los productores de esa corriente fueron básicamente intelectuales profesionales.

Fue el enfoque dependientista el que sirvió de base teórica real. Esa teorización permitía plantear, con nuevos argumentos el socialismo

como necesidad y, por derivación, anunciar el necesario fracaso de las experiencias modernizantes-democratizadoras, impulsadas por alianzas con «sectores burgueses». Así el nuevo análisis sobre el carácter de la revolución no fue la resultante del establecimiento de una relación teórica diferente entre estructura y praxis, en el cual se asumiera una perspectiva historicista voluntarista. El principal papel de los intelectuales dependentistas fue socavar las tesis vigentes sobre el capitalismo para reemplazarlas por el enunciado de la imposibilidad de un desarrollo «modernizado».

El predominio de los intelectuales dependentistas en la conformación del marxismo-leninismo de los sesenta, diluyó los elementos voluntaristas o politicistas que se encuentran en Guevara con su lectura épico-moral de la lucha armada. La interpretación vigente convierte a la lucha armada en realización de una necesidad histórica que viene planteada por la estructura.

Tal como se estructuró este marxismo leninismo denominado castrista, especialmente en Chile, la posibilidad del socialismo era derivada del agotamiento del capitalismo; había una matriz economicista, se planteaba la lucha armada como ejecución del «programa» de contradicciones del capitalismo dependiente. Como se observa, los intelectuales de esta corriente estaban en las antípodas del romanticismo voluntarista, el cual hacía reposar la posibilidad del socialismo en la convicción de las masas, en su conciencia. Aquí, el punto de partida lógico era diferente, se argumentaba la necesidad económica del socialismo.

Aunque con las reformas de fines de los sesenta el marxismo se expandió en todo el sistema universitario, los dependentistas se localizaron en la Universidad de Chile, especialmente en la Facultad de Economía, dentro de un centro de investigaciones sobre cuestiones económico-sociales (CESO). Durante el período de la Unidad Popular publicaron la revista *Economía y Sociedad* y desde antes estuvieron estrechamente ligados a la revista *Monthly Review* en su versión española. Esta corriente contaba también con el quincenario *Punto Final*, dedicado principalmente a discutir los problemas de la lucha armada en América Latina, y prácticamente controlaba la editorial Prensa Latinoamericana, donde se publicaron libros de Frank, dos Santos y los dos tomos de la recopilación de Vania Bambirra sobre la insurrección en América Latina⁴⁵.

45. Vania Bambirra, *La insurrección en América Latina*, Editorial Pla, 1972.

Los puntos comunes

La descripción de la base conceptual de esta escuela permite ver, con nitidez, que no representaba un abandono del marxismo leninismo en uso. El crecimiento de esta corriente significó introducir elementos nuevos respecto de los procesos de validación de teorías y, por consiguiente, del rol del partido, pero no implicó una nueva lectura teórica.

Las dos versiones del marxismo leninismo, la soviética y la castrista, se asemejaban en el análisis de las condiciones de la revolución y en la descripción de las finalidades de la revolución. Ambas compartían la idea de que el socialismo constituía una etapa intermedia en el proceso de emancipación, en el camino hacia un «final», el comunismo considerado como un tipo concreto y realizable de sociedad. También definían la «sociedad de transición» a través de dos características, la socialización de los medios productivos y la dictadura del proletariado.

En ambos enfoques existía un énfasis común sobre las condiciones de la revolución. El factor principal no era la voluntad activa o la mayor conciencia de las masas sino la combinación de condiciones objetivas básicas con condiciones subjetivas adicionales. Las primeras eran definidas como «ganadoras» de las otras, de manera que la voluntad y el deseo revolucionario sólo eran orgánicas cuando se acomodaban a realidades estructurales. En ese sentido ambos modelos teóricos eran fuertemente deterministas, con la diferencia que el castrista, basándose en la interpretación dependencista, afirmaba que las contradicciones estructurales ya estaban maduras.

La corriente que se ha llamado «marxismo leninista castrista» adoptó el sesgo estructural que también tenía la interpretación etapista, con lo cual se diluyeron los aspectos más voluntaristas del análisis de Guevara y en menor medida, de Castro sobre las condiciones revolucionarias. El axioma guevarista de que las condiciones había que crearlas se despojaba de toda connotación voluntarista, en la medida en que la teoría de la dependencia se había encargado de demostrar que el socialismo estaba puesto en el tapete de la necesidad histórica. La teoría de la dependencia permitía acomodar la necesidad de un «momento de fuerza» o, lisa y llanamente, la lucha armada con el enfoque estructural-determinista, dado que en el capitalismo dependiente las contradicciones no se «realizaban» según el modelo etapista.

La gran ausencia

Parece evidente que la noción de partido del marxismo leninismo soviético, con sus funciones de validación del saber clásico, de creación del saber aplicado, de concientización y movilización de masas, debería haberse reformulado para adecuarla a la nueva visión estratégica que en Chile planteaban los productores del enfoque castrista.

Una particularidad del caso chileno fue que aquí no se adoptó la concepción específica de la guerra del castro-guevariano sino un postulado más general, el de la inevitable necesidad de un «momento de fuerza». Por eso no se adoptó la conceptualización del partido incorporada en la concepción guerrillera⁴⁶. Dentro de este enfoque no podía considerarse al partido como pre-existente, por cuanto éste se debía construir desde la lucha, desde la guerrilla. Se ponía en cuestión la noción misma de partido elaborada en la tradición soviética: el conocer y el poseer un saber dejaba de constituir un aspecto central. En Chile la reconceptualización de la noción de partido fue parcial. No se adoptó la teoría castro-guevarista sobre la génesis o formación del partido, ni tampoco la tesis del «partido revolucionario» como contra-poder armado.

En Chile esta tendencia marxista leninista recogió la tesis del «momento de fuerza» pero no constituyó una teoría del partido acorde con esa elaboración estratégica, el partido como «poder militar». Lo que sí realizó fue una crítica de las «vanguardias» existentes, cuyo principio constitutivo era el manejo de un saber. El énfasis nuevo era definir a «la práctica» como principal mecanismo de validación de las teorías y como criterio de definición de la misma vanguardia. Se trataba de un criterio distinto del que aparecía en el marxismo leninismo tradicional, con su círculo vicioso teorístico, que casi no permitía una refutación desde la realidad. La posesión de la verdad le daba al partido carácter de vanguardia de la clase, por otro lado, el propio partido era quien definía los intereses reales del proletariado (una especie de esencia de la clase). En contraste, la nueva tendencia teórica colocaba a la práctica como validación de la teoría, con lo cual se introducía aire al sistema teórico, un principio de refutabilidad sin limitaciones respecto de los componentes del sistema, no solamente referido a las aplicaciones estratégicas.

46. Ernesto Guevara, *La guerra de guerrillas*, MINFAR.

Al principio esta tendencia castrista fue formulada como anticlasicismo o heterodoxia. Por mucho que existieran entre un enfoque y otro, vastas zonas de coincidencia al nivel teórico (sea al definir las finalidades del socialismo o las condiciones de la revolución), cada corriente realizaba un análisis estratégico específico y diferente. Por ello mismo la tendencia emergente estaba obligada a cuestionar el vínculo «esencialista» entre partido marxista leninista existente y saber teórico-político. Debía reivindicar, contra la ortodoxia, el principio de la competencia, debía luchar contra una organización de la cultura donde se adjudicaba apriorísticamente el título de vanguardia al partido que reclamaba la filiación legítima con el PCUS.

El argumento fuerte de esta tendencia emergente era la validación de la «lucha misma». En Cuba, el partido marxista leninista oficial no fue un actor significativo de la revolución democrática anti-imperialista y más tarde del proceso de radicalización socialista. La primera revolución «en serio» realizada en América Latina no estuvo liderada por el autodenominado «movimiento de vanguardia», lo que permitía cuestionar la vinculación entre teoría y práctica que existía en la concepción ortodoxa del partido. En el caso cubano, el razonamiento para proponer una estrategia diferente fue la ausencia de «condiciones objetivas». Ese argumento no era caprichoso, tenía bastante fundamento para la teoría en uso por la organización. Pero fue anulado por la «práctica», fue pasado a llevar por la experiencia de la «lucha de masas».

En Chile los efectos de la revolución cubana fueron complejos. En el mundo socialista se incorporaron dos ideas, la necesidad de «combinar formas de lucha» y la necesidad de transformar rápidamente al gobierno popular en revolución socialista. Estas incrustaciones estratégicas debieron haberse plasmado en una nueva teoría global de la revolución. En vez de eso fueron juntadas, en un extraño mestizaje, con el tránsito institucional y la lucha por ganar elecciones. Dentro del mundo socialista el sistema teórico se vuelve fragmentado, barroco y contradictorio.

6. Un marxismo metodológico: La renovación socialista⁴⁷

El sentido de la clasificación

Tanto el marxismo leninismo soviético como el castrismo constituyen variedades del enfoque teorista. A diferencia de esas escuelas, la renovación socialista (por lo menos la inicial) puede clasificarse dentro del enfoque del marxismo metodológico. Como se ha dicho, este último se caracteriza por considerar que el marxismo no tiene un cuerpo teórico completo y es básicamente un método de análisis de la realidad social, un conjunto de postulados sobre el conocimiento y de reglas del proceso de producción cognitiva.

Este enfoque metodológico se caracteriza por tener un punto de vista más abierto frente al carácter de la teoría marxista y por criticar los cimientos dogmáticos del marxismo teorista. También porque algunas corrientes de la renovación perciben al marxismo sólo como uno de los enfoques teóricos que influyen en su concepción de la política, negándole, por ejemplo, el carácter de única teoría de la revolución o de la emancipación.

Pueden distinguirse tres tendencias dentro de la renovación socialista entre 1976 y la formación de la Concertación. La primera ponía énfasis en la crítica desde dentro, desde el propio marxismo, al marxismo leninismo, a sus versiones mecanicistas y dogmatizantes. La segunda centraba su interés en la crítica de la concepción estatista de la política e intentaba proponer una concepción nueva de la democracia. La tercera re-planteó las finalidades tradicionales del «socialismo revolucionario», haciendo un esfuerzo inédito en la historia de la izquierda chilena.

b. El clima intelectual

Los productores de la renovación socialista trabajaron dentro de un clima intelectual específico, diferente del históricamente existente hasta entonces y marcado por algunos rasgos fuertes.

47. Existe un excelente trabajo de análisis sobre el tema con énfasis comparativo, Robert Barros, «Izquierda y democracia. Debates recientes en América Latina», en *Cuadernos Políticos* N° 52, oct.- dic. 1987.

El primer elemento del contexto cultural fue el fracaso de la Unidad Popular. Esa crisis representó de por sí un cambio de la atmósfera y de la mentalidad política, en la medida que mostró la fragilidad de una democracia considerada perenne y consustancial. Con el cambio de régimen se desmoronó una visión optimista del desarrollo político chileno, la cual se planteaba en términos de progreso lineal y continuo. La elite política de la izquierda, entre ellos los productores teóricos, estaban acostumbrados a pensar la sociedad como un laboratorio de cambios y su sistema político como un ejemplo de estabilidad. En verdad, para casi todos la ruptura fue una sorpresa.

El segundo elemento del contexto fue que el régimen militar aplicó una forma de hacer política inédita, que no consideraba límites morales para definir la cantidad de represión, coacción o amenaza que era necesario emplear para la realización de los fines autoasignados. El régimen militar no se planteó como un simple gobierno de orden o de restauración, cuyo objetivo fuese recrear las condiciones para la continuidad constitucional en el más corto plazo posible. Se presentó como un gobierno «revolucionario», que intentaba realizar la «verdadera» modernización capitalista, bloqueado por años de políticas populistas, por consiguiente de subordinación de la acumulación a las exigencias de la correlación de fuerzas.

La crisis de la Unidad Popular, el carácter clasista del régimen militar y el ambiente de amenaza marcan la atmósfera intelectual y política dentro de la cual trabajaron los productores de la renovación socialista.

El tercer factor que influyó fue la naturaleza de las ideologías que empezaron a predominar desde mediados de la década del setenta. Respecto al período anterior se produjeron cambios radicales, de tal magnitud que Habermas habla de un «espíritu de época literalmente reaccionario que domina desde mediados de los años setenta»⁴⁸. En el mundo entero se entronizaron ideologías neo-conservadoras. En nuestro país ese proceso significó un cambio del sentido común predominante respecto al Estado, también un cambio global de la relación de fuerzas a nivel ideológico. En esas ideologías neoconservadoras, la derecha encontró la visión de mundo de la cual carecía, desde la época del desplazamiento del catolicismo tradicionalista o del dismantelamiento del liberalismo.

48. *Escritos políticos*, Ediciones Península, 1988.

Hasta la «invasión» neo-conservadora, en casi todos los enfoques ideológicos y en la visión de la política de las elites, predominaba la idea de la racionalidad de la intervención reguladora del Estado y la aceptación de que éste encarnaba un interés superior. Esa visión fue puesta en duda por las ideologías en auge las cuales propusieron un «gobierno mínimo» y criticaron las funciones de bienestar del Estado. La visión organicista de un orden espontáneamente autorregulado reemplazó la concepción racionalista de un Estado regulador.

En el caso chileno esta concepción neo-conservadora o neo-liberal actúa como la legitimación ideológica de la dictadura instalada desde 1973. Al autoritarismo se le atribuye la función de preparar las condiciones para la verdadera libertad, produciendo cambios que no podrían ser realizados por una democracia política.

En medio del auge de estas ideologías neo-liberales, casi absolutamente monopólicas en el uso de los recursos comunicativos masivos, se fue gestando la renovación socialista. Por tanto, ésta nació en condiciones de represión de la libertad política y en un momento en que la derecha reencontraba una concepción global de la sociedad y un proyecto de futuro. Por varias razones la izquierda vivía un momento de retroceso ideológico, entre ellas por el auge de estas teorías que Habermas llamó reaccionarias.

Por otra parte, la renovación socialista se emprendió en un momento en que ya se hacía evidente la crisis de uno de los más fecundos pensamientos progresistas del siglo, el marxismo. Esa situación no tenía entonces las connotaciones de un derrumbe o de una bancarrota, como la que se observa hoy día. Pero era clara una crisis de las promesas, ya que no se avanzaba en superar al capitalismo en el terreno económico ni en crear sociedades más igualitarias, sin pobreza ni privilegios.

Como consecuencia el marxismo dejó de ser, desde mediados de los setenta, el referente intelectual prestigioso que había sido hasta entonces. Su potencia intelectual hegemónica se debilitó por la decadencia del eurocomunismo en España y Francia y por su estancamiento en Italia. Esos partidos eran los que habían llegado más lejos en el camino de la renovación del discurso marxista, alejándose de las posiciones de la ortodoxia leninista. Su declinación o estancamiento representaron un signo de inquietud.

En la base de estos procesos existió un deterioro de la capacidad de seducción de los socialismos reales, exacerbada después de la invasión de Afganistán y de la situación polaca. El triunfo de la

revolución sandinista produjo un repunte pero no alcanzó a marcar un giro. La situación era muy diferente a la existente en la década del sesenta, cuando el socialismo se veía como una esperanza posible y, especialmente, como una necesidad para el crecimiento económico.

La atmósfera intelectual dentro de la cual se fue gestando el socialismo renovado chileno estaba fuertemente marcada por estas experiencias, especialmente por el fracaso de la Unidad Popular y por la instauración de una dictadura con un proyecto clasista y también un discurso universalista sobre la sociedad.

Crítica al marxismo leninismo

El primer momento del desarrollo de la renovación socialista tenía una característica central: intentaba realizarse desde el interior del marxismo. La operación consistía en reconciliar la experiencia democrática con el socialismo, permaneciendo dentro de los ámbitos del discurso teórico tradicional de la izquierda.

Esta etapa originaria, cuyas primeras producciones son de 1977⁴⁹, se realizó en un período caracterizado por la sorpresa y la inadaptación a las nuevas condiciones del país. Era una fase de desgarramiento, donde se mezclaba la necesidad de exorcisar las responsabilidades de la Unidad Popular con la necesidad de construir un discurso democrático como referente de identidad, para combatir el carácter dictatorial del régimen instalado.

La elaboración de una teoría democrática del socialismo desde dentro del marxismo requería «arreglar cuentas» con el marxismo leninismo, especialmente con la noción de dictadura del proletariado y con cualquier resabio que pudiera justificar la necesidad de un régimen despótico. Realizar esa operación era indispensable para dotarse de «armas ideológicas» en la crítica contra el régimen militar.

Para producir esa crítica se acudió al aporte teórico de Gramsci, autor poco conocido en Chile hasta entonces pese a que estaba presente en el espacio cultural por la traducción de Osvaldo Fernández en 1972⁵⁰. El uso de sus tesis sobre el Estado «ampliado» y la hegemonía permi-

49. Ver artículos de Tomás Moulian y Enzo Faletto en *Futura institucionalidad de la paz en Chile*, Cisec, 1977.

50. *Lenin y Maquiavelo*, Editorial Nascimento, 1972.

tieron construir una crítica de las nociones instrumentalistas del Estado y de la noción despótica de la dictadura del proletariado.

La crítica realizada a Lenin abarcó también su «esencialismo» de clase y su análisis del partido. Éste era considerado como la institución que, desde fuera de la clase, importaba e introducía la conciencia constituyente de la clase, la cual estaba estructurada como un sistema de verdad científica. Esa visión del partido fue criticada como base del dogmatismo y de una concepción mesiánica de la política.

La intención de continuar dentro de la tradición marxista, que era vista casi como necesidad llevaba a los productores de la renovación socialista a confrontar la teoría deformada con la esencia del pensamiento marxista original. Lo que se intentaba era «expurgar» al marxismo de los elementos que le habían asignado la naturaleza de una fe o de una «nueva religión».

Esta crítica al marxismo leninismo buscaba establecer una relación de identidad entre democracia política y socialismo. Este último era mostrado como una superación, en ningún caso como una negación, del liberalismo, aunque se mantenía la idea que la democracia a la larga debía superar los límites del capitalismo. La democracia era verdaderamente compatible con el socialismo, porque sólo entonces se disolvía la disociación entre igualdad política (ciudadanía) y desigualdad económica (explotación).

El otro elemento fundamental en la producción de esta tendencia, que cubrió una etapa del desarrollo de la renovación socialista, fue la crítica de la Unidad Popular. Frente a los análisis izquierdistas que, ya entonces, atribuían la responsabilidad de la derrota a la incapacidad de «cambiar de vía» y de crear las condiciones para un enfrentamiento armado donde se resolviera el problema del poder, este sector de la izquierda levantó la tesis contraria, la de la alianza incompleta.

Para los productores de la renovación socialista la realización efectiva de un tránsito institucional hubiera requerido la formación de un bloque por los cambios o de un bloque democratizador que uniera sin exclusiones a los sectores progresistas en torno a un programa rediseñado. Sin una alianza política, amplia y mayoritaria el modelo de transición no tenía factibilidad. El fracaso en la formación de ese bloque, consecuencia del empate de fuerzas en la Unidad Popular entre grupos moderados y grupos que buscaban un rápido paso al socialismo, explicaba el fracaso de la experiencia⁵¹.

51. Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973*, Educa, 1978.

Esos productores permanecían en el campo del marxismo porque lo consideraban una señal o marca de la izquierda. Desde sus orígenes ésta había buscado su identidad en la referencia al marxismo, fuera éste metodológico o teoricista. Salirse de ese campo teórico era visto como salirse del espacio posible, como un apartamiento del campo de la izquierda. Los productores del socialismo renovado no hacían una lectura esencialista de la vinculación al campo teórico marxista, su adhesión era más bien cultural, tenía que ver con la internalización del marxismo como concepción vigente en las masas populares politizadas. En su operación crítica dejaron de considerar que el marxismo era la ciencia única de la historia, pero siguieron adheridos a esa identidad, por el papel que le atribuían dentro del mundo popular.

El marxismo, despojado de sus simplificaciones, era todavía concebido como una teoría fecunda, la cual, pese a su crisis, no había perdido su vitalidad. En esta etapa del desarrollo los productores del socialismo renovado no creen ni posible ni necesario prescindir del marxismo para elaborar una teoría del cambio social. En esa época, por ser sus finalidades de largo plazo todavía anti-capitalistas, no cambian de paradigma teórico.

Aunque rechazan la dictadura del proletariado y han abandonado la tesis de la destrucción del Estado burgués, siguen creyendo que la democracia profundizada no es compatible con el capitalismo y con el predominio de la propiedad privada. En algún momento ambos elementos deben entrar en crisis y, por así decirlo, la democracia, para continuar avanzando, tendría que ajustar cuentas con el capitalismo.

La tendencia de crítica a las concepciones de la política

Un poco más tarde, se desarrolló otra tendencia que avanzaba más allá, planteando la necesidad de reconceptualizar la política. Este enfoque tiene diferentes bifurcaciones, entre las cuales una de las más interesantes está representada por Lechner⁵². Este intenta «especificar» una concepción de la política asentada sobre cuatro ejes: a) el carácter «social» y no «natural» del orden, b) la determinación recíproca de los sujetos como «núcleo central de la práctica política», c) la visualización

52. Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, FLACSO, 1984.

de la política como acción instrumental y también como acción simbólica y d) la necesidad de considerar no sólo los problemas de formalización sino también, de manera importante, los de subjetivación. El esfuerzo de Lechner se orientaba contra la visión naturalística, tecnocrática o formalista de la política, puntos de vista que a su vez se fundamentaban en una consideración del orden y de los sujetos como predefinidos.

Otra línea dentro de la misma tendencia global, complementaria de ella pero menos teórica, criticaba la visión reductiva de la política localizada en el Estado. Esa visión estatalista e institucional de la política era criticada en cuanto generadora de una visión elitista de la democracia, definida por un rol privilegiado de los partidos y de las operaciones de ingeniería política al nivel del régimen de gobierno (sistema electoral, sistema de partidos, repartición de atribuciones entre los órganos de poder, legislación electoral)⁵³.

Para la visión estatalista que se criticaba o cuestionaba, el actor principal del sistema político eran los partidos, los cuales deberían subordinar, para efectos de lo político y para el funcionamiento eficiente de ese campo, a las otras organizaciones sociales. Esto porque los partidos, como instituciones que se expresaban a través de discursos sobre el interés general, podían cumplir las decisivas funciones de agregación de intereses y de construcción de algún principio de unidad.

La visión estatalista que predominaba en la izquierda fue confrontada con una concepción mucho más «basista» de la política. La búsqueda central de la acción deberían ser el «reforzamiento de la sociedad civil». Lo «real» se daba «abajo» y no «arriba». Para evitar que los partidos monopolizaran el espacio público y se derivara en una política de elites, era necesario que se multiplicara la red de organizaciones destinadas a permitir la máxima expresión de lo social.

Estos productores formularon una visión muy crítica de los partidos. Uno de sus diagnósticos más frecuentes fue la existencia de una crisis de representación, manifestada en un doble fenómeno. Por un lado, argumentaban, había una separación entre la dirigencia política, constituida en elite, y las masas. Por otro lado había una separación entre dirigentes y dirigidos dentro de un mismo partido. Las elites se habían automatizado, separándose de la subjetividad cotidiana, viviendo en el mundo de la política profesionalizada, sin conexión con los sentimien-

53. Manuel Antonio Garretón *Partidos y democracia en FLACSO*, 1985 y *El proceso político chileno*, FLACSO, 1983

tos vitales de la gente común. Así los políticos, aislados en sus cúpulas, no tenían posibilidad de conectarse con el mundo real. Se desarrolló una crítica a la localización de la política, practicada como acción centralizada «desde arriba». La idea fuerza era que los sujetos sociales constituidos en la propia praxis debían convertirse en los actores privilegiados de la política. Para pensar en una democracia verdaderamente participativa, los partidos, como órganos de intermediación, debían ser profundamente «revolucionados»⁵⁴.

Esta tendencia analítica dentro de la renovación socialista desplazó su interés desde la renovación del marxismo a la renovación de la política, lo cual estuvo relacionado con un tipo diferenciado de productor, más ligado al trabajo social con la base.

La categoría principal de este análisis era la de «sociedad civil». Ese espacio o ámbito, definido por oposición al político-estatal, al arriba, sería el auténtico lugar donde debían crearse y operar las energías vitales básicas de una sociedad. Aunque no se puso demasiado cuidado en precisarla rigurosamente desde el punto de vista conceptual, es evidente que la categoría de «sociedad civil» era diferente de la Marx. Esta última se refería al ámbito de las relaciones económicas, mientras la otra era más general y nombraba al conjunto de organizaciones sociales de carácter público pero no estatal. En realidad, en la práctica, los productores usaban la categoría de sociedad civil como sinónimo de «base social», de masa activa o de movimientos sociales.

Otro tema significativo fue la democratización de los partidos, la cual se ubicaba en la búsqueda de una repolitización masiva, lo cual implicaba que los partidos dejaran de ser asociaciones cerradas de poder de una elite que instrumentalizaba a los dirigidos y que la política se hacía más próxima a la subjetividad, se acercaba a las necesidades y al lenguaje de los hombres comunes⁵⁵.

La política democrática, concebida desde la participación más que desde la representación, buscaba vencer las tendencias al conformismo y a la apatía, la propensión a refugiarse en la esfera privada, el retrotraimiento respecto del debate y de las decisiones públicas. El fomento de la participación exigía superar la ética individualista del «cada uno a lo suyo», sustituyéndola por una ética de corte más

54. Eugenio Tironi, *La Torre de Babel*, Ediciones Sur, 1984.

55. Norbert Lechner *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FLACSO, 1988.

comunitario. La utopía o el concepto límite de esta tendencia era la creación de una verdadera vida cívica, con plena deliberación racional de lo público.

La tendencia de redefinición de las finalidades

Desde que los partidos volvieron a predominar en el espacio político, aproximadamente en 1983, se modificó el énfasis predominante dentro de la renovación socialista. Apareció una tendencia que simultáneamente redefinió la aproximación al marxismo y las finalidades del socialismo.

De esa manera se produjo una reorientación general de una parte de la izquierda chilena. Por primera vez en la historia de la izquierda se redefinen de una manera tan profunda las finalidades y objetivos «clásicos» de la acción política socialista. Desde la década de los treinta el objetivo final de la acción política de la izquierda era el socialismo, entendido de la manera marxista. El desarrollo de la teoría etapista significó introducir una dimensión temporal, el socialismo no era visualizado como una finalidad inmediata pero sí como una finalidad mediata. Esto significaba que, aunque cada etapa estaba claramente diferenciada de la otra, también cada etapa preparaba la otra.

El socialismo se definía a través de las categorías de la teoría marxista de la revolución. Eso hacía semejantes a los militantes socialistas, un partido ideológicamente mestizo, con los militantes comunistas, un partido monolítico, inspirado en el marxismo leninismo soviético. Desde la década del treinta, la izquierda en su conjunto orientó su acción por la misma concepción del socialismo, sintéticamente definido como nacionalización de los medios de producción y democracia de trabajadores (o dictadura del proletariado, diferencia que en ese paradigma es nominal).

En la década del sesenta se produjo un cambio. La concepción del proceso como sucesión discreta de etapas largas y consolidadas fue reemplazada por una visión mucho más continua, con etapas cortas y de rápida superación. En la percepción de los estrategias el socialismo pasó a ubicarse en el horizonte inmediato. Esa fue una modificación importante, pero constituyó un cambio *en el* sistema teórico y no *del* sistema teórico. En la década del ochenta el cambio correspondió a la segunda categoría. Por parte de un sector significativo de la izquierda chilena se redefinieron los fines del socialismo.

En las nuevas fórmulas el socialismo ya no aparece como planificación central y socialización de los medios de producción sino como intensificación del proceso de democratización⁵⁶.

El término «democracia social», aunque no muy usado, sirve para identificar al nuevo proyecto socialista. En el período anterior las fases de modernización eran consideradas sólo momentos del proceso revolucionario cuya «transición» sería el socialismo y cuya coronación el comunismo. En el nuevo discurso, la «democracia social» deja de ser considerada una etapa de creación de condiciones para el salto futuro hacia el «buen orden» de perfecta armonía para ser concebida como finalidad de la política.

En ese discurso «democracia social» significaba la combinación de justicia social y de mayor igualdad con perfeccionamiento democrático. En esa interpretación desapareció, por ende, la idea de que en algún momento se producía una contradicción insoluble entre democracia y capitalismo, aunque no siempre esto se decía claramente. La idea de revolución se puso en duda. La finalidad de la política ya no era más la ruptura violenta del orden precedente, lo que significaba una guerra, sino un reformismo radical.

Por lo mismo fue cuestionada la relación tradicional con el marxismo que la izquierda establecía. Este dejó de ser la ciencia que inspiraba al partido, la única orientación cognitiva necesaria porque cumplía el papel de proporcionar la justificación teórica de los fines y el inventario de leyes de la acción política. Al contrario, el discurso elaborado por estos productores de la renovación socialista hablaba del marxismo como de una de las influencias que constituyen la cosmovisión partidaria, retomando una línea del socialismo histórico, previa a la década del sesenta.

Los productores

La tendencia de la renovación socialista se desarrolló hasta 1983 en un contexto donde los partidos no tenían ningún espacio legal y muy poca libertad de acción fáctica.

56. Desde la perspectiva latinoamericana es interesante el libro de Benjamín Arditi, *Discutir el socialismo*, Ediciones Criterio, 1988.

Durante los primeros años, y coincidiendo con un momento específico en el desarrollo de esta tendencia, los principales productores fueron intelectuales del mundo académico alternativo, entonces en proceso de formación. Lo normal era que fueran también militantes partidarios pero cuyo principio básico de identidad era el académico. Casi todos ellos fueron militantes durante el período de la Unidad Popular, no obstante no habían tenido roles de gran importancia política o por lo menos de gran visibilidad, proviniendo la mayoría del trabajo universitario. Una parte importante de estos intelectuales estaban afiliados a partidos menores de la izquierda, como el Mapu-OC o el Mapu, y un número mucho menor al Partido Socialista.

Cuando el énfasis se trasladó hacia la retematización de la política cambió poco el perfil de los productores. La única diferencia con el período anterior fue el importante papel jugado por ciertos agentes intermedios, como los educadores populares, quienes desempeñaron el papel de productores pedagógicos, mitad elaboradores y mitad difusores.

Desde que en 1983 los partidos tuvieron una reactivación de facto, cambió la importancia relativa de las orgánicas internas como lugares de nucleamiento de intelectuales partidarios. El trabajo en esta esfera se colectivizó y cobraron importancia las producciones de los órganos partidarios. Por otra parte, el discurso se volvió a elaborar en un código político más que en un código académico. Con el tiempo ha podido constatarse la falta de un trabajo más teórico, dado el peso que el proyectado como discurso sigue teniendo en la tradición socialista.

7. Los cambios del discurso comunista⁵⁷

El período de iniciación

Los cambios del discurso marxista leninista del Partido Comunista chileno tuvieron lugar en las cercanías del plebiscito de 1980. En realidad, desde 1973 hasta los primeros meses de 1980 los comunistas permanecieron fieles a su discurso estratégico-táctico tradicional. El hecho que se impusiera en la izquierda la tesis de los frentes anti-facistas significó la hegemonía del clásico discurso de las alianzas amplias de la

57. Partido Comunista de Chile, *Caminos de Libertad*, s. e., s. f.

teoría etapista. Aprovechando la atmósfera creada por el golpe, los comunistas buscaron corregir los sectarismos del período de la Unidad Popular, pese a que estas propuestas no encontraron acogida en la Democracia Cristiana. No se produjo una «renovación» teórica sino una readaptación del mismo paradigma.

Los cambios del discurso comunista se empezaron a percibir después de definidas las propuestas constitucionales, cuando se vio que primaba dentro del bloque en el poder la línea de plebiscitar un gobierno de larga duración y de crear una Constitución con grandes rigideces de cambio. Los comunistas modificaron sus opciones estratégicas cuando vieron cerrado el camino de las negociaciones políticas o de los cambios liberalizadores, propugnados por la llamada «línea blanda».

El carácter de los cambios

¿De qué naturaleza fueron los cambios introducidos y cuál fue su carácter? Las modificaciones introducidas por los comunistas no afectaron las teorías de base, su concepción del marxismo, aunque sí las propuestas estratégicas hasta entonces vigentes.

Algunos lineamientos básicos de la teoría precedente no fueron modificaciones por los cambios de 1980, entre ellos las finalidades del socialismo, la tesis del carácter no inmediato de la revolución socialista y el papel decisivo de las alianzas amplias. Existieron, por lo tanto, numerosos elementos de continuidad entre las concepciones del pasado y las formuladas desde el ochenta hacia adelante. Además se buscó crear la imagen de que esa continuidad existía y de que las nuevas tesis estaban contenidas, como virtualidad, en el paradigma hasta entonces en uso. Si bien en el nivel formal eso fue así, porque efectivamente la nueva línea política podía derivarse del marco teórico anterior, lo importante fueron los enormes cambios culturales que significaba aplicar la nueva política.

El contenido de los cambios

Aunque la reformulación estratégica del 80 no cambiaba el paradigma básico, sí afectaba a la teoría de la revolución hasta entonces en uso. Se definió como un componente (no sólo coyuntural sino permanente) de

la política del Partido Comunista la estrategia de «combinación de formas de lucha». La afirmación de que el partido debía tener, en todo momento, recursos de fuerza propios que le permitieran «defender la democracia» era correlativa con esta tesis.

En la práctica, los comunistas hicieron suya en 1980 las posiciones que los socialistas habían esgrimido en su contra en las polémicas de la década del sesenta. Los aspectos más importantes del cambio no fueron los enunciados sobre la «rebelión popular», que se referían a aspectos tácticos de la lucha contra el régimen autoritario, sino la negación de la validez del «tránsito pacífico», puesto que eso significaba sostener la necesidad de estar siempre en condiciones de combinar las formas de lucha.

La teorización política de los comunistas siguió enmarcada en el marxismo leninismo, incluso se mantuvo el enfoque etapista, pero se modificó una parte sustancial de su teoría de la revolución. Los traumas históricos de la década del setenta «condicionaron», por así decirlo, esas producciones. Se desvaneció el optimismo puesto en las posibilidades del tránsito institucional. Las esperanzas fueron colocadas, en último término, en la violencia revolucionaria, en la guerra, fuera ésta defensiva, destinada a conseguir preservar la democracia u ofensiva, destinada a llegar al socialismo⁵⁸.

Los productores

Como ha sido una tradición en el caso del Partido Comunista chileno, se trató de producciones generadas colectivamente por la orgánica partidaria. A diferencia de los escritos de las diferentes corrientes de la renovación socialista, se trata de una producción casi sin resonancia en el campo intelectual. En el campo cultural de la izquierda de esos años se observa la primacía casi absoluta de la «crítica de las armas» y la falta de eco de posiciones favorables a la lucha armada, incluso en el ámbito de los intelectuales intermediarios o difusores.

Entre los educadores populares o entre los intelectuales que en la época actuaban en las organizaciones de base, tenían mucho más

58. Este análisis no considera la situación posterior a 1989, fecha en que este artículo fue elaborado.

resonancia los temas del reforzamiento de la sociedad civil o de la vigorización de los movimientos sociales que el de la violencia revolucionaria. En parte esto sucedió porque, en las condiciones históricas de la sociedad chilena, ese discurso carecía de «decibilidad», no era culturalmente eficaz porque no pasaba la barrera del juicio de realidad del sentido común.

Como no existía una masa de intelectuales elaboradores y difusores distinta que el partido y sus intelectuales orgánico-institucionales, los productos tenían un formato específico, diferente de los elaborados por intelectuales-académicos. Este formato se expresaba en la selección de temas, en el estilo, en las referencias culturales contenidas en los textos, etc. La marca de fábrica era la politicidad de los textos, y el uso analógico de conceptos de la «ciencia militar» era tradicional en esa corriente.

El problema era que no había sensibilidad frente a la crisis cultural que afrontaba el tipo de discurso. Para convertirse en un discurso pronunciable o decible hubiera necesitado de una profunda reformulación teórica que afrontara los problemas tanto de su legitimidad como de su posibilidad.

El materialismo histórico como programa de investigación

Ludolfo Paramio

1. Marxismo y filosofía de la ciencia

Para la mayor parte de los filósofos de la ciencia de los años 60, el psicoanálisis y el marxismo eran, a veces en competencia con la astrología, los mejores ejemplos de falsas ciencias: una teoría unificada pero que no admite contrastación con los hechos, pues la adecuación de la teoría a la realidad debe ser juzgada por los propios creyentes en la teoría, por la propia comunidad que la mantiene.

Para un popperiano el marxismo es científico si los marxistas están dispuestos a especificar los hechos que, de ser observados, les inducirían a abandonar el marxismo. Si se niegan a hacerlo el marxismo se convierte en una pseudociencia. Siempre resulta interesante preguntar a un marxista qué acontecimiento concebible le impulsaría a abandonar su marxismo. *Si está vinculado al marxismo, encontrará inmoral la especificación de un estado de cosas que pueda refutarlo*¹.

Lo más paradójico es que cuando Lakatos escribía estas palabras (en 1973), el marxismo atravesaba una fase de hegemonía cultural en los países de la Europa y la América Latina, y había comenzado un notable

1. Lakatos, I. (1983) *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid, Alianza (*Philosophical Papers*, Vol. I, *The methodology of Scientific Research Programmes*, ed. de J. Worral y G. P. Currie, Cambridge University Press, 1977), p. 12. El subrayado es mío.

auge en los medios académicos anglosajones. Y a la vez, sin embargo, nunca había sido tan claro que esta hegemonía y este auge coincidían con un completo caos respecto a lo que pudiera entenderse por marxismo. Las más dispares interpretaciones filosóficas se pretendían marxistas, y un número considerable de autores se atribuyen además la única interpretación ortodoxa de la herencia de Marx, con resultados francamente heterogéneos.

El diagnóstico lógico era, por tanto, que el marxismo se había convertido en un sistema de valores y creencias, o, hablando de forma más precisa, en un conjunto de sistemas que sólo compartían el anticapitalismo, la creencia de una indeterminada revolución que daría paso al socialismo, y el reconocimiento de Marx como fundador de las respectivas iglesias y sectas. Tenía sentido decir, por tanto, que un marxista consideraría indecoroso especificar algún acontecimiento terreno que pudiera llevarle a dejar de ser marxista.

Curiosamente, eso no parece haber preocupado especialmente en la época de aquellos que, incluyéndose en ese confuso campo de creencias y valores que se identificaban con el marxismo, pretendían, además, que el materialismo histórico tenía un contenido *científico*, en cualquier significado que se quiera dar al término. La filosofía de la ciencia era simplemente ignorada como una ciencia burguesa, positivista.

Las raíces de ese desencuentro son varias. Desde la desdichada y confusa arremetida de Lenin contra Mach en su *Materialismo y empiriocriticismo* (que tantos sufrimientos ocasionó a quienes en su juventud intentaron apurar el vaso de leninismo hasta la última gota), la filosofía de la ciencia podía ser vista como sospechosa de idealismo. Pero es bastante poco verosímil que la indudable continuidad entre Mach y el primer Carnap² baste para explicar la ausencia del diálogo entre el marxismo y la filosofía de la ciencia: se pueden encontrar razones históricas adicionales.

La filosofía de la ciencia de este siglo está dominada hasta la década de los 60 por dos grandes escuelas, el positivismo lógico del Círculo de Viena y el falsacionismo de Karl Popper. Como nadie ignora, Popper fue por un breve período socialdemócrata, y en el ambiente de

2. Veáanse Mach, E. (1987) *Análisis de las sensaciones*, Barcelona, Alta Fulla (*Die Analyse der Empfindungen*, Jena, 1886) y Carnap, R. (1967), *The Logical Structure of the World*, Berkeley, University of California Press (*Der logische Aufbau der Welt*, Berlín, Welkreis, 1928).

Viena de 1929 (fecha del *Manifiesto* del Círculo) el (austro) marxismo tenía una marcada influencia³. Se podía pensar que había condiciones para el establecimiento de algún tipo de comunicación entre ambas culturas. El ascenso del fascismo alemán, sin embargo, devastó el terreno en el que este encuentro se podía haber producido. Los positivistas lógicos y Popper (que nunca quiso considerarse como uno de ellos) emigraron a Gran Bretaña y Estados Unidos. Y en este nuevo medio intelectual el diálogo con el marxismo ya no sería posible.

Ciertamente, también los más destacados miembros de la Escuela de Francfort emigraron a Estados Unidos. Pero allí desarrollaron su exilio intelectual en una cómoda marginación de las corrientes filosóficas anglosajonas, y manteniendo a lo más un diálogo con otro gran pensamiento exiliado, el psicoanálisis revisado o radical. No había muchas posibilidades de que la filosofía de la ciencia se ocupara seriamente de *éste* marxismo⁴.

Pero el pensamiento del Círculo de Viena tenía muchos rasgos que deberían haber posibilitado el diálogo con el marxismo, como por ejemplo su profundo aborrecimiento de la metafísica y su búsqueda de hechos duros sobre los que basar el conocimiento. El primer empirismo lógico había tratado de delimitar el verdadero conocimiento científico sobre la base de su *confirmabilidad* por experiencia, a la vez que trataba de buscar enunciados protocolares (correspondientes a experiencias inequívocas e intersubjetivas) sobre los que pudiera fundamentarse cualquier teoría con pretensiones de ciencia, de forma que todo enunciado teórico se remitiera finalmente a enunciados protocolares y pudiera ser, por tanto, considerado *significativo*.

Este intento ofrecería, sin embargo, dificultades crecientes, que abrieron una compleja discusión sobre el concepto de grado de confirmación (inductiva) de una teoría⁵, y obligaron a nuevas versiones del principio de significatividad, de las que son representativas las diversas

3. Dentro del propio Círculo. Otto Neurath manifestaba un notable interés por el marxismo.

4. Habría que esperar hasta el final de los años 60 para tener algo parecido a un diálogo entre marxistas y francfortianos y un Popper muy solitario: véase Adorno, Th. V., et al. (1972), *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo (*Der Positivismusstreit in der Deutschen Soziologie*, Berlín, Luchterhand, 1969).

5. Véase Lakatos, I. (1981) «Cambios en el problema de la lógica inductiva», en *Matemáticas, ciencias y epistemología*: Madrid, Alianza (*Philosophical Papers*, ed. de J. Worral y G. P. Currie, vol. 2, *Mathematics, Science and Epistemology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977), pp. 174-268.

tentativas de Carnap y del portavoz inglés de Círculo, A. J. Ayer, y que se describen críticamente en un conocido ensayo de Carl Hempel⁶. En 1934, con su *Logik der Forschung*⁷ Karl Popper lanzó una alternativa radical a la perspectiva de la confirmabilidad y la significatividad de los enunciados, con su propuesta de un criterio de *falsabilidad* como demarcación del pensamiento científico frente al que no lo es.

Su razonamiento es muy simple: por muchas observaciones que confirmen una teoría, ésta nunca podrá probar que es completamente cierta, ya que siempre son imaginables nuevas observaciones que la *desconfirman*. Por tanto lo que caracteriza a una buena teoría no es estar altamente confirmada por la experiencia, sino ser altamente contrastable: ofrecer de continuo nuevas posibilidades de ser *falsada* por observaciones que la desconfirman.

La clave de este razonamiento es que una buena teoría científica debe poderse someter a *experimentos cruciales* de los que deberá salir airoso so pena de verse abandonada y sustituida por una nueva teoría. El progreso científico es así fruto de la contrastación y falsación de las teorías. Y una teoría que no sea contrastable ni es científica ni permite el progreso del conocimiento, ya que, por definición, no es falsable.

Esta era la base del rechazo por los popperianos del marxismo como falsa ciencia: para un marxista comprometido ninguna predicción fallida, ningún experimento crucial, podía llevarle a revisar su compromiso. A lo que se unía la lógica distancia entre una tradición filosófica anglosajona, profundamente anclada en la voluntad de claridad analítica y empirismo, y lo que había llegado a ser en la Europa continental, tras la guerra, el *marxismo occidental*⁸, muy ligado al existencialismo o a la filosofía hegeliana. El rechazo de los galimatías hegelianos, en función de un afán de claridad analítica, justificaba lógicamente la mayor prevención ante una filosofía que se pretendía específica y superior en virtud de su comprensión de la dialéctica hegeliana, o mejor dicho, de su apropiación una vez puesta sobre sus pies y vigorosamente reconvertida en dialéctica materialista.

6. Hempel, c. g. (1965) «Problemas y cambios en el criterio empirista de significado», en A. J. Ayer (comp.), *El positivismo lógico*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 115-136 (*Logical Positivism*, Glencoe (Ill), The Free Press, 1959).

7. Popper, K. R. (1972) *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos (*The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson, 1959).

8. Anderson, P (1978) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI (*Considerations on Western Marxism*, Londres: New Left Books, 1976).

Pero la ortodoxia falsacionista de los seguidores de Popper recibió en 1962 un duro golpe con el advenimiento de Thomas S. Kuhn⁹. Para él, lo que caracteriza a la ciencia real (lo que denomina *ciencia normal*) es la adhesión dogmática a un *paradigma*, a un marco teórico heredado, lo que significa, a la vez, una serie de logros científicos ejemplares, una manera de abordar el análisis de los rompecabezas que el científico encuentra en su práctica cotidiana y, sobre todo, una definición implícita de los problemas que la teoría puede plantearse y de la forma de resolverlos.

La adhesión dogmática al paradigma implica que el motor del progreso científico no es la falsación de teorías, sino el principio de tenacidad con el que el investigador, desde su paradigma, intenta hallar solución a los rompecabezas que surgen en su trabajo cotidiano. Y cuando se enfrenta a una *anomalía*, a un problema que no encuentra solución dentro del paradigma heredado, no considera esta anomalía como un experimento crucial que falsa la teoría, y menos aún la descarta. Recurre a la hipótesis *auxiliares* (e incluso descaradamente *ad hoc*) para explicar las observaciones incómodas, y en caso extremo las ignora. Sólo cuando las anomalías se acumulan indecorosamente, y cuando se cuenta con otro marco teórico que permite resolverlas sin renunciar a gran parte de los hechos que la vieja teoría explicaba¹⁰, se produce una *revolución científica*, un cambio de paradigma. El fenómeno es descrito en términos cercanos a los de una conversión religiosa, y de hecho el único criterio que legitima la revolución científica es su aceptación colectiva por la mayor parte de la propia comunidad científica. No hay criterios normativos externos que justifiquen un cambio de paradigma, contra el principio falsacionista de Popper.

Las ideas de Kuhn eran ciertamente escandalosas, y provocaron bastante escándalo y discusión, incluyendo una posición netamente defensiva de Popper y los popperianos¹¹. Pues éstas parecían abrir la

9. Kuhn, T. S. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.

10. Pues, contra la visión habitual del progreso científico como proceso acumulativo y lineal, Kuhn admite la posibilidad de que una nueva teoría no pueda explicar todos los hechos que explicaba su antecesora, y de que nunca llegue a explicar algunos de ellos: es lo que se conoce habitualmente como *pérdida de Kuhn*.

11. Véase Lakatos, I., y Musgrave, A., comps. (1975) *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona, Grijalbo (trad. ampliada de *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970).

puerta a un relativismo radical: desde la perspectiva de Kuhn era difícil afirmar tajantemente que el marxismo (*cualquier* marxismo), el psicoanálisis o la astrología fueran falsas ciencias. Se podía admitir que *todo vale*, y que no hay argumentos que fundamenten las pretensiones de superior objetividad de la ciencia: ésa sería la posición de Paul K. Feyerabend¹², mantenida especialmente en polémica contra los popperianos, que le habían considerado uno de los suyos.

La mayor parte de los filósofos de la ciencia, sin embargo, no se apuntó al relativismo radical, sino que trató de reconstruir una metodología normativa de la ciencia¹³, esfuerzo del que nació el término *programa de investigación científica*. La idea presentada por Lakatos en su largo texto «La falsación y la metodología de los programas de investigación científica»¹⁴, es una versión elaborada y dinámica de la metodología falsacionista, frente al falsacionismo *ingenuo* de los popperianos ortodoxos, y pretende combinar el hecho muy real, subrayado por Kuhn, de que ningún científico está dispuesto a tirar por la borda su teoría apenas ésta encuentre anomalías, con el principio de que la contrastación de una teoría con la experiencia es la base del progreso científico.

Simplificando mucho, se puede decir que Lakatos acepta como un hecho normal el que los científicos intenten eludir las anomalías recurriendo a hipótesis *auxiliares* para salvar su teoría frente a las observaciones (contrastaciones) incómodas. Pero puede suceder que las nuevas hipótesis aumenten la contrastabilidad de la teoría (es decir, predigan hechos nuevos susceptibles de confirmación o desconfirmación por la experiencia empírica) o que no lo hagan. Si no lo hacen, o las nuevas predicciones se ven desconfirmadas (se convierten en nuevas anomalías), la teoría debe considerarse en serios apuros.

Un programa de investigación científica es una teoría en el sentido dinámico, vale decir, una sucesión de teorías que se forman mediante la adición a la teoría inicial de nuevas hipótesis para dar cuenta de nuevos hechos. Un programa de investigación que no ve crecer su *contenido empírico* (su capacidad para predecir hechos nuevos), o que al hacerlo

12. Feyerabend, P. K. (1981) *Tratado contra el método*, Madrid, Tecnos (*Against Method*, Londres, New Left Books, 1975), y (1982), *La ciencia en una sociedad libre*, Madrid, Siglo XXI (*Science in a Free Society*, Londres, New Left Books, 1978).

13. Lo que Feyerabend explicó, a su vez, por la muy humana pretensión de los especialistas en metodología de justificar su propia profesión y evitar verse sin empleo.

14. Lakatos, (1983), pp. 17-133.

acumula un número creciente de anomalías, se puede considerar un programa de investigación estancado o regresivo. En cambio, si mediante la introducción de nuevas hipótesis crece con éxito el contenido empírico de la teoría (aumenta su capacidad predictiva y las predicciones adicionales obtienen una suficiente confirmación), puede hablarse de un programa de investigación progresivo.

En el planteamiento de Lakatos coexisten programas de investigación en competencia: los científicos se adhieren a uno o a otro según su grado de estancamiento y progresividad. En vez de la súbita conversión colectiva de una comunidad científica a un nuevo paradigma (que caracterizaría a las revoluciones científicas según Kuhn), ahora tenemos a la comunidad científica eligiendo en un mercado de programas de investigación rivales, que deben buscar apoyo en los científicos mostrando una mayor eficacia en la predicción y confirmación de hechos nuevos.

La nueva versión de falsacionismo debería haber sido del agrado de Sir Karl Popper, pues no sólo conservaba su principio más caro (la contrastabilidad y falsabilidad como criterios de demarcación entre verdadera y falsa ciencia) sino que eliminaba la visión kuhniana de una comunidad científica cerrada en torno a un paradigma dogmáticamente asumido, del que sólo puede aspirar a escapar para pasar (por un proceso de conversión cuasi religiosa) a un nuevo paradigma igualmente cerrado. Esta era la perspectiva que más debía repugnar en el planteamiento de Kuhn al autor de *La sociedad abierta*.

Pero Popper aspiraba a que el falsacionismo fuera no sólo una metodología normativa, sino que ofreciera también unas *reglas* impersonales que todo científico pudiera aplicar para saber si había llegado o no el momento de cambiar de teoría. Y la metodología de los programas de investigación dejaba una peligrosa puerta abierta al relativismo. No era claramente irracional, desde su perspectiva, que un científico se aferrara a un programa de investigación estancado, pues siempre cabía la posibilidad de que dejara de estarlo, y de que nuevas conjeturas o hechos empíricos lo convirtieran de nuevo en progresivo. ¿Cuándo se podía decir tajantemente que un científico se comportaba irracionalmente si se aferraba a un programa de investigación aparentemente estancado?

Las respuestas de Lakatos a esta pregunta, central desde la perspectiva popperiana, son sin embargo muy próximas a Kuhn. En primer lugar, sostiene que la demarcación entre ciencia y falsa ciencia debe basarse en el propio consenso de la comunidad científica:

Si un criterio de demarcación es inconsistente con las evaluaciones básicas de la élite científica debe ser rechazado (...) Por supuesto, este enfoque no implica que nosotros *creamos* que los «juicios básicos» de los científicos son inevitablemente racionales; sólo significa que los *aceptamos* para criticar las definiciones universales de la ciencia¹⁵.

Y, en segundo lugar, viene a sugerir que la racionalidad de un científico que se aferra a un programa de investigación estancado debe evaluarse por los mecanismos habituales de publicación y financiación de su trabajo, en último término dependientes también del consenso de la comunidad (o de la élite) científica:

Racionalmente uno puede adherirse a un programa en regresión hasta que éste es superado por otro rival *e incluso después* (...) Esto no implica que otorguemos tanta libertad como parece a quienes se aferran a un programa en regresión. En la mayoría de los casos sólo pueden actuar en este sentido en privado. Los editores de las revistas científicas deben negarse a publicar aquellos artículos que contengan o bien reafirmaciones solemnes de sus posiciones o asimilaciones de la contraevidencia (o incluso de los programas rivales) realizadas mediante ajustes lingüísticos y *ad hoc*. También las fundaciones para la investigación deben negarles sus fondos¹⁶.

Estas llamativas concesiones al consenso de los científicos no podían satisfacer a Popper, como la voluntad de mantener una metodología normativa no podía satisfacer a Feyerabend. Pese a ello, Lakatos ofreció probablemente la respuesta más lúcida al desafío Kuhniano dentro de lo que podemos llamar la concepción enunciativa de las teorías y antes de la aparición de la concepción estructural de las redes teóricas, que permite una formalización distinta de lo que Lakatos llama programas de investigación científica¹⁷. En todo caso, puede ser

15. *Ibid.*, p. 162 y n. 81.

16. *Ibid.*, pp. 152-153.

17. El término «concepción estructural» fue acuñado por Yehoshua Bar-Hillel. Puede verse una aproximación a esta perspectiva en Stegmüller, W. (1983), *Estructura y dinámica de teorías*, Barcelona, Ariel (*Theorienstrukturen und Theoriendynamik*, Berlin Springer, 1973); Stegmüller, W. (1981), *La concepción estructuralista de las*

bueno tratar de analizar la suerte del materialismo histórico desde la perspectiva de Lakatos: evaluar el materialismo histórico como programa de investigación.

2. La crisis del materialismo histórico como programa de investigación

Conviene ante todo aclarar qué se va a entender por materialismo histórico en este contexto. El marxismo tiene claramente dos componentes, uno de estudio científico de la sociedad y otro de estrategia política hacia el socialismo. Pero su fuerza histórica se deriva probablemente de un tercer componente: la formación de un sistema de representaciones que basado en el estudio de la realidad social *garantiza* pretendidamente el éxito de la estrategia política.

Por materialismo histórico se pretende definir aquí únicamente el estudio de la sociedad y de la dinámica histórica del cambio social. Se excluyen por tanto el componente de estrategia política y el componente ideológico, con la intención de acotar lo que podríamos llamar el núcleo duro, científico, de la tradición marxista. Esto supone, desde el punto de vista del marxismo clásico, un recorte inaceptable, que consagra la división entre la teoría y la práctica propia del pensamiento *burgués*.

Ahora bien, si lo que pretendemos es evaluar la capacidad explicativa (científica) de la tradición marxista del pensamiento sociológico e historiográfico, este recorte resulta imprescindible. De lo contrario estamos obligados a aceptar que no se puede medir a esta tradición por el mismo rasero que empleamos al juzgar otras tradiciones; y esto último significaría la interiorización de la acusación de fundamentalismo oscurantista que, como hemos señalado, se le ha venido formulando habitualmente desde las corrientes principales de la filosofía de la ciencia.

Pero es que además son muy débiles los argumentos que sostienen que en el pensamiento marxista teoría, política e ideología son inseparables. Pues esos argumentos pueden significar solamente dos cosas: o

teorías, Madrid, Alianza (*The Structuralist View of Theories*, Berlín Springer, 1979); Moulines, C. U. (1982), *Exploraciones metacientíficas*, Madrid, Alianza; y Balzer, W., Moulines, C. U. y Sneed, J. D. (1987), *An Architectonic for Science: the Structuralist Program*, Dordrecht, Reidel.

que la teoría debe contrastar su validez en la práctica política, o que en ciencia social las teorías son inseparables de los intereses sociales (de la práctica política) de quienes las formulan. La primera afirmación es trivial: toda teoría debe contrastarse en la práctica, y la ciencia social se pone a prueba en la capacidad de sustentar prácticas políticas, propuestas de organización de la vida social capaces de éxito. (De hecho, el problema de *toda* la ciencia social actual es su muy escaso éxito a la hora de orientar la acción política: pero ésa es otra historia).

El segundo argumento tampoco tiene demasiada fuerza. Pues aunque detrás de cada teoría social hubiera intereses sociales (de clase), eso no debería impedir que se contrastara con los hechos su capacidad explicativa y predictiva. Si una teoría predice una revolución en determinadas circunstancias, nos resulta indiferente que el autor de la teoría desee evitar o impulsar dicha revolución: lo importante es ver si se produce o no¹⁸.

En realidad, cabe sospechar que la indisoluble unidad de teoría y práctica política en la tradición marxista es tan sólo una herencia de autoidealización por los fundadores de su propio papel, a la vez de teóricos y de dirigentes revolucionarios. Un examen cuidadoso revela que en sus propias vidas existieron momentos para la reflexión teórica y momentos para la acción política, y que esta división del trabajo secuencial en sus propias vidas prefiguraba la inevitable especialización que se institucionalizaría después.

Supongamos entonces que es una empresa legítima tratar de evaluar el materialismo histórico como cualquier otro programa de investigación en ciencia social. Debemos entonces esbozar en un primer momento una descripción de la teoría original, ver después las anomalías que ésta encuentra, y las hipótesis auxiliares que se introducen para dar cuenta de ellas; y en un tercer momento valorar si estas hipótesis han acrecentado o no el contenido empírico de la teoría original y si, en caso afirmativo, han provocado nuevas anomalías. Es decir, deberemos tratar de saber si el materialismo histórico se ha

18. En el caso concreto de las revoluciones, se puede sostener que la propia predicción marxiana de la revolución proletaria en los países industrializados la hizo imposible al provocar en la clase dominante una respuesta disuasiva. Pero esto no sería una paradoja, sino una anomalía en una teoría que daba por descontado que el Estado y la clase dominante solo *podían* llevar a cabo políticas que condujeran a la revolución: véase a Elster, J. (1988), «Marx, revolution and rational choice», en M. Taylor (comp.), *Rationality and Revolution*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 206-228.

comportado (y en qué momentos) como un programa progresivo o estancado.

Para describir la teoría original cabe remitirse a lo que podemos considerar ideas comunes de Marx y Engels, y hacerlo desde la perspectiva de la visión más extendida sobre cuáles eran estas ideas, no sólo porque la introducción de exégesis y matices extendería desmesuradamente el análisis, sino sobre todo porque esa visión más extendida (lo que podemos llamar *concepción clásica*) es la que ha orientado la reflexión y la acción de quienes se han movido en esta tradición con resultados socialmente significativos. Más discutible es el orden y la clasificación con que se pueden enumerar estas ideas: el aquí adoptado puede justificarse por su utilidad para la discusión ulterior.

1. *Estructuralmente* toda sociedad se caracteriza por una dinámica que lleva al crecimiento de las *fuerzas productivas*; en esta dinámica se distinguen etapas históricas definidas por *modos de producción* determinados por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; a su vez cada modo de producción determina el resto de la organización social, incluyendo el sistema político y jurídico, el pensamiento y la cultura (todo lo cual se debe entender como una *supraestructura*).

2. En términos de *acción social* el factor determinante son los intereses de las clases definidas en cada modo de producción, y en este sentido el motor del cambio social es la *lucha de clases*.

3. En cada modo de producción existe una clase dominante, definida por controlar la producción y la apropiación del excedente social; esta clase controla además el poder político: el *Estado* es por definición el *instrumento* coercitivo y normativo de la clase dominante, para asegurar la explotación de las clases dominadas.

4. La lucha de clases conduce al colapso social o a la sustitución revolucionaria de una clase dominante por otra, y con ello a una transformación del modo de producción; una *revolución* se produce cuando el desarrollo de las fuerzas productivas llega a ser incompatible con el mantenimiento del modo de producción capitalista.

5. Las *leyes de movimiento* del capital provocan la aparición de crisis económicas periódicas, a la vez que una creciente polarización social entre un proletariado cada vez más numeroso y pauperizado y una burguesía cada vez más enriquecida y minoritaria, lo que hace inevitable una revolución proletaria que lleve a la sustitución del capitalismo por el *comunismo*, un modo de producción sin explotadores ni explotados (sin clases).

Partiendo de este marco teórico general conviene introducir un par de matices. En primer lugar las crisis que Marx preveía en el capitalismo eran las correspondientes a lo que hoy llamamos ciclos Juglar (6-10 años); en segundo lugar, Marx parecía creer que desde 1848 el modo de producción capitalista había alcanzado la madurez suficiente para que una nueva crisis provocara ya una revolución proletaria en los países más desarrollados, y no dudaba de que en éstos debía comenzar la revolución, ya que era en ellos donde el proletariado existía como clase social significativa.

Existe cierto acuerdo en que en el período 1873-1896, que trajo una consolidación de la industria capitalista en la Europa continental, y muy especialmente en Alemania, se produjo, sin embargo, una crisis económica general, la llamada Gran Depresión, que no afectó al crecimiento numérico ni al nivel de vida de los trabajadores. Se puede considerar que este hecho representaba una *anomalía* para la teoría de Marx, y así fue interpretado por los revisionistas que, como Bernstein, plantearon el abandono de la profecía revolucionaria como irrelevante para la política del movimiento obrero. Pero para la mayor parte de los marxistas sólo implicó un aplazamiento de la fecha de la revolución, y un cambio de táctica (de la insurgencia armada a la política parlamentaria) que contó con el aval matizado del propio Engels¹⁹.

La anomalía decisiva se produce cuando ante la primera guerra mundial los partidos obreros de Europa occidental apoyan el esfuerzo de guerra: el momento clave es la votación por el SPD de los créditos extraordinarios en el Reichstag. La revolución, o cuando menos la desobediencia civil, habrían sido las únicas respuestas a la guerra aceptables desde la perspectiva del internacionalismo proletario, pero la retórica revolucionaria e internacionalista está en contradicción con la práctica reformista, que implica muy reales intereses de los partidos obreros a corto plazo.

En términos teóricos, tanto la Primera Guerra Mundial como la Gran Depresión podían ser asimilables con una fácil hipótesis: la inmadurez del desarrollo del proletariado en cuanto clase, y su consiguiente debilidad para optar por la revolución. Pero en 1917 se presenta lo que podríamos llamar una segunda teoría, la de Lenin, que mediante la introducción de hipótesis auxiliares, explicativas de la revolución

19. En su muy conocido prólogo de 1895 a *La lucha de clases en Francia* de Marx.

soviética, desarrolla la teoría clásica para elaborar un programa de investigación en sentido estricto: lo que su vertiente más política conocemos hoy por marxismo-leninismo²⁰.

Los rasgos definitorios del programa son dos: la teoría inicial sólo debe modificarse en una hipótesis menor, manteniéndose las fundamentales, y se introducen hipótesis auxiliares que se presentan como desarrollos de la teoría clásica para hechos nuevos (en el sentido de *históricamente* nuevos y de no previstos por aquélla).

1. La hipótesis menor es que aunque la revolución proletaria se debe producir en los países industrializados, donde el proletariado es una clase social significativa, el detonante de la revolución no tiene por qué ser la dinámica de la lucha de clases en estos mismos países.

2. Las nuevas hipótesis son dos: la entrada del capitalismo en su fase superior, el *imperialismo*, y la consiguiente aparición dentro del proletariado de los países industrializados de una capa privilegiada, corrompida por las rentas imperialistas: la *aristocracia obrera*.

2.1. La caída de la tasa de ganancia en los países industrializados convierte a éstos (las metrópolis) en exportadores netos de capital; las condiciones para ello se derivan del paso del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, y de fusión de la banca y la industria en el capital financiero²¹. El resultado es el reparto del mundo entre las potencias imperialistas, que sólo pueden aspirar a aumentar sus tasas de ganancia mediante la guerra interimperialista para modificar aquel reparto a su favor.

2.2. Las superganancias del imperialismo permiten la aparición de la aristocracia obrera²², capa privilegiada que es la base histórica del *reformismo*. Este, como cómplice del imperialismo, debe apoyar la guerra interimperialista, pero su alto coste social hará que las bases

20. La fecha de 1917 remite a lo que podríamos llamar ejemplo paradigmático de la nueva teoría, la propia Revolución de Octubre, aunque sus hipótesis auxiliares fueran elaboradas en fechas anteriores.

21. Barrat Brown, M. (1970), *After Imperialism*, Londres, Heinemann (1º ed. 1963), muestra convincentemente que el análisis de Lenin se basa en la fusión indiscriminada de rasgos que se observaban por separado en el capitalismo inglés, francés y alemán, pero en ninguno de ellos simultáneamente.

22. En realidad, la Gran Depresión de 1873-1896 había debilitado numéricamente y en términos de estatus a la aristocracia obrera en el país imperialista: véase Hobshawn, E. J. (1979), *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica (*Labouring Men: Studies in the History of Labour*, Londres, Weindelfeld & Nicolson, 1984).

obreras se rebelen contra las direcciones reformistas ante el estallido de la revolución en cualquiera de los países imperialistas.

Aquí juega un papel decisivo la hipótesis *menor*: el que la revolución comience en un país semindustrializado no impedirá que se extienda a los más industrializados. Y además es más probable que la cadena imperialista se rompa por su eslabón más débil, la Rusia zarista, que no cuenta con una aristocracia obrera que bloquee los impulsos revolucionarios de los trabajadores, pero está abocado a la guerra interimperialista al ser un viejo imperio inmerso a la vez en la dinámica capitalista²³.

El esfuerzo teórico de Lenin debe reconocerse como excepcional, como una notable muestra de voluntarismo teórico en favor de la profecía revolucionaria. Sin embargo, si se tiene en cuenta que *El imperialismo, fase superior del capitalismo* es una obra de 1916, puede pensarse que el núcleo de este esfuerzo son explicaciones *ad hoc* (o cuando menos *ex post*) y que su única predicción fuerte y cumplida fue el triunfo de la revolución en Rusia. En cambio, la hipótesis de que la revolución se extendería a Occidente no se vio confirmada, lo que condujo a una situación extremadamente paradójica. Por una parte, la revolución de octubre dio gran prestigio político al marxismo-leninismo; por otra, la anomalía que suponía la no extensión de la revolución a Occidente acarrea una gravísima crisis para su programa teórico²⁴.

Aunque pueda parecer un juicio demasiado tajante, cabe afirmar que el programa marxista-leninista entra en una fase de regresión incluso antes de la muerte de Lenin. El curso posterior, con las sucesivas hipótesis de construcción del socialismo en un solo país, y de coexistencia/competencia entre un mundo capitalista y un mundo socialista, no sólo no aporta ninguna nueva capacidad explicativa, sino que entra en contradicción de forma explícita con las premisas de la teoría: que el capitalismo pudiera simplemente competir con el socialismo tras la Segunda Guerra Mundial, 50 años después de haber alcanzado supues-

23. Lenin parece haber sobrestimado notablemente el peso de las relaciones capitalistas en la economía rusa, a juzgar por su estudio de 1899 sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. (Barcelona, Ariel, 1975).

24. Del que dan buena muestra las actas de los congresos de la Internacional Comunista. Véase el brillante y concienzudo análisis de Claudin, F. (1970), *La crisis del movimiento comunista*, París, Ruedo Ibérico.

tamente su cenit, y tras 30 de construcción socialista en la Unión Soviética, era ya poco creíble. Después de 1989, seguramente, ya no es necesario argumentar que las sociedades de tipo soviético no eran socialistas (no mostraban mayor capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas), ni que el programa marxista-leninista parece ofrecer pocas posibilidades teóricas inmediatas.

Lo más paradójico, sin embargo, es que si bien la reformulación leninista del marxismo condujo a un programa de investigación estancado casi desde su nacimiento, consiguió un trastorno sustancial del programa global del materialismo histórico, al convertir en *principio-guía* lo que hasta entonces se podía haber considerado una *teoría especial*: la revolución. Desde 1917 se ha venido considerando que el mayor éxito teórico que se podía apuntar en su haber el marxismo-leninismo era predecir (o justificar *ex post*) una revolución.

Esto le ha convertido a todos los efectos en un programa estancado, que ha tratado de explicar mediante hipótesis *ad hoc* revoluciones no predecibles en términos de la teoría original, y que por tanto no sólo no añaden contenido empírico a aquella, sino que le creaban crecientes anomalías. Por otra parte, su indiscutible utilización legitimadora de regímenes y movimientos políticos que estaban en patente contradicción con las hipótesis centrales de la concepción clásica, no sólo ha creado la evidente confusión teórica que todos conocemos, sino que le ha ocasionado un fuerte descrédito.

Sin embargo, desde los años 70 la producción académica que podemos considerar incluida en el programa de investigación del materialismo histórico ha crecido de forma casi exponencial, en particular en los países anglosajones. Las raíces sociológicas de este fenómeno son fáciles de comprender: la revuelta generacional de los estudiantes en los años 60 conduce en la década siguiente a la aparición y ascenso de una generación de profesores e investigadores que utilizan el marxismo como instrumento y símbolo de identidad frente a la generación anterior, que en los países anglosajones lo había desdeñado o ignorado²⁵. En los países latinos, por el contrario, el marxismo contaba con

25. Excepto en el campo de la historiografía, como muy bien ha subrayado Perry Anderson (1978). Las razones de esta excepción pueden buscarse en la capacidad explicativa del materialismo histórico para los procesos del cambio social sobre los que no pesa la profecía revolucionaria: el flanco más vulnerable de la historiografía marxista, como es bien sabido, son los intentos de acomodar los fenómenos revolucionarios a la secuencia teleológica de Marx (revolución burguesa, revolución proletaria).

sólidos baluartes académicos, contra los que la generación de los 60 podía afirmarse renegando del marxismo²⁶.

Pero se puede plantear un grave problema: ¿cuál es la coherencia teórica de los trabajos que desde los años 70 cabe considerar inscritos en el programa del materialismo histórico? Lo que se intentará argumentar a continuación es que esta coherencia sólo es perceptible si se abandona la profecía revolucionaria, con la excepción parcial de aquellos que, manteniendo la profecía, la posponen a un futuro imprecisado, subrayando que, aunque «la clase obrera en Occidente está actualmente confusa, (...) tiene muchos días todavía por delante»²⁷.

3. Una propuesta de reformulación del materialismo histórico

El punto de partida de una posible reformulación del programa de investigación del materialismo histórico es forzosamente muy polémico: la *heurística positiva* del programa debe ceñirse a las hipótesis incluidas en los puntos 1 y 2 de la anterior descripción de la concepción clásica. Los puntos 4 y 5 deben considerarse *teorías especiales*, que presentan suficientes anomalías como para ser reemplazadas por una nueva teoría especial del cambio social, en la que la *revolución* no es necesaria para la transición entre modos de producción, sino un fenómeno *político* de consecuencias sociales impredecibles *a priori*, y desde luego no sometido a ninguna secuencia teleológica. En cuanto al punto 3, debe ser reformulado en términos de una *autonomía* del Estado esencial a su propio papel regulador de la reproducción social, que crece en la medida en que la sociedad se complejiza con el desarrollo del modo de producción capitalista.

26. Lo que se vio favorecido por el fracaso político del euro-comunismo. Véase Anderson, P. (1978), y Paramio, L. (1988), «Tras el diluvio: introducción», en *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Madrid: Siglo XXI, pp. 1-30.

27. Anderson, P. (1986) *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI (*In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983, p.132). Aunque la mayor parte de quienes mantienen la esperanza revolucionaria provienen, como Anderson señala (y ejemplifica) de la tradición trotskista, se podría incluir en este apartado a los teóricos del *sistema mundial*, en la línea de Immanuel Wallerstein, y especialmente a Giovanni Arrighi. Los primeros esperan una maduración de la conciencia del proletariado de los países centrales, los segundos un crecimiento numérico del proletariado a nivel mundial, con la proletarización de la periferia.

Dicho en otras palabras: reformular el programa del materialismo histórico exige olvidarse de la profecía revolucionaria, dejar de lado las predicciones de *El capital* sobre las consecuencias sociales de las leyes del movimiento del capital, y considerar a la teoría instrumentalista del Estado (el Estado como instrumento de la clase dominante) como generalmente inadecuada en *sociedades complejas*, en vez de suponer, a la inversa, que la autonomía del Estado es un fenómeno propio de circunstancias excepcionales.

Independientemente del grado de desacuerdo sobre la propuesta, parece inevitable admitir que se trata de cirugía mayor. Y para subrayar aún más su alcance, puede añadirse que el punto 2 debe reformularse en otros términos: la acción social está determinada por los *intereses individuales*, dentro de los cuales, y sólo *bajo determinadas circunstancias*, pueden pesar prioritariamente los intereses de clase definidos por las relaciones de producción.

Todas estas modificaciones propuestas pueden justificarse sobre dos bases: en primer lugar, no afectan al núcleo de la teoría; en segundo lugar, los cambios propuestos eliminarían las anomalías acumuladas por el programa, a la vez que, recuperando la *heurística positiva* de éste, permitirían ampliar notablemente el contenido empírico de la teoría. Lo que, en otros términos, quiere decir que convertirían en *aplicaciones* de la teoría un buen número de estudios concretos inscritos en un sentido amplio, pero sin coherencia formal, en el campo del materialismo histórico.

En este punto puede ser bueno adoptar la terminología propia de las redes teóricas, dentro de la concepción estructural de las teorías. Es preciso partir de que esta concepción sólo es aplicable en rigor a teorías matematizadas, y que de hecho nace del intento de reconstruir mediante una axiomatización conjuntista (y no enunciativa) las teorías físicas. Pero su aplicación por analogía a un programa que, como el materialismo histórico, se encuentra en buena medida en una fase de constitución, puede en cambio aportar un lenguaje intuitivamente más claro para la definición de los problemas teóricos.

En una red teórica simple se cuenta con un primer elemento teórico y con un conjunto de elementos que se pueden considerar especializaciones de aquél. Cada elemento se define por un núcleo²⁸ y

28. Que, en una teoría matematizada, es una estructura que incluye modelos *potenciales* de la teoría, los modelos de ésta en sentido estricto (que cumplen no sólo los axiomas propios, o puramente analíticos, sino también algunos axiomas impropios, o

un conjunto de aplicaciones propuestas. Un elemento es una especialización del elemento primero si su núcleo incluye axiomas adicionales a los contenidos en el núcleo de aquél, es decir, si su núcleo es una especialización del núcleo del elemento primero. En un caso más complejo, puede pensarse en la existencia de varios elementos primarios.

La propuesta que se pretende hacer aquí es que el materialismo histórico tiene dos elementos primarios, correspondientes a lo que en la descripción inicial de la concepción clásica se definieron como puntos 1 y 2. Y que mientras el elemento 1 no precisa cambios, el elemento 2 debe reformularse en dos sentidos: primero, sustituyendo el interés de las *clases sociales* por el de los *individuos*; segundo, especificando que los intereses individuales sólo vienen determinados por los de clase en condiciones específicas.

En 1978 se produjo lo que podemos considerar el momento decisivo de la reformulación del materialismo histórico con la aparición de la muy excepcional obra de Gerald Cohen *La teoría de la historia de Karl Marx*²⁹. El propósito del libro es doble: por una parte, aplicar los criterios analíticos al núcleo de la teoría de Marx; por otra, justificar los axiomas que componen este núcleo mediante *leyes consecuenciales* que permiten hablar legítimamente de *explicación funcional*³⁰.

Dicho de otra forma, Cohen pretende mostrar que la filosofía de la historia de Marx puede expresarse en un lenguaje analíticamente claro (sin galimatías hegelianos), y que una vez así traducida puede justificarse formalmente. En el primer aspecto hay acuerdo general en que su libro logra plenamente el objetivo al precio de un esfuerzo de clarificación casi exasperante, por lo laborioso, para el lector poco familiarizado con la filosofía analítica, que puede sentir a veces que se busca de forma innecesaria una excesiva complejidad en enunciados intuitivamente muy simples. Pero para un lector muy tenaz o más preparado en este campo el resultado es bastante convincente y merece la pena.

de contenido empírico), y las condiciones de ligadura que vinculan entre sí a los modelos de la teoría.

29. Cohen, G. A. (1986) *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*, Madrid, Pablo Iglesias/Siglo XXI (*Karl Marx's Theory of History: a Defence*, Oxford, Oxford University Press, 1978).

30. Sobre este punto repetiré razonamientos ya expuestos en Puramio, L. (1988), «La filosofía de la historia de Karl Marx» en *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Madrid, Siglo XXI, pp. 49-72.

En el segundo aspecto las cosas son más complejas. Cohen trata de mostrar que son formalmente legítimas las siguientes tesis de Marx: Primero, las fuerzas productivas —es decir, los recursos productivos materiales de la sociedad— tienden a desarrollarse a lo largo de la historia; segundo, la naturaleza de las relaciones de producción —la organización del proceso productivo en función de la propiedad de los medios de producción— en una sociedad concreta se explica por el nivel de desarrollo que han alcanzado en ella las fuerzas productivas; tercero, la estructura económica —término que para Cohen se refiere *sólo* a las relaciones de producción, es decir, a los aspectos sociales y no materiales de la producción— explica a su vez la supraestructura de una sociedad, es decir, el conjunto de las instituciones no económicas de ésta.

Conviene subrayar que la objeción más frecuente contra estas tres tesis de Marx proviene de la existencia de contraejemplos. Los antropólogos pueden citar abundantes sociedades *primitivas* que no muestran el menor afán por desarrollar su productividad, contentándose por el contrario con la satisfacción a un nivel muy bajo de sus necesidades materiales. Y cualquier historiador o sociólogo puede poner ejemplos de sociedades, pasadas o presentes, en las que la cultura o la forma de Estado son copia de las existentes en otras sociedades más desarrolladas, pero que se adecúan mal tanto a su propio nivel de productividad como a las relaciones de producción existentes en ellas. Adelantando un razonamiento posterior, propongo entender las tesis de Marx (en la versión de Cohen) como leyes *tendenciales*, a las que no afecta la existencia de anomalías, sino la capacidad de estas anomalías para consolidarse como realidades históricamente prolongadas.

Si se acepta posponer el problema de la interpretación empírica de las tres tesis, podemos abordar el problema de validez de su legitimación formal. Como se decía anteriormente, Cohen busca legitimarlas como leyes³¹ consecuenciales, en que el efecto *positivo* de su cumplimiento (sus consecuencias positivas) lleva a su efectivo cumplimiento. Este es un ejemplo de explicación funcional: un rasgo de un organismo o de una cultura se intenta explicar por su *función* positiva para ellos.

Aunque la explicación funcional ha sido siempre acogida con bastantes precauciones, la crítica más interesante que se le ha formulado

31. O. con más cautela, como *enunciados legaliformes*.

a Cohen es la de Jon Elster³², que motivó una notable polémica³³. Las leyes (o «enunciados legaliformes») de Cohen pueden responder a falsas correlaciones, empíricamente observables pero que no manifiesten una verdadera relación causal. La única forma en que pueden pasar de la mera legitimidad formal a la validez empírica es la definición de los mecanismos *causales* que explican la existencia de la correlación. Dicho de otra forma: ¿por qué causa si el desarrollo de las fuerzas productivas tiene consecuencias positivas debemos esperar que se de y se generalice?

Curiosamente, se puede pensar que la respuesta a este interrogante depende de lo que definamos como consecuencias *positivas*. E intuitivamente Cohen y Elster coinciden en entender como tal la capacidad adaptativa darwiniana para sobrevivir en un mundo competitivo: es positivo para una sociedad lo que aumenta sus posibilidades de sobrevivir, no necesariamente lo que hace a sus miembros más felices o más libres.

Supongamos que abordamos el problema desde esta perspectiva y consideramos los tres tipos de mecanismos que propone Cohen. El primero es la acción intencional: *alguien* (la clase dirigente, el Estado o un nuevo grupo ascendente) introduce deliberadamente los cambios por esperar de ellos consecuencias positivas. Por ejemplo, el Estado aumenta el desarrollo tecnológico para competir en el mercado mundial, o un sector de la élite gobernante lleva a cabo la transición de un régimen autoritario a un régimen democrático para evitar el riesgo de un colapso político y social una vez que el desarrollo económico ha creado una sociedad moderna.

Además de esta acción intencional, Cohen propone otros dos mecanismos a los que denominan darwiniano y lamarkiano. Se podría

32. Elster, J. (1984) «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: alegato en favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, 33, pp. 21-62 (Marxism, functionalism and game theory: the case for methodological individualism», *Theory and Society*, 11 (1982), pp. 435-482), y Elster, J. (1983) *Explaining Technical Change*, Cambridge, Cambridge University Press (*El cambio tecnológico: investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social*, Barcelona, Gedisa, 1990).

33. Cohen, G. A. (1984), «Réplica a 'Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos' de Elster» *Zona Abierta*, 33, pp. 63-80 («Reply to Elster on Marxism, functionalism and game theory», *Theory and Society*, 11 (1982), pp. 483-495, y Van Parijs, P. (1984), «El marxismo funcionalista rehabilitado: comentario sobre Elster» *Zona Abierta*, 33, pp. 81-101 («Functionalist Marxism rehabilitated: a comment on Elster» *Theory and Society*, 11 (1982), pp. 497-511).

hablar en uno de selección natural y en el otro de selección cultural. Las instituciones económicas (las empresas, o las relaciones de producción) serían naturalmente *filtradas* por la competencia en un mercado capitalista, por ejemplo. Eso sería selección darwiniana, mientras que tendríamos selección lamarckiana cuando el Estado se adaptara a cambios en la sociedad que impiden el mantenimiento de estructuras anteriores.

En rigor, los tres mecanismos se reducen a dos: *acción intencional* y *selección estructural*. Es decir, que las posibilidades son que un sujeto introduzca cambios sociales adaptativos o que éstos se produzcan por prueba y error, generalizándose cuando sólo sobreviven las sociedades en que se han dado estos cambios a tiempo. Ambos no son mecanismos metodológicos excluyentes: lo esperable es que la acción intencional sea el intento de algún agente de utilizar la experiencia anterior de ejemplos positivos o negativos de selección estructural. En este sentido, la adaptación *lamarckiana* sería intencional: a través de algún mecanismo de representación social (democracia) cambiaría el personal político gobernante adaptándose así el Estado a los cambios sociales, o bien (en un Estado autoritario) un sector de la élite gobernante optaría por transformar el Estado a la luz de experiencias catastróficas de selección estructural que mostrarían la inviabilidad de mantener la anterior forma del Estado.

Pero en el planteamiento hecho hasta ahora sólo aparece como rasgo *positivo* de adaptación funcional la capacidad de una sociedad para sobrevivir en competición con otras. Con ser éste un aspecto insoslayable de toda la historia conocida, no agota sin embargo las posibles definiciones de adaptación positiva, y se puede introducir un segundo aspecto: el *refuerzo* del equilibrio interno de una sociedad dada³⁴. Este equilibrio puede entenderse en cuanto capacidad tanto para evitar el conflicto como para enfrentarlo coercitivamente, y una vez más se puede distinguir entre acciones intencionales de refuerzo y filtros estructurales que tienden a aumentar el equilibrio interno.

Si el modelo más simple de filtro estructural que selecciona las soluciones más competitivas es la selección natural darwiniana, el modelo de refuerzo no intencional puede buscarse en la cadena absorbente de Markov: una estructura en la que existe un estado de equilibrio, siendo nula la probabilidad de abandonarlo una vez alcanzado y mayor

34. La idea está tomada de Van Parijs, P. (1981) *Evolutionary Explanation in Social Science*, Totowa (N.J.), Rowman & Littlefield.

que cero la de alcanzarlo partiendo de un estado distinto. Dadas unas condiciones de contorno estables, y contando con el tiempo necesario, el sistema alcanzará inevitablemente el estado de equilibrio.

En este esquema más amplio tenemos dos variables (competitividad exterior y equilibrio interno) y dos tipos de mecanismo (acción intencional y filtro estructural), que pueden conducir a la explicación del cumplimiento de los tres enunciados consecuenciales de Marx-Cohen. Pues la sociedad que obtiene ventajas comparativas en una o las dos variables tiene mayor capacidad de sobrevivir ante un entorno darwiniano o ante los conflictos internos. Se puede hacer la hipótesis de que la combinación óptima de ventajas en ambas variables se obtiene cuando una sociedad cumple los tres enunciados legaliformes, y se torna en consecuencia especialmente capaz de sobrevivir (para un mismo tiempo histórico) frente a otras.

Este es claramente el caso de las sociedades altamente desarrolladas, con economías de mercado y Estados democráticos con alta capacidad redistributiva. En un contexto de sociedades pretecnológicas, una sociedad sin desarrollo productivo puede sobrevivir largo tiempo, pero en competencia con sociedades desarrolladas sucumbirá en breve plazo: es el caso de las culturas indígenas en América, pese a las notables diferencias que se pueden observar entre la cultura incaica y las culturas nómadas de América del Norte, ante la llegada de los europeos. De la misma forma, a iguales niveles tecnológicos la existencia de una economía de mercado ofrece ventajas comparativas (Europa a partir del siglo XVI frente a China, el Occidente capitalista frente a la Unión Soviética en el siglo XX). Y la existencia de un Estado democrático parece ofrecer mayores garantías de estabilidad frente al conflicto interno (en situaciones de crisis económica, por ejemplo) que la persistencia de regímenes autoritarios, lo que podría explicar el colapso de las dictaduras latinoamericanas en la década de los 80.

Es curioso observar, aunque esto quede fuera de la argumentación principal, que mientras la primera variable (capacidad para competir en un entorno darwiniano) apunta a los aspectos más oscuros del mundo en que vivimos —esa fase final de la prehistoria de la que hablaba Marx— la segunda variable, el mayor equilibrio interno, remite a lo que podríamos llamar «progreso civilizatorio»: la mayor estabilidad de sociedades con un *Estado representativo*³⁵ y cierta *integración social*

35. En este contexto basta con entender por Estado representativo la exigencia mínima de que los gobernados tengan capacidad para deponer pacíficamente a los

significa que una sociedad que mantiene una dinámica de progreso material dentro del marco de ciertos ideales morales compartidos es más sólida que aquella que descansa en la dominación desnuda o en una desigualdad consagrada por la tradición pero que se puede hacer explosiva si la tradición es quebrantada por cambios inesperados o/ indeseados.

Volviendo al hilo del razonamiento, si se acepta que el cambio social se caracteriza por alguna combinación de acción intencional y filtros estructurales (en forma de selección natural o refuerzo del equilibrio interno), se puede sostener razonablemente que los tres enunciados legaliformes de Marx-Cohen tienen una explicación causal suficiente como para ser algo más que falsas correlaciones. El problema es que su interpretación debe ser tendencial, lo que significa que su sentido debe buscarse en plazos temporales dilatados y homogéneos: es posible tanto la existencia de sociedades sin desarrollo productivo como de sociedades de alta tecnología sin relaciones de mercado siempre que no deban coexistir durante un plazo dilatado con otras que cuenten con rasgos más funcionales para sobrevivir en un mundo competitivo.

Esto significa también excluir cualquier concepción unilineal del desarrollo de las sociedades humanas, a la manera de la teoría de los cuatro estadios de la Ilustración escocesa o de la sucesión universal de modos de producción que los manuales de marxismo-leninismo de la época estaliniana creyeron poder deducir de la obra de Marx³⁶. A lo más se puede hablar de que los tres enunciados permiten prever una creciente convergencia a partir de sociedades con orígenes económicos, sociales y políticos (estatales) muy distintos e irreducibles a un único modelo *primitivo* de sociedad.

Por decirlo así, la historia, lejos de ser un proceso lineal (ascendente o no) se nos presentaría como un tallo en el que lenta y dolorosamente van convergiendo raíces extremadamente complejas,

gobernantes cuya gestión no aprueban, sin necesidad de introducir una definición normativa fuerte de democracia.

36. Aunque no sin problemas: como es sabido, el modo de producción *asiático* fue proscrito de estos manuales por presentar una peligrosa similitud con la realidad soviética. Esto condujo por un lado a que Wittfogel fuera condenado por sus teorías sobre el *despotismo oriental*, y por otra a que Rudolf Bahro recurriera a este concepto para caracterizar a los regímenes de tipo soviético. En realidad, como ha mostrado convincentemente Perry Anderson, el concepto de modo de producción asiático es sólo un cajón de sastre en el que Marx trató de subsumir todas las formas históricas de producción ajenas a la evolución europea.

tallo común que sería el moderno sistema mundial³⁷ con altos recursos tecnológicos, crecientemente mercantilizado y el que hoy bien cabe hablar de una convergencia hacia las formas democráticas de organización estatal (aunque pudiera tratarse sólo de un espejismo temporal que se quebrara en los próximos años ante una nueva oleada de autoritarismo, como ya sucumbieran las anteriores mareas democráticas que siguieron a la primera y la segunda guerras mundiales).

Pero más allá de la interpretaciones que pretendamos darles, o de la filosofía de la historia optimista o pesimista desde la que los contemplemos, lo cierto es que los tres enunciados consecuenciales de Marx en su reconstrucción por Cohen pueden tomarse como uno de los elementos primarios de una red teórica que constituiría el desarrollo de un programa de investigación al que con toda legitimidad (aunque sin grandes esperanzas de unanimidad) podríamos llamar «materialismo histórico». Los tres axiomas de este elemento son formalmente legítimos y admiten contrastación empírica: más aún, existen numerosos ejemplos de su potencia heurística, incluyendo el fracaso de los intentos de mantener economías estatalizadas en sociedades de alto desarrollo de las fuerzas productivas.

Supongamos entonces que se acepta la validez de este primer elemento primario y examinemos el segundo: que el motor de la acción social es el interés individual y la búsqueda de la maximización de la utilidad, y que en determinadas circunstancias esto puede reducirse a la maximización de los intereses de clase en el sentido en que los entendía Marx.

4. Interés individual, acción colectiva y acción de clase

Como es bien sabido, Marx no establece una distinción nítida entre acción intencional y causalidad estructural, y los intentos de trazarla (por ejemplo la dicotomía de Poulantzas entre un *campo de las estruc-*

37. Cuyos orígenes algunos autores remontan a la formación de una *economía-mundo* capitalista europea en el siglo XVI: véase Wallerstein, I. (1979), *El moderno sistema mundial*, vol. 1, *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI (*The modern world-system*, vol. 1, *Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press, 1974).

turas y un cambio de las prácticas³⁸) no han ofrecido resultados satisfactorios. Pero es indudable que en Marx hay una teoría de la acción intencional: el motor de la historia es la lucha de clases. Movidos por los intereses de clase, los hombres³⁹ se enfrentan en cada modo histórico de producción hasta provocar su colapso catastrófico o su superación con la llegada de un modo de producción superior.

Esta es una idea sumamente desacreditada en la sociología de los años 80, desde dos perspectivas fundamentales, bien distintas y sin embargo complementarias. Por una parte, algunos autores subrayan la conexión de la idea de lucha de clases con la hipótesis revolucionaria, y señalan que el proletariado industrial de los países desarrollados no parece mostrar la menor vocación revolucionaria. Por otra, son abundantes los autores que, desde una perspectiva de izquierda, siguen el camino abierto por Herbert Marcuse y niegan a la clase trabajadora manual una capacidad revolucionaria que sí ven, en cambio, en nuevos movimientos antisistema, como los jóvenes, el ecologismo en cuanto ideología o el feminismo. En el primer caso, la improbabilidad de la revolución demuestra la futilidad del concepto de clase, en el segundo la deseabilidad de la revolución lleva a buscar agentes históricos distintos de las clases.

Desde ambas perspectivas se mantiene la centralidad de la hipótesis revolucionaria, que en el programa que aquí se pretende diseñar desaparece (las revoluciones pasan a ser algo a explicar, no algo inevitable o necesario). Por tanto el análisis se va a ceñir a la discusión de otras perspectivas: la crítica del privilegio *ontológico* de los intereses de clase, y la crítica de la teoría de la lucha de clases por su *colectivismo* metodológico.

Los más conocidos representantes de la primera posición son Ernesto Laclau y Chantal Mouffe⁴⁰. Partiendo de un concepto de la realidad social como realidad discursiva, niegan cualquier posibilidad

38. Poulantzas, N. (1969) *Poder político y clases sociales*, México, Siglo XXI (*Pouvoir politique et classes sociales*, París, Maspero, 1968).

39. Nunca mejor empleada la palabra «hombres», porque el problema de los intereses de las mujeres en cuanto tales no llega a plantearse en su obra. Y cuando Engels lo trata, en su célebre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, es para concluir que la «cuestión de la mujer» se resolverá de forma automática con la abolición de la propiedad privada y la superación de las clases sociales.

40. Laclau, E. y Mouffe, CH. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI (*Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso Books, 1985).

de reducción de lo social a la estructura económica o productiva. Del rechazo del *reduccionismo* económico se pasa a la negociación de todo *privilegio ontológico* de los intereses de clase a la hora de determinar la dinámica política.

Esta posición surge, y es importante subrayarlo, para abrir el camino a una concepción democrática de la política socialista, frente a una tradición que del privilegio de los intereses de clase deduce el sometimiento de todo interés social a los intereses de la clase históricamente ascendente, el proletariado, y *una vez supuesto un conocimiento científico de estos intereses por un partido marxista*, convierte a éste en sujeto histórico indiscutible con suprema autoridad sobre los deseos e intereses sociales, en primer lugar los de las clases dominantes, pero a fin de cuentas también sobre los de los propios trabajadores. Es fácil pensar por tanto que una política democrática exige negar el privilegio ontológico del proletariado para negar el despotismo político del partido de vanguardia.

Conviene subrayar, sin embargo, que el núcleo del carácter antidemocrático de la política leninista no se halla en la idea de un privilegio ontológico de los intereses del proletariado, sino en la pretensión de que estos intereses sólo pueden ser conocidos plenamente (en su dimensión histórica) por una minoría políticamente organizada, que tiene así autoridad moral para imponerlos al conjunto de la sociedad. En un terreno puramente teórico se puede sostener que los intereses de clase son centrales para explicar la dinámica del conflicto social y sin embargo reconocer que tales intereses no son definibles desde afuera, sino que deben expresarse a través de los mecanismos de la democracia representativa⁴¹.

Pero el punto que aquí se quiere señalar es otro: si aceptamos los tres enunciados de Marx-Cohen parece necesario otorgar a la estructura económica (las relaciones de producción) un papel de filtro estructural que selecciona las posibles formas de Estado y, en general, de supraestructura política, que pueden consolidarse establemente en una sociedad. La exigencia de períodos de tiempo prolongados nos permite reconocer una amplia autonomía a la política, pero la exigencia de adecuación de la supraestructura a la estructura en el, digamos, estado

41. Como expresa, hablando de la experiencia socialdemócrata, el conocido libro de Korpi, W. (1983) *The Democratic Class Struggle*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

de equilibrio, nos fuerza a dar una cierta consideración a los conflictos de interés determinados por la propia estructura económica. Quizá no el papel central, pero ciertamente tampoco uno marginal.

Pero aquí entra en juego la segunda posición que se pretende discutir: la crítica de la teoría de la lucha de clases por su carácter metodológicamente *colectivista*. El principal representante de esta crítica es Jon Elster⁴², quien defiende como único paradigma válido para la ciencia social el individualismo metodológico. Desde esta perspectiva no cabe hablar de intereses de clase sin derivarlos de los intereses de individuos particulares (los supuestos miembros de esa clase), ya que los individuos son el único punto de partida empírico sobre el que se puede apoyar una teoría social.

En rigor, el individualismo metodológico no es la única opción válida para la ciencia social, como no toda ciencia física debe partir del estudio de átomos o partículas elementales. Se puede postular la existencia de entidades intermedias, que no deben ser forzosamente observables, siempre que permitan explicar satisfactoriamente la conducta de las entidades observables. El problema es que las clases sociales han presentado, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, graves problemas de operatividad como herramientas para el análisis social⁴³, y en este contexto resultan especialmente vulnerables ante el reto del individualismo metodológico.

Este, además, constituye hoy probablemente el más vigoroso programa de investigación en metodología de las ciencias sociales, en parte por la fuerza que le da la utilización de un formalismo tan elaborado como el de la microeconomía, y en parte porque su claridad y rigor, y su ambición explicativa⁴⁴, le convierten en una línea de trabajo mucho más sugestiva que la sociología fenomenológica o interpretativa, o cualquier otra escuela de las que compiten por ofrecer un paradigma a la ciencia social.

42. Especialmente en su polémica con Cohen (véase nota 32). Es del mayor interés también su propia reconstrucción del pensamiento de Marx: Elster, J. (1985), *Making Sense of Marx*, Cambridge, Cambridge University Press.

43. De los que son muestras recientes entre los autores marxistas el esfuerzo de Wright, E. O. (1985) *Classes*, Londres, New Left Books, y el debate posterior Wright, E. O. et al. (1989) *The Debate on Classes*, Londres, Verso Books.

44. Desde esta perspectiva se han ofrecido explicaciones de hechos tan diversos como la conducta familiar (Becker), la aparición del capitalismo (North) y las insurrecciones campesinas (Popkin).

Ello se ha reflejado dentro del mismo pensamiento social de izquierda: en algunos casos, como el de Elster, en un replanteamiento radical de sus posiciones desde el marxismo al individualismo metodológico, y en el de otros en su intento de hacer compatibles los problemas tradicionales con el nuevo enfoque, o al menos el valorar éste con un ánimo no necesariamente hostil⁴⁵. Se ha hecho así muy común la expresión *marxismo analítico*, para designar la fusión de un marxismo clarificado analíticamente (a la manera de Cohen) con la teoría de la *elección racional* que constituye el núcleo del actual individualismo metodológico.

Supongamos que aceptamos el desafío del individualismo metodológico y a la vez sostenemos que el concepto de clase remite a los intereses comunes de las personas que comparten una misma posición (objetiva) en las relaciones de producción. Entonces nos enfrentamos al problema de determinar en qué condiciones el interés común de clase se traduce en *acción colectiva*. Pues el principal problema de las teorías de la elección racional es que no siempre la existencia de intereses comunes lleva a la movilización mayoritaria (y mucho menos completa) del colectivo que comparte dichos intereses a fin de lograr su satisfacción.

Esta es la conocida paradoja del *free-rider*, el polizón, el que hace el viaje gratis⁴⁶. En grupos extensos, la conducta individual más racional ante un conflicto entre los intereses del grupo y otros ajenos puede ser la de no participar, esperando que la participación de otros miembros obtenga los resultados esperados (cuyos beneficios afectan a todos los miembros del grupo) y permitiendo que sólo los participantes en el conflicto carguen con los riesgos y costes de la movilización. Cuando el colectivo es una clase social, es evidente que sus considerables dimensiones hacen especialmente posible la aparición de una mayoría de *free-riders* frente a una minoría movilizada.

45. Véanse, como ejemplos: Carling, A. (1986), «Rational choice Marxism», *New Left Review*, 160, pp. 24-62; Przeworski, A. (1987), «Marxismo y elección racional», *Zona Abierta*, 45, pp. 97-136 («Marxism and rational choice» *Politics and Society*, 14 (1985), pp. 379-409); Levine, A., Sorber, E. y Wright, E. O. (1987), «Marxismo e individualismo metodológico», *Zona Abierta*, 41-42, pp. 131-158 («Marxism and methodological individualism», *New Left Review*, 162 (1987), pp. 67-84).

46. Olson, M. (1971) *The Logic of Collective Action*. Cambridge (Mass.). Harvard University Press.

Esto no tiene por qué suceder si el conflicto de clase se plantea en una comunidad de dimensiones reducidas, y en la que las relaciones personales (el intercambio recíproco) desempeñan un importante papel en la consecución de los intereses individuales. En una comunidad minera, por ejemplo, es mucho más difícil comportarse como un *free-rider* (esquirol), por el precio que el individuo y su familia pueden pagar por tal conducta. Este es también el caso de las comunidades campesinas enfrentadas con el señor local⁴⁷. Esto implica, sin embargo, que la acción colectiva de clase sólo es esperable normalmente en grupos sociales relativamente pequeños y aislados, en cierto sentido tradicionales: utilizando la expresión de Calhoun, allí donde puede darse el *radicalismo de la tradición*, con una fuerte componente de solidaridad moral que se sobrepone a la búsqueda de la utilidad individual.

Esto exige homogeneidad de intereses, ámbitos aislados y dependencia de la colectividad para sobrevivir. La componente moral, comunitaria, puede interpretarse como reflejo de un cálculo a medio plazo sobre la utilidad individual. Mejor correr riesgos con el resto de los miembros del grupo que verse expulsados de él y perder los recursos *materiales* que ofrece la pertenencia a la comunidad. Pero se puede pensar también en una solidaridad moral derivada de una necesidad material: la de identidad colectiva, la del reconocimiento por el *otro*⁴⁸. Este es un punto que merece consideración aparte, pero se puede asumir, a efectos del razonamiento, que no es central para la acción de clase *en cuanto tal clase*.

En cambio, las crecientes complejización y urbanización de la clase obrera industrial plantean un problema mucho más central: la desaparición de las condiciones para la acción de clase *comunitaria*. ¿Puede una clase obrera que ya no vive en comunidades relativamente cerradas (con alta componente de intercambio recíproco) emprender acciones de clase, movilizaciones, en función de sus intereses comunes? La respuesta sería que sí, pero siempre que cuente con organizaciones formales capaces de ofrecer *incentivos selectivos* a sus miembros para participar en la movilización colectiva, para pagar sus costes y no imitarse a esperar sus beneficios. Estos incentivos, tanto positivos

47. Véase Calhoun, C. J. (1988) «The radicalism of tradition and the question of class struggle», en M. Taylor (comp.) *Rationality and Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 129-175.

48. Pizzorno, A. (1989): «Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de elección racional», *Sistema*, 88, pp. 27-42.

como negativos son, según Olson, la condición para la acción colectiva en grupos grandes con organización formal.

Ahora bien, lo notable es que si se analiza desde la perspectiva de la elección racional la evolución de la clase trabajadora de los países desarrollados de Europa, desde el último tercio del siglo pasado hasta la crisis de los años 70 en el presente, se puede concluir que la acción de clase ha sido profundamente racional en sus principales opciones: participar en la política parlamentaria (pese a las notables restricciones de ésta hasta la Primera Guerra Mundial), optar por el reformismo frente a la vía revolucionaria, aceptar el compromiso socialdemócrata de posguerra (como juego cooperativo de suma no nula) frente a la tentación de estrangular las ganancias y las inversiones⁴⁹. El problema surge para entender la ruptura de este compromiso como causa o consecuencia de la crisis de los años 70, que bien puede requerir la hipótesis de una elección no racional de las generaciones más jóvenes (y más numerosas) que llegan al mercado de trabajo a finales de los años 60⁵⁰, y que en todo caso apunta hoy a una creciente segmentación de la clase trabajadora que no facilita la recomposición del modelo socialdemócrata de posguerra.

Lo interesante, sin embargo, es subrayar que los problemas de la acción de clase como acción colectiva pueden plantearse en el marco del individualismo metodológico, y que los resultados explicativos son muy superiores a los ofrecidos por el paradigma clásico. En consecuencia, parece prudente aceptar el reto de Elster y tratar de comprender la acción de clase desde la perspectiva de la elección racional. Y al hacerlo así no precisamos rechazar el concepto de clase, sino solamente reconocer que los intereses de clases no son la clave única y absoluta de la acción social.

No son la clave absoluta, pues sólo se traducen en acción colectiva en determinadas circunstancias. Y no son la clave única, pues *otros* intereses pueden provocar acciones colectivas no coincidentes con las de clase o bien enfrentadas a la lógica de los intereses de clase: éste es el caso de los llamados «nuevos movimientos sociales» o de movimientos tan antiguos (y tan poco racionales desde la perspectiva de los

49. Przeworski, A. (1988) *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza (*Capitalism and Socialdemocracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985).

50. Un masa de jugadores sin experiencia anterior en el juego del compromiso socialdemócrata y con altas expectativas creadas en el período anterior de crecimiento estable, lo que les lleva a romper las reglas del juego.

intereses de clase) como el nacionalismo, el fundamentalismo, la xenofobia y un largo etcétera.

Pero, aceptadas estas limitaciones, la búsqueda del interés individual, y dentro de él la acción colectiva de clase, son sin duda el principal factor explicativo de la acción social, y podemos así reivindicar la validez heurística y explicativa de nuestro segundo elemento primario para una red teórica que sea la formalización de un renovado materialismo histórico como programa de investigación.

5. El desarrollo del programa

Así esbozados los dos elementos teóricos constituyen tan sólo, como se pretendía, una versión lo más próxima posible al propio planteamiento de Marx. No está de más, sin embargo, apuntar algunas diferencias fundamentales entre el nuevo programa y aquel planteamiento. La primera, y ya señalada, es que ahora la acción intencional y la selección estructural no responden a la misma lógica esencial, aunque existan condiciones de ligadura que unen ambos elementos teóricos. Las relaciones de clase que constituyen la estructura económica en el segundo enunciado de Marx-Cohen son también las que definen los intereses colectivos de clase. Pero en la medida en que la acción social no se reduce a éstos (pues existe acción colectiva independiente de los intereses de clase, y no siempre éstos se traducen en acción colectiva), la acción intencional y la selección (o causalidad) estructural no poseen una unidad esencial.

La segunda diferencia se deriva de ésta y de la interpretación de los enunciados legaliformes de Marx-Cohen como leyes tendenciales. La acción intencional puede conducir a estructuras económicas y supraestructuras políticas no ya subóptimas sino simplemente catastróficas desde la perspectiva de aquellos enunciados. Esto es lo que reconoce la cláusula del *Manifiesto* al señalar que la lucha de clases puede conducir a la superación de un modo de producción o a su colapso, pero este matiz ha sido muy poco tenido en cuenta en la interpretación tradicional y ahora toma, en cambio, un significado mucho más general.

En efecto, en el nuevo programa debe partirse de que los conflictos de interés y la acción colectiva que se deriva de ellos sólo conducen a formas superiores de organización social tras un largo proceso de selección estructural en el que se imponen finalmente las formas más

eficientes, más competitivas y más equilibradas internamente. Pero *a priori* no hay ninguna lógica por la que la acción social en función de intereses conduzca a soluciones estables. Utilizando la jerga de la teoría de juegos se podría decir que el conflicto social es un juego iterado del que a la larga surge una estrategia dominante⁵¹, pero en el que sus primeros ensayos los jugadores obtienen resultados muy malos y mediocres, muy lejanos del equilibrio. Ese puede no sólo ser el caso en el que todos los jugadores pierdan excepto uno que, obteniendo grandes beneficios a corto plazo, ponga en grave peligro la continuidad del juego o sus propios resultados a largo plazo, sino también aquel en el que *todos* los jugadores pierden a medio plazo.

Para que no se trate de un proceso tan caótico como el de las mutaciones aleatorias previstas en la teoría neodarwiniana, es preciso contar con la capacidad de los agentes (jugadores) para aprender, no sólo a lo largo del mismo juego sino de la experiencia de otros jugadores en juegos análogos, tratando por tanto de introducir *intencionalmente* estrategias que conduzcan al equilibrio. La experiencia histórica no permite sin embargo albergar demasiado optimismo: no hay juegos idénticos ni con reglas fijas, y una estrategia dominante en un contexto puede ofrecer resultados pésimos (indeseados) bajo condiciones ligeramente distintas. Y la capacidad de aprendizaje, cuando se tienen en cuenta los procesos de relevo generacional en los agentes sociales, la consiguiente modificación de expectativas y la tendencia a mantener *repertorios estratégicos* heredados, pero inadecuados para jugadores con las nuevas expectativas, no parece que pueda suponerse tampoco suficiente alta para eliminar resultados malos o mediocres en juegos teóricamente (ahistóricamente) sencillos.

La tercera diferencia es quizá la que más se ha puesto en evidencia en las críticas de la concepción tradicional: entre los actores que desarrollan la acción intencional deben distinguirse, al menos, dos planos bien diferenciados: los agentes sociales (movimientos o grupos de interés) y los actores políticos capaces de *procesar* las demandas de aquéllos dentro del sistema político. El marxismo clásico reduce la política al conflicto de clases, considera excepcional la autonomía del

51. Se puede pensar que las estrategias dominantes tenderán a ser, si los jugadores tienen capacidad de aprendizaje, crecientemente cooperativas: véase Axelrod, R. (1986) *La evolución de la cooperación*, Madrid, Alianza (*The Evolution of Cooperation*, Nueva York, Basic Books, 1984).

Estado y ve en todo actor político un actor de clase. Dicho de otra forma, niega la existencia del sistema político como regulador de los conflictos sociales, al reducirlo biunívocamente a la estructura de clase.

El resultado no es sólo el predominio en la tradición clásica de los análisis instrumentalistas o ingenuamente funcionalistas del Estado⁵², sino la inexistencia de análisis del sistema político en cuanto tal, es decir, de la constitución histórica de los actores políticos, de sus repertorios estratégicos y recursos potenciales, y sobre todo de su capacidad para procesar las demandas sociales de forma que éstas sean compatibles tanto con el equilibrio social como con la capacidad de reproducción de la misma sociedad en competición con otras. Por descontado, si se parte de que esta capacidad es un obstáculo para un cambio revolucionario *deseable* por conducir a una sociedad mejor, sólo tendría sentido estudiar sus condiciones para tratar de desmantelarlas.

Pero si se cuenta con la posibilidad de colapsos sociales, o simplemente se niega el principio revolucionario como clave del progreso social, la carencia de análisis del sistema político aparece como la peor consecuencia del peso de la concepción clásica para el desarrollo de un verdadero programa de investigación social. Este, por el contrario, exige como parte central una sociología política materialista, en el que actores sociales y políticos *preconstituidos*, en el marco de condiciones económicas dadas, interaccionan estratégicamente, y en el que las limitaciones del sistema político pueden ser un factor determinante (tanto como las condiciones económicas) del resultado de los conflictos de interés.

La hipótesis central en torno a la que gira este artículo es la de que, *de hecho*, el programa de investigación que aquí se propone viene ya desarrollándose, con notable éxito, por autores y en textos a los que no se identifica con él, que no son conscientes de moverse en su marco y que, en muchos casos, rechazarían frontalmente la propuesta metodológica formulada en los apartados anteriores. No obstante, su coherencia con el programa y la posibilidad de integrarlos en él resulta

52. Un clásico del instrumentalismo es Miliband, R. (1970), *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI (*The State in the Capitalism Society*, Londres, Weidenfeld & Nicholson. La más conocida interpretación funcionalista es la que en su momento se denominó "estructuralista": véase Poulantzas, N. (1969) *Poder político y clases sociales*, México, Siglo XXI (*Pouvoir politique et classes sociales*, París, Maspero, 1968).

patente, en algunos casos de forma inmediata y en otros suprimiendo simplemente algunos rasgos de retórica o de jerga procedentes del paradigma clásico.

El ejemplo más patente es el de la economía política *neorricardiana*, que enraizada en la obra de Piero Sraffa⁵³, constituye una crítica radical no sólo de la economía neoclásica (socavando la base formal de la función de producción agregada) sino también de la teoría del valor de Marx, al mostrar que una sola variable independiente —la tasa de ganancia— determina a la vez los beneficios y los precios de todas las mercancías, incluyendo el de la fuerza de trabajo, es decir, los salarios.

La consecuencia no es sólo cortar el nudo gordiano de las incoherencias formales de la teoría de Marx⁵⁴ sino también poner de relieve que los salarios dependen de la tasa de ganancia, y que ésta depende de la relación de fuerzas entre capital y trabajo. Dicho de otra forma, que las ideas de Marx sobre la caída tendencial de los salarios (contenida a lo más por una cierta componente moral de éstos) son fundamentalmente erróneas, y que por el contrario la fuerza de los trabajadores puede llevar a que se produzca un descenso de los beneficios frente a los salarios. La mayor parte de los economistas están de acuerdo en que esto es precisamente lo que sucedió durante la crisis de los años 70, aunque en algunos países (como Gran Bretaña) ya viniera sucediendo a comienzos de los años 60.

Esta concepción de la economía política permite así prescindir de la teoría marxiana del valor-trabajo y de sus supuestas leyes de movimiento del capital, y trabajar dentro del marco de la economía ortodoxa a la vez que se introduce la lógica de la acción de clase dentro de la dinámica de la acumulación del capital. En la práctica esto significa una comprensión mucho más satisfactoria de los fenómenos económicos en nuestra sociedad, pese a las indudables limitaciones de la teoría neoclásica para dar cuenta de muchos de los aspectos sociales de la economía, que

53. Sraffa, P. (1966) *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-Tau (*Production of Commodities by means of Commodities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960).

54. De las más conocidas es la transformación de valores en precios, pero que son potencialmente muchas más, incluyendo la posibilidad de tasas de explotación *negativas*, véase Steedman, I. (1977), *Marx after Sraffa*, Londres, New Left Books.

los intentos, tan frecuentes en los años 60, de reconstruir la crítica de la economía política de Marx en las nuevas condiciones del capitalismo tardío⁵⁵.

Pero más allá del caso muy específico de la economía política neorricardiana, que simplemente es *coherente* con el programa, pero no es un desarrollo necesario de él, es muy interesante ver que buena parte de los trabajos inscritos en la llamada «sociología histórica» desde los años 70 se pueden considerar ensayos de un programa de investigación como el aquí propuesto: *aplicaciones* de su núcleo. Como se sabe, bajo esta denominación de sociología histórica se incluyen estudios en los que se intenta elaborar modelos sociológicos (o teorías de alcance intermedio) a partir de la contrastación de experiencias históricas que poseen, en su diversidad, rasgos comunes⁵⁶. Lo que diferencia a esta corriente de la historia social es la búsqueda de explicaciones macrocausales:

Por una parte, los macroanalistas pueden intentar establecer que varios casos que tienen en común el fenómeno que se pretende explicar también tienen en común los factores causales propuestos hipotéticamente, aunque los casos varíen en otros aspectos que podrían haber parecido causalmente pertinentes (...) Por otra parte, los macroanalistas pueden comparar casos en los que están presentes el fenómeno que se pretende explicar y las causas que se proponen hipotéticamente con otros casos («negativos») en los que tanto el fenómeno como las causas están ausentes, aunque en otros aspectos sean similares al máximo a los casos «positivos»⁵⁷.

55. Una exposición temprana de las posibilidades de la economía política neorricardiana para introducir la fuerza social de capital y trabajo en el análisis económico fue Nell, E. (1972), «Economics: the revival of political economy» en R. Blackburn (comp.), *Ideology in Social Science*, Londres: Fontana-Collins, pp. 76-95. Por otra parte, en Arrighi, G. (1975), «Una nueva crisis general», *Zona Abierta*, 5, pp. 77-112 («Towards a theory of capitalism crisis», *New Left Review*, 111 (1978), pp. 3-24), se ofrece un análisis sociológico de las crisis de los 70 cuyo razonamiento es implícitamente neorricardiano.

56. Sobre este punto me remito a ideas ya expuestas en Paramio L. (1986) «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38, pp. 1-18. Una concisa y completa introducción puede hallarse en Juliá, S. (1989), *Historia social/ sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.

57. Skocpol, T. y Somers, M. (1980) «The uses of comparative history in macrosocial inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22, pp. 174-197 (p. 183).

Ahora bien, mientras que Skocpol privilegia la causalidad *estructural*, especialmente en su conocida obra sobre las revoluciones antiabsolutistas⁵⁸, esta perspectiva es perfectamente compatible con la atención a la acción intencional. Toda una escuela analiza los cambios y conflictos políticos a través de la interacción estratégica de actores que tratan de incrementar sus *recursos políticos* (coactivos, morales y materiales) en la disputa del poder⁵⁹.

De hecho, puede pensarse que ambos enfoques deben completarse mutuamente, pues la causalidad estructural nos explica las *condiciones* de un fenómeno histórico, mas el hecho de que éste se haya dado históricamente sólo puede comprenderse al encontrar los actores sociales que aprovechan tales condiciones para actuar. Y, a la inversa, el marco en el que se produce la interacción estratégica de los actores, y por consiguiente la posibilidad de que éstos vean aumentar o disminuir sus recursos políticos, exige el análisis estructural. Un buen ejemplo de este razonamiento complementario se encuentra en la brillante síntesis de Michael Taylor de los estudios sobre fenómenos de insurgencia y revolución realizados desde la teoría de la elección racional⁶⁰, en la que precisamente toma como punto de partida las críticas contra Skocpol por limitarse a la explicación de tipo estructural.

En este sentido, se puede decir que estas obras entran dentro de un programa que combina la explicación estructural e intencional de forma coherente con los dos elementos primarios que he intentado presentar como punto de partida de un materialismo histórico renovado. En algunos autores la combinación de ambos tipos de análisis es lo que precisamente da fuerza al resultado. La explicación de Robert Brenner del temprano desarrollo capitalista de Inglaterra (frente al retraso francés) resulta en este sentido ejemplar⁶¹. Partiendo de las diferentes

58. Skocpol, T. (1979) *State and Social Revolutions: a Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press (*Estados y revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984).

59. Tilly, C. (1978) *From Mobilization to Revolution*, Reading (Mass.), Addison-Wesley. Una buena introducción a la obra de Tilly se encuentra en Hunt, L. (1984), «Charles Tilly's collective action», en T. Skocpol (comp.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 244-275.

60. Taylor, M. (1990) «Racionalidad y acción colectiva revolucionaria», *Zona Abierta*, 54-55, pp. 69-113 («Rationality and revolutionary collective action», en M. Taylor (comp.), *Rationality and Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 63-97).

61. Brenner, R. (1988a) «Estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial», y (1988b), «Las raíces agrarias del capitalismo europeo», en

capacidades de autorganización de las respectivas comunidades campesinas, Brenner explica la incapacidad del campesinado inglés para impedir su expropiación, la formación del Estado absolutista en Francia y la forma en que éste bloquea el desarrollo de un capitalismo agrario francés. Pero, a su vez, las diferentes formaciones de clase crean las condiciones estructurales que impiden la consolidación del absolutismo inglés y que posibilitan la revolución antiabsolutista en Francia: de Brenner a Skocpol se cierra la explicación de un ciclo esencial en la historia moderna de Europa occidental.

Más aún: combinado con el análisis de Brenner, el estudio de P. Anderson sobre el Estado absolutista⁶² permite comprender cómo éste es en Francia el resultado endógeno de una relación de relativo empate de fuerzas entre campesinado y nobleza, mientras al este del Elba se generaliza como resultado de la acción *intencional* de la nobleza para contar con su aparato de Estado capaz de resistir la presión de los ejércitos estables de las nuevas monarquías absolutistas (un caso ejemplar es el de Prusia). La amenaza de una selección natural darwiniana (de la que ha sido un primer ensayo la Guerra de los Treinta Años) lleva a una acción intencional de modernización estatal desde arriba. Pero los límites de la estructura económica (excepto en Prusia, donde el absolutismo moderniza *también* la economía) acaban por crear las condiciones estructurales de la revolución antiabsolutista, por ejemplo en la Rusia zarista, con lo que de nuevo volvemos a Skocpol y la amplitud explicativa del modelo crece a un nivel superior.

Estos ejemplos deberían bastar para dar la idea de los que se proponen como desarrollo del programa que aquí se pretende esbozar, pero conviene subrayar otro aspecto de éste: que ofrece una alternativa a la explicación monocausal de la llamada *nueva historia económica*, tal y como la presenta por ejemplo North⁶³. Para esta escuela la pura racionalidad del mercado (la economía neoclásica) explica los cambios sociales, por ejemplo la aparición del capitalismo, o al menos ofrece la

T. H. Ashton y C. H. E. Philpin (comps.), *El debate Brenner: estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica (*The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985), pp. 21-81 y 254-386.

62. Anderson, P. (1979) *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI (*Lineages of the Absolutist State*, Londres, New Left Books, 1974).

63. North, D. (1984) *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid, Alianza (*Structure and Change in Economic History*, Nueva York, Norton, 1981).

heurística fundamental para abordarlos. Uno de los principales méritos de Brenner es mostrar la insuficiencia de la lógica de la oferta y la demanda (en este caso de fuerza de trabajo, mediante la introducción de algunas elementales hipótesis demográficas) para explicar la aparición de la agricultura capitalista. Es preciso introducir variables *políticas*: los recursos políticos del campesinado y la nobleza, para comprender la diferente evolución de sociedades en otros sentidos análogos.

La autonomía de lo político es también una de las líneas conductoras del trabajo de Theda Skocpol, quien tras su obra acerca de las revoluciones antiabsolutistas, se ha volcado en un proyecto de investigación sobre el Estado, para recuperar su papel como *institución* y no como puro instrumento al servicio de los intereses de la clase dominante, tratando de mostrar cómo las propias funciones del Estado en las sociedades complejas le exigen una creciente autonomía respecto a los intereses de clase o de cualquier otro grupo de interés⁶⁴.

Sigue en ello a trabajos anteriores que rechazaban la noción clásica de *autonomía relativa* del Estado para tratar de hallar las causas estructurales⁶⁵ de la creciente autonomía del Estado, y se remonta a la tradición abierta por Otto Hintze⁶⁶ sobre el doble condicionamiento estructural que explica la aparición en Europa del Estado moderno: la competición interestatal y los equilibrios internos. El trabajo de Skocpol trata actualmente de mostrar las razones de la aparición del Estado de bienestar, a partir de las experiencias del New Deal y de la socialdemocracia europea. La reproducción social exige al Estado, en virtud de la relación de fuerzas entre las clases, una creciente autonomía respecto a los intereses inmediatos de éstas: el problema es saber en qué condicio-

64. Skocpol, T. (1989) «El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual», *Zona Abierta*, 50, pp. 71-122 («Bringing the state back in: strategies of analysis in current research», en P. B. Evans, D. Rueschmeyer, y T. Skocpol (comps.) *Bringing the State back in*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985, pp. 3-43). Todo el volumen original es del mayor interés.

65. Block, F. (1981), «La clase dominante no gobierna: notas sobre la teoría marxista del Estado», *En teoría*, 6, pp. 3-27 («The ruling class does not rule: notes on the Marxist theory of the state», *Socialist Revolution*, 33, (1977), pp. 6-28), y Block, F. (1980), «Beyond relative autonomy», en R. Miliband y J. Saville (comps.), *The Socialist Register 1980*, Londres, Merlin Press, pp. 227-242.

66. Hintze, O. (1987) *Feudalismo/capitalismo*, Barcelona, Alfa, 1977 (*Feudalismus/Kapitalismus*, ed. de G. Oestreich, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1970).

nes institucionales y sociales la Administración puede llegar a mostrar tal autonomía⁶⁷.

La perspectiva resultante es complementaria de los análisis de Block y Przeworski, y está próxima a la respuesta de una sociología política capaz de analizar, por ejemplo, las quiebras de los regímenes sociales de acumulación⁶⁸ de la posguerra en América Latina como resultado del agotamiento del repertorio estratégico de los actores, y causa a la vez de la volatilidad del sistema de partidos en ausencia de nuevos actores y estrategias⁶⁹.

Así, la sociología que aquí se presenta como ejemplo o aplicación concreta del nuevo materialismo histórico no sólo no es un economicismo, sino que es el terreno donde puede enfrentarse el desafío que hoy representa la colonización de las ciencias sociales por la microeconomía, el terreno en el que es posible defender la *autonomía de lo político* y a la vez reconocer algo que muy pocos científicos sociales se atreven a negar: que la economía fija los límites de posibilidad de los fenómenos políticos a largo plazo (o, como se decía en tiempos más enfáticos, *en última instancia*).

Este programa es, en suma, la propuesta de un terreno común en el que se puedan encontrar la sociología histórica y la sociología política, y en el que los materiales historiográficos y el formalismo microeconómico pueden ser explotados al máximo sin ceder a la tentación de dejar que nos impongan sus propias reglas de juego. No ofrece ya la posibilidad de alcanzar *leyes de la historia* o de predecir el futuro, pero sí la de elaborar modelos y teorías de alcance intermedio que nos permitan comprender mejor el presente y explicar causalmente el pasado. Se diría que es un terreno que merece la pena ser explorado.

67. Weir, M. y Skocpol, T. (1985) «State structure and the possibilities for keynesian responses to the Great Depression in Sweden, Britain and the United States», en P. B. Evans, D. Rueschmeyer, y T. Skocpol (comps.) *Bringing the State back in*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 107-163.

68. Nun, J. (1987) «Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia», en J. Nun y J. C. Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, pp. 83-116.

69. Paramio, L. (1991) «El final del ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90», *Revista de Estudios Políticos*, 74.

La investigación social positiva y la utilización del conocimiento

José Joaquín Brunner

1. El sistema de la investigación social positiva

... pues la raíz de todas las desventajas y de todas las desventuras que pueden ser eludidas mediante invenciones humanas es la guerra y, en primer lugar, la guerra civil; de ella surgen el asesinato, la devastación y la escasez de todas las cosas. La causa no es que los hombres quieran la guerra...; tampoco lo es su ignorancia respecto a que las consecuencias de la guerra sean calamidades... La guerra civil es posible por lo tanto, únicamente, porque no se conocen las causas ni de la guerra ni de la paz... ¿Mas por qué no se las ha estudiado, a no ser por la razón de que hasta ahora no ha habido para ello ningún método claro y exacto?

Thomas Hobbes, *Grundzüge der Philosophie*.

La investigación social disciplinariamente organizada, surgió en Chile dentro de la tradición del *positivismo*¹. Un sector de ella, del que aquí nos ocuparemos, ha evolucionado a partir de esa matriz hasta el presente, manteniendo a lo largo del tiempo los mismos ideales explicativos y una semejante orientación hacia los asuntos prácticos, aunque en el camino recorrido su programa se ha modificado y enriquecido con el propio

1. Ver Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile. La formación de una disciplina*; FLACSO, Santiago de Chile, 1988. Volveremos sobre esta conexión más adelante, en el capítulo 2 de este trabajo.

desarrollo de las ciencias sociales, bajo la presión de las cambiantes condiciones del contexto político, económico y cultural.

Denominaremos a ese sector de la investigación social, así orientado, el *sistema de la investigación social positiva*. Como esperamos mostrar, él se halla animado del «espíritu positivo» que busca combinar, simultáneamente, la producción de conocimientos científicos con su aplicación práctica mediante operaciones de ingeniería social.

La noción de *sistema de investigación* realiza un recorte dentro del conjunto de las prácticas institucionalizadas de investigación social que ocurren en un campo científico determinado. Ella nos refiere, por tanto, a un colectivo de investigadores (y a sus posiciones y relaciones dentro de ese campo) identificados, en este caso, por una común orientación de sus prácticas de investigación, la que se halla condicionada por una tradición de pensamiento compartida, por una comunidad de «referentes teóricos» y, sobre todo, por un «interés rector del conocimiento». A diferencia de Habermas, no entendemos dicho interés solamente como una determinación «cuasitrascendental» de las formas de conocimiento sino, además, como una lógica de producción del conocimiento que genera, en el caso de este sistema, su potencial de utilización mediante aplicaciones técnico-instrumentales. Por este último concepto podemos llamar a nuestro sistema, también, como de investigación social *empírica* o *técnica*, mirando en el primer caso al carácter que deben tener las teorías para reclamar el estatuto de científicas y, en el segundo, a los efectos de su aplicación instrumental mediante operaciones de tecnología social.

Conforme a su origen en la historia de las ideas, y de la filosofía social en particular, podríamos además denominar a este sistema de investigación social como *hobbesiano*. Efectivamente, como ha señalado Habermas, fue Thomas Hobbes quien desarrolló por primera vez «la pretensión de una filosofía social de base científica (que) trata de establecer definitivamente las condiciones necesarias para el orden correcto del Estado y de la sociedad como tal». Que, además, postula que «la transformación del conocimiento en la práctica, la aplicación, es un problema técnico», dependiendo de la «generación correctamente calculada de reglas, relaciones e instituciones». De donde se produciría, en este sistema de investigación de matriz hobbesiana, una nítida separación entre la política y la moral, puesto que los ingenieros del orden social correcto podrán «limitarse a la construcción de las condiciones bajo las cuales los seres humanos, como todos los objetos de la

naturaleza, se comportarán necesariamente en una forma calculable», sustituyéndose así la «instrucción para la práctica de una vida buena y justa por la posibilidad de una vida de bienestar dentro de un orden correctamente instituido»².

Por ese rasgo *hobbesiano*, el sistema de investigación social positiva, como veremos, está sujeto continuamente a crítica, puesto que se halla expuesto a la acusación de reducir la política a la técnica y de prestarse a las más abyectas formas de manipulación, opresión y represión. Al mismo tiempo, su pretendida capacidad de analizar científicamente la sociedad y de ofrecer conocimientos instrumentalizables técnicamente para el tratamiento de los problemas que aquejan a la sociedad, ha hecho de este sistema de investigación un sujeto de elogios, de esperanzas y, a veces, de cuantiosos recursos para su operación, bajo el supuesto que él guarda la promesa de ese «método claro y exacto» que permitiría evitar las guerras, la devastación y la escasez de todas las cosas y asegurar el progreso de la humanidad.

Cualquier sistema de investigación social necesita ser analizado bajo dos aspectos³.

Por un lado, su *contenido intelectual*, o sea, el lado que corresponde al sistema conceptual, el cual no permanece estático a lo largo del tiempo. En su evolución encontraremos las «unidades de variación», vale decir, las variantes conceptuales tentativas que circulan dentro de un sistema en un momento determinado; y las «unidades de modificación», entendidas como los cambios conceptuales efectivamente producidos que son incorporados a la tradición conceptual del sistema en cuestión. Es decir, en este lado del sistema hay innovación y hay selección de nuevos conceptos que son incorporados definitivamente al sistema.

Por otro lado, su *base profesional*, es decir, el lado que corresponde al grupo de practicantes (investigadores) que encarnan y comparten esa tradición intelectual y trabajan con ella, «que intercambian información, arguyen y presentan sus resultados mediante una variedad de publicaciones y reuniones, compiten por cátedras y presidencias de academias, y tratan de sobresalir a la par que anhelan conquistar su mutua estima»⁴.

2. Habermas, Jürgen, *Theory and Practice*; Beacon Press, Boston, 1973, p. 43.

3. Para lo que sigue adaptaremos a fines de nuestro uso algunas categorías elaboradas en Toulmin, Stephen, *La comprensión humana* (Vol. I), Alianza Editorial, Madrid, 1977, especialmente pp. 107 y ss. y Sección B, pp. 143-321.

4. Toulmin, Stephen, *op. cit.*, p. 268.

El sistema conceptual y la comunidad de practicantes existen en recíproca interdependencia. Estos últimos producen conocimientos dentro de esa tradición y, en ese proceso, la modifican y profundizan. El sistema conceptual, por su lado, sólo existe en relación a la base profesional de practicantes que lo asumen y usan en su trabajo y adquieren su identidad a partir de él.

La tradición positivista confirmada

En el fondo de la autocomprensión positivista se encuentra la convicción de que el objetivo de las ciencias sociales es semejante al de las ciencias naturales. Su aspiración es, por lo mismo, fundar una «teoría empírica» de la sociedad, apoyada —como decía Comte— en la observación y la comparación sistemáticas. En términos modernos, se dirá que esa teoría aspira a estar basada en «la recolección y el refinamiento de los datos, el descubrimiento de correlaciones, y la formulación de generalizaciones empíricas verificables, hipótesis y modelos (...) También deben surgir teorías verificables y bien confirmadas que expliquen los fenómenos demostrando cómo pueden derivarse en formas no triviales de nuestros supuestos teóricos. En el fondo de la explicación científica debe haber el descubrimiento y la utilización de leyes o enunciados nomológicos»⁵, esto es, semejantes a leyes.

La idea de desarrollar una ciencia positiva de la sociedad estuvo ligada a su vez, desde los orígenes de la fundamentación de la filosofía social como ciencia, a la intención de intervenir y reorganizar racionalmente el orden de la sociedad⁶. Esta ciencia social fue, por ese concepto, hija de la Ilustración y compartió el ideal de reformar a la sociedad en nombre de la razón y con el fin de asegurar el progreso de la humanidad. Fue, por eso mismo, un producto típico de la modernidad, cuya alma faustiana compartió⁷.

5. Berstein, Richard J., *La reconstrucción de la teoría social y política*; Fondo de Cultura Económica, México, 1983, pp. 69-70.

6. Ver al respecto la discusión de J. Habermas sobre Hobbes y la refundamentación de la filosofía social como ciencia. En Habermas, Jürgen, *Teoría y Praxis*; Ediciones Sur, Buenos Aires, 1966, pp. 25-50.

7. Nos referiremos aquí, específicamente, a la tercera metamorfosis, como la llama M. Berman, de Fausto: aquella que lo convertirá en el *developer*, esa figura emblemática de la modernidad, en la cual converge precisamente la capacidad de

Con todo, como se ha señalado muchas veces, esa relación entre la «teoría empírica» y una «teoría normativa» de la acción no ha sido fácil de establecer dentro de esta tradición. Pues, según suele indicarse, mientras la primera da lugar a proposiciones referentes a hechos que pueden ser probadas verdaderas o falsas, en cambio las proposiciones normativas incluyen aspectos referidos a valores que no pueden ser tratados del mismo modo. El aspecto de valor, en efecto, no se refiere a hechos, de donde algunos concluyen que no podría haber —dentro de esta tradición y dados sus propios principios orientadores— una teoría normativa racionalmente fundada.

No se trata, sin embargo, de entrar aquí (lo haremos limitadamente más adelante) al ruedo de esa discusión teórico-metodológica, cuya trayectoria habría que seguir desde Max Weber hasta nuestros días. Pues, en la práctica, la investigación social de matriz positivista ha resuelto continuamente ese problema en favor del involucramiento de las ciencias sociales en el modelamiento de la sociedad, incluso en ausencia de una teoría que relacione satisfactoriamente los hechos y los valores; cerrando así prácticamente la brecha (o el abismo, como se desea) entre la explicación y la acción.

apropiarse y de aplicar el conocimiento producido por la investigación a la transformación del mundo circundante, natural y social. Recuerda Berman el momento en que Fausto, contemplando la vasta energía del mar frente a sí, se exalta pensando cómo esa energía se pierde inutilizada, «and nothing is achieved».

This drive me near to desperate
distress!
Such elemental power unharnessed,
purposeless!
There dares my spirit soar past all it knew;
Here I would fight, this I would subdue!

Y más adelante, Fausto exclamará: «And it is possible ... Fast in my mind, plan upon plan unfolds».

Nos encontramos aquí, de pronto, señala Berman, en un punto nodal de la autoconciencia moderna. «Estamos presenciando el nacimiento de una división del trabajo, una nueva vocación, una nueva relación entre las ideas y la vida práctica. (...) Fausto se está transformando en un nuevo tipo de hombre, para adaptarse a una nueva ocupación. En su nuevo trabajo, él pondrá en acto algunas de las más creativas y también de las más destructivas potencialidades de la vida moderna; él será el consumado destructor y creador. La figura oscura y profundamente ambigua que nuestra época ha llamado 'the developer'». Fausto se convierte aquí, finalmente, en el modernizador.

Ver Berman, Marshall, *All that is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity*. Simon and Schuster, New York, 1982.

Podemos analizar esa *resolución práctica* del problema planteado en la teoría recurriendo a diversas explicaciones. Una de ellas, que hace un uso seguramente indebido pero útil de Habermas, consiste en argumentar que las ciencias empírico-analíticas, cuyo modelo el positivismo emplea para fundar una ciencia semejante de la sociedad, se guían por un interés cognoscitivo técnico, proporcionando los conocimientos necesarios para la acción instrumental y el control operativo de los sistemas. Vale decir, estaríamos aquí frente a un sistema de investigación cuyo «interés constitutivo de conocimiento», lo conduce a proveer información «técnicamente utilizable» en el dominio de la acción instrumental y estratégica. En efecto:

La acción instrumental está gobernada por reglas técnicas basadas en el conocimiento empírico. En todo caso, tales reglas implican pronósticos condicionales acerca de eventos observables, físicos o *sociales*. Estos pronósticos pueden resultar correctos o incorrectos. La conducta de la elección racional está gobernada por estrategias basadas en el *conocimiento analítico*. Tales estrategias implican una deducción de reglas de preferencia (sistemas de valor) y procedimientos de decisión; estas proposiciones se deducen en forma correcta o incorrecta. La acción deliberada racional alcanza metas definidas bajo condiciones dadas. Pero mientras la acción instrumental organiza medios que son apropiados o no apropiados de acuerdo con los criterios de control efectivo de la realidad, la acción estratégica depende de la evaluación correcta de posibles elecciones alternativas resultantes del cálculo complementado por valores y máximas⁸.

No se trata, por tanto, de que los investigadores que actúan dentro de las disciplinas constituidas por este interés cognitivo estén ellos, necesariamente, preocupados de la aplicación técnica de sus teorías ni de que ellos deban abandonar la actitud «desinteresada» supuesta por cualquier investigación científica⁹. Es la propia «forma» de los conoci-

8. Habermas, Jürgen, *Toward a Rational Society*. Beacon Press, Boston, 1970, pp. 91-92. Las cursivas son mías. (J. J. B.)

9. Por lo demás, es conocido el hecho que el pretendido «desinterés» del *ethos* científico, tal como lo propone Merton, ha entrado crecientemente en contradicción con la naturaleza y la práctica de la ciencia gubernamental, industrial e incluso con muchas manifestaciones de la ciencia académica. Al efecto, ver Barnes, S. B. and Dolby, R. G.,

mientos constituidos por ese interés cognoscitivo la que constituye un «dominio» de objetos y eventos sujetos a control técnico. O, como señala el propio Habermas en otra parte, «las teorías de las ciencias empíricas revelan la realidad sujetas al interés constitutivo por la posible obtención y expansión, a través de la información, de la acción vigilada por la retroalimentación (donde pueden confirmarse y refutarse las hipótesis; mi agregado). Este es el interés cognoscitivo, concluye Habermas, por el control técnico de procesos objetivados»¹⁰.

En breve, en nuestro sistema de investigación bajo estudio, la experiencia del conocimiento se organiza categorialmente «con respecto al éxito de las operaciones», de donde arranca asimismo la moderna tradición, asociada a la investigación de matriz positivista, de la «ingeniería social» a la que nos referiremos más adelante.

Por lo demás, resulta evidente que los procesos de racionalización y burocratización propios de la sociedad moderna han favorecido irresistiblemente la incorporación de esas ciencias positivas al control de la naturaleza y de los hombres. En este sentido, cabría postular que una perspectiva positivista, tal como aquí la hemos entendido, refleja a la vez que refuerza lo que la vida social y política se ha ido volviendo bajo las condiciones de la modernidad.

La tradición positivista impugnada

La conexión que existe entre la difusión de una racionalidad regida por fines (*Zweckrationalität*), tal como la describe Max Weber, y la autocomprensión de la tradición positivista en las ciencias sociales se ha convertido, en efecto, en uno de los temas cruciales para la comprensión de la propia modernidad.

Casi podría decirse que una cierta orientación de la ciencia — aquella que da lugar a la investigación hipotética, falible, empírica— parece haber llegado a ser una marca de la modernidad, a la vez que sus avances y aplicaciones impulsan a ésta a lo largo de un proceso creciente

«The Scientific Ethos: a deviant view point», *Archiv. Europ. Sociol.*, XI (1970), 3-25. Sobre ciencia académica, industrial y gubernamental, ver Ziman, John, *Introducción al estudio de las ciencias*, Ariel, Barcelona, 1986.

10. Habermas, Jürgen, *Knowledge and Human Interest*, Beacon Press, Boston, 1971, p. 309.

y expansivo de racionalización que, ya hace tiempo, el mismo Weber había señalado que nos encierra en una «jaula de hierro»¹¹.

La pregunta que suele plantearse en este contexto es: bajo qué condiciones sería posible que las estructuras modernas de la conciencia no caigan presa «unidimensionalmente» de esa racionalidad regida por el interés cognitivo-instrumental, una de cuyas expresiones es el despliegue de las ciencias analítico-empíricas orientadas por un interés técnico de control.

Según sostiene Habermas¹², la racionalización de la sociedad puede ocurrir —como posibilidad— en tres esferas de valores culturales que corresponden a dominios separados, cada uno regido por intereses de conocimiento diversos. «Podemos pensar entonces en la racionalidad estructuralmente posible de la sociedad como si fuera una «combinación» de las ideas correspondientes (a los dominios de la ciencia y la tecnología, la ley y la moral, el arte y el erotismo) con los intereses (respectivos) y su incorporación a los correspondientes órdenes de vida diferenciados». En base a ese modelo, Habermas cree poder establecer las condiciones necesarias para lo que él llama un «patrón no-selectivo de racionalización»; esto es, uno en que los respectivos procesos de racionalización ocurrieran conforme a su propia lógica inmanente, evitando su «subordinación a las leyes intrínsecas de órdenes de vida heterogéneos».

Esas condiciones mínimas necesarias, que permitieran evitar la racionalización expansiva de la «jaula de hierro», serían:

- Primero, que las tres esferas de valores culturales se conecten con los sistemas de acción correspondientes de modo tal que la producción y transmisión del conocimiento especializado queden aseguradas según los requisitos de validez respectivos;
- Segundo, que el potencial cognitivo desarrollado por cada una de las culturas especializadas pase, a su vez, a la práctica comunicativa cotidiana y se vuelva fructífero para los sistemas de acción social;
- Tercero, finalmente, que las esferas de valor cultural sean institucionalizadas equilibrándose de tal modo que los órdenes de

11. Este tema ha sido abordado por Habermas, Jürgen, *Toward a Rational Society*, op. cit., especialmente en su artículo sobre II. Marcuse.

12. Ver Habermas, Jürgen, *Theorie des Kommunikativen Handelns* (vols. 1 y 2), Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1982. Las citas que siguen corresponden al vol. I, II. 3, pp. 299-331, y el esquema de los complejos de racionalización se encuentra en la pág. 326.

vida correspondientes sean lo suficientemente autónomos como para evitar su subordinación a órdenes de vida regidos por leyes internas heterogéneas.

El modelo propuesto por Habermas supone que la diferenciación estructural de la conciencia moderna que hace posible esa diversidad de tipos de racionalización, se expresa en la capacidad socialmente adquirida de desarrollar diferentes actitudes —*objetiva, ajustada a normas y expresiva*— respecto a los elementos de los diferentes mundos concebidos formalmente; los mundos que denomina «objetivo», «social» y «subjetivo».

Combinando esas tres actitudes básicas con los tres conceptos formales del mundo, podemos obtener nueve «relaciones pragmáticas formales», sólo algunas de las cuales, según Habermas, serían posibles de ser racionalizadas; o sea, prestarse para la acumulación y adquisición de conocimientos, desarrollando las respectivas esferas de valor cultural de acuerdo con su propia lógica interna¹³.

Las relaciones que según Habermas serían «racionalizables», tal como se muestra en el siguiente esquema (véase a vuelta de página), caen dentro de tres «complejos de racionalidad»: el instrumental-cognitivo, el práctico-moral y el práctico-estético.

Para nuestro análisis interesa lo relativo al complejo de racionalización que nace de la actitud *objetivadora* respecto a los mundos *objetivo* (ciencia y tecnología) y *social* (tecnología social). En estos casos, la racionalidad cognitivo-instrumental se institucionaliza en las empresas científicas que llamamos habitualmente «disciplinas» (1.1), y en tecnologías que inciden en el mundo objetivo (1.1) y social (1.2).

El hecho de que el mundo social sujeto a una actitud objetivadora (1.2 en el esquema) quede reducido solamente a «tecnologías sociales»,

13 La idea implicada es que «si las esferas de valor cultural se distinguen por una producción del conocimiento que se diferencia según los requisitos de validez y se hace acumulativo, y si la continuidad de este conocimiento se puede garantizar sólo por medio de los procesos de aprendizaje que se hacen reflexivos —esto es, que se acoplan en relaciones de retroalimentación con las formas de argumentación especializada e institucionalizadas—, entonces podríamos demostrar para cada esfera de valor históricamente articulada (...) la existencia de unas relaciones plausibles para una forma típica de argumentación especializada de acuerdo con un requisito de validez universal». Habermas, Jürgen, *Theorie des Kommunikativen Handelns...*, op. cit., pp. 327-28.

COMPLEJOS DE RACIONALIZACIÓN: HABERMAS (P.326)

Mundos: Actitudes básicas	1 Objetivo	2 Social	3 Subjetivo	1 Objetivo
3 Expresivo	Arte			
1 Objetivador	Racionalidad cognitivo Ciencia Tecnol.	instrument Tecnol. sociales		
2 Ajustamiento a la norma		Racionalidad práctico	moral	
3 Expresivo			Racionalidad práctico Erotismo	estética Arte

plantea una serie de problemas¹⁴, sobre todo desde el momento que se sugiere, como hace Habermas interpretando a Weber en este punto, que «nada puede aprenderse de una actitud objetivadora sobre la naturaleza interior como subjetividad» (o sea, sobre las emociones y los sentimientos, los deseos y las tendencias, las creencias y las intenciones); razón por la cual también el casillero (1.3) del esquema se halla vacío.

¿Qué significa, entonces, que el conocimiento adopte en el caso de (1.2) la forma de «tecnologías sociales»? O, dicho en otros términos, ¿qué significado debe atribuírse al hecho que no se mencione, justamente en ese casillero, pero tampoco en ninguno otro, a las ciencias sociales?

Según McCarthy, caben aquí dos posibilidades de interpretación. O bien Habermas niega la existencia de cualquiera ciencia social objetivadora, dejando caer con ello, asimismo, la posibilidad de una

14. Ver al respecto McCarthy, Thomas, «Reflexiones sobre la racionalización en la teoría de la acción comunicativa», en VV. AA., *Habermas y la modernidad*: Cátedra, Madrid, 1988.

investigación social de ese tipo que pudiera dar lugar a una acumulación de conocimientos. O bien, dado que lo anterior parece no corresponder a una lectura consistente de Habermas, habría que concluir que el mundo de lo social (incluida la cultura) forma parte, al igual que la naturaleza, de un mundo «de hechos sobre los que es posible hacer enunciados verdaderos» (observaciones y aserciones) y en los que es posible intervenir de un modo efectivo (mediante tecnologías sociales).

Por otra parte, nuestro mundo social de relaciones interpersonales legítimamente reguladas, de las normas que pueden cumplirse o violarse; el mundo social intersubjetivamente compartido, cuya generalidad se realiza por medio de las pretensiones que se hacen respecto de la exactitud normativa es, según la definición de Habermas, una realidad normativa respecto de la cual nuestra relación básica es de obligación y no de observación. Definido así formalmente, el mundo social contiene elementos de lo que normalmente se considera (materialmente) como sociedad pero no, según Habermas, de la naturaleza¹⁵.

Esta segunda lectura, que excluye entonces el dominio de lo social del ámbito de las ciencias analítico-experimentales, no explica, sin embargo, por qué las «tecnologías sociales» aparecen a pesar de todo bajo la columna de lo social, donde la acción precisamente se halla sujeta a requisitos de validez normativa, o sea, a un modo de racionalidad que Habermas llama práctico-moral.

Quizá entonces estemos de vuelta aquí, ahora en un nivel superior de complejidad conceptual, en esa brecha (o abismo) que separa a las explicaciones de los valores, sólo que de una manera radicalizada. Pues las ciencias sociales de inspiración positiva pierden aquí su conexión con el mundo social como mundo de sentidos compartidos al mismo tiempo que las tecnologías sociales pierden el suyo con los imperativos práctico-morales, que constituyen el mundo social donde operan.

Concluye McCarthy: «parece, en otras palabras, que no podríamos relacionarnos en absoluto con el mundo social de Habermas en una actitud objetivadora, ya que (aquel) se define formalmente como el correlato de una actitud que se ajusta a una norma»¹⁶.

15. *Ibid.*, p. 286.

16. *Ibid.*, p. 286.

De ser así supondría, además, que no cabe que el sujeto adopte actitudes básicas *diferentes* hacia un *mismo* mundo formalmente definido.

La salida de este verdadero *cul de sac*, como ya se insinúa, es que nada impide, en principio, que se adopten actitudes *diferentes* frente a un mismo mundo definido formalmente, incluso en el caso del mundo social en el cual participamos, antes que todo, con nuestras propias competencias como participantes sociales. Según señala el propio Habermas en otro lugar:

La sociedad designa aquel segmento de la realidad pre-estructurado simbólicamente que el sujeto adulto puede comprender en una actitud conforme a normas; esto es, como alguien que actúa comunicativamente (como alguien que participa en un sistema de comunicación). Las relaciones interpersonales legítimas pertenecen a esto, así como las instituciones, tradiciones, valores culturales, etc. Podemos sustituir esa actitud de ajuste con una actitud objetivadora respecto a la sociedad¹⁷.

El hecho pues de objetivar las relaciones sociales no las convierte necesariamente en elementos del mundo objetivo sino que, solamente, en elementos del mundo social considerado objetivamente.

O sea que así como participamos competentemente en el mundo social sobre la base de una actitud ajustada a normas, asimismo podemos adoptar una actitud objetivadora para considerarlo como objeto de investigación científica y de control técnico, independientemente de que actúemos en él, cotidianamente, de manera ajustada o desviada respecto de las normas. Lo anterior sugiere, además, la posibilidad de extender esa misma actitud objetivadora al mundo subjetivo, o sea, hacia el casillero vacío (1.3) del esquema de «complejos de racionalización» de Habermas¹⁸.

En relación con este último punto, los argumentos de McCarthy parecen suficientes para dar por hecho que efectivamente es posible, también en este caso, «sustituir» una actitud de ajuste a normas con una

17. Habermas, Jürgen. *Communication and the Evolution of Society*; Heinemann. London, 1979, p. 66.

18. El mismo Habermas reconoce esa posibilidad y la analiza brevemente en Habermas, Jürgen, *Communication and Evolution of Society*, op. cit., p. 67.

actitud objetivadora respecto al mundo subjetivo de los deseos, intenciones, sentimientos, creencias, etc. Pues es claro que nada excluye, como de hecho ocurre con el caso de variadas prácticas terapéuticas e investigaciones de psicología clínica o incluso, crecientemente, con la aproximación (típicamente objetivadora) de la neurobiología, que el mundo subjetivo pueda ser tratado como experiencia observable, aunque frecuentemente (pero no necesariamente) ello suponga, como dice McCarthy, la habilidad personal «para expresar la propia naturaleza interior y para que sirva como un tú en las autorrepresentaciones de los otros».

En suma, la impugnación de Habermas a las ciencias sociales de tradición positivista-empírica sólo logra sostenerse si acaso se bloquea la posibilidad de adoptar una actitud objetivadora hacia el mundo social y el mundo subjetivo. En este caso, las ciencias sociales tendrían que ser refundadas desde otro lugar y a partir de una actitud que no fuera objetivante¹⁹. Veremos más adelante, en el capítulo III, cómo esta encrucijada ha sido abordada desde el punto de vista de la investigación social.

19. La cuestión, entonces, vendría a ser acaso es posible generar una ciencia social que no se base en una actitud básica de tipo objetivante y que, además, defina su dominio de objetos y su interés rector de conocimiento de manera radicalmente distinta a como lo hacen las ciencias analítico-experimentales. En algunos momentos Habermas parece defender esta tesis. Por ejemplo, cuando funda la idea de las disciplinas histórico-hermenéuticas por oposición a las analíticas-explicativas. Así, dice:

Las ciencias histórico-hermenéuticas obtienen el conocimiento de un marco metodológico diferente. Aquí el significado de la validez de las proposiciones no se constituye en el marco del control técnico... Porque las teorías no se construyen deductivamente y la experiencia no se organiza con respecto al éxito de las operaciones. El acceso a los hechos deriva del entendimiento del significado, no de la observación. La verificación de hipótesis semejantes a leyes en las ciencias empírico-analíticas tienen aquí su contrapartida en la interpretación de textos. Así pues, las reglas de la hermenéutica determinan el posible significado de la validez de los enunciados de las ciencias culturales.

Habermas, Jürgen, *Knowledge and Human Interest*, op. cit., p. 309.

En otras palabras, estas ciencias estarían constituidas por el interés práctico cuyo fin es «la aclaración de las condiciones necesarias para la comunicación y la intersubjetividad» (Berstein, Richard, *La reestructuración...*, op. cit., p. 248). En cualquier caso, no parece que ambas aproximaciones «científicas» a lo social (y lo subjetivo) necesiten ser excluyentes entre sí, y tampoco resulta claro por qué una ciencia histórico hermenéutica no proporcionaría conocimientos que, por la vía del «uso de la clarificación», pudieran ser utilizados para el control de procesos simbólicos y de interacciones regidas por normas. Volveremos sobre esto en los capítulos III y IV.

La ingeniería social limitada

La ingeniería social (*social engineering*) es el rótulo anglosajón que nos servirá para traer a tierra las disquisiciones anteriores. Pues, como dijimos, ha sido en el terreno práctico donde la tradición positivista ha intentado resolver, tal vez muchas veces sin una teoría demasiado compleja por detrás, esa conexión entre ciencia social y tecnología social; o entre explicación teórico-empírica y acción social regida normativamente.

En efecto, más allá de los temores que despierta el control tecnocrático de la vida psicológica y social —la jaula de hierro en *a brave new world*—, e incluso el propio rótulo de la ingeniería social, existe una suerte de consenso, sobre todo en la tradición intelectual del positivismo, de que es posible y necesaria la aplicación del conocimiento producido por la investigación social al tratamiento de los problemas prácticos de la sociedad.

Karl Popper ha proporcionado los argumentos «clásicos» de defensa de esta posición en el capítulo «*Piecemeal versus Utopian Engineering*» de su libro *The Poverty of Historicism*²⁰. Bajo el término de «ingeniería social gradual», Popper entiende el conjunto de actividades privadas o públicas que, para alcanzar un fin o meta, conscientemente «utilizan todo el conocimiento tecnológico disponible». Se trata pues de acciones que caen dentro de la racionalidad que Weber llamaba *Zweckrationalität*, y que Habermas describe como «acciones racionales deliberadas» o de propósito, las cuales pueden considerarse bajo dos aspectos: el de la eficiencia empírica de los medios técnicos y el de la consistencia de la elección entre los medios adecuados. Según dirá Habermas, «la racionalidad de los medios requiere un conocimiento empírico, técnicamente utilizable. La racionalidad de las decisiones requiere la explicación y la consistencia interior de los sistemas de valor y de las máximas de decisión, así como la derivación correcta de los actos de elección»²¹.

20. Popper, Karl, *The Poverty of Historicism*; Routledge. London, 1957. Las citas que siguen corresponden a la edición de 1963.

21. Habermas, Jürgen, *Communication and Evolution of Society*, op. cit., p. 117. En este mismo lugar Habermas vuelve a desarrollar y fundamenta la distinción categorial entre acción deliberada de propósito y acción comunicativa, argumentando que cada una está sujeta a modalidades de racionalización diversas, pudiendo dar lugar, asimismo, a modalidades de aprendizaje que son diferentes. Así, mientras las estructu-

El problema de los fines de la acción de ingeniería social no se plantea para Popper, igual como ese problema no surge, señala, en el caso de la ingeniería física. Pues los fines están más allá de la provincia de la tecnología. Lo único que este tipo de conocimiento puede decir respecto de los fines es acaso son compatibles o no entre sí y si acaso son realizables.

El ingeniero social gradual de Popper se propone como tarea «diseñar instituciones sociales, y reconstruir y administrar aquellas existentes». Su aproximación a dichas instituciones será hecha desde un punto de vista que él llama «funcional» o «instrumental»; o sea, con esa actitud que antes hemos denominado objetivante. Reconoce, con todo, que las instituciones sobre las cuales opera la ingeniería social no son máquinas; ellas actúan a través de un personal que forma parte del mundo social y cuyos miembros poseen una dimensión subjetiva.

Socráticamente, el ingeniero social popperiano debe saber lo poco que sabe, es decir, aceptar la limitación del conocimiento que puede llegar a tener. De allí se deducen igualmente los límites que existen para intentar una planificación global (utópica) de la sociedad²². Por eso mismo, el ingeniero social «recorrerá su camino paso a paso, comparando con cuidado los resultados esperados con los resultados alcanzados, y siempre estará alerta a las consecuencias inevitables no deseadas de toda reforma; y no emprenderá reformas cuya complejidad y alcance le imposibiliten la aclaración de las causas y los efectos y el conocimiento de lo que realmente está haciendo».

Dado, sin embargo, que la ingeniería social no resuelve ella misma, a partir del conocimiento que moviliza, sobre los fines de la acción de intervención y control, ella puede ser usada por las más diversas tendencias, liberales o totalitarias. Según acota R. Bernstein, «la tarea de aplicación de la solución final al problema judío por parte de los nazis fue una tarea de ingeniería que involucraba muchas

ras de racionalidad surgidas de la racionalización de la acción instrumental se instituyen en tecnologías, estrategias, organizaciones y calificaciones, en cambio las estructuras de racionalidad surgidas de la racionalización de la acción comunicativa se incorporarían en concepciones de mundo, en mecanismos para regular conflictos (instituciones) y en procesos de formación de identidad. O sea, en general, en el desarrollo de estructuras normativas.

22. Al respecto, ver Hinkelammert, Franz, *Crítica de la razón utópica*; DEI, San José de Costa Rica, 1984, pp. 160-68.

cuestiones técnicas acerca de los medios más eficaces para atrapar a los judíos, transportarlos a los campos de concentración y asesinarlos»²³.

El hecho de que la ingeniería social dependa de la especificación de las metas que se desea alcanzar, y que este aspecto no pueda resolverse desde la posición de las ciencias analítico-empíricas ni con el conocimiento que ellas producen, no ha impedido, sin embargo, que la tradición de utilización del conocimiento producido dentro de este sistema haya continuado desarrollándose.

La ingeniería social extendida

En 1968, Philip Hauser, en su alocución presidencial ante la American Sociological Association, formuló la visión que podemos llamar optimista respecto a la ingeniería social en conexión con las ciencias sociales²⁴.

Se trata, sostenía Hauser, de un enfoque completamente nuevo, que tiene que ver con la aplicación del método científico a los fenómenos sociales al igual que a los físicos y biológicos; y de la emergencia de un conjunto de actividades de ingeniería social paralelas a las actividades tecnológicas nacidas de las ciencias físicas y biológicas. Surgía con ello, incluso, una nueva profesión, aunque todavía compuesta de unos pocos practicantes, la cual se hacía cargo de la administración de esas tecnologías sociales: el administrador público, el urbanista, el trabajador social, el educador, el criminologista, el planificador, el administrador de empresas.

El enfoque de la ingeniería social, dirá Hauser, «es dependiente del conocimiento producido por las ciencias sociales y de la sabiduría basada en la experiencia de resolver problemas. Es el rol de las ciencias sociales en general, al igual que de la sociología en particular, el proporcionar el necesario conocimiento. Tal es el objetivo de la investigación, de la recolección de datos, su procesamiento y análisis».

El propósito práctico de la información social es permitir la «contabilidad social»; vale decir, generar un sistema de control de información para servir a las necesidades del administrador de un

23. Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, op. cit., p. 78.

24. Hauser, Philip, "The chaotic society: product of the social morphological revolution", *American Sociological Review*, vol. 34, N° 1, February 1969.

programa u organización. Hauser se refiere en conexión a esto a la necesidad de que los científicos sociales desarrollen indicadores sociales que hagan posible una efectiva contabilidad.

Más adelante insiste en que el rol de las ciencias sociales es generar el conocimiento «sobre cuya base pueda orientarse la política y la acción social hacia la solución de nuestros problemas. La función primaria del científico social (sin embargo) es la investigación, la producción de conocimientos. No es su función, *qua* científico, transformarse en un ingeniero social.» Ambas funciones, argumenta, son distintas y deben recaer en cuerpos especializados de practicantes.

Al abordar la cuestión de los fines de la acción social de ingeniería basada en conocimientos producidos por la investigación, Hauser señala que su fijación no es una función científica ni técnica. «Es una función, en cambio, que debe ser realizada por la sociedad en su conjunto, a través de sus líderes políticos y sociales. En la sociedad democrática, (concluye) esos fines presumiblemente reflejarán los deseos de la mayoría».

Con todo, el científico social y el ingeniero social ocuparían una posición estratégica «para participar en la formación de metas. Ellos deben trabajar estrechamente con líderes políticos y sociales para ayudar a generar un amplio espectro de opciones que reflejarán, en lo posible, los requerimientos y consecuencias de metas específicas.»

En fin, se planteaba Hauser la pregunta si acaso la sociedad contemporánea, caotizada por las grandes transformaciones en curso, lograría sortear los mayores peligros que la acechaban hasta alcanzar la etapa del «rational decision-making», única manera de hacerse cargo de sus problemas más acuciantes y de resolverlos mediante el conocimiento científico y de la ingeniería social.

Al momento que Hauser dictaba su conferencia, ya era evidente que la conexión entre la tradición de la ciencia social positiva y el nuevo proyecto de ingeniería social se había establecido firmemente y estaba extendiéndose, aún a espaldas de los problemas teóricos y políticos que formulaban los críticos. El eco de esas críticas resuena todavía ahora, por ejemplo en esta frase: «Hauser oscurece los problemas normativos centrales que deben confrontarse honestamente para que el enfoque de la ingeniería social tenga alguna plausibilidad en absoluto y no se utilice como un instrumento de la dominación y la represión sociales»²⁵.

25. Bernstein, Richard, *La reconstrucción ...*, op. cit., p. 79.

El hecho, sin embargo, es que esas críticas se mantienen en un plano, digamos así, epistemológico o filosófico, sin hacerse cargo de que en la sociedad ellas van encontrando múltiples formas de «superación», incluso la utilización del conocimiento como «un instrumento de la dominación y la represión sociales». Efectivamente, también en este último plano los procesos de «control técnico racional» avanzan a pasos agigantados, «cientificando» la represión y generando tecnologías de dominación crecientemente sofisticadas. Pero ello nunca ha significado que se abandone la pretensión de incorporar el conocimiento producido por la investigación social a los procesos de organización y transformación de la sociedad.

En el epílogo a un libro publicado el año 1972, Philip Hauser volvió a escribir sobre el tema de la ingeniería social, esta vez bajo el provocativo título de «la ciencia social y la sociedad de 2068»²⁶. Este informe futurista refleja bien las aspiraciones «hobbesianas» de una ciencia social que desearía ser útil para el progreso de la sociedad. «Durante el pasado año 2068, escribe allí Hauser, al igual que en las últimas décadas, la sociedad ha continuado considerando a las ciencias sociales como la base fundamental de conocimiento en los procesos de desarrollo de la ingeniería social». En ese mundo futuro, venía a establecerse la Oficina Mundial de Patentes de la División de Ciencias Sociales que, «a partir de ahora, a través de las patentes sobre las innovaciones de ingeniería social, estimulará (...) la investigación en ciencias sociales y el desarrollo de su ingeniería».

Entre las conquistas obtenidas como resultado de la aplicación del conocimiento, Hauser menciona los siguientes: un crecimiento cero de la población mundial, que está ahora en perspectiva; un considerable avance en los planes de mantenimiento y renovación urbanas del mundo; reducción drástica «de los prejuicios y animosidades sociales y étnicas», dando por resultado «una vida integrada y armoniosa en todo el mundo»; el surgimiento de nuevos métodos de control social que han creado modelos de educación que disminuyen las formas «indeseables de comportamiento»; la aplicación del «Principio XV» —nacido de la investigación social— a la socialización del niño, lo que ha permitido reducir «la delincuencia juvenil en el mundo, el crimen, el uso de las

26. Hauser, Philip. *La sociedad caótica* (1ª Edición en inglés, 1972); Ariel, Barcelona, 1972. Cito de la traducción castellana.

drogas y el alcoholismo hasta unas proporciones despreciables»; han disminuido, igualmente, las enfermedades mentales al punto que se espera que durante la próxima generación desaparecerá la psiquiatría como una profesión registrada; «la aplicación de los conocimientos de la ciencia social al matrimonio y la vida familiar ha disminuido en una medida considerable los coeficientes de divorcios y ha elevado los índices de felicidad de los cónyuges y de los hijos»; la personalidad y la libertad de opciones de los individuos se han vuelto cada vez más diferenciadas; los sistemas económico-sociales han convergido hacia un mismo modelo que utiliza la ciencia para resolver sus problemas dentro de un régimen que combina, en democracia, mercado y planificación, etc.

En suma:

El incremento de la aceptación de los descubrimientos de la ciencia social y el progresivo impacto de la ingeniería social han conducido a la solución de los problemas del siglo XXI, utilizando las técnicas y las ideologías del siglo XXI. (...) El factor crítico de la aceleración de las soluciones de los problemas de las sociedades —problemas sociales, económicos y políticos— es indudablemente atribuible a la maduración de las ciencias sociales por un lado y al reconocimiento, por parte de la población del mundo, de la necesidad de aceptar los hechos concretos sociales, el producto de la ciencia social, como base para la formulación de la política y de la acción social. En una palabra, la sociedad ha dirigido el cambio social, cerrando la brecha existente entre ciencia social y política y acción social, para acomodarse al ritmo del cambio tecnológico y biomédico²⁷.

Como cualquiera otra práctica realizada por un grupo social específico, la sociología adscrita al sistema de investigación positiva genera —como se ve— su propia ideología local y, en el límite, una utopía, como la aquí formulada por Hauser. El sueño *hobbesiano*, en efecto, se halla aquí materializado, con toda la ingenuidad y el terror que suelen traer los sueños de la razón.

27. *Ibid.*, pp. 312-13.

La síntesis: una teoría empírica de la intervención social

El sistema de investigación social a que dio lugar la tradición positivista, tal como aquí la hemos entendido, gira en torno a una autocomprensión de las ciencias sociales, cuya síntesis más madura se alcanzó en la «teoría empírica» norteamericana, indisolublemente ligada a su aplicación práctica —en el marco del Estado Benefactor— mediante la ingeniería social.

Efectivamente, en el corazón de la «teoría empírica» está la autocomprensión positivista de las ciencias sociales. Según esta visión, al decir de Merton, la teoría que produce teoremas claros debe consistir, mínimamente, en «claros pronunciamientos verificables de las relaciones existentes entre variables especificadas». La teoría no podría consistir, en cambio, en meras generalizaciones empíricas basadas en la observación de variables específicas. El tipo de generalización que interesa, por el contrario, es aquel que en rigor debe llamarse «ley científica», que difiere, al decir de Merton, de esas otras generalizaciones «por cuanto es una aseveración de la invariación derivable de una teoría». El hecho de que en nuestro campo no parecieran haberse establecido demasiadas de esas leyes debe atribuirse, según el mismo autor, a «la bifurcación prevaleciente entre la teoría y la investigación empírica. A pesar de los numerosos volúmenes que se ocupan de la historia de la teoría sociológica, y a pesar de la abundancia de investigaciones empíricas, los sociólogos (incluyendo al autor de este libro) pueden discutir los criterios lógicos de las leyes sociológicas sin citar un solo ejemplo que satisfaga plenamente tales criterios»²⁸.

La necesidad de separar claramente entre generalizaciones empíricas y enunciados nomológicos —o sea, enunciados en forma de leyes científicas o aseveraciones semejantes a leyes—, recalcada tantas veces dentro de esta tradición, se basa en el hecho de que es en virtud de esas leyes que pueden formularse los enunciados empíricos contrarios que constituirían la base de las teorías científicas. Estas deben ser refutables e invalidables, como dice Popper, y no sólo verificadas o confirmadas. Por eso, señalará Merton, «la teoría sociológica sistemática (...) representa la acumulación altamente selectiva de las pequeñas partes de la

28. Merton, Robert. *Teoría y estructura sociales*; Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pp. 95-127.

teoría anterior que han sobrevivido hasta ahora a las pruebas de la investigación empírica»²⁹.

La falta de poderosas teorías empíricas explicativas ha llevado a muchos a cuestionarse si acaso estas ciencias son «normales», en el sentido kuhniano de operar bajo los mismos supuestos paradigmáticos de las ciencias naturales³⁰. Y ha llevado a un crítico a sugerir que, en el caso de las ciencias sociales, el énfasis que se pone en «lo que es la teoría» parece ser inversamente proporcional a la capacidad para elaborar teoría propiamente dicha.³¹

Sea como fuere, el hecho es que el sistema de investigación social basado en la pretensión de producir teorías empíricas ha dado lugar, sistemáticamente, a un flujo continuo de investigaciones cuyos productos (conocimientos) resultan (potencialmente) utilizables para abordar los problemas de la sociedad. O sea, pareciera ser que el mero hecho de producir conocimientos dentro de una tradición que se reclama parte de la empresa científica, dotó a esos conocimientos, incluso a los ojos de los más exigentes jueces de esa tradición (como Popper), al menos de la *potencialidad* de convertirse en base para operaciones de ingeniería social.

Alvin Gouldner aporta un argumento complementario para explicar esa incorporación práctica de las ciencias sociales a los procesos de racionalización de la sociedad. Señala que ellas se habrían convertido, con posterioridad a la 2ª Guerra Mundial, «cada vez más, en una bien financiada base tecnológica para los esfuerzos del Estado Benefactor dirigidos a resolver los problemas de su sociedad industrial».³²

Gouldner observa, efectivamente, un acelerado incremento de la demanda de ciencia social aplicada, fuertemente propulsada por estímulos gubernamentales. Según sus estimaciones, en los primeros años de la década de 1960 el Gobierno de los Estados Unidos aumentó aceleradamente la inversión en las ciencias sociales, incrementando en el lapso de sólo tres años en un 70% las subvenciones para la investigación en esta área.

29. *Ibid.*, p. 15.

30. La más reciente de las contribuciones frente a esa interrogante se encuentra en Boudon, Raymond, «Will sociology be ever a normal science?», *Theory and Society*, vol. 17/5, 1988/89.

31. Ver Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, op. cit., p. 51.

32. Gouldner, Alvin, *La crisis de la sociología occidental*; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, p. 318.

Es decir, el desarrollo de un sistema de investigación ligado a través de la ingeniería social al tratamiento de los problemas de la sociedad, no descansó únicamente en los conocimientos producidos y acumulados dentro de esa concepción que identifica a la teoría como un conjunto de enunciados nomológicos metódicamente validados. Supuso, además, una determinada *institucionalización* de ese sistema bajo el amparo y con el apoyo del Estado Benefactor, que convirtió a los productos de conocimiento en una tecnología socialmente explotable y, a sus productores, en parte del *establishment* de lo que Fritz Machlup llamaría, por esos mismos años, la naciente «industria del conocimiento» norteamericana.³³

Gouldner sugiere que ese tipo de institucionalización del sistema de investigación produjo, asimismo, transformaciones en la propia teoría sociológica predominante dentro de ese sistema; en este caso, el funcionalismo. Según él, el Estado Benefactor implicó una «creciente disposición a encarar los problemas sociales asignando especial importancia a un factor específico: el papel del gobierno y del Estado»³⁴. Ese factor pronto entraría a ser reconocido en la teoría sociológica convencional del funcionalismo, la que hasta entonces no le había otorgado mayor importancia. Ahora, en cambio, se dirá que «la dirección del cambio depende, en cada etapa y en gran medida, de las actividades del aparato gubernamental y de control, de su planificación, su capacidad para movilizar personas y recursos en períodos difíciles y de guiar y controlar las innovaciones institucionales».³⁵

En el hecho, entonces, la vinculación entre teoría empírica de la sociedad e ingeniería social no se establece sólo «desde dentro» del sistema de investigación y como consecuencia del potencial de utilización de los conocimientos producidos, sino que, además, «desde fuera», vale decir, a partir de condiciones favorables del contexto político, económico y cultural.

Así, según observa Daniel Bell en su análisis del desarrollo de las ciencias sociales post-2ª Guerra Mundial³⁶, si éstas adquirieron «pres-

33. Ver Machlup, Fritz, *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*; Princeton University Press, N. J., 1972.

34. Gouldner, Alvin, *op. cit.*, p. 320.

35. Smelser, Neil J., *Essays in Sociological Explanation*; Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1968, p. 278.

36. Véase Bell, Daniel, *Las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial*; Alianza Editorial, Madrid, 1984.

tigio e influencia», ello se debió a varios factores combinados, algunos de los cuales son propiamente disciplinarios y otros externos pero relacionados con el desarrollo de las respectivas disciplinas. Los cinco factores que menciona D. Bell son:

i) La progresiva transformación de las ciencias sociales en ciencias «duras», pasándose de una situación en que las teorías eran simples ideas o retórica a otra en que se transformaron en «proposiciones que podían ser enunciadas en forma empírica y verificable».

ii) El «efecto de halo» de la ciencia, particularmente debido a su decisivo papel en la conducción de la 2ª Guerra Mundial. «A muchos se les ocurrió la siguiente idea: si la vasta movilización de la ciencia y la concentración en algunos objetivos específicos podían dar origen a adelantos científicos, ¿por qué una movilización similar (...) no podía provocar resultados semejantes en las ciencias sociales?»

iii) La extraordinaria transformación de las universidades norteamericanas que llevó, en corto tiempo, a la expansión del profesorado y del número de personas dedicadas a la investigación.

iv) La competencia por el predominio político entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que llevó a que el Gobierno realizara por primera vez un enorme esfuerzo de inversión, junto a agencias privadas, en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. «El Gobierno necesitaba especialistas en política, economía y lenguas extranjeras, en lo concerniente a la URSS, China, el sudeste del Asia, Africa, Medio Oriente, América Latina, etc. Los militares no sólo necesitaban expertos en armas, sino también individuos que pudieran efectuar análisis de sistemas de investigación operativa, así como el nuevo tipo de planificación logística detallada. Las universidades y la empresas necesitaban gran número de especialistas, particularmente en campos como la economía, la psicología y las ciencias políticas, donde la expansión era mayor».

v) Finalmente, «el redescubrimiento de los problemas sociales, sobre todo en el decenio de 1960, concentró una renovada atención por las ciencias sociales. Había que hacer frente a los problemas de la discriminación, la miseria, las familias rotas, las viviendas pobres, los disturbios raciales, los problemas ecológicos y ambientales», etc.

Por todas esas razones, concluye Bell, las ciencias sociales han estado durante los últimos 30 años «en el primer plano de la atención y de las esperanzas públicas (...), cosa que nunca había sucedido antes en su breve historia».

En cuanto a la investigación social, este autor cita, como uno de sus mayores avances, el hecho de que con posterioridad a 1960, especialmente, ella desarrollase un esfuerzo sistemático dirigido «a usar las ciencias sociales para fines de política social». En tal sentido menciona como los principales fenómenos que habrían formado parte de dicho esfuerzo, los siguientes: desarrollo de indicadores sociales, del pronóstico social y de la evaluación social.³⁷

En suma, la síntesis que se opera en la tradición positivista entre una teoría empírica de la sociedad y la ingeniería social constituye el fundamento del sistema de investigación social que aquí estudiamos. El «espíritu positivo» que anima al sistema tiene, entonces, menos que ver con el positivismo como doctrina que con la «actitud objetivante» dirigida hacia el mundo social y la naturaleza interior de sus miembros, actitud que puede dar lugar a distintas formulaciones «paradigmáticas» o programas de investigación. Aquí nos ha interesado el desarrollo de esa actitud objetivante en las ciencias sociales no-económicas, particularmente en el caso de la sociología de tipo funcionalista, pues ella constituye la matriz dentro de la cual se desarrollaría, como veremos en el siguiente capítulo, la investigación social chilena una vez que se organiza disciplinaria y profesionalmente.

La otra exigencia del «espíritu positivo» que anima al sistema es la de la *utilidad del conocimiento*, exigencia que Comte formulaba diciendo que «todas nuestras sanas especulaciones están referidas al mejoramiento continuo de nuestras condiciones de vida individual y colectiva en oposición a la satisfacción vana de una estéril curiosidad». De esta manera se plantea la relación necesaria entre ciencia y técnica; entre teoría empírica e ingeniería social.

El desarrollo del sistema de investigación social positiva (o sistema «hobbesiano») en dirección a esa síntesis que podemos llamar «cientificista y utilitaria» no ocurre, sin embargo, por la mera lógica de los supuestos del conocimiento o de los intereses «cuasitrascendentales» (Habermas) que la regirían. Ese desarrollo tiene que ver, en la práctica,

37. Bell, *op. cit.*, pp. 61-64.

mucho más con los contextos y las condiciones de operación de dicho sistema, como ocurrió en el caso de los Estados Unidos con la aproximación entre la teoría empírica (funcionalismo) y el Estado Benefactor.

El hecho de que en la constitución de un sistema de investigación dado intervengan factores «internos» y «externos» simultáneamente, no debiera de llamarnos la atención. Como decíamos al comienzo, todo sistema de este tipo se forma, precisamente, a partir de una combinación entre contenidos intelectuales y una base profesional. Por ambos conceptos, todo sistema de investigación se halla referido, simultáneamente, hacia fuera y hacia dentro; hacia los elementos propios de su tradición conceptual y hacia las condiciones efectivas de su operación en una sociedad y momento determinados.

Aplicando este mismo marco de análisis estudiaremos a continuación el surgimiento de un sistema de investigación social positiva («hobbesiano») en Chile. Para ello abordaremos el análisis de su tradición conceptual, con sus unidades de variación y de modificación, y de su base profesional, o sea, el grupo de practicantes disciplinariamente organizado que conforma el personal del sistema.

2. El desarrollo en Chile de un sistema de investigación social positiva

No puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, o sea, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no sería ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea, sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz.

José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*

En el caso de Chile, la formación de un *sistema de investigación social positiva* coincide con la aparición de la investigación social

profesionalmente organizada, durante la década de 1950³⁸. Por esos años, efectivamente, empieza a instalarse en las universidades chilenas, y en algunos centros internacionales localizados en Santiago, la tradición de la investigación social positiva, proceso que toma la forma de una «recepción de la sociología norteamericana»³⁹. En torno de ese movimiento de recepción se organizará, asimismo, el núcleo originante de la base profesional del sistema de investigación social positiva, en torno a las figuras-líderes de José Medina Echavarría (CEPAL y FLACSO), Eduardo Hamuy (Universidad de Chile) y Roger Vekemans (Universidad Católica de Chile).

La recepción del sistema de investigación positiva en Chile

¿A qué se refiere, entonces, la «recepción» de una disciplina? Como vimos anteriormente, toda disciplina institucionalizada en un sistema de investigación comprende, simultáneamente, un contenido intelectual o tradición de ideas y conceptos, y una base profesional o agregado de practicantes que encarna esa tradición y trabaja dentro de ella.

La *recepción* de una disciplina marca el momento en que se conforma un sistema de investigación determinado mediante el doble proceso de apropiación de esa tradición intelectual y su incorporación a una comunidad de practicantes que empieza a compartirla y genera, a partir de ella, una producción de ideas y conocimientos enmarcados por esa tradición, y una comunicación entre los propios practicantes que se reconocen mutuamente como parte de esa comunidad.

En otras palabras, los fenómenos de recepción disciplinaria son procesos de *institucionalización* de un sistema de investigación determinado. Por institucionalización de una actividad intelectual entenderemos aquí, siguiendo a E. Shils:

38. Ver Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile...* op. cit. y Barrios Alicia y Brunner, José Joaquín, *La sociología en Chile. Instituciones y Practicantes*, FLACSO, Santiago de Chile, 1988.

39. Título de un artículo que más adelante publicaría José Medina Echavarría. Ver Medina Echavarría, José, «La recepción de la sociología norteamericana», *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXI, n. 126, enero-abril de 1963.

La interacción relativamente densa de personas que realizan esa actividad. La interacción posee una estructura; mientras más intensa la interacción, mayor será el lugar que en la estructura ocupe la autoridad que hace decisiones respecto a la evaluación, admisión, promoción y distribución. El alto grado de institucionalización de una actividad intelectual implica que la docencia y la investigación vinculadas se desarrollarán dentro de una organización regulada, planeada y sistemáticamente administrada. La organización regula el acceso a través del escrutinio de las calificaciones personales, provee los medios para una evaluación organizacional del rendimiento y distribuye oportunidades, recursos y estímulos, por ejemplo de estudio, de enseñanza, de investigación, de publicaciones, de nombramientos, etc. Significa, además, el apoyo organizado desde fuera de la institución, y la recepción y el uso de los resultados de la actividad más allá de los límites de la institución. Una actividad intelectual no necesita estar igualmente institucionalizada en todos los aspectos.⁴⁰

En otras palabras, la recepción entraña un proceso amplio, complejo y usualmente heterogéneo de «institucionalización» de una actividad intelectual, bajo el doble impulso de la apropiación del contenido conceptual de la actividad en cuestión y de la formación y reproducción de un grupo de practicantes que usa ese sistema conceptual en función de nuevas producciones de conocimiento.

Crucial resulta la recepción específicamente intelectual de la actividad, o sea, la apropiación de la tradición conceptual en que ella se desenvuelve y en virtud de la cual posee una identidad conceptual distintiva. Dicho «momento» puede entenderse desde dos extremos opuestos. O bien analizando el «centro difusor», en nuestro caso la sociología norteamericana desarrollada a partir de la 2ª Guerra Mundial, o bien analizando el «ámbito receptor», en este caso la recepción en Chile de la tradición de la investigación social positiva. En nuestro estudio pondremos especial énfasis en este segundo aspecto.

Según tuvimos oportunidad de ver antes, la sociología norteamericana se había desarrollado rápidamente a partir de la postguerra,

40. Shils, Edward, «Tradition, ecology and institution in the history of sociology»; *Daedalus*, vol. 99, n. 4, 1970, p. 763.

fenómeno en que intervinieron un conjunto de factores intra y extradisciplinarios. En el breve período de una década o dos, Estados Unidos se convirtió, por ese concepto, en el principal centro difusor de la teoría social empírica, con su idea vinculada de la aplicación de esa ciencia a la producción de una específica tecnología e ingeniería sociales. En parte, el predominio de la sociología norteamericana puede atribuirse, precisamente, al alto grado de institucionalización que ella alcanzó con posterioridad a la 2ª Guerra. Tal fenómeno comprende el surgimiento de una multiplicidad de centros universitarios de investigación y enseñanza, la publicación de una serie de revistas profesionales y la conexión con poderosas casas editoriales y programas de difusión que permitieron «diseminar» la sociología norteamericana hacia Canadá, Europa y América Latina.⁴¹

En Chile, la tradición de la investigación social de base empírica fue recibida a través de «receptores-creadores», los que encabezaron el proceso inicial de institucionalización de la sociología en las Universidades de Chile (Hamuy), Católica de Chile (Vekemans) y en dos organismos internacionales, la CEPAL y la FLACSO (Medina Echavarría).

Los tres líderes institucionalizadores mencionados procedieron a efectuar, cada uno bajo una modalidad distinta, una *asimilación crítica* de esa tradición norteamericana de la investigación social; destacándose en ese papel, sobre todo, Medina Echavarría y Vekemans.

Medina fue un pensador prolífico y un asimilador creativo de esa tradición⁴². Su visión de la empresa sociológica queda claramente expuesta en las siguientes líneas:

De tal suerte que partiendo de Comte puede trazarse una línea de continuidad en el desarrollo de las consideraciones metodológicas sobre la nueva ciencia, que llega hasta el momento presente. Cuando se habla de Comte como del fundador de la sociología suelen tenerse en cuenta antes que nada algunas ideas fundamen-

41. Un cuadro «ecológico» de la institucionalización de la sociología norteamericana de la época, y de sus cambiantes hegemonías institucionales y áreas de influencia, se encuentra en Shils, Edward, *op. cit.*, pp. 791-98.

42. Sobre la obra de nuestro autor véase VV. AA., *Medina Echavarría y la sociología latinoamericana*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1982 y Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1980.

tales de su sistema, cuando en verdad su verdadera significación tendrían que medirse por su planteamiento metodológico. (...) La validez de su posición hay que buscarla en las líneas fundamentales de su planteamiento, que constituyen el único cuadro posible de toda discusión metodológica de la sociología. Primero, la pretensión que con ésta nace: la de ser una ciencia de igual carácter que las demás. La sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva. Y segundo, la presunción de la aplicabilidad a esta nueva ciencia de los métodos que demostraron su fecundidad en la construcción de las otras ciencias: observación, experimentación y comparación.⁴³

Medina se ubica aquí en el corazón mismo de la tradición positiva de la investigación social. La sociología, señala, es una ciencia positiva porque se sujeta a la observación (objetivante) de la sociedad y se somete a la «prueba esencial en toda ciencia». Es positiva, asimismo, porque contiene «el criterio de previsión» basado en el conocimiento producido, criterio que permite ofrecer a Comte lo que tal vez, dice Medina, sea su «lección suprema»; esto es, la «humana y urgente aspiración a formular una política positiva, es decir, racional».

Medina no fue, sin embargo, un «positivista» en el sentido crudo o vulgar del término. Era consciente, por el contrario, que la sociología abordaba un mundo —el de «lo social»—, que requería adaptar la actitud objetivante de las ciencias analítico-empíricas a través de un método apropiado y específico. «Natural consecuencia de esa peculiar textura del dato social es la modificación que los métodos utilizados por las demás ciencias tienen que sufrir al ser empleados por la sociología», escribe, y sugiere que «el método por excelencia de la sociología es el histórico o comparativo». Mas ello no obsta para que, reiteradamente, ratifique la vocación «científica» de la sociología, como cuando escribe que «las ciencias sociales tienen que esforzarse todo lo posible por llegar a los grados de exactitud (variables) de las naturales, y el camino de esa exactitud está, evidentemente, en la cuantificación».⁴⁴

Medina Echavarría creyó poder encontrar las bases de esa ciencia empírica de lo social en los avances sustantivos, metodológicos y

43. Medina Echavarría, José, *Sociología, teoría y técnica* (1941), Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 14.

44. *Ibid.*, p. 150.

técnicos de la sociología norteamericana de su época, los que analizó con detalle, incorporándolos a medida de su evolución.⁴⁵

En Medina la recepción de la tradición va indisolublemente ligada a la idea de que las ciencias sociales tienen que servir a la resolución práctica de los problemas. En cuanto a la sociología, escribe, «la posición de Comte, en el momento mismo de su fundación como tal ciencia, es tan clara como aleccionadora. La sociología era en definitiva un modo de instaurar una política positiva, es decir, científica. O sea, el instrumento de una regulación racional de la vida social»⁴⁶. Es una ciencia funcional, sostiene, puesto que su conocimiento puede emplearse para la comprensión, control y reconstrucción de las relaciones sociales en particular o en general. «Lo que a ella se le pide es una orientación para la vida»; la pregunta de «adónde vamos a parar» es por eso su aguijón. Lo que se le pide, en concreto, es una orientación «de carácter científico, es decir, racional y empírico, deducido del análisis riguroso de los datos reales». Incluso, aspiraba Medina a que la sociología pudiera fundar racionalmente las decisiones, cerrando de esa forma la incómoda brecha entre explicaciones y valores o normas. «La ciencia perdería su razón de ser (como ideal) si se abandonara toda esperanza de regir un día también racionalmente nuestra vida social». Sólo la inmadurez relativa de las ciencias sociales, en su estado actual, impedirían cumplir ese cometido y por eso «hemos de contentarnos en gran parte con exigir de (...) las ciencias sociales el análisis racional, lo más completo posible, de las condiciones de nuestra acción».⁴⁷ Esto último apunta a que la recepción inaugurada por Medina se situaba nítidamente dentro del espíritu «hobbesiano» que hemos descrito como una característica central del sistema de investigación social positiva.

A partir de esa posición, Medina Echavarría iría desarrollando, a lo largo de un cuarto de siglo de trabajo en el seno de la CEPAL, una vasta, compleja e influyente visión del desarrollo y la planeación, distinguiendo diversos niveles y procesos de racionalización imbricados y de formas posibles de intervención «científica» en la sociedad⁴⁸. No fue Medina, pues, un asimilador puro y simple de la tradición de la

45. *Ibid.*, pp. 125-58.

46. *Ibid.*, p. 54.

47. *Ibid.*, p. 58.

48. Véase al respecto los artículos de A. Gurrieri, M. Woolfe y E. Faletto en Vv. Aa., *Medina Echavarría...* op. cit.

ingeniería social que venía ligada a la recepción del sistema de investigación social positiva; hizo suya, en cambio, esa tensión entre ciencia y acción y la desarrolló en direcciones múltiples, en lo que seguramente es el aspecto más valioso de su obra. Volveremos sobre este aspecto más adelante.

Algo similar ocurre con otro de los iniciadores de la investigación social positiva en Chile, el sacerdote jesuita y sociólogo Roger Vekemans.⁴⁹

Su posición debe entenderse como un esfuerzo por pensar, a la luz de las condiciones de América Latina y dentro del contexto cultural del pensamiento católico de su época, la conexión entre teoría y práctica, entre ciencia y tecnología sociales, pasando por las variadas mediaciones y «retroalimentaciones» en que debía colocarse esa conexión.⁵⁰

En el plano de la teoría, Vekemans distingue tres disciplinas fundamentales; la ciencia, la tecnología y la ética. La *ciencia* constituía el cuerpo sistemático de conocimientos metódicamente adquiridos desde el punto de vista de la verdad o, al nivel de las ciencias empíricas, desde el punto de vista de la objetividad. La *tecnología* toma como objeto el mundo para transformarlo en utilidad, o sea, en capacidad para satisfacer necesidades humanas. Es, por tanto, un cuerpo sistemático de normas que traducen exigencias para alcanzar el objetivo deseado. Por último, la *ética* representaba la disciplina de los fines últimos; de las normas que rigen la satisfacción de objetivos intermedios (tecnológicos). Entre esas tres disciplinas, actuando como «armonizador» de sus posibles contradicciones y como «bisagra» entre la teoría y la práctica, se ubicaba la *doctrina*, un «programa abstracto de acción».

En el plano de la práctica, Vekemans distingue dos momentos fundamentales de la actividad humana: la ideología y la política. A ellos agrega, como instancias mediadoras que ponen en contacto desde la doctrina hasta la ejecución, las instancias que denomina: el modelo, el plan, el programa y el proyecto específico.

La «ideología» es la disciplina que permite una opción racional entre fines múltiples y alternativos, sujetando la elección a una escala de

49. Sobre el papel de Roger Vekemans en la fundación de la sociología en Chile y su rol como activo intelectual-organizador de procesos de institucionalización de la investigación social positiva véase Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile...*, op. cit., especialmente caps. IX y X y la bibliografía ahí citada.

50. Ver para lo que sigue, Vekemans, Roger, «Introducción», en DESAL. *América Latina y desarrollo social*, (2 vols.) DESAL, Santiago de Chile, 1965, vol. 1.

importancia (o de valores ontológicos) que ella toma prestada de la doctrina y a una escala de urgencia que se construye inductivamente desde la apreciación del aquí y el ahora. La *política* permite organizar la actividad racional en términos de elección de medios, aplicándoles una escala de importancia y una escala de urgencia, a las cuales se agregan, además, las escalas de eficiencia (aplicación del principio de economicidad al juego funcional que vincula medio a fin), y de factibilidad o posibilidad del medio.

El *modelo*, para llegar ahora a las instancias intermediadoras, es una estructura normativa de mediatización que se produce por la convergencia entre una visión doctrinaria y una estimación axiológica; estructura en la cual predomina el aspecto doctrinario sobre el operacional. Contiene un diagnóstico y una tesis. Esta última expresa la «evaluación teórica de una inadecuación entre los juicios de valor desprendidos de una doctrina y los juicios de hecho provenientes de la investigación empírica de la realidad».

Para la apreciación de eficiencias y factibilidades, el modelo se convierte en un «plan», el cual, cuando es complementado por una apreciación precisa de las urgencias, toma la forma de un *programa*. Cuando éste llega a las últimas determinaciones de la acción, en un sector determinado y alrededor de un problema definido, considerando tanto los valores como las urgencias, eficiencias y factibilidades se está frente a lo que Vekemans llama un «proyecto» específico.

En realidad, Vekemans no sólo elaboró ese complejo esquema de distinciones y conexiones que pretendían crear —y de hecho proporcionaban— una concepción más compleja de la ingeniería social norteamericana (digamos así, a la Hauser). Llevó a cabo, adicionalmente, una vasta empresa institucional e intelectual destinada a elaborar un modelo para el desarrollo latinoamericano y chileno en particular. Llegó, incluso, a preparar los planes, programas y proyectos específicos de acción que se deducían de ese modelo.⁵¹

Eduardo Hamuy, el tercero de los iniciadores del sistema de investigación social positiva en Chile fue, antes que nada, el principal

51. El modelo mencionado se encuentra contenido en los 2 volúmenes de DESAL, *América Latina y el desarrollo social*, op. cit., que contiene las «tesis fundamentales», un diagnóstico global y diagnósticos específicos por sectores. Me he referido más detalladamente a la obra institucionalizadora de Vekemans en J. J. Brunner, *El caso de la sociología en Chile*, op. cit.

organizador de la base profesional del sistema a través de su labor en la Universidad de Chile y en conexión con la FLACSO. Habiendo estudiado en los Estados Unidos con Lazarsfeld y otros maestros de la teoría empírica, estaba convencido de que la investigación social necesitaba institucionalizarse y convertirse en una empresa académica, que combinara a la vez la investigación desarrollada dentro de la tradición de sus maestros y la docencia de la teoría sistemática de la sociología y de los métodos y técnicas que había recogido de su paso por los Estados Unidos.

En un informe preparado para la Rectoría de la Universidad de Chile del año 1951, Hamuy resumía así su visión en torno a la necesidad de institucionalizar la investigación social en el país:

El hombre dedicado a la investigación social representa en Chile un nuevo tipo profesional. El ambiente de nuestro país considera todavía al sociólogo como un ser académico o como un aficionado entusiasta, en lugar de un investigador serio y científico de los problemas sociales. (...) Numerosos y complejos problemas sociales, que no se habían conocido en el pasado de nuestra patria, se han hecho presentes, junto con nuevas actividades económicas, sociales y culturales. Se siente ahora la urgencia de disponer de datos precisos para resolver los problemas con mayor sabiduría o para encauzar las actividades con menor riesgo de fracaso (...) La demanda en Chile de este nuevo tipo de profesional se está ya sintiendo como consecuencia de la rápida transformación del país, pues el sociólogo científico es, como otras muchas especialidades, una exigencia de la modernización de Chile y de la creciente complejidad de sus problemas.⁵²

En pocos años, Hamuy reunió en torno a su Instituto de Sociología en la Universidad de Chile (y más adelante en torno al CESO) a un grupo de jóvenes investigadores que se sumarían a los demás núcleos, más internacionalizados, que estaban formándose en la Universidad Católica de Chile y en la FLACSO, y al que venía desarrollándose en la CEPAL en torno a José Medina Echavarría.⁵³

52. Hamuy, Eduardo, documento de octubre de 1951, cit. por Godoy, Hernán. «El desarrollo de la sociología en Chile»; *Estudios Sociales*, n. 12., 1977.

53. Al respecto puede consultarse también Fuenzalida, Edmundo. «The reception of 'scientific sociology' in Chile». *Latin American Research Review*, vol. XVIII, Nº 2, 1983.

Una de las formulaciones más precisas respecto de la tradición conceptual de la sociología que se estaba recibiendo en Chile se encuentra, de seguro, en el *Curso de Sociología* preparado por Peter Heintz, sociólogo suizo que sucedió a Medina en la dirección de la FLACSO. En dicho texto⁵⁴, el autor remarca la nítida diferencia entre la sociología, como ciencia empírica, la filosofía social y las ciencias del espíritu. La sociología, señala, se define por su orientación objetiva dentro del ámbito de la sociedad, orientación que «consiste en la aplicación del método científico». Por este concepto ella debe explicar los hechos sociales por medio de hipótesis plausibles, las que debe tratar de invalidar, y recurriendo, para su desarrollo, a la acumulación de sus propios resultados de investigación, los que debían conducir a la construcción de una teoría sistemática de la sociedad. Haciéndose eco de las palabras antes citadas de Merton, Heintz reconoce que la multitud de hipótesis surgidas, algunas de las cuales habían alcanzado incluso una «cierta confirmación provisional», no ha conducido sin embargo, en el caso de la sociología, a la construcción de esa teoría sistemática general. «Los resultados de la investigación sociológica moderna se nos presentan, pues, (...) como grupos de islas entre las que no hay puentes o, si los hay, son pocos». En vista de tal situación, Heintz se pronunciaba en favor del desarrollo de «teorías de alcance medio», tarea que ya había iniciado Merton, «porque las mismas constituyen la condición previa para el desarrollo de la sociología como un proceso de carácter acumulativo, tal como se le puede observar desde hace tiempo en las ciencias naturales». Sólo después podría la investigación social empírica evitar recomenzar, cada vez, de una *tabula rasa*, y empezar a «someter a un control sistemático las hipótesis desarrolladas por la teoría».

De hecho, el texto introductorio de Heintz está concebido como una presentación de esas teorías de alcance intermedio en áreas en que se había desarrollado la investigación empírica, bajo el supuesto que ellas podían, además, ser fuente de hipótesis teóricamente relevantes, en un momento en que la sociología aún no había llegado a desarrollar una teoría sistemática.

En suma, puede decirse que a comienzos de los años '60 el proceso de institucionalización de un *sistema de investigación social positiva* no

54. Ver Heintz, Peter, *Curso de Sociología*; EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

sólo estaba completado en su primera fase sino que se había consolidado en torno a un base profesional incipiente. Además, dicho sistema estaba desarrollando un verdadero *programa de investigación* —el programa de la modernización—, el cual expresaba una concepción resueltamente compartida entre los practicantes, un agregado de tópicos y términos claves, y unas interpretaciones y esquemas usados en común por quienes participaban en este sistema de investigación.

El programa de la modernización: ciencia social y planeamiento

Nuestra hipótesis es que el *programa de la modernización* constituye el fruto más maduro y acabado del sistema de investigación social positiva en América Latina. Su aporte más decisivo radica en la manera de vincular ciencia y acción a través de un modelo de planeación que, como veremos, desborda con mucho la noción norteamericana del *social engineering*.

No es este el lugar donde necesitemos ocuparnos en detalle del marco conceptual —la «teoría» de la modernización— que dicho programa asume y elabora durante el período entre 1940 (Medina Echavarría) y los últimos escritos de Gino Germani⁵⁵. Para nuestros efectos interesa más, en cambio, el nuevo modelo que proporciona para asumir la acción social racional, basado en la convergencia entre el conocimiento provisto por la investigación social positiva y el desarrollo de las capacidades (públicas y privadas) de intervención de la sociedad sobre sí misma, en orden a su reconstrucción, reforma y desarrollo.

La visión de nuestros modernizadores locales entronca en este punto, nítidamente, con una de las mayores preocupaciones del pensamiento social contemporáneo. Cual es, la preocupación por los fenómenos de la incesante racionalización de la vida moderna. En Medina este

55. Sobre el tema existe una vasta literatura. En particular, cabría mencionar las propias obras de Medina Echavarría y Germani. Pueden consultarse, además, VV. AA., *Los límites de la democracia* (2 vols.), CLACSO, Buenos Aires, 1985; Solari, Aldo, Franco, Rolando y Jutkowitz, Joel, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1976; y, por último, CEPAL, *América Latina, El pensamiento de la CEPAL*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969.

tema recorre como un hilo conductor todos sus escritos mayores. Como ha observado Marshall Woolfe agudamente,

entre los campos de su reflexión crítica se incluyen, primero, la racionalidad aplicada al entendimiento de la evolución de las sociedades y economías, o sea, el desarrollo; segundo, la racionalidad aplicada a los valores e imágenes sociales; tercero, la racionalidad aplicada a la formulación y aplicación de las políticas de desarrollo; cuarto, la racionalidad aplicada a las técnicas de la planificación; quinto, la racionalidad aplicada al orden internacional y la evolución de los nexos entre los centros de poder y el resto del mundo⁵⁶.

Esas diversas formas de racionalidad que, como se ve, abarcan simultáneamente los mundos objetivo, social y subjetivo de Habermas, incluyendo además las propias formas de acción sobre esos mundos (políticas de desarrollo y técnicas de planificación) constituirían, según Medina, el entramado mismo de la modernidad, no pudiendo reducirse ésta solamente al desarrollo, ni siendo éste, exclusivamente, un producto de la modernización⁵⁷. Medina estaba preocupado, por tanto, en un plano distinto del de Habermas, de lo que el autor alemán expresaría más tarde como la posibilidad de un *patrón no-selectivo de racionalización*. Uno que hiciera posible, por tanto, el despliegue de las diversas racionalidades inmanentes a las varias esferas constitutivas de la sociedad.⁵⁸

El marco socio-político y las condiciones económico-culturales necesarios para el despliegue de esas diversas racionalidades obligaba, según dirá Medina, «a interrogarse perentoriamente por las condiciones de posibilidad de poner en marcha de manera efectiva las tareas del desarrollo económico dentro de las formas heredadas de la democracia o con más precisión al amparo del régimen representativo como sistema político vigente»⁵⁹. O sea, para simplificar, se trataba en nuestros países

56. Woolfe, Marshall, «Reflexión crítica sobre desarrollo, racionalidad y planificación», en VV. AA., *Medina Echavarría...*, op. cit., p. 90.

57. Véase sobre esto el artículo de José Medina Echavarría «El desarrollo y su filosofía», en Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría*, op. cit.

58. Ver sobre este tema Hopenhayn, Martín, «*Repensando la planificación en un mar de racionalidades*» (manuscrito, 1989).

59. Medina Echavarría, José, «Discurso sobre política y planeación», en Gurrieri, Adolfo, op. cit., p. 294.

de abordar de frente la empresa intelectual, política y técnica de combinar democracia y desarrollo, asunto que sólo la flojera de algunos comentaristas y críticos ligeros ha podido reducir a una versión deslavada y unidimensional de la modernización.

En cambio, el programa de la modernización, como aquí lo hemos llamado, significaba afirmar la posibilidad y la necesidad de intervenir en la democracia mediante instrumentos que, aplicando el conocimiento a fines colectivamente elaborados y decididos, pudieran dar lugar a innovaciones y con ello al desarrollo dentro de un patrón no-selectivo de racionalización.⁶⁰

En dicho contexto, la planeación es propuesta por Medina —y su propuesta será retomada con mayor o menor riqueza de matices por los demás miembros del programa de la modernización— como un instrumento técnico que, plegado a las normas de la democracia, constituiría un verdadero *locus* de creación y aprendizaje social. Es decir, el planeamiento es propuesto, de entrada, como una forma superior, mucho más compleja política-cultural y tecnológicamente hablando, del *social engineering* norteamericano. En efecto, «esta planificación contendría (...) los siguientes elementos políticos»:⁶¹

- el plan como medio de control ideológico, vale decir, como una forma de articular valores y de asignarlos no sólo a los fines perseguidos sino también a las normas tenidas por necesarias. (Recuérdese aquí, como un eco, las distinciones y proposiciones de R. Vekemans sobre esta materia);
- el plan como medio de comunicación sociopolítico, que involucra la participación ciudadana tanto en su elaboración como en su ejecución;
- el plan como símbolo de legitimidad, que acompaña a las formas democráticas de legitimación, proporcionando a las naciones «un horizonte despejado... donde se anula de alguna medida la incertidumbre del futuro»;
- el plan como medio de reclutamiento funcional, en tanto que

60. Véase al respecto, Cardoso, Fernando Henrique, «La persistencia democrática», en VV. AA., *Medina Echavarría...* op. cit.

61. Véase Medina Echavarría, José, «Discurso sobre política y planeación», *op. cit.*, pp. 344 y ss. En este punto Medina discute la concepción del planeamiento de J. P. Nettl.

incorpora a la acción (planeada) de la sociedad sobre sí misma a un creciente acopio de actividades funcionales y de elementos tecnológicos que son necesarios para llevarla a cabo.

En otras palabras, Medina y los modernizadores percibían la planeación como un momento de la organización democrática de la sociedad, que contribuía a reforzar sus procesos de comunicación, a generar nuevas formas de legitimidad en un «mundo desencantado», a conjugar normas (fines) y medios de la acción, y a generar una creciente ordenación de los procesos de diferenciación funcional dentro de la sociedad moderna.

Entre los actores de la planeación Medina atribuye un papel vital a los políticos, los burócratas y los técnicos, cada uno portador de un tipo específico y predominante de racionalidad⁶². Pero, a la vez, Medina afirma la necesaria relación que existe entre el uso de ese instrumento y la función de las ciencias sociales y agrega, además, la necesaria conexión que en la democracia debe producirse entre el experto, el ciudadano bien informado y el hombre común.⁶³

Esta última idea está emparentada en Medina con una lectura «schutziana» de los fenómenos de la distribución social del conocimiento. En efecto, sostiene Medina Echavarría que «el conocimiento efectivo de la distribución social del conocimiento (...) dentro de la estructura social en general o aquí y ahora en determinada situación concreta, es lo único que permite salvar a la planeación democrática en sus condiciones reales sin caer en la tentación de la pretensión utópica»⁶⁴.

Vale decir, la planeación como instrumento aplicado a la autoproducción de la sociedad moderna alcanza aquí su expresión más compleja entre las diversas formas de la racionalidad, situándose en medio de un mundo social concreto donde el conocimiento se encuentra no sólo diferenciado de acuerdo a sus modos de producción sino, además, en cuanto a sus formas de distribución y uso.

Así, Medina observa la existencia de diversos *planos de racionalidad* en la sociedad moderna sujeta toda ella, en su conjunto, al

62. Véase Gurrieri, Adolfo, «La idea de la racionalidad en el pensamiento de José Medina Echavarría», en VV. AA., *Medina Echavarría ... op. cit.*

63. Ver Medina Echavarría, José, «La planeación en las formas de racionalidad», en Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría ... op. cit.*

64. *Ibid.*, p. 419.

«proceso de racionalización de la historia occidental». Una primera forma de la racionalidad consiste en la pura disposición y capacidad de conducirse frente a las cosas y situaciones ateniéndose a sus características objetivas. Es la racionalidad elemental de la vida cotidiana. En seguida existe la racionalidad instrumental, que procede con arreglo a fines de acuerdo con condiciones y circunstancias objetivas. Luego hay la racionalidad propia de un mundo de vida hecho de significaciones, creencias y valores, que Habermas llamará comunicativa, la cual tiene que ver con el sentido y la orientación de la vida en contextos que exigen ser interpretados. Por último, nos encontramos con la racionalidad propia de ciertas actividades que se organizan, genéricamente, como empresas en el sentido más general de este término, las cuales tienen por objeto una actividad ya racionalizada por sí misma (como la ciencia, la producción económica, la actividad militar, etc.).⁶⁵

Pues bien, señala Medina que la planeación —cuyas «tareas son estrictamente de carácter científico»— sin embargo se halla limitada en su cientificidad tanto por el lado de los diagnósticos como por el lado de sus fines. Por el lado de los diagnósticos, puesto que las ciencias sociales que los producen nunca pueden «desprenderse por completo de un residuo mayor o menor de racionalidad interpretativa». Por el lado de los fines, puesto que en ese extremo ella depende de una lógica de la decisión que implica factores que no son puramente científicos o técnicos, sino que abarcan y entrelazan el conjunto de las racionalidades antes descritas, envolviendo el papel del científico, del político, del burócrata, del ciudadano informado y del hombre común.

Estamos aquí de regreso, en otro contexto esta vez, frente al antiguo problema de «la lógica de la ciencia y (la) lógica de la decisión», como titula precisamente Medina uno de los capítulos finales de sus reflexiones sobre la planeación en las formas de la racionalidad⁶⁶. En apretada síntesis, Medina recorre en esas páginas la trayectoria del debate sobre esas dos lógicas a la luz del enfoque metodológico que distingue entre juicios de hecho y de valor, entre ideas empíricas e ideas existenciales, entre teoría y práctica. Esta revisión le llevará hasta

65. *Ibid.*, p. 424-27. La verdad es que en este punto las reflexiones de Medina, escritas en 1969, son del todo contemporáneas y se insertan cómodamente en las discusiones más actuales sobre los diversos tipos de racionalidad y sobre los límites de la «cientificidad» posible de la política y de las propias ciencias sociales.

66. *Ibid.*, p. 428 y ss..

encontrarse con Habermas y con la polémica entre los neopositivistas y los sostenedores de la teoría crítica⁶⁷. Por tanto hasta un punto que no ha permitido superar esa antinomia pero que sí nos ha vuelto conscientes de la necesidad de «conservar en constante ejercicio (...) la reflexión de la razón sobre sí misma para poder impedir en todo instante la amenaza de su propio aniquilamiento cuando en una u otra de sus formas sobrepasa los límites de su validez». Es decir, cuando tal desborde amenaza con imponer un patrón *selectivo* de racionalización, subordinando las demás esferas de la vida social a una única forma de racionalidad.

Medina, por su parte, intentará desplazar el centro de gravedad de ese punto, empujando la cuestión desde el terreno epistemológico hacia el terreno histórico concreto donde podría producirse la potencial conciliación entre racionalidad técnica y racionalidad política, piedra angular sobre la cual se sostiene la propuesta de planeación democrática surgida desde el seno del programa de la modernización.

Valiéndose del esquema introducido por H. P. Dreitzel, que distingue entre diversos tipos de acción racional según su carácter formal (racionalidad técnica) y material (racionalidad política) y su entrecruzamiento con aspectos funcionales (referidos al desarrollo de la acción) o sustanciales (referidos al resultado de la acción), Medina intenta resituar el papel del planificador, en conexión con el científico y el político.⁶⁸

67. Ver sobre esta polémica los comentarios de Medina en *idem. ant.*, pp. 428-41.

68. El mencionado esquema se encuentra citado en Medina Echavarría, *idem. ant.*, p. 443 y es el siguiente:

Tipos de acción racional

	Formal Racionalidad técnica	Material Racionalidad política
Funcional (referido al desarrollo de la acción)	Racionalidad de procedimientos a) burocracia b) aplicación de normas c) competencia legal	Racionalidad del proceso de decisión a) organización b) negociación c) influencia
Sustancial (referida al resultado de la acción)	Racionalidad de fines a) economía b) cálculo c) competencia objetiva	Racionalidad de la decisión a) política b) realización de fines (<i>policy</i>) c) capacidad creadora

De acuerdo con dicho esquema, el planificador es «hombre de ciencia» que conoce realidades objetivas. Su actividad conlleva una buena dosis de investigación, pero él no es un científico puro. Es, en cambio, un *experto* que ofrece modelos y elabora estrategias. Su campo es el de los medios y los instrumentos. En consecuencia, la racionalidad tecnológica preside «típicamente y sin excepción» su tarea. En cuanto al sistema de valores que orienta su diagnóstico, éste «no es cosa de su libre elección». Es provisto por el gobierno o, en caso de silencio u omisión de éste, viene impuesto desde el lado «de los valores que se consideran socialmente vigentes». Por fin, la actividad del planificador incluye un saber objetivo de ciertas realidades aquí y ahora y el conocimiento no menos indispensable de muy concretos procedimientos, aspecto este último que lo convierte «a su gusto o disgusto, junto a otros hombres de ciencia, dentro de la moderna especie del tecnócrata».

En cuanto a la declaración de fines y metas, es decir, la formulación de las imágenes de sociedad que se desea alcanzar, ellas corresponden, en cualquier régimen según señala Medina, a los que «detentan en definitiva el poder».

El político profesional desarrolla por su lado una doble función sujeta a su propia racionalidad específica. Decide en la solución de los problemas que propone la coyuntura histórica para lograr situaciones nuevas, supuestamente mejores; y mantiene continuamente eficaces —a través de la negociación— las posibilidades de esa decisión. Su función incluye pues la creación política (innovación) y la estrategia.

El burócrata, por último, conoce y maneja racionalmente determinados procedimientos encuadrados prescriptivamente, dentro de los límites de su estricta competencia.

En suma, el programa de la modernización, visto desde el ángulo de lo que aquí se ha considerado su máxima realización, reconduce la relación de la teoría y la praxis a un terreno donde el conocimiento especializado, fundado en la investigación social reflexiva de sus propios supuestos y métodos, se vuelve operante en relación a la política cuya racionalidad profesional descansa en la producción de innovaciones y estrategias (negociaciones), y cuya racionalidad ciudadana (en la democracia) descansa en el uso de competencias comunicativas compartidas por todos los hombres como participantes sociales.

Así, el sistema de investigación social positiva alcanza su inicial madurez proponiendo un programa que es portador de una específica propuesta de intervención de la sociedad sobre sí misma en el entreluego

de sus varias racionalidades. Llega por esta vía a una suerte de límite superior en su autocomprensión, puesto que ya no sólo reconoce la multiplicidad de racionalidades que son constitutivas de la modernidad, sino que, sociológicamente, afirma además la multiplicidad de niveles de conocimientos socialmente distribuidos, cuya interacción y racionalización autónoma postula como condición para combinar desarrollo y democracia. Por tanto, para lograr una racionalización no selectiva de la sociedad, que impediría «en todo instante la amenaza de su propio aniquilamiento cuando una u otra de sus formas sobrepasa los límites de su validez». Por este concepto, asimismo, dicha propuesta rebasa los límites estrechos de una autocomprensión unidimensional de la modernidad (y la modernización) como mera racionalización instrumental de la sociedad; es decir, deja atrás su origen faustiano y la ingenua utopía hobbesiana.⁶⁹

Disolución del programa modernizador

Es una señal del temprano fracaso del programa modernizador el hecho que tanto algunos de sus propugnadores como una mayoría de sus

69. El espíritu faustiano de la modernidad, al que nos referimos previamente en conexión a Marshall Berman, supone el control racional de la naturaleza y el dominio racional de los hombres. Exclama Fausto: «The masters word alone has real might !/ To consumate the greatest work./ one mind for a thousand hands will do». En su furia creadora, productiva y transformadora, Fausto debe remover efectivamente un último obstáculo: los viejos Filemón y Baucis que se resisten a entregar su pedazo de terreno a los planificadores y modernizadores que Fausto encarna. Mefisto destruirá su casa y asesinará a los viejos. Fausto reacciona indignado. Observa Berman: primero contrata el trabajo sucio, luego desconoce sus efectos y pretende mantener las manos limpias. «It appears that the very process of development, even as it transforms a wasteland into a thriving physical and social space, recreates the wasteland inside the developer himself. This is how the tragedy of development works». (M. Berman, *op. cit.*, p. 68). La tragedia consiste, precisamente, en la aplicación expansiva de la misma racionalidad instrumental a todas las esferas de la vida social. En el límite, Filemón y Baucis son destruidos en nombre de la razón.

En cuanto a la ingenuidad del punto de vista hobbesiano, éste tiene que ver con la idea de una dirección puramente racional de la sociedad y la política. O sea, con ese mismo intento de producir una modernización unidimensional que suprime la política en nombre de la técnica y sus exigencias, entregando la conducción de los asuntos humanos al despliegue de una racionalidad que no reconoce límites en la tradición y las normas, pretendiendo escabullir la diferenciación de las racionalidades propias de la estructura moderna de la conciencia y la opacidad y tensión creadas por la distribución social de los conocimientos disponibles en la sociedad.

críticos hayan terminado por reducirlo a una deslavada versión de un craso evolucionismo, como si aquel programa hubiera consistido en eso o como si su ligazón con una mala sociología funcionalista hubiese sido el corazón de su propuesta o siquiera un vínculo necesario.

Efectivamente, lo que llegó a llamarse la «teoría de la modernización» en nuestros círculos nada tiene que ver con esa propuesta radical elaborada por Medina o elaborable a partir de los elementos de su reflexión, indagación y crítica. Incluso, varios de los rasgos más señalados de esa «teoría» —su evolucionismo, su reduccionismo, su simplismo y cientificismo— fueron muchas veces criticados por Medina y los más lúcidos entre sus colaboradores.

El hecho es, en cualquier caso, que el sistema de investigación positiva entró en acelerado proceso de disolución hacia fines de los '60, justo en el momento en que alcanzaba su máxima expansión a través de la propuesta de una planeación democrática basada en la interrelación de estratos del conocimiento socialmente distribuido y de las diversas modalidades de racionalidad.

Incluso su base institucional, que se había consolidado rápidamente incluyendo a una variedad de departamentos universitarios dedicados a la investigación social y a centros internacionales como la CEPAL en primerísimo lugar y a su lado otros como la FLACSO y el DESAL, se vió conmovida por el surgimiento de un programa competitivo (el de la dependencia) y por el surgimiento de un nuevo sistema de investigación social, inspirado en el marxismo.⁷⁰

Siguiendo la lógica de nuestra propia interpretación, podemos atribuir esa disolución del sistema de investigación social positiva y del programa de la modernización a varios factores interrelacionados, algunos de los cuales tienen que ver con el *contenido intelectual* del programa en cuestión y otros con las modificaciones ocurridas en la *base profesional* del sistema de investigación bajo estudio.

El contenido intelectual, o sea la tradición conceptual que animaba a dicho sistema era, según hemos visto, la teoría empírica de origen norteamericano. Las categorías del *funcionalismo* (o estructural-funcionalismo como se le llama a veces) proporcionaban el sistema conceptual y las principales *unidades de modificación* de dicha tradición, estas últimas sintetizadas bajo la forma de la *teoría de sistemas*

70. Existe un trabajo paralelo al presente, a cargo de Tomás Moulian, que abordará el estudio del sistema de investigación social inspirado en el marxismo. Cfr. Capítulo 2 de este mismo volumen.

elaborada por Parsons⁷¹. A su vez, las principales *unidades de variación*, como la ya mencionada proposición mertoniana de las teorías de alcance intermedio, provenían asimismo desde el seno de la teoría funcionalista o desde corrientes analíticas convergentes, como el análisis de pequeños grupos, la teoría de las organizaciones, la teoría del intercambio social, etc.⁷²

En América Latina, para no hablar ya de las evoluciones y rupturas que en el campo de la teoría funcionalista empezaban a producirse en los países del norte, la crítica del sistema de investigación social positiva, y de su programa de modernización, adopta justamente la forma de un ataque a las bases de la teoría funcionalista recibida. Solari, Franco y Jutkowitz han resumido esas crítica bajo tres acápites principales:⁷³

i) Contra la neutralidad valorativa y en favor de una sociología «comprometida».

ii) Contra la idea de una teoría empírica universal y de base profesional transnacional (postura que es acusada como constitutiva de una ideología cientificista) y en favor de la diversidad de escuelas sociológicas, cada una de las cuales representaría un modo de ligazón distinto entre teoría y praxis y, por esa vía, diferentes y aún contrapuestos intereses sociales (sociología funcionalista, académica, conservadora y burguesa versus, por ejemplo, sociología marxista, comprometida, progresista o revolucionaria al servicio de la clase trabajadora).

iii) Contra la institucionalización de tipo «norteamericana» de la sociología (empirista, metodologista, academicista, puramente «receptiva» y dependiente) y en favor de una sociología institucionalizada al servicio del cambio social, ligada a grupos y movimientos sociales concretos, de contenido nacional-revolucionario y, por ende, autónoma en sus contenidos intelectuales y base profesional.

El hecho es que ya a mediados de la década de los '60 encontramos una cada vez más intensa querrela en el campo de los productores de

71. Véase Parsons, Talcott, *The Social System*. Routledge & Kegan Paul, London, 1951.

72. Varias de esas unidades de variación y la forma de su incorporación a la tradición conceptual del funcionalismo se hallan analizadas en Gouldner, Alvin, *op. cit.*

73. Véase Solari, A., Franco, R. y Jutkowitz, J. *op. cit.*, pp. 52-88.

investigación social, que llevará a una tan rápida disolución del sistema de investigación social positiva como rápida había sido su emergencia y predominio en ese campo. Jorge Graciarena ha captado bien el clima cultural en que se desenvuelve esa crisis:

La época que sigue a estos desarrollos es una época militante, que les plantea a los universitarios, perentoriamente, la necesidad de un compromiso del que anteriormente se habían mantenido apartados, en cuanto muchos consideraban los problemas controvertibles como 'no científicos'. Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y neutral, que se legitima a sí mismo y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico de la región, no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizada ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en general.⁷⁴

La crisis sobreviniente se vería acompañada, durante esos mismos años, por una radical modificación de la base profesional de la investigación social en Chile, producto de la reforma universitaria que se inicia alrededor de 1967⁷⁵. Efectivamente, a partir de ese año se produce una explosiva ampliación de dicha base profesional, lo que hará posible el rápido reclutamiento de una nueva generación de investigadores sociales, los que ingresan al campo como «contendientes» y esgrimen un nuevo proyecto de ciencias sociales (el marxista) como título de legitimidad para dar su lucha por el control de posiciones, recursos e influencias. El hecho de que los cambios políticos que estaban produciéndose coetáneamente en el país y en América Latina favorecieran la *recepción* de ese nuevo programa de investigación y su rápido escalamiento hacia la hegemonía en el campo de la investigación social explica seguramente la débil resistencia opuesta por el sistema de

74. Graciarena, Jorge, «Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático. Una discusión del caso latinoamericano», *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1, 1975, p. 137.

75. Hemos analizado este fenómeno en Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Angel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983, Parte Tercera.

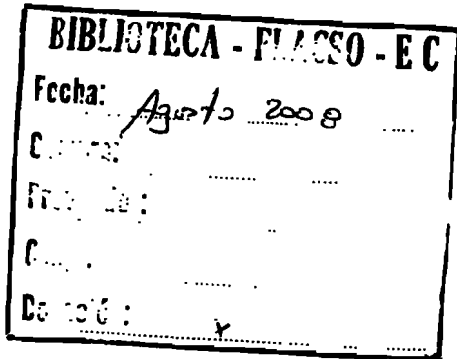
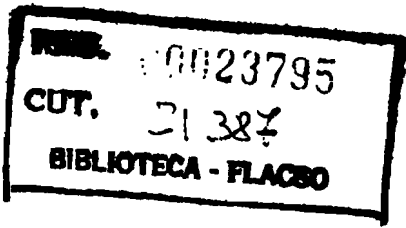
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile

FLACSO - EMBUSCO

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

300.72.
P211P



Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile.
José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn,
Tomás Moulian y Ludolfo Paramio.

© FLACSO
Inscripción N° 87.485
I.S.B.N. 956-205-063-7

Diseño de portada: Patricio Andrade y Mauricio Espinoza
Diseño interior: Patricio Andrade
Composición: Jorge Gacte
Producción editorial: Eduardo Díaz E.
Impresión: S.R.V. Impresos S.A.
Tocornal 2052 - Fonofax: 551- 9123
Santiago.

Se terminó de imprimir en
Agosto de 1993.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

Indice

Prólogo	9
La investigación social positiva y la utilización del conocimiento José Joaquín Brunner	15
El marxismo en Chile: Producción y utilización Tomás Moulian	107
El materialismo histórico como programa de investigación Ludolfo Paramio	163
El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile Martín Hopenhayn	203

investigación social positiva, que de pronto quedó reducido a una sola generación de investigadores y recluido en unos pocos departamentos universitarios y, parcialmente, en la CEPAL.

Para nuestro análisis tiene mayor interés averiguar qué ocurrió con ese cambio de hegemonías en el campo de los sistemas de investigación social, con el programa de investigación de la modernización y con su propuesta de una planeación democrática como forma relativamente compleja de utilización del conocimiento producido por la investigación social.

Demás está decir que el programa de la modernización corrió la misma suerte del sistema de investigación que le había dado origen, disolviéndose él mismo bajo las nuevas condiciones de hegemonía que empezaban a regular el mundo de la investigación social y de su aplicación⁷⁶. De hecho, se postuló que la idea de la planeación se hallaba ella misma indisolublemente ligada al estructural-funcionalismo, de donde provenían justamente sus limitaciones y deficiencias. Así, Carlos Borsotti, que ha analizado este asunto en detalle⁷⁷, llega a las siguientes conclusiones.

Primero, que la planificación recurre a un paradigma estructural funcionalista. Esta sería la orientación teórica, metodológica y técnica que comparten los diversos planes latinoamericanos, independientemente de la terminología que empleen. *Segundo*, la «planificación social» se inscribiría en ese mismo paradigma, especialmente desde el momento que acepta una aparente autonomía de «lo social» por contradistinción con lo económico y lo político. «Sólo en el estructural-funcionalismo se da la posibilidad de abstraer lo social en sí y de tratarlo como un sistema autónomo». *Tercero*, la utilización de ese paradigma llevaría a una serie de consecuencias, entre ellas: (a) adopción de una «óptica tecnocrática según la cual la sociedad aparece como intrínsecamente manipulable»; (b) «ausencia de criterios teóricos y prácticos para decidir prioridades en las políticas y en las acciones»; (c) indefinición en el uso de las categorías de estructura y coyuntura y, consecuentemen-

76. Véase al respecto, Solari, A., Franco, R. y Jutkowitz, J. *op. cit.*, pp. 100 y ss. y 138 y ss.

77. Véase Borsotti, Carlos, «Las teorías sociológicas y la planificación social: diferentes paradigmas y sus consecuencias», en Franco, Rolando (coord.), *Planificación social en América Latina y el Caribe*, ILPES-UNICEF, Santiago de Chile, 1981. Nos referiremos, en las citas que siguen, a este artículo.

te, nominalismo en la identificación de los sujetos incluidos en el plan, sin considerar su grado de organización y representatividad histórico-concretos; (d) desconsideración de los aspectos políticos y de poder en el proceso de planificación; (e) uso universalizante de los instrumentos de la planificación, dado que la teoría subyacente no distingue la concretitud del espacio/tiempo histórico; (f) visión externalista de los sujetos, los que son reducidos a variables manipulables, reforzándose con ello la óptica de manipulación tecnocrática. *Cuarto*, en suma, inadecuación generalizada del estructural-funcionalismo para captar la realidad de lo social y, por ende, incapacidad de la planificación fundada sobre ese paradigma para poder actuar con eficacia.

Sin necesidad de entrar aquí en un análisis pormenorizado de la crítica de Borsotti, bien extendida por lo demás entre los críticos del programa latinoamericano de la modernización, llama en cualquier caso la atención la distancia que existe entre ella y los supuestos de una planeación democrática tal como habían sido formulados por Medina. De hecho, esta crítica no captura el fondo del asunto que tensamente estaba tratando de proponer Medina, consistente en un modelo de racionalización no-selectiva de las sociedades latinoamericanas a través de la combinación de democracia y desarrollo, en un marco categorial que partía del reconocimiento de la diversidad de planos de racionalidad social y del reconocimiento simultáneo de una compleja distribución social del conocimiento disponible. Es en este contexto —que los críticos pasan por alto— donde Medina, precisamente, buscaba formular su propuesta de planeación como un modelo político-técnico de intervención de la propia sociedad sobre sí misma. El vínculo entre ese modelo y el marco categorial del estructural funcionalismo era, en el mejor de los casos, tenue, desde el mismo momento en que Medina operaba desde un plano de recepción y asimilación críticas de ese paradigma, y no en uno de su mera traducción al castellano y aplicación mecánica a la realidad de los países de la región.

Más bien, pensamos que el fracaso de la propuesta de un planeamiento democrático de la sociedad estuvo directamente condicionado por la radical mutación que estaban experimentando las condiciones sociales, políticas e intelectuales de operación de ese modelo, las que a poco andar lo volvieron inaplicable. En efecto, por esos años la propia noción de democracia pierde vigencia bajo la presión de los esquemas revolucionarios de origen marxista o de los esquemas autoritarios de origen militar, al tiempo que la idea de un desarrollo

planeado perdía vigor frente a las doctrinas que postulaban la autorregulación de la sociedad a través del expansivo papel del mercado.⁷⁸

Tal vez uno de los pocos pensadores que retoma el tema de la planeación social «a lo Medina», al modo que aquí nos interesa, sea Angel Flisfisch. Ya en un momento de agotamiento de esas otras dos opciones —la revolucionaria y la autoritaria—, Flisfisch propone repensar la planificación a partir del concepto de los derechos humanos⁷⁹. Plantea que la planificación social puede ser organizada indistintamente como una actividad pública o privada, pero que es a través del Estado, por sus capacidades regulatorias e imperativas, que ella alcanza su expresión más acabada. Lo decisivo, para este autor, es encontrar un fundamento valorativo y constitutivo de la planificación social que, por un lado, esté provisto de suficiente *generalidad* como para no restringir en demasía el dominio de experiencias y prácticas a considerar y que, por otra parte, presente un carácter relativamente *neutro*, de modo que no implique un compromiso con un modelo específico de sociedad.

Flisfisch postula que esa fundamentación podría encontrarse en la noción universalista de los derechos humanos, cuya determinación particularizada en cada situación supondría un proceso de interpretación. En el orden más general, esa interpretación admite la opción por diversos modelos de sociedad, sin restar por ello al fundamento valorativo de la planificación. Existiría, pues, una heterogeneidad posible del fundamento de valor de la planificación, que se corresponde con el carácter pluralista de una sociedad democrática. En otras palabras, la planificación social no puede entenderse como la teoría de un modelo específico de sociedad. Pero, por el mismo concepto, ella no puede ser reducida meramente a sus aspectos técnicos. Comporta aspectos y dimensiones técnicas pero requiere, asimismo, el uso de enfoques o puntos de vista complementarios. Asimismo, ella debe incluir una variedad de conocimientos provenientes no sólo de las ciencias sociales sino de una variedad de disciplinas aplicadas, también de aquellas

78. Al respecto puede verse Moulian, Tomás, *Democracia y socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983; Flisfisch, Angel, «La Polis Censitaria: La política y el mercado» y Brunner, José Joaquín, «Ideología, legitimación y disciplinamiento: nueve argumentos», ambos en VV. AA., *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*, FLACSO, San José de Costa Rica, 1982.

79. Véase Flisfisch, Angel, «Los derechos humanos como fundamentación de la planificación social», en R. Franco (coord.), *op. cit.*

propias del campo de las ciencias naturales. Finalmente, debe contener un conjunto de criterios o principios heurísticos que posibiliten la toma de decisiones concretas frente a las situaciones y problemas que se le plantean. Dichos principios o criterios se hallan, a su vez, íntimamente vinculados al fundamento de valor interpretativamente elaborado.

De donde Flisfisch deduce que el principio de unidad de la planificación así entendida residiría en su ser un «modo de razonar» frente a las situaciones y problemas. Ese modo de razonar debe ser entendido como aquel que conduce a la ingeniería social; o sea, como aquel que es propio de una «ciencia de la acción». El hecho, entonces, que la planificación se constituya como «un cuerpo de conocimientos heterogéneos, una pluralidad de técnicas probablemente disímiles y un conjunto de principios heurísticos, con una clara filiación normativa, permite hablar de la planificación social como una «ingeniería social». A tal ingeniería social, más complejamente concebida que el *social engineering* de Hauser, se le pide asimismo más:

- a) La capacidad de *problematizar* situaciones sociales, teniendo como referencia la finalidad de promover y actualizar los derechos humanos (recuérdese aquí las funciones de diagnóstico y tesis del *modelo* de Vekemans, regido por un cuerpo doctrinario).
- b) La capacidad de *explicar* causalmente la situación existente, en términos del conocimiento acumulado por las diversas disciplinas que deben concurrir al examen de los problemas.
- c) La capacidad de identificar cursos alternativos de evolución de la situación y de ofrecer *estrategias* de transformación o soluciones para los problemas planteados.
- d) La capacidad de llegar a *decisiones racionales* en términos de esos problemas, esto es, de optar por las estrategias o soluciones preferibles.

Ahora bien, de acuerdo con Flisfisch, ninguna de esas capacidades debería someterse a la exigencia de una racionalidad estricta, lo cual, señala, parece particularmente aplicable a las funciones (a) y (c) de la planificación. Más cerca pues de la noción de planificación gradual popperiana, la propuesta de Flisfisch descansa en el «único supuesto (...) de una cierta confianza en la capacidad humana para hacer algo mejores, o menos peores, las situaciones existentes, en términos de la promoción y actualización de los derechos humanos». En este sentido,

concluye, «el enfoque adoptado está más cercano del *problem solving* que a aquellos que imputan capacidades de comportamiento racional fuertemente exigente».

El supuesto de una racionalidad limitada o parcial vendría impuesto, primero, por la condición «situada» de la planificación social, la que opera habitualmente en circunstancias de información subóptimas. Segundo, porque la aplicación de principios o criterios heurísticos exige procedimientos de interpretación que conducen a una indeterminación mayor o menor de los términos del problema que se enfrenta. En suma, se trataría aquí de actuaciones regidas por una *racionalidad acotada*, tal como ella se describe en buena parte de la literatura contemporánea sobre las organizaciones.⁸⁰

En suma, constatamos que las propuestas de planeación, tal como ellas venían siendo elaboradas dentro del programa de la modernización, sucumben bajo el peso de la crítica que experimenta dicho programa y la simultánea pérdida de hegemonía del sistema de investigación dentro del cual esas propuestas se habían generado. Paralelamente, las propias experiencias de planificación fueron pronto sujetas a un balance negativo, como se aprecia en el siguiente pasaje:

analizar las experiencias de planificación de la mayoría de los países deja una abrumadora sensación de desaliento e inutilidad. (...) En la actualidad, el optimismo ha cedido lugar a una actitud cínica y los planificadores han sido atacados desde todos los flancos y se han convertido en el chivo expiatorio de políticos, consultores, académicos y de amplios sectores de la opinión pública.⁸¹

Puede sostenerse, con todo, que desde el interior del programa de la modernización se gestó, llegó a desarrollarse y quedó abierta la *posibilidad* de pensar la planeación como una actividad político-intelectual y técnica que intenta usar el conocimiento para operar en un medio sujeto a diversas formas de racionalización y saturado por

80. Ver al respecto March, James and Olsen, Johan, *Ambiguity and Choice in Organizations*. Universitets-forlaget, Bergen, 1976.

81. Bromley, Ray, «El Proceso de planificación: lecciones del pasado y un modelo para el futuro». En R. Franco (coord.), *op. cit.*, p. 89. Para una visión crítica de la planificación en la perspectiva que aquí interesa ver Ilophenayn, Martín, «Crisis de legitimidad en el Estado planificador», ILPES, 1988.

conocimientos distribuidos socialmente de manera desigual. En el capítulo siguiente exploraremos esa «posibilidad», ahora en condiciones de una modernidad que se ha vuelto crítica de sus propios supuestos de racionalidad y a la luz de los desarrollos contemporáneos de un sistema de investigación social que, en adelante, convendría llamar «postpositiva».

3. Más allá de la investigación social positiva: conocimientos, transmisiones, usos

...el problema principal de la época moderna... es... cómo nuestra forma normal de ver el mundo —la experiencia del mundo que tenemos por el mero hecho de vivir la vida— se relaciona con la autoridad inasible y anónima que nos confronta con los pronunciamientos de la ciencia.

H. G. Gadamer, *Philosophical Hermeneutics*

Los planteamientos de Medina Echavarría sobre la planeación democrática, así como los comentarios de uno de sus epígonos (Angel Flisfisch), descansan sobre la noción de una pluralidad de racionalidades en el seno de las sociedades modernas y sobre la existencia de una heterogénea distribución social de los conocimientos. Habermas, como hemos visto ya, reflexiona sobre las condiciones en que sería posible el despliegue de esas varias formas de racionalidad suponiendo su aplicación no selectiva, y por ende, autónoma, a las diversas esferas de conocimientos, de donde resultarían también patrones de racionalización diferenciados.

En este contexto queremos retomar ahora la cuestión de la *utilización* de los conocimientos producidos por la investigación social, tal como ella se presenta para lo que hemos llamado un sistema de investigación social postpositivista. Al efecto necesitaremos introducir ciertos desplazamientos conceptuales tanto por el lado (i) del análisis de los conocimientos producidos por dicha investigación como por el lado (ii) del análisis de la transmisión de los conocimientos producidos, y por el lado (iii) del uso o utilización de esos conocimientos.

La producción de conocimientos: especificidad de las ciencias sociales

En el campo de las ciencias sociales, la tradición intelectual de la investigación social positiva se halla en plena evolución, al punto que muchos no dudan en hablar de fenómenos semejantes a las «revoluciones paradigmáticas» que Kuhn ha observado en el campo de las ciencias naturales⁸². Recurriendo a las categorías empleadas antes podríamos decir que en este caso se trata de algo más que de la circulación de ciertas *unidades de variación* —variantes conceptuales que circulan dentro de un sistema en un momento determinado— en la tradición positiva de las ciencias sociales. Incluso, la evolución mencionada entraña algo distinto que la incorporación de ciertas *unidades de modificación* —aquellas que especifican cambios conceptuales efectivamente incorporados a la tradición conceptual en cuestión.

En efecto, estamos frente a algo que se asemeja mucho más a un *cambio de paradigmas*; es decir, a un cambio radical de los compromisos conceptuales y de las reglas básicas compartidos por una comunidad de practicantes en una especialidad cualquiera de las ciencias⁸³. Lo que se impugna, aquello contra lo cual se reacciona, constituye en efecto una de las piedras angulares sobre las cuales descansaba la autocomprensión positiva de las ciencias sociales; cual es, su semejanza con las ciencias naturales positivamente entendidas. Según relata gráficamente Quentin Skinner:

Sin duda, los tiempos han cambiado. Durante la pasada generación se han vuelto a leer y a recomendar filosofías sociales utópicas, el marxismo ha renacido y ha florecido en una asombrosa variedad de formas, el psicoanálisis ha logrado una nueva orientación teórica gracias a la obra de Lacan y sus seguidores;

82. Para una visión general de estas transformaciones puede consultarse Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, *op. cit.*; Skinner, Quentin (comp.), *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*, Alianza Editorial, Madrid, 1988; Giddens, Anthony, *New Rules of Sociological Method*, Hutchinson, London, 1976; Giddens, Anthony, *Central Problems in Social Theory. Actions, Structure and Contradictions in Social Analysis*, The MacMillan Press, London, 1979.

83. Véase Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, 1962 y Kuhn, Thomas, *La tensión esencial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, cap. 12, «Algo más sobre los paradigmas».

Habermas y otros miembros de la Escuela de Frankfurt han seguido reflexionando acerca de los paralelos entre las teorías de Marx y Freud, el Movimiento Feminista ha incorporado toda una serie de percepciones y argumentos que anteriormente habían permanecido relegados y, en medio de todo este torbellino, las ciudadelas empiricista y positivista de la filosofía social angloparlante se han visto amenazadas y minadas por sucesivas oleadas hermenéuticas, estructuralistas, postempíricas, desconstruccionistas y demás hordas invasoras.⁸⁴

Entre las transformaciones generales del paradigma positivista, «quizá la más importante haya sido la generalizada reacción contra la presunción de que las ciencias naturales ofrecen un modelo adecuado, o siquiera importante, para la práctica de las disciplinas sociales»⁸⁵. Así, cualquier texto contemporáneo de introducción a la sociología que se revise, sostendrá cómodamente que constituiría un error suponer que la sociología debe moldearse muy estrechamente conforme al paradigma (positivista) de las ciencias naturales, o imaginar que una ciencia natural de la sociedad pudiera ser alcanzable o siquiera deseable. A diferencia de las ciencias naturales, se dirá, la sociología «trata de un mundo pre-interpretado en el que la creación y reproducción de los marcos de significado es una característica fundamental de aquello que pretende analizar, es decir, de la conducta social del hombre; por esto es que hay una doble hermenéutica en las ciencias sociales (...) El sociólogo observador tiene que ser capaz de penetrar en ellas por medio de conceptos, a saber, penetrar hermenéuticamente la forma de vida cuyas características desea analizar o explicar».⁸⁶

En breve, las ciencias sociales diferirían de las ciencias naturales (positivístamente consideradas) por dos conceptos fundamentales al menos:

i) No podemos aproximarnos a la sociedad, a los «hechos sociales», como nos aproximamos al mundo natural, puesto que la

84. Skinner, Quentin, «Introducción: el retorno de la gran teoría», en Skinner, Quentin (comp.), *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*, op. cit., p. 16.

La recepción en el caso chileno de una familia de esas teorías o enfoques, que genéricamente pueden llamarse humanista-crítica, es analizada en un trabajo paralelo a éste a cargo de Martín Hopenhayn, contenido en el Capítulo 4 de este volumen.

85. *Ibid.*, pp. 16-17.

86. Giddens, Anthony, *New Rules of Sociological Method*, op. cit., pp. 158-59

sociedad sólo existe mediante la continua creación y recreación que hacemos de ella a través de nuestras acciones como participantes sociales. Las actividades humanas no se hallan regidas por causas del mismo modo como lo están los eventos naturales. En cambio, se encuentran sujetas a lo que Giddens llama un «doble involucramiento» de los individuos y las instituciones: creamos a la sociedad al mismo tiempo que somos creados por ella.⁸⁷

ii) De donde se sigue que tampoco las implicaciones prácticas de las ciencias sociales pueden reducirse al uso paralelo de tecnologías derivadas. La relación entre las ciencias sociales y sus sujetos es de otro tipo, efectivamente, a aquella que poseen las ciencias naturales con relación al mundo de eventos de ese orden. Las ciencias sociales se dirigen a un mundo de individuos y grupos cuya comprensión de la situación es parte de la situación y de la historia. Los conocimientos que ellas producen, por tanto, se insertan en lo que hemos llamado un mundo saturado de conocimientos, mundo que se halla diferenciado a la vez en sectores donde la actividad humana se rige por racionalidades que son distintas entre sí.⁸⁸

En suma, las concepciones postpositivistas de las ciencias sociales no abandonan la tradición basada en una actitud objetivante frente a los mundos social y subjetivo, pero reconocen las radicales diferencias de los hechos que abordan respecto a los hechos constitutivos del mundo natural.

En términos de la teoría de las ciencias, las diferencias y similitudes que se establezcan entre ciencias naturales y sociales dependerá, en gran medida, de la visión que tengamos de las ciencias naturales. Dentro

87. Ver Giddens, Anthony, *Sociology, A Briefbut Critical Introduction*, Harcourt Brace Jovanovich, 1982.

88. Lo más que puede sostenerse es que existiría una racionalidad, la racionalidad comunicativa «a la Habermas», que tendría la capacidad de coordinar y mediar entre todas las racionalidades que se despliegan en la vida social, en tanto todas ellas reposan, en última instancia, en interacciones simbólicamente estructuradas a través del empleo del lenguaje común. Al respecto véase el ilustrativo artículo de Hoyos Vásquez, Guillermo, «Comunicación y mundo de vida», *Ideas y Valores*, Universidad Nacional, Bogotá, núm. 71-72, 1986.

del sistema de investigación social positiva ha imperado, según tuvimos oportunidad de observar, una concepción positivista de las ciencias naturales, cuya matriz se trató de aplicar a las ciencias sociales, dando por resultado la idea de que éstas debían construirse al igual como el resto de las ciencias empírico- analíticas.

Siguiendo con cierto detalle la discusión que Mary Hesse hace de esa pretendida similitud podremos entender cómo se ha ido abriendo paso una perspectiva postpositivista en las ciencias sociales, la cual las mantiene sin embargo orientadas hacia la *praxis*, aunque ya de una manera por completo distinta del *social engineering* de origen norteamericano.

Los argumentos que presenta M. Hesse se desenvuelven en el contexto de una reflexión postdeductivista de las ciencias naturales⁸⁹ que, como veremos de inmediato, se apoya en Kuhn y en los debates contemporáneos sobre el carácter «transepistémico» de las empresas científicas.⁹⁰

De acuerdo con esa visión, las ciencias naturales tendrían el siguiente conjunto de características:

1. Las teorías se hallan lógicamente constreñidas por los hechos, pero se encuentran subdeterminadas por éstos. O sea, para ser plausibles ellas necesitan ser coherentes con los hechos, pero no pueden ser conclusivamente refutadas ni exclusivamente derivadas de enunciados de hechos, y por eso ninguna teoría, en cualquier dominio, es la *única* aceptable.
2. Las teorías se hallan sujetas a cambios revolucionarios, los que abarcarán incluso el lenguaje presupuestado en los «enunciados de hecho», los cuales se hallan irreductiblemente «cargados de teoría». Es decir, ellos presuponen conceptos cuyo sentido se encuentra al menos parcialmente dado por el contexto de la teoría.
3. Existen, además, criterios adicionales que determinan las teorías, los cuales reciben su status de postulados racionales o de

89. Ver Hesse, Mary, «Theory and values in the social sciences», en Hookway, Christopher and Pettit, Philip, *Action & Interpretation, Studies in the Philosophy of the Social Sciences*, Cambridge University Press, 1980. Sin recurrir a citas directas me baso en lo que sigue extensamente en ese trabajo.

90. Al respecto, véase Knorr-Cetina, Karin, «Scientific communities or transepistemic arenas of research? A critique of quasi-economic models of science», *Social Studies of Science*, vol. 12, 1982.

convenciones o de principios heurísticos en diversos momentos históricos. Inclúyense aquí supuestos metafísicos generales o sobre la estructura del mundo, por ejemplo sobre sustancia y causalidad, átomos o mecanismos; y juicios formales de simplicidad, probabilidad, analogía, etc.⁹¹

4. En la historia de las ciencias naturales esos criterios adicionales han incluido a veces lo que apropiadamente se llama «juicios de valor», pero éstos han tendido a ser «filtrados hacia afuera» a medida que las teorías se desarrollaban.

5. Los mecanismos de filtro han sido potenciados por la adopción universal de un valor incontestable por parte de las ciencias naturales, cual es el criterio de la predicción progresivamente exitosa y el control del medio. Mary Hesse llama a éste el «criterio pragmático».

Comentarios a los puntos (4) y (5). Los juicios de valor relacionados con la ciencia pueden referirse ya bien al uso que pueda darse a los resultados de la investigación, o bien pueden incorporarse como evaluaciones más íntimamente conectadas con la construcción de teorías, como aserciones de que es deseable que el universo sea de esta forma u otra, y de que es o no como se desearía que fuera. Estas evaluaciones descansan en valores que, como ha mostrado Kuhn, pasan por esta vía a formar parte de los paradigmas que rigen la producción de la ciencia normal. En este caso, entonces, juicios del tipo debe-ser son transformados en juicios de hecho. Por ejemplo, durante un buen tiempo lo que luego ha venido a llamarse la falacia genética no fue considerada como una falacia. Teorías así construidas no pueden refutarse sólo por los hechos, pues como se vio las teorías no sólo se deducen de los hechos, primero, y segundo, los hechos pueden acomodarse a diversas teorías usualmente. Tampoco podrían eliminarse esos juicios por criterios formales adicionales como el de la simplicidad por ejemplo, pues hay teorías que se desarrollan precisamente en sentido contrario, de simples a más complejas, como ocurre con el universo heliocéntrico de Copérnico, que en su teoría necesitaba de más parámetros que el universo geocéntrico al que vino a reemplazar.

91. Sobre este punto, en apoyo, ver Kuhn, Thomas. «Objetividad, juicios de valor y elección de teorías», en Kuhn, Thomas, *La tensión esencial*, op. cit.

Luego, y aquí reside el punto central del argumento de Mary Hesse, en el *largo plazo* la elección de teorías en las ciencias naturales pareciera depender menos de los criterios empíricos de confirmación y falsabilidad que de lo que ella llama un «criterio pragmático». Explica: en la medida que predicciones exitosas se acumulan, ese criterio pragmático filtra hacia fuera tanto criterios de simplicidad como otros juicios de valor. Así, por ejemplo, los argumentos metafísicos y teológicos contra Copérnico, Newton y Darwin se volvieron progresivamente menos relevantes para la ciencia.

Ahora bien, resulta claro que la adopción del criterio pragmático —el juicio de que la exigencia de éxito predictivo debe imponerse a cualquier otro criterio de elección de teorías— descansa a su vez en la adopción de un juicio de valor que no puede ser filtrado, y que más bien es el supuesto del criterio pragmático. «Es un juicio, señala M. Hesse, que tal vez raramente haya sido adoptado conscientemente por ninguna sociedad científica del pasado, pero que podría ser conscientemente rechazado en el futuro, según resulta cada vez más aparente».

Al comparar ahora esta visión de las ciencias naturales con la lógica propia de funcionamiento de las ciencias sociales, Mary Hesse propone para esta última dos características adicionales:

(6) No existen por el momento, y quizás no pueda esperarse razonablemente que lleguen a existir, teorías generales en las ciencias sociales que satisfagan el criterio pragmático, o sea, teorías que proporcionen una predicción crecientemente exitosa en el dominio social.

(7) Más aún, dado que la adopción del criterio pragmático descansa él mismo sobre un juicio de valor, es posible decidir *contra* ese juicio como una meta incontrarrestable para las ciencias sociales, y adoptar otras metas de valor a cambio.

Comentarios a los puntos (6) y (7). Es posible concebir situaciones en que el criterio pragmático opere también en las ciencias sociales, caso en que los juicios de valor incluidos en el razonamiento de (1) a (5) podrían ser filtrados hacia fuera de modo análogo a como ocurre en las ciencias naturales. Otra cosa es si acaso se desea que ese criterio pragmático (de la predicción crecientemente exitosa y el control) opere también en el campo de las ciencias sociales.

Para el resto de los casos, que seguramente serán la mayoría, será necesario introducir otras evaluaciones y metas de valor para guiar la construcción y elección de teorías. Dice M. Hesse: esos juicios evaluativos serán metas de valor (*value goals*) alternativos al criterio pragmático del suceso o éxito predictivo.

La adopción de tales metas de valor ha sido explícitamente reconocida por diversos clásicos de las ciencias sociales, como en el caso, por ejemplo, de Weber y Myrdal⁹². Pero ambos, argumenta M. Hesse, mantienen la idea de que los juicios referidos a la relevancia de valores de la investigación emprendida son separables completamente de la construcción de teorías y de su confirmación y refutación, las cuales deben mantenerse dentro de los cánones propios de todas las ciencias. O sea, los juicios de valor son tratados como una intrusión negativa. La aspiración máxima sigue siendo la *objetividad*, que podría ser alcanzada si se encuentra la manera de aplicar a las ciencias sociales el mismo criterio pragmático que rige en el caso de las ciencias naturales, permitiendo filtrar hacia fuera las evaluaciones que se inmiscuyen en la construcción de teorías.⁹³

En cambio, Mery Hesse aboga, radicalizando en este punto la postura de Alvin Gouldner⁹⁴, en favor de la explícita realización de esos juicios de valor en el caso de las ciencias sociales. Dado que éstas, dice, no pretenden (ni pueden) explicar el mundo social en el sentido de las ciencias empírico-analíticas, acumulando predicciones crecientemente exitosas, deben proponerse por el contrario entender e interpretar ese mundo en términos tales que la comprensión producida sea coherente con un orden de valores escogidos. A fin de cuentas, concluye, los

92. Véase, por ejemplo, Weber, Max, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Editorial Futura, Buenos Aires, 1976. Myrdal, Gunar, *Value in Social Theory*, London, 1958 y *Objectivity in Social Research*, London, 1970.

93. En realidad, la aspiración a la objetividad, y a la creencia en su posibilidad, no sólo se articulan, en el caso de las ciencias sociales, con la pretensión de desarrollar un *criterio pragmático* «a la Hesse». También podría postularse que dicha pretensión se realiza en la medida que mantiene en alto el «valor de la verdad» que sólo un determinado ejercicio de la ciencia podría garantizar. Así, por ejemplo, Max Weber: «La validez objetiva de todo saber empírico se basa, y sólo se basa, en que la realidad dada está ordenada según categorías subjetivas en el sentido específico de que constituyen la premisa de nuestro conocimiento, y que están ligadas a la premisa del valor de la verdad que sólo el saber empírico nos puede proporcionar». (Weber, Max, *op. cit.*, p. 88)

94. Se refiere a diversos pasajes de Gouldner, Alvin, *op. cit.*, citados en Hesse, Mary, *op. cit.*, p. 12.

«clásicos» de la sociología han adoptado todos ellos una clara postura de valor. Así podría comprobarse con «el deseo de Weber de rescatar ideales humanos de su dominación por subestructuras, sean económicas o burocráticas; con la necesidad sentida por Durkheim de la cohesión social y la estabilidad frente a los deseos humanos desordenados e irracionales; con la nota de protesta inseparablemente unida al concepto «científico» de Marx de la explotación de la fuerza de trabajo; y con la nada oculta evaluación negativa que Gouldner hace de las sociologías de Goffman y Garfinkel, cuyos orígenes él devela y cuya adecuación juzga no sobre la base de una espúrea objetividad sino sobre la base de su propio sentimiento respecto a la degradación moral de sus imágenes de la sociedad...».⁹⁵

En suma, Mary Hesse aboga por una explícita afirmación de su punto (7); esto es, en favor del reconocimiento de que allí donde no cabe la aplicación del criterio pragmático, otras metas de valor deben ser reflexivamente adoptadas por los investigadores sociales. Lo anterior, agrega, no excluye que allí donde el criterio pragmático (o cualquier criterio realista de la verdad) pudiera ser operativo en el caso de las ciencias sociales, él deba ser aplicado tal como se hace en el campo de las ciencias naturales. En efecto, «existen leyes generales del comportamiento humano (aunque sospecho que sólo *low-level laws*); existen modelos y tipos ideales cuyas consecuencias pueden ser exploradas deductivamente y probadas, y existen predicciones limitadas que a veces tienen éxito. Allí donde esas cosas existen podemos hablar de objetividad en el dominio social, cualquiera sea el sentido que atribuyamos a dicho término en el dominio natural, y *podemos* (pero no debemos) hacer la misma opción de metas de valor para las ciencias sociales que para las ciencias naturales». Es decir, en esas circunstancias podemos adoptar el criterio pragmático, lo cual equivale a incorporar esa precisa meta de valor.

Lo que resulta claro para M. Hesse, y quizá podría serlo para cualquiera que conoce la producción contemporánea de las ciencias sociales, es que la mayor parte de ella no responde, y seguramente no responderá jamás, a la adopción de ese criterio y, por tanto, no se asemeja ni se rige por los mismos principios constitutivos de las ciencias naturales. Luego, en esos casos, corresponderá a las ciencias sociales

95. Hesse, Mary, *op. cit.*, p. 12.

realizar elecciones no pragmáticas de metas de valor, las cuales necesitan ser asumidas reflexivamente y argumentadas públicamente, en medio de la comunidad de pares y de la comunidad mayor de los participantes sociales. De aquí extrae M. Hesse una analogía más general. Sugiere que «la proposición de una teoría social se asemeja más a la argumentación de un caso político que a una explicación propia de las ciencias naturales. Debe buscar y respetar los hechos cuando éstos están a la mano, pero no puede esperar una explicación total de ellos, posiblemente inobtenible. Debe apelar (asimismo) explícitamente a juicios de valor y puede usar, apropiadamente, la retórica persuasiva». Evidentemente, la teorización de las ciencias sociales tendrá que diferenciarse, al mismo tiempo, del argumento político por cuanto ella buscará referirse y dar cuenta de los hechos de un modo más acabado y no podrá jamás apelar al mismo tipo de retórica, debiendo constreñirse a la presentación racional de sus argumentos.

En suma, como muestra este recorrido por la teoría actual de las ciencias sociales, la investigación social está seguramente en camino de librarse de su subordinación a un esquema epistemológico que pretendía que ella operara igual o de manera semejante a las ciencias naturales, mientras se imputaba su relativo subdesarrollo a una falta temporal de madurez. Ahora en cambio, gradualmente, se reconoce que las ciencias sociales no necesitan, ni siquiera pueden, asemejarse a las ciencias empírico-analíticas.

Por eso mismo, el campo de las ciencias sociales, en cada una de sus disciplinas, incluida la economía, se presenta actualmente como abarcando una diversidad de subculturas, correspondiendo cada una a un determinado sistema de investigación. Así por ejemplo, según señala R. Boudon, en el campo de la sociología nos encontraremos con «subcomunidades de creyentes que piensan que el «path analysis» o el análisis factorial es el *nec plus ultra*, otras que sostienen que el enunciado de profecías de largo alcance es la meta principal de su disciplina; algunas están convencidas que la esencia de la sociedad puede descubrirse escrutando pequeñas comunidades típicas, mientras otros han etiquetado esa visión como la «Jonseville fallacy». Algunos creen en la «descripción gruesa», otros en la descripción cuantitativa»⁹⁶.

96. Boudon, Raymond, «Will sociology ever be a normal science?», *op. cit.*, pp. 747-48.

No se trata, como previene el mismo Boudon, de sostener que «cualquier cosa va» en el campo de las ciencias sociales, y de que no existiría por tanto la necesidad de elección entre paradigmas, o de someter la construcción de teorías a la observación de los «hechos» y a los procedimientos metódicos propios de la argumentación científica.

Así, por ejemplo, uno entre los varios paradigmas a la mano puede ser considerado más adecuado al objeto de estudio en cuestión, posición sostenida por Boudon. O bien, una teoría puede ser preferida a otra, pero esa opción —que estará determinada por juicios de valor— debe estar abierta a la argumentación. Debe por tanto ser fundada y eventualmente mostrarse como válida mediante un acuerdo argumentativamente elaborado al interior de la comunidad (o subcomunidad) de practicantes, los cuales (idealmente) se rigen por normas aceptadas y comparten procedimientos argumentativos para arribar a acuerdos de ese tipo.⁹⁷

Desde esta misma perspectiva puede entenderse por qué la investigación social necesita volverse continuamente sobre sí misma, lo que en parte explica la alta propensión hacia la producción metateórica propia de la sociología, por ejemplo⁹⁸, y el hecho que en algunas de estas disciplinas (cosa que no ocurre en el caso de las ciencias naturales) se presente el desarrollo de una subespecialidad que lleva el nombre de «metodologías». Efectivamente, estas disciplinas necesitan clarificar reflexivamente sus propios supuestos y esclarecer sus metas de valor en

97. Lo anterior supone la existencia de comunidades profesionales *dentro* de las cuales, al menos, pueda arribarse a estos acuerdos. Pero no implica que estos últimos pudieran alcanzarse *entre* comunidades, cuyos valores rectores podrían llegar a ser, como de hecho lo son en el campo de las ciencias sociales, *inconmensurables*, en sentido kuhniano. Más bien, entonces, lo que puede ocurrir es que exista una *competencia de hegemonías* entre los diversos grupos de practicantes por imponer, al campo en general o a un sector de éste (disciplinario, temático o de especialización), los valores de discriminación empleados por una de las subcomunidades, o un descrédito de los demás.

En la medida que dicha *competencia de hegemonías* no ocurre exclusivamente en un campo de argumentación sino que en ella intervienen otros factores (criterios pragmáticos de éxito, apoyo financiero, fortaleza de la base institucional, control de recursos organizacionales, incidencia en los medios de comunicación, influencia sobre instancias extracampo, «modas» difundidas desde un centro-difusor, etc.) nos encontraríamos, entonces, frente al hecho de que incluso esos acuerdos decisivos para la selección de teorías no son puramente argumentativos ni obtienen su fuerza de validez exclusivamente desde el interior de los argumentos, sino que dependen en buena medida de esa *competencia de hegemonías* mediada por factores de poder, de riqueza y de status.

98. Véase al respecto, Wagner, David G. y Berger, Joseph, «Do sociological theories grow?», *American Journal of Sociology*, vol. 90, N° 4, January 1985.

la competencia que se suscita entre diversas «escuelas» o «sub-comunidades» que pugnan por la hegemonía..

Entre tales metas de valor ocupa un lugar central la imagen que cada sistema de investigación se forme respecto del tipo de usos que pueden tener los resultados de la investigación. Según vimos en el capítulo primero, en el sistema de investigación social positiva esa meta de valor se hallaba íntimamente conectada (i) con la idea de que la sociedad puede ser mejorada mediante operaciones de ingeniería social y (ii) con la idea hobbesiana de que mediante el uso del conocimiento es posible fundar una política racional o positiva de los asuntos humanos.

En el cuadro del emergente postpositivismo que hemos descrito, esas ideas apenas pueden seguir sosteniéndose. Necesitan, en cualquier caso, una radical redefinición. En nuestro caso, quisiéramos postular que *la investigación social postpositivista posee como meta de valor de uso del conocimiento el acrecentar las capacidades de acción sobre sí misma que la sociedad posee.*

Explicemos brevemente esta formulación.

Según ha escrito A. Touraine, «una sociedad se produce, se adapta y funciona. Es una jerarquía de sistemas. La historicidad de la sociedad es su capacidad de producir sus orientaciones sociales y culturales a partir de su actividad y de conferir un sentido a sus prácticas (...) Las sociedades humanas son capaces de producir sus orientaciones, de ser normativas. Subordinan sus prácticas a una intervención voluntaria sobre ellas mismas, intervención a la que denomino su historicidad»⁹⁹. Como muestra este mismo autor, la sociedad actúa sobre sí misma. *Primero*, porque posee una capacidad simbólica, una facultad de conocimiento, es decir, la capacidad de organizar su relación con el entorno en función de su propia identidad. *Segundo*, porque continuamente genera un excedente que es acumulado e invertido del modo que determina su organización económica. *Tercero*, porque esa propia capacidad de conocer y acumular se vuelve reflexiva y se aprehende ella misma, posibilitando una acción-con-sentido que, en el orden más general, se traduce en un modelo cultural dado según sea comprendida esa capacidad, modelo que entonces guía esa práctica de intervención de la sociedad sobre sí misma.

99. Véase Touraine, Alain, *Introducción a la sociología*, Ariel, Barcelona, 1978, p. 70 y p. 80.

Dentro de tal perspectiva, que concibe a las sociedades como sistemas que se producen y reproducen por la acción de sus propios participantes, la investigación social postpositiva retiene, de su ancestro positivista, el valor-meta de producir conocimientos utilizables por esas prácticas de «producción de sí misma» que realiza la sociedad. Los específicos sistemas de investigación social, según las definiciones que adopten en la particularización de ese valor-meta, se conectarán a esas prácticas de maneras diversificadas, pudiendo, por ejemplo, orientar su producción hacia los *policy-makers*, o hacia los grupos populares de base, o hacia determinados movimientos sociales, o hacia la comunidad académica nacional e internacional, o hacia la empresa privada, etc. En cualquier caso, no podrán evitar (en principio), y cualquiera sea su orientación, que la producción de conocimientos esté disponible, además, para su uso por instancias no buscadas, dentro de un mundo social donde los conocimientos transmitidos siguen trayectorias indeterminadas. (O sea, existe una autonomía relativa del sistema de transmisión de conocimientos).

En suma, proponemos que la investigación social post-positiva reclama estar guiada por una meta-de-valor generalizada, que implica la utilización de los conocimientos producidos en función de la expansión de las capacidades de la sociedad para actuar sobre sí misma.¹⁰⁰

En el momento postpositivista del que venimos hablando, la idea de «utilización del conocimiento» producido por la investigación social no está ya referido exclusivamente a macroprocesos de planeación o a unas pocas pero nítidas instancias de ingeniería social y *problem-solving*. Abarca, también, la mirada de microintervenciones posibles que constituyen la continua producción y reproducción de la sociedad.

100. Expansión no significa aquí, necesariamente, un aumento positivo de ningún tipo, como podría ser, según los valores que se sostengan en esta materia, un aumento de las capacidades de racionalización instrumental o, alternativamente, un aumento de las capacidades de racionalización comunicativa; o, desde otro ángulo, un incremento de capacidades tecnocráticas de *problem-solving*, o un aumento de la capacidad de una clase para volverse dominante dentro de la sociedad. Por eso hablamos de una meta-de-valor generalizada, puesto que ella admite (y requiere) ser particularizada por valores de segundo orden, como algunos de los recién indicados o una combinación de ellos. Una cuestión interesante sería preguntarse, en conexión con este punto, acaso podría existir un sistema de investigación que dejara de tener ese meta-valor como meta, lo cual equivale a preguntarse acaso hay una situación en que pudiera pensarse que el conocimiento producido no incrementa (en ese sentido «neutro») las capacidades de la sociedad de producirse y reproducirse a sí misma. Volveremos en el texto, un poco más adelante, sobre esto mismo.

Además; dicha idea no está tampoco conectada (en principio) a ninguna idea de «progreso» o de «manejo racional» de la sociedad, puesto que reconoce la existencia de múltiples racionalidades que están en juego en la producción y reproducción de la sociedad, suponiendo, además, que todas ellas operan a partir de stocks socialmente disponibles de conocimientos locales, los cuales interactúan hermenéuticamente con el conocimiento producido por la investigación social.

Otra cosa distinta es si acaso la formulación de esa meta-de-valor generalizada (metavalor) sobre el uso de las ciencias sociales permitiría formular, para estas disciplinas, un criterio fuerte de tipo pragmático, como el enunciado por Mary Hesse. Este serviría, entonces, a semejanza de aquel otro, para discriminar entre teorías y para «filtrar hacia afuera» juicios de valor intrusivos, a partir, esta vez, del valor atribuido a la acumulación de «intervenciones exitosas».

Es evidente, de inmediato, que no puede extraerse de este postulado de metavalor un criterio pragmático de ese tipo, puesto que no existen en este caso predicciones exitosas cuya acumulación resultaría en aplicaciones que llevan a incrementar el control sobre el medio. En cambio, las «intervenciones exitosas» serán juzgadas como tales, o rechazadas, en cada caso, a partir de «valores de segundo orden», competitivos entre sí. Dichos juicios evaluativos serán emitidos, además, por los propios participantes sociales, los que actúan sobre la base de puntos de vistas también ellos valóricamente regulados y socialmente condicionados. Tampoco es posible sostener que el «éxito» de esas intervenciones podría ser determinado empíricamente, o sea, «medido» con el instrumental de las ciencias empírico-analíticas que, ellas sí, admitirían la incorporación del criterio pragmático definido de alguna manera. Pues esto último supondría establecer un juicio de valor respecto de lo que debe entenderse por «progreso», momento en el cual empezamos a movernos en un círculo de regresión infinita.¹⁰¹

101. En realidad, tampoco queda claro cómo Mary Hesse resuelve, en su propio argumento, este problema. Más bien, señala que la relación entre el criterio pragmático y cualquier teoría de la verdad «es oscura y necesita más examen». Sugiere que dicho criterio sortea la cuestión de la referencia del lenguaje teórico a la realidad del mundo, postulando en cambio que reposa «sobre el concepto no lingüístico de predicción exitosa», afirmación que torna seguramente aún más oscura la cuestión. Pues no es claro qué debemos entender por un «concepto» que es «no-lingüístico» ni se aclara cómo, entonces, se arriba a acuerdos sobre lo que son «predicciones exitosas», salvo que se vuelva a recurrir a un procedimiento empírico-analítico y se caiga, por esa vía, en una regresión no bloqueable.

La transmisión del conocimiento producido por la investigación social

Un sistema de investigación social postpositiva necesita plantearse, como una cuestión central, los aspectos relativos a la circulación del conocimiento, por lo menos en dos dimensiones. En la dimensión de lo que hemos llamado un mundo social saturado de conocimientos y en la dimensión de la coexistencia, en ese mundo social, de una diversidad de racionalidades que rigen la acción y condicionan la circulación, apropiación y utilización de conocimientos.

Se recordará que Medina Echavarría, en un pasaje de sus escritos, observaba la existencia de *planos de racionalidad* diversos en las sociedades modernas, postulando que en cada uno la acción necesita sujetarse a procesos de racionalización distintivos.

Así, distinguía un primer plano o forma de racionalidad consistente en la pura disposición o capacidad de conducirse frente a las cosas y situaciones ateniéndose a sus características objetivas. Llamaremos a éste el plano de la *racionalidad pragmática propia de la vida cotidiana*, que opera sobre la base de rutinas, en medio de un mundo normalizado y objetivado para efectos prácticos de conducción de los propios comportamientos.

Luego constataba Medina la existencia de una racionalidad propia de un «mundo de vida» hecho de significaciones, creencias y valores, la cual tenía que ver con el sentido y orientación de la vida en contextos que exigen ser interpretados. En realidad, este plano de actuación sólo es distinguible del anterior en la medida que supone ya no una actitud objetivante hacia el entorno inmediato sino una actitud ajustada a normas, para recuperar la terminología habermasiana del primer capítulo. Estamos aquí, pues, frente a un tipo de racionalidad que puede llamarse propiamente comunicativa, en la medida que supone la interacción referida a un mundo social y se realiza en una actitud intersubjetiva. Podría sostenerse que ambas racionalidades complementarias —la pragmático-cotidiana y la comunicativa— forman algo así como el entramado de la vida social que se produce y reproduce a sí misma en cuanto mundo simbólico preestructurado. El primer tipo de racionalidad (pragmático-cotidiana) se corporiza en ese sistema cultural que puede llamarse, siguiendo a Geertz, el «sentido común», con sus características propias de practicalidad, simplicidad o literalidad, «inmetodi-

calidad» y accesibilidad¹⁰². El segundo tipo de racionalidad (comunicativa) supone, en cambio, el uso del lenguaje ordinario para fundar acuerdos en torno a la validez de los enunciados de ese lenguaje. «La acción comunicativa es un proceso de comprensión, entendimiento y acuerdo con consecuencias directas para la acción social. En esto consiste su racionalidad»¹⁰³. Ambas racionalidades, en su conjunto, configuran la constelación práctica de la vida regida por la doble racionalidad del conocimiento cotidiano objetivante y del conocimiento hermenéutico (o comunicativo) que es propio de la competencia de todo participante social despierto o atento. En otras palabras, tanto el objetivismo propio de la vida cotidiana como el *verstehen* aplicado a las interacciones sociales microscópicas constituyen, a este nivel, una característica fundante de la sociedad humana, la que es continuamente producida y reproducida por sus miembros. Por eso mismo, esa doble racionalidad y los conocimientos que ellas movilizan, están continuamente presentes en *todas* las acciones humanas, incluyendo las propias de la vida pública y las de la esfera del trabajo. Por eso mismo, como veremos más adelante, *todo proceso de apropiación y de utilización de conocimientos producidos por las ciencias sociales es «filtrado» o «negociado» a partir de una matriz de conocimientos depositados en el sentido común y dentro de un contexto de interacciones regidas por la racionalidad comunicativa.*

En tercer lugar, Medina Echavarría hablaba de una «racionalidad instrumental», que procede con arreglo a fines de acuerdo a condiciones y circunstancias objetivas. Podemos reservar para este tipo de racionalidad, a fin de distinguirla de la racionalidad pragmática elemental, su connotación habermasiana, como la racionalidad propia del mundo del trabajo, que opera en función de fines y se halla sujeta al uso eficaz de medios. Mientras la acción de finalidad es racionalizada en dirección de la predicción y el control, la otra, la racionalidad pragmática elemental, lo es en cambio en dirección del aprendizaje cotidiano mediante experiencias que van incorporando un «conocimiento tácito» de carácter «práctico» y no metódico.

102. Ver Geertz, Clifford, *Local Knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology*, Basic Books, New York, 1983, cap. 4.

103. Hoyos Vásquez, Guillermo, *op. cit.*, p. 86.

Pero existe también la posibilidad de una acción racional por finalidad en la esfera de las interacciones comunicativamente estructuradas, caso en el cual hablamos de *acción estratégica*, orientada a influir en otros para la obtención de los fines de quienes orientan o realizan la acción. De hecho, se sostiene que con la expansión incesante de la racionalidad instrumental, ésta penetra en todos los campos de la actividad humana, incluso —como muestra Goffman— en la autorrepresentación o expresión dramática de sí mismo y en las interacciones situadas, donde los sujetos buscan no sólo conseguir un acuerdo intersubjetivo orientado por la búsqueda de un entendimiento racional sino, constantemente, controlar las definiciones situacionales y obtener un potencial provecho del otro.¹⁰⁴

Por último, Medina observa la existencia de un plano de racionalidad que es propio de las empresas (genéricamente definidas) que poseen como objeto una actividad ya racionalizada por sí misma, como la ciencia, la actividad militar, la instrumentación burocrática de decisiones o la producción económica. Se trata, en este último caso, de una *racionalidad de las organizaciones* (racionales) que, para complicar el cuadro, supone —por las interacciones que ella organiza— el despliegue de una conciencia hermenéutica. Pues, como señala Habermas refiriéndose en su caso a la empresa de las ciencias naturales, dicha conciencia hermenéutica las afecta a ellas por igual. «La legitimación de las decisiones que dirigen la elección de las estrategias de investigación, la construcción de teorías y los métodos para probarlas y que, por tanto, determinan el «progreso de las ciencias», depende de las discusiones en el interior de la comunidad científica. (...) Una hermenéutica filosófica puede demostrar por qué en este nivel teórico es posible llegar a un consenso motivado racionalmente, pero no a un consenso perentorio»¹⁰⁵. Lo anterior, que calza bien con el tipo de discusión que Mery Hesse y Thomas Kuhn, entre otros, han realizado sobre la construcción

104. En realidad no es este un punto que pueda discutirse más largamente aquí, pero es dudoso que la acción estratégica sea meramente una consecuencia de una expansión incesante de la racionalidad instrumental que desbordaría su propia esfera de operación. Podría suponerse, en cambio, que toda acción comunicativa está orientada, independientemente de otros intereses, por intereses estratégicos inmanentes, que consisten en llegar a un entendimiento racional *en términos de las posiciones ocupadas situacionalmente por los hablantes*.

105. E. Bleicher, J., *Contemporary Hermeneutics. Hermeneutics as a Method, Philosophy and Critique*, Boston y Henley, Londres, 1980, pp. 186-87.

de teorías en el caso de las ciencias naturales, ha sido además largamente elaborado por la moderna sociología de las organizaciones, cuya racionalidad, según ha podido mostrarse, es en el mejor caso parcial y se halla sujeta a un alto grado de ambigüedad interactivamente negociada.¹⁰⁶

Tenemos entonces, tentativamente, un cuadro de varios planos de racionalidad que abarca (i) la *racionalidad pragmática elemental* de la vida cotidiana, (ii) la *racionalidad hermenéutica o comunicativa* propia de la participación en mundos-de-vida normativamente construidos y requeridos de interpretación para su funcionamiento («con sentido»), (iii) la *racionalidad instrumental* de fines, y (iv) la *racionalidad propia de las organizaciones* (que operan sobre la base de actividades de por sí racionalizadas). A estos planos hemos agregado (v) la *racionalidad estratégica* (instrumental) que acompaña y se entrelaza con la racionalidad comunicativa, allí donde esta opera, y hemos supuesto la existencia (vi) de una *racionalidad (comunicativo-instrumental) que rige la acción dramática*, mediante la cual se busca expresar públicamente la propia subjetividad y las vivencias de los participantes sociales.

Nuestro argumento ha sido hasta aquí que en todos esos varios planos los sujetos participantes ponen en juego una base de conocimientos locales acumulados, los cuales se desarrollan, a la vez, de acuerdo a patrones de racionalización específicos. Así, la doble racionalidad de la vida cotidiana encuentra sus respectivos *stocks* de conocimientos locales en (i) aquellos que proporcionan la maestría del mundo de objetos (materiales y simbólicos) inmediatos del entorno, hasta alcanzar las destrezas «objetivantes» que permiten manejar ciertas técnicas, incluso complejas, basadas en el empleo de conocimientos tácitos adquiridos por la experiencia del practicante que se vuelve diestro; y (ii) aquellos que tornan al sujeto en un participante social competente, por el camino de la adquisición de las necesarias competencias de interacción y participación en un mundo social regido por rutinas, normas, creencias y valores.

Se trata pues, en un caso, de los conocimientos depositados en el sistema cultural del sentido común y, en el otro, del conocimiento

106. Ver el texto clásico sobre este tópico en Simon, Herbert, *Administrative Behavior*, Third Edition, The Free Press, 1976 y, además, March, James and Olsen, Johan, *Ambiguity and Choice in Organizations*, op. cit.

adquirido a través de los procesos de socialización y entrenamiento social elaborados a través del lenguaje ordinario que genera el entendimiento de normas y de las expectativas de comportamiento asociadas a ellas. Este último tipo de competencias adquiridas posibilitan, asimismo, la acción estratégica dirigida al control del otro en situaciones de interacción y la acción dramática en torno a la construcción y representación de la propia identidad.

La racionalidad instrumental o de finalidad, distinta de la acción pragmática elemental o cotidiana y de la acción estratégica, está regida por reglas técnicas basadas en el conocimiento empírico. Implica, por tanto, conocimientos de otro tipo, provistos por las ciencias analítico-experimentales, que hacen posible la predicción y el control del entorno por medio del desarrollo de estrategias (instrumentales) eficaces.¹⁰⁷

Por último, la racionalidad propia de las organizaciones, apoyándose en las anteriores, genera su propio tipo de racionalización que se logra por la vía de la diferenciación funcional en la incorporación (y aprendizaje) de los conocimientos requeridos organizacionalmente en cada caso, tratése de burocracias, empresas científicas, de la organización militar, de la organización política, etc.

En cada plano de racionalidad identificado existe, entonces, un universo de conocimientos locales, específicos a ese plano (y subsector del mismo), hallándose sujeta la incorporación de nuevos conocimientos, esta vez provenientes de la investigación social, a una *negociación* especial. Esto es, a un proceso de apropiación y de uso conforme a las propias reglas de racionalidad que imperan en ese plano y mediado por dicho *stock* local acumulado de conocimientos, el que opera como filtro y como matriz de recepción para los conocimientos que provienen desde el lado de la investigación social.

En suma, nos encontramos con que la transmisión o circulación de conocimientos producidos por la investigación social, condición de posibilidad para su utilización (apropiación o incorporación), transcurre por canales o circuitos que están ellos mismos saturados de conocimientos, y que se hallan distribuidos socialmente a lo largo de una

107. No cabe duda que las ciencias naturales (y ciertas versiones de las ciencias sociales) ofrecen también conocimientos especializados que sirven de base para el desarrollo de acciones estratégicas (comunicativas) de control de los otros, conocimientos que pueden incluso materializarse en ciertas técnicas de acción y tecnologías materiales para la manipulación de los mundos simbólicos.

variedad de planos de racionalidad. El uso propiamente tal de los conocimientos surgidos de la investigación, como veremos a continuación, supone por lo mismo una transacción de conocimientos, y no es nunca la mera *aplicación* de un conocimiento, a la manera de una operación mecánica. Más bien, el uso y la aplicación de conocimientos suponen una apropiación hermenéutica, interpretativa, realizada desde una base preestructurada de conocimientos locales, dentro de un entrecruzamiento de racionalidades que pugnan, cada una, por imponer sus exigencias sobre los propios participantes sociales .

El uso o la utilización del conocimiento

Podemos imaginar el proceso de utilización de conocimientos como un proceso organizado en función de diversos «campos de uso», regido cada uno por su propia forma de racionalidad predominante y provisto cada uno de su propio *stock* local de conocimientos preestructurados.

Adaptando la distinción de varios planos formulada más arriba a las necesidades de distinguir ahora entre campos funcionales de uso, podemos identificar: (i) un campo de uso cotidiano y (ii) un campo de uso organizacional. Veremos luego que existe un tercer campo, de denominación ambigua, que opera en el entrecruzamiento entre los dos campos de uso anteriores.

a) El *campo de uso cotidiano* incorpora conocimientos provenientes de la investigación social a partir del «sentido común» de los actores y de sus competencias comunicativas propias, con fines de manejo del medio (pragmatismo elemental); de la lenta transformación del sentido común; del esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción y de la construcción social de la realidad; de acciones estratégicas (comunicativo-instrumentales) y de la construcción y representación de identidades intersubjetivamente elaboradas.

Quienes en estos casos hacen uso del conocimiento proveniente de la investigación operan como *participantes sociales competentes*; es decir, sobre la base del *stock* de conocimientos y competencias depositados en el sentido común y de aquellos adquiridos por medio de procesos de socialización y aprendizaje social. El proceso de transmisión y apropiación del conocimiento producido por la investigación

presupone en este caso, por lo mismo, su incorporación o «traducción» al lenguaje ordinario de todos los días, que es precisamente aquel en que se manifiesta el sentido común y en que se realizan las interacciones propias del mundo de vida cotidiano.

Frecuentemente las ciencias sociales se presentan como una crítica del sentido común, precisamente porque los conocimientos supuestos por dicho sistema cultural carecen de la teoriedad y metodicidad que los conocimientos científico-sociales reclaman para sí. De allí que suelen presentarse «resistencias locales», ejercidas por el sentido común, respecto a los conocimientos producidos y transmitidos por las ciencias sociales. Digamos así: existe una ciencia «natural» de la sociedad que está contenida en el sentido común y que comanda el grado de autoridad (pragmática) que ese sentido común posee para la construcción significativa de la realidad social.

A propósito de esto resulta interesante introducir la distinción de A. Giddens entre «conciencia práctica como almacenamiento tácito del conocimiento de que los actores echan mano para la constitución de la actividad social, y (...) la «conciencia discursiva», que comprende el conocimiento que los actores son capaces de expresar en el discurso».¹⁰⁸

La operación de apropiación de nuevos conocimientos surgidos de la investigación social dentro de este campo de uso supone, precisamente, esa «conciencia discursiva». O sea, ella debe ser realizada argumentativamente (y la autoridad de los conocimientos demostrada racionalmente o negociada estratégicamente) dentro de un proceso discursivo de comunicación. (De ahí, asimismo, la potencialidad que existe en el caso de las ciencias sociales de presentar persuasivamente los argumentos, como sugiere M. Hesse).

Según dijimos, la incorporación de conocimientos a este nivel (o sea, en este campo) puede tener una variedad de fines típicos: expandir el manejo objetivante del medio (pragmatismo elemental); la transformación del sentido común; el esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción y de la construcción social de la realidad; el desarrollo de acciones estratégicas (comunicativo-instrumentales), y la construcción y representación de identidades.

Lo que llamamos «esclarecimiento interpretativo de las situaciones de interacción» tiene que ver, indirectamente, con la función crítica

108. Giddens, Anthony, *Central Problems in Social Theory...* op. cit., p. 5.

y emancipadora que Habermas suele atribuir (como necesidad o ideal) a la teoría social. Se trataría, en breve, de volver más complejo ese plano de la autocomprensión de los actores sociales, dotándolos del conocimiento que permite argumentar la validez de las normas y clarificar la estructura de posiciones que distorsionan las relaciones intersubjetivas. Pero, como hemos mostrado, ese conocimiento puede ser usado, asimismo, para el desarrollo de acciones estratégicas en el plano de la interacción social y para una expresión distorsionada y estratégicamente calculada de la subjetividad de los sujetos. Puede ser ocupado, asimismo, para confirmar pre-juicios y valoraciones infundadas del sentido común, como que los blancos son más inteligentes que los negros y los pobres más flojos que los ricos, etc.

En breve, la teoría social—independientemente de si acaso podría construirse exclusivamente desde el ángulo de intereses críticos y emancipatorios o no— en cualquier caso podrá ser utilizada, en el campo de uso cotidiano, a partir de diversos valores-de-uso, que pueden ser emancipatorios o, por el contrario, de dominación y control de los otros.

La construcción de identidades sociales supone la existencia de un conocimiento adquirido en la experiencia del grupo pero admite, teóricamente, ser «esclarecida» y «enriquecida» o «distorsionada» y «manipulada» por conocimientos provistos desde fuera de la conciencia práctica del grupo, por la investigación social. (Así, por ejemplo, puede pensarse que la identidad propia de grupos «desviados» depende, en alguna medida, de las elaboraciones-de-conocimiento provistas por las ciencias sociales, que racionalizan esas identidades en términos de «etiquetas» (*labels*) y de explicaciones que retroalimentan la capacidad de autocomprensión de esos mismos grupos y la elaboración de su propia identidad).

La provisión, a este nivel, de un conocimiento que posibilite acciones estratégicas fundadas racionalmente supone que las interacciones y situaciones cotidianas tienen componentes estratégico-instrumentales múltiples (como muestra bien la sociología de Goffman). Estos componentes admiten, justamente, ser racionalizados por la introducción de conocimientos que podemos llamar instrumentales en sentido blando; o sea, no asociados directa e íntimamente a la esfera del trabajo. Aunque podría pensarse, también, que existe un «trabajo» de las relaciones interpersonales sobre el cual actúa dicho conocimiento, como ocurre con las escuelas de las *human relations* y, crecientemente,

con la producción de específicas tecnologías de la interacción comunicativa de los individuos para efectos de un mercado del aprendizaje simbólico y de las terapias de la asertividad y el control de las acciones comunicativas.

b) El campo de uso que hemos llamado «organizacional», supone la preestructuración de ese campo en torno a actividades (organizadas) que son de suyo racionales por finalidad y que buscan, declaradamente, usar conocimientos funcionales para la obtención de esa finalidad.

Aquí necesitamos distinguir gruesamente, en el caso de cada organización (en el sentido de empresa racional), entre los conocimientos propiamente organizacionales, que dan lugar al aprendizaje organizacional; y los conocimientos relativos a la función-finalidad de la organización. Ambos conjuntos son matrices posibles de uso de conocimientos producidos por la investigación social.

El primer tipo supone la posibilidad de una *racionalización organizacional*, por la vía del uso de conocimientos que racionalizan (comunicativamente) interacciones organizacionales o que racionalizan (estratégico-instrumentalmente) relaciones y actividades propiamente organizacionales. El segundo tipo supone la posibilidad de una *racionalización de las funciones* (racionales) que desempeña la empresa, mediante la aplicación de conocimientos que mejoran las capacidades productivas de esa función y, por tanto, sus *inputs* y *outputs*, trátase en este último caso de bienes materiales (como en el caso de una empresa industrial) o simbólicos (como en el caso de un establecimiento educativo, una Iglesia o un centro de investigación).

El hecho de que la organización y sus funciones se encuentren preestructuradas en términos de *stocks* de conocimientos racionalizados posibilita y exige, en este caso, que los procesos de utilización del conocimiento deban hacerse en lenguajes o mediante procedimientos comunicativos especializados, dando lugar a estructuras más complejas (o artificiales) de utilización del conocimiento producido por la investigación social.¹⁰⁹

109. Aun así, existe también un plano de racionalidad en las organizaciones que se rige estrictamente por el conocimiento que hemos llamado «cotidiano», en la doble dimensión del sistema de sentido común y del sistema de interacciones simbólicas reguladas comunicativamente.

Desde el punto de vista del uso de conocimientos producidos por la investigación social, las organizaciones que preferentemente interesan son aquellas que intervienen más decisivamente en la producción y reproducción de la sociedad. O sea, organizaciones en la esfera de la producción material y de servicios (empresas); organizaciones en la esfera de la producción y aplicación de decisiones (política y burocracia); organizaciones en la esfera de la producción y reproducción simbólica (educación, información y medios de transmisión simbólica); organizaciones en la esfera del control y uso de la violencia (aparato militar y de seguridad); y organizaciones en la esfera de la producción de conocimientos (ciencia y desarrollo).

De acuerdo con el esquema de Dreitzel citado por Medina Echavarría (ver nota N° 67), los procesos de racionalización involucrados en cada caso tendrían que ver, (i) con la racionalidad de fines y la economía de las funciones (y esto no vale solamente para las empresas industriales) y (ii) con la racionalidad de las decisiones (política) y de los procedimientos (burocracia). Podría argumentarse, sin embargo, que la racionalidad de la política no se encuentra restringida al ámbito decisionista sino que considera, además, una racionalidad de fines sustantivos en orden a la legitimidad de las decisiones.

En todos los casos podemos suponer, en cambio, que está en juego la específica *racionalidad del aprendizaje organizacional* y que se pone en juego la diversidad de formas posibles de *racionalización de las funciones específicas* de cada organización. Veamos ambos aspectos, partiendo por ilustrar el último.

Por ejemplo, la racionalización de las *funciones simbólicas* (en el caso de ese tipo de organizaciones) tiene que ver con la clasificación y el enmarcamiento (*classification and framing*) de los contenidos culturales transmitidos; la racionalización de las *funciones de producción del conocimiento científico* con las «acumulaciones» y «comprensiones», respectivamente, en los casos de las ciencias naturales y sociales, cada una provista de sus propias metas-de-valor que especifican lo que ha de entenderse por «acumulación» (de acuerdo al criterio pragmático) y por «comprensión» (de acuerdo al criterio antes enunciado de expandir las capacidades de intervención de la sociedad sobre sí misma). La racionalización de las *funciones de violencia*, por último, ocurre por el camino de su monopolización legítima por el Estado y su uso por funcionarios en las ocasiones reguladas por procedimientos legal-burocráticos.

En todos los casos cabe hablar, además, de una específica «racionalidad organizacional», entendida aquí no a la manera de la teoría organizacional como racionalización de los procesos de decisión, sino como racionalización de los procesos constitutivos de la organización (aprendizaje organizacional) al servicio de un incremento de la racionalidad propia de los funciones de ésta.

c) Decíamos hace un momento que cabe explorar un tercer *campo de uso* de los conocimientos producidos por la investigación social, de denominación ambigua, donde se entrecruzan segmentos de los campos de uso cotidiano y organizacional. En este tercer campo situaremos tentativamente: (i) a la opinión pública como estructura de uso que preexiste a los medios de transmisión y a la política pero que, en parte, es también producto de su operación; (ii) los movimientos sociales, que surgen del entrecruzamiento (para nuestros efectos de identificación de campos y subcampos de uso) entre experiencias cotidianas colectivas y metas de acción político-culturales.

Se trata, en ambos casos, de algo menos que de organizaciones centrales de la sociedad (vistas las cosas desde el lado de sus capacidades de producción y reproducción de la sociedad) y de algo más que los sueltos y evanescentes grupos que se congregan y desaparecen durante el tráfico cotidiano en el seno de las situaciones menos estructuradas (o menos institucionalizadas) de interacción.

Se trata, en seguida, de instancias que suponen el uso de *stocks* mixtos de conocimientos, parcialmente tomados de la matriz del sentido común (pero de maneras sistemáticas) y parcialmente provenientes de la propia esfera cuasi-organizacional en que estas instancias existen, sin que podamos identificar en este último caso, en sentido fuerte, un tipo de racionalidad inherente a la instancia (ni por su organización ni por sus funciones). De hecho, estas instancias cuasi-organizacionales (a diferencia de las organizaciones de que hablábamos antes) no suponen la existencia de una actividad previamente racionalizada, aunque sí racionalizable (en el sentido que pueden serlo los elementos de la vida cotidiana y las acciones comunicativas envueltas en ella).

Se trata por último, en el caso de estas dos instancias, de cuasi-organizaciones altamente heterogéneas, como lo es la opinión pública (que en parte aparece como el producto de los mismos medios que la expresan, estudian o miden), y como son los diversos movimientos

sociales que pueden operar como estructuras de utilización de conocimientos.

En conclusión, podemos afirmar que el uso de conocimientos producidos por la investigación social, miradas las cosas desde el punto de vista de lo que venimos llamando una naciente tradición postpositiva, aparece como una materia altamente compleja, desprovista ya de la inicial ingenuidad del *social engineering* «a la Hauser», a la vez que mucho más desagregada y multifacética que la concepción, ella misma altamente compleja, de la planeación democrática elaborada por Medina Echavarría.

Nos encontramos, ahora, frente a un mundo compuesto por una diversidad de campos de uso que pueden ser deductivamente identificados a partir de una concepción de la racionalización no-selectiva inscrita como posibilidad en la propia estructura de la modernidad. Dichos campos, diferenciados en su interior a la manera de sistemas de uso, necesitan ser empíricamente estudiados a partir de las diversas prácticas de utilización de conocimientos que ocurren en ellos, y de las maneras en que inciden, en cada uno de esos sistemas, las diversas racionalidades que rigen la acción social.

La variedad y complejidad de esos campos de uso, que como vimos, abarcan simultáneamente la microorganización de la vida cotidiana, la producción y reproducción organizada de la sociedad y las instancias que surgen del entrecruzamiento entre el mundo de vida cotidiano y la producción organizada, se corresponden con la variedad y complejidad de la propia producción de conocimientos provistos por las ciencias sociales. Estas, en efecto, se organizan bajo una diversidad de empresas disciplinarias, cada una de las cuales incluye una diversidad de «escuelas» o «subcomunidades» que resultan, a la postre, en sistema de investigación regidos por metavalores de uso y por tradiciones conceptuales que evolucionan a lo largo del tiempo.

Además, la utilización de conocimientos producidos por la investigación social —vista desde esta perspectiva— aparece como un proceso que se funda en conocimientos socialmente distribuidos, funcionalmente diferenciados e interpretativamente preestructurados en los diversos campos de uso. De donde se sigue que cualquier procedimiento (o dispositivo) de uso de esos conocimientos producidos por la investigación social presupone una específica hermenéutica apropiatoria. Un trabajo de «incorporación» y de «aplicación» que se hace, por tanto, dentro de las restricciones provistas por las estructuras

de cada campo, por el juego de las racionalidades que operan en él y aquellas que son immanentes al propio conocimiento que se pretende incorporar y utilizar.

4. Conclusión: Los modos de utilización del conocimiento

Ustedes preguntarán, por último: si todo esto es así, ¿qué (entonces) de realmente positivo aporta la ciencia para la vida práctica y personal?

Max Weber, *Politik als Beruf, Wissenschaft als Beruf*

Para concluir, contrastaremos algunos de los descubrimientos surgidos de la investigación empírica sobre la utilización de la investigación social con el *marco de análisis* formulado en la última sección, lo que nos ayudará a desarrollar algunas de sus implicaciones conceptuales y analíticas.

Al efecto consideraremos dos trabajos de Carol H. Weiss,¹¹⁰ referidos a la utilización de conocimientos en contextos de formulación de políticas, puesto que sus aportes son considerados habitualmente como uno de los pilares de la naciente sociología de la aplicación del conocimiento¹¹¹. Y, lo que es más interesante desde nuestra perspectiva, ellos se ubican precisamente en el umbral entre la tradición positiva y sus posteriores desarrollos que hemos llamado postpositivistas, pero sin cruzarlo. Lo anterior permite abordar, a nuestro juicio, las limitaciones de su visión y, por contraste, señala las tareas pendientes de construcción teórica y de análisis empírico para la nueva tradición postpositivista.

Partiendo de la constatación empírica de que el uso de las ciencias sociales en la esfera de la política pública es un fenómeno «extraordinariamente complejo», C. Weiss propone seis diferentes *modelos de uso* del conocimiento producido por la investigación social, asociando cada

110. Véase Weiss, Carol. «The many meanings of research utilization» en Bulmer, Martin. *Social Science and Social Policy*. Allen & Unwin, London, 1986 y Weiss Carol, With Bucuvalas, Michael, *Social Science Research and Decision-Making*. Columbia University Press, 1980, caps. 2 y 14.

111. Véase lo dicho, por ejemplo, por Barber, Bernard. *Effective Social Science*. Russell Sage Foundation, New York, 19... , pp. 5-8.

uno de ellos a un diferente sentido o significado atribuido a la noción de «utilización».

El primero de esos modelos, *the knowledge-driven model*, está calcado de la «cadena de descubrimiento» que se ha postulado para el caso de las ciencias naturales y que lleva desde un descubrimiento científico hasta su aplicación tecnológica a la resolución de problemas¹¹². En términos de Weiss, este modelo supone la siguiente secuencia de eventos:

investigación básica—→ investigación aplicada—→ desarrollo —→ aplicación
--

Vale decir, la mera acumulación de conocimientos generados (dentro de la tradición de las ciencias empírico-analíticas) «presiona» hacia su desarrollo y aplicación. De allí que se diga que este modelo resulta guiado por el conocimiento. Weiss reconoce que este modelo ha sido el predominante dentro de la tradición y la literatura sobre la utilización de las ciencias sociales. Pero, argumenta en contra, que sólo podrían encontrarse escasos ejemplos de verificación de este modelo, lo cual atribuye a varias razones. Una es que el conocimiento producido por las ciencias sociales no es semejantemente autoritativo y exigente como para conducir inevitablemente hacia su implementación¹¹³. Además, sostiene, dicho conocimiento no se presta para ser convertido fácilmente en tecnologías replicables, sean materiales o sociales. Y, tercero, salvo que se reúna un conjunto de condiciones difíciles de congregar, los cuerpos formuladores de políticas no serán habitualmente receptivos hacia los resultados de la investigación social.

En breve, este modelo debería ser rehusado según Weiss tanto porque el conocimiento producido es de una «calidad» distinta del conocimiento provisto por las ciencias naturales, cuanto porque los mecanismos de circulación del conocimiento (el *linkage system* entre productores y usuarios) presenta una serie de desfases, déficits y cortocircuitos, y porque las estructuras de recepción (los *decision-*

112. Para un análisis de la «cadena de descubrimiento» ver Ziman, John, *Introducción al estudio de las ciencias*, op. cit., cap. 1.

113. En realidad, como hemos visto ya, el problema no reside allí sino en la propia naturaleza de esta empresa de investigación, que no genera un *criterio pragmático* basado en la acumulación de predicciones exitosas ni puede generar un criterio similar de acumulación de intervenciones-de-uso crecientemente exitosas, adecuadas, correctas o válidas.

makers, en este caso) presentan características peculiarísimas que vuelven extremadamente complejo (e inusual) este tipo de utilización.¹¹⁴

Como se ve, estamos lejos aquí de la ingenuidad del *social engineering* de los '50, con su optimismo fundado en una traslación más o menos mecánica del modelo de aplicación de las ciencias naturales al dominio de las ciencias sociales.

El segundo modelo que analiza Weiss, el *problem-solving model*, constituye una especie de versión más refinada y acotada de la ingeniería social norteamericana. Supone la aplicación directa de los resultados de una investigación específica a una decisión pendiente. La expectativa, en este caso, es que la investigación proporciona evidencia empírica y conclusiones que sirven para resolver un problema. Se trata pues, como bien observa Weiss, de un modelo lineal al igual que el anterior, sólo que en este caso la *decisión* conduce el conocimiento.

El tipo de conocimiento que la investigación social puede aportar a los procesos de decisión es, según este modelo, extraordinariamente variado; abarcando aspectos cualitativos y de proceso, descripciones cuantitativas, construcción de indicadores, relaciones estadísticas o más generales entre factores, etc.¹¹⁵ En todo caso, se supone que se trata de evidencias empíricamente fundadas que llenan un vacío de información o conocimiento, clarifican una situación a la mano y reducen consiguientemente la incertidumbre en que debe tomarse una decisión.

La investigación en cuestión puede preexistir al *policy-problem* y será seleccionada, en tal caso, sobre la base de esa necesidad, usualmente a través de bancos de datos o redes de información. O bien puede ser directamente comisionada para llenar el vacío detectado en el transcurso del proceso de decisión, caso este último en que se estima que el conocimiento producido podría ser utilizado más fácilmente, con mayor impacto y direccionalidad.

Según Weiss, las expectativas generadas por este modelo sobrepasan con mucho su efectividad empíricamente constatada. Sólo ocasionalmente ciertos estudios llegan a tener una incidencia directa sobre decisiones pendientes. Ello ocurre habitualmente, agrega, en el caso de decisiones de nivel menor y frente a problemas fuertemente acotados.

114. Sobre todo esto véase Weiss, Carol, *Social Science Research*... op. cit., pp. 16-23.

115. Véase sobre esto Lindblom, Charles y Cohen, David, *Usable Knowledge*. Yale University Press, 1979.

Otra vez, el argumento es que para que pudiera darse esa aplicación de conocimientos a decisiones se requeriría un conjunto extraordinario y concatenado de circunstancias, que es difícil que concurren en la práctica: «una situación de decisión bien definida, un conjunto de actores de políticas que tengan responsabilidad y jurisdicción para hacer la decisión, un problema o asunto cuya resolución dependa en cierta medida al menos de mayor información, identificación de la necesidad de información, investigación que provea esa información en términos que calcen con las circunstancias dentro de las cuales la decisión será hecha, resultados de investigación que sean definidos, no-ambiguos, sólidamente fundados y poderosos, que lleguen oportunamente a los decisores que trabajan sobre el problema en cuestión, que sean comprensibles y comprendidos, y que no entren en conflicto con intereses políticos fuertes».¹¹⁶

Dado que estas circunstancias difícilmente podrán cumplirse, concluye Weiss que sería razonable esperar que este modelo tenga escasa aplicación empírica, a pesar de ser vastamente sostenido en el terreno de la «imáginería» sobre la utilización de conocimientos.

El tercer modelo, que Weiss llama «modelo interactivo», supone que el conocimiento producido por la investigación social se incorpora a las «arenas de decisión» mediante procesos interactivos de búsqueda de conocimientos, en competencia o complementariamente con el conocimiento provisto por otros actores: administradores, políticos, planificadores, profesionales, clientes, periodistas, grupos de interés, amigos, asistentes, etc. No estamos aquí pues frente a un modelo lineal sino a uno que supone un conjunto relativamente desordenado (no sistemático) de interacciones y de «idas y venidas» de la información y los conocimientos concurrentes, que eventualmente contribuyen como *inputs* a la decisión. En este caso, por tanto, el uso de la investigación es sólo una parte de un proceso más complejo que utiliza, además, la experiencia, la presión, la intuición política, tecnologías sociales y juicios evaluativos de diverso tipo.

Lo que Weiss describe a propósito del modelo interactivo, nos recuerda lo que antes nosotros mismos hemos analizado como la utilización de conocimientos en mundos saturados de conocimiento, imbricados a la vez por el interjuego de diversas racionalidades. Y nos

116. Weiss, Carol, *The many meanings...* op. cit., pp. 34-35.

recuerda, asimismo, lo que ya apuntábamos en su momento: que incluso en organizaciones que suponen su propia racionalidad (organizacional y de las funciones), incluso allí nos encontramos con la ineludible necesidad de procesos interactivos, de carácter hermenéutico y estratégico, que conducen a construir socialmente la realidad (o las decisiones) y a negociar el significado de lo que se está haciendo cuando se hacen decisiones.

El cuarto modelo propuesto por Weiss recibe el nombre de «modelo político» y constituye, en verdad, sólo una variante de aplicación del conocimiento que se pone al servicio de la justificación de decisiones a las cuales se ha arribado por otros compromisos o en defensa de intereses no fundados en el conocimiento. El argumento de Weiss es que el uso de la investigación social para apoyar ciertas posiciones predeterminadas sigue siendo, sin embargo, una manera de utilización, por espúrea que pudiera aparecer. Se trataría, por tanto, de un uso puramente instrumental del conocimiento que se pone así al servicio de una posición, reforzándola en función de decisiones que se trata de justificar. Dentro de nuestra propia conceptualización presentada anteriormente, tal uso no necesitaría tratarse negativamente. En efecto, él refleja que en situaciones de decisión entran en juego diversas racionalidades, una de las cuales supone la movilización de acciones estratégicas (comunicativas) a cuyo servicio, por ejemplo, convendrá en ciertas oportunidades poner los conocimientos recibidos de la investigación social.

Semejante al anterior es el «modelo táctico» de utilización del conocimiento a que se refiere C. Weiss. En este caso ni siquiera se recurriría a la sustancia de los resultados para apoyar una posición ya adoptada sino meramente a la legitimidad asociada con la investigación y con los conocimientos que ella produce, en orden a obtener, cambiar o evitar una decisión. Así, por ejemplo, se usará tácticamente el hecho de haber encargado una investigación, o de contar con resultados producidos por investigaciones, o de estar asociado a investigadores reputados, con el exclusivo propósito de maniobrar en la «arena de decisiones» y de ganar ventajas posicionales. Cabría hacer aquí el mismo comentario que hicimos en relación al tono negativo empleado por C. Weiss para describir el modelo anterior.

A su sexto modelo C. Weiss lo llama de «esclarecimiento o ilustración» (*enlightenment model*), indicando que tal vez sea el más frecuentemente empleado para incorporar la investigación social a la

«arena política». En este caso no estaríamos frente al impacto causado por un estudio determinado, ni siquiera por un conjunto de estudios relacionados entre sí. Más bien, son los conceptos y las perspectivas teóricas que han sido generados por la investigación social los que en este caso permean el proceso de decisión. El supuesto subyacente a este modelo es que las generalizaciones y orientaciones producidas por la investigación social circulan entre los públicos informados llegando a moldear la manera en que la gente piensa sobre los problemas sociales. Los resultados y las generalizaciones producidos por la investigación se distribuyen así a través de una variedad de canales de comunicación — revistas especializadas, libros, los medios de comunicación, conversaciones con colegas— a lo largo del tiempo, dotando a los decisores con maneras de dar sentido al complejo mundo en que deben operar y decidir. Así, por ejemplo, la investigación social podría sensibilizar a los decisores hacia nuevos problemas o asuntos, o cambiar drásticamente la manera en que ellos definen los problemas, o convertir a algunos de éstos en no-problemas, o identificar qué aspectos de un problema son abordables. Puede asimismo ayudar a cambiar los parámetros dentro de los cuales se buscan las soluciones. En el largo plazo, junto con otras influencias, el conocimiento provisto por la investigación social contribuirá a redefinir la agenda política.

C. Weiss sugiere que es probablemente esta última la modalidad que más comúnmente adopta la incorporación de la investigación social dentro de la «arena política» y en las situaciones de decisión. A la vez, llama la atención hacia el «efecto-confortable» que podría asociarse a este modelo. Pues él parece prometer que, sin mayor esfuerzo, la verdad triunfará. Sin embargo, argumenta Weiss, el proceso de esclarecimiento postulado posee su propio conjunto de limitaciones. (i) Dispensa tanto generalizaciones válidas como inválidas. (ii) Algunas de las comprensiones provistas por la investigación social que adquirirán valor de moneda corriente pueden ser, justamente, aquellas más simplistas, inadecuadas o erróneas. (iii) No existen en este modelo procedimientos adecuados para descartar lo que pueda ser considerado conocimiento obsoleto o confuso. (iv) Es un medio ineficiente para alcanzar a las audiencias de los decisores; los resultados pueden tardar demasiado en llegar o llegar, pero no donde se los necesita. (v) Por último, la acumulación de investigaciones en el caso de las ciencias sociales no lleva a reducir y simplificar los problemas estudiados sino, por el contrario, los torna más complejos. Además, se generan resultados que

son incompatibles o contradictorios entre sí. Así, bajo este modelo, «el efecto puede ser una ampliación y enriquecimiento de nuestra comprensión de las múltiples facetas de la realidad, pero las implicaciones para las políticas son menos simples y claras». Al final, quienes advocan cualquier política podrían encontrar generalizaciones de investigación para apoyar su punto de vista.

Completado el cuadro de los seis «modelos de utilización» podemos ahora retomar globalmente el análisis de Carol Weiss. Gran parte de éste, como se ha visto, tiene fines taxonómicos y pretende ilustrar las dificultades que existirían para un «adecuado» uso de la investigación social por parte de los decisores de políticas sociales.

El marco conceptual subyacente al análisis de Weiss consiste en identificar tres sistemas: el sistema de producción de conocimientos, el sistema de utilización por parte de los decisores y un sistema de conexión o transmisión¹¹⁷. El funcionamiento interrelacionado de ellos daría lugar a una diversidad de modelos aparentemente excluyentes de utilización del conocimiento y explicaría, asimismo, las deficiencias en el uso de dichos conocimientos por parte de los decisores de políticas sociales. Tales deficiencias provienen, las más de las veces, o de una sobrecarga de expectativas asociadas a los modelos (casos de los modelos 1 y 2 más claramente) o, principalmente, de disfunciones (empíricamente constatadas o teóricamente postuladas) en alguno de los tres sistemas o en su interrelación.

El problema mayor con este análisis, desde nuestra propia perspectiva, es que él no trata los *asuntos (teóricos) previos* que se necesita abordar para dar respuesta a las cuestiones empíricas envueltas en la aplicación del conocimiento producido por la investigación social.

Por el lado del *sistema de producción*, C. Weiss no trata la cuestión básica de la naturaleza de los conocimientos producidos, remitiéndose implícitamente a una concepción «positivista» de los mismos, que distingue entre resultados empíricos y generalizaciones teóricas inducidas a partir de ellos. Ya hemos visto que esa concepción no da cuenta de las complejas redefiniciones que están experimentando las ciencias sociales en su esfuerzo para librarse del modelo provisto por las ciencias naturales. El hecho de suponer que los conocimientos producidos por la investigación social sólo se diferencian de aquellos provenientes de la

117. Véase Weiss, Carol, *Social Science Research...*, op. cit., pp. 16.

investigación natural o exacta por un menor grado de «autoritatividad» elude el problema esencial del carácter regido por valores del conocimiento social y de su naturaleza inevitablemente hermenéutica. Por eso mismo, este tipo de conocimiento ingresa siempre como un «texto» a ser comprendido dentro del circuito de los decisores o de los usuarios en general.

En seguida, al referirse al *sistema de usuarios*, Weiss se desplaza imperceptiblemente desde una definición del mismo como «arena de decisores» hacia su generalización como «arena política». Se nota aquí, como en otras partes, la falta de una conceptualización adecuada de las diversas estructuras de uso, las cuales, como hemos visto, cambian de naturaleza según se inscriban en uno u otro de varios campos de uso. Es distinto, por ejemplo, estudiar la utilización de conocimientos en el caso de una organización burocrática que hacerlo en el caso de la «arena política» o a nivel de segmentos de la «opinión pública». El análisis de los usuarios, limitado en el caso de C. Weiss exclusivamente a los *policy-makers*, tampoco incluye un tratamiento sistemático de los *stocks* de conocimientos locales a los que aquellos echan mano en sus interacciones y para sus decisiones. Según vimos, esos *stocks* acumulados constituyen una variable constitutiva de los sistemas de uso (recepción y aplicación) de los conocimientos producidos por la investigación social. De hecho, C. Weiss necesita repetidamente recurrir a la noción de conocimiento local acumulado para poder mostrar el funcionamiento de sus varios «modelos de utilización».

Por último, al analizar lo que llama el *linkage system*, Weiss parece suponer la existencia de un sistema de conexiones relativamente estables entre investigadores y decisores, recayendo con ello de nuevo, implícitamente, en el modelo provisto por la «cadena de descubrimiento» tomado de las ciencias naturales y de las actividades de R & D. Sin embargo, cuando analiza los modelos interactivo y de esclarecimiento debe reintroducir, pero por la puerta falsa, la noción de una multiplicidad de canales de transmisión y, por ende, reconocer que el sistema de comunicación de los conocimientos producidos por la investigación social es más variado y complejo que meramente un *sistema de conexión*, como el que se postula en los dos primeros casos.

De cualquier forma, no alcanza a incluirse, con esa conceptualización, lo que antes mostramos era un componente básico de la transmisión de conocimientos producidos por la investigación social. Cual es, que los propios canales de transmisión son «significa-

tivos», en el sentido que ponen en contacto un «texto» (no necesariamente escrito) y unos usuarios que trabajan hermenéuticamente, o sea, que están comprometidos en un juego de interpretaciones a partir de sus propios *stocks* de conocimientos locales y dentro de estructuras sujetas a diversos tipos de racionalización; todo esto sin contar la presencia de los demás intereses (ideológicos, estratégicos y tácticos) en cuya red se hallan envueltos los utilizadores en cuanto decisores, funcionarios, directivos, empleados, investigadores, participantes sociales, etc.

Estas observaciones críticas no invalidan sin embargo —y a lo mejor ayudan a resituar— algunos de los descubrimientos que proporciona el estudio empírico emprendido por C. Weiss sobre la utilización de la investigación social en instituciones de salud mental.

Uno de esos descubrimientos consistió en determinar los *criterios* que los decisores emplean para describir y juzgar estudios que contienen información o conocimientos provistos por la investigación social. Dichos criterios son:¹¹⁸

- relevancia del estudio en relación a las necesidades de trabajo de los decisores (relevancia)
- calidad técnica, objetividad y fuerza de los argumentos contenidos en el estudio (calidad)
- plausibilidad del mismo en relación al conocimiento previo, valores y experiencia del usuario (conformidad)
- guía explícita que ofrece el conocimiento para una implementación viable (orientación)
- reto a supuestos, práctica y arreglos institucionales existentes (reto).

Weiss observó en su estudio que el criterio de *conformidad* es fuertemente operante (en el sentido de que los decisores tienden a descartar como equivocados los conocimientos e información que son incompatibles con su conocimiento local adquirido). Observó, asimismo, que dicho criterio no se halla correlacionado con el criterio de *reto* (en el sentido de que estudios que contradicen los supuestos y arreglos institucionales se asocian casi por igual, positiva y negativamente, con las expectativas de los usuarios). Los cinco criterios, a su vez, se hallan

118. *Ibid.*, p. 250

positivamente asociados, como cabría esperar, a la consideración de los estudios como «útiles». Lo cual significa, también, que los estudios son considerados «más útiles» en tanto confirman el conocimiento (local) previo de los decisores, pero no necesariamente si confirman los supuestos, prácticas y arreglos institucionales. La valoración del factor *calidad* —que no se explica cómo es determinado por los propios usuarios— parece provenir no sólo de la búsqueda de investigaciones competentes (¿de acuerdo a qué criterio de competencia, sin embargo?) sino, además, porque aumenta su potencial de uso táctico en el transcurso de las querellas intraorganizacionales. (O sea, se combinan aquí un modelo de tipo *problem-solving* con los modelos político y táctico).

Los estudios que contienen un *reto* a los supuestos, prácticas y arreglos institucionales parecen ser considerados «más útiles» por cuanto constituyen un llamado a la acción y no meramente confirman una práctica institucional ya establecida, caso en el cual los estudios se tornan poco interesantes (o poco relevantes). C. Weiss explica la incidencia positiva de dicho factor de reto atribuyéndolo al hecho de que permite a los decisores y funcionarios mirar de otras formas las prácticas en curso y, en seguida, al hecho de que el *reto* contenido en los estudios considerados era siempre limitado al orden institucional analizado, sin representar por ello un cuestionamiento de la esfera mayor en que se incluye el funcionamiento de ese orden institucional. Además, observa que los estudios con un alto contenido de *reto* no son utilizados para una acción instrumental (correctiva) inmediata sino, más bien, operan esclareciendo problemas, mostrando otros ángulos alternativos de visión y motivando nuevos pensamientos, todo lo cual resultó ser positivamente valorado por los decisores.

En suma, los factores de *calidad* y *conformidad* contribuyen a la *confiabilidad* de un estudio, y suponen que el decisor evalúa, de alguna manera, la competencia científica de un estudio y si acaso éste se ajusta a sus propias expectativas, fundadas en conocimientos localmente adquiridos y en experiencias previas.

Los factores de *orientación* y *reto* son empleados por los usuarios como un *test de utilidad*. Aquellos estudios que poseen una fuerte orientación hacia la acción son considerados positivamente cuando no contienen un significativo factor de reto. Inversamente, aquellos que contienen un alto grado de *reto* son tomados en consideración solamente cuando no se hallan dirigidos hacia la acción. Existiría pues una especie de *trade-off* entre ambas utilidades.

Así, el argumento de C. Weiss es que los potenciales usuarios (decisores en este caso) filtran y seleccionan, dentro del flujo de estudios que llegan a su atención, aplicándoles un doble test: de confiabilidad (verdad) y de utilidad. Sólo aquellos que aprueban el doble examen obtendrán audiencia. Lo cual no significa, todavía, que vayan a ser efectivamente utilizados en función de decisiones pendientes.

El tipo de utilización más frecuente observada por Weiss en su estudio la lleva a concluir que la modalidad más común de utilización es «la difusa y no dirigida infiltración de ideas provistas por la investigación en la comprensión de mundo» de los decisores. Estos últimos informan, en cambio, sobre un escaso uso deliberado y dirigido de resultados de investigaciones individuales. Más bien «absorben los conceptos y generalizaciones de muchos estudios a lo largo de un período de tiempo extendido e integran ideas provistas por la investigación, junto con otras informaciones, en su interpretación de eventos». Los propios decisores reconocen que ese tipo de utilización del conocimiento «posee importantes consecuencias. A lo largo del tiempo afecta lo que ellos piensan y lo que hacen. No se trata de un uso consciente y planeado, ni se halla dirigido hacia aplicaciones inmediatas, pero la información provista por la investigación que se filtra hacia su *stock* de conocimiento representa una parte del capital intelectual que ellos usan en el curso de su trabajo».¹¹⁹

Concluye C. Weiss de allí, que la utilización de conocimientos provenientes de la investigación social posee un carácter que llama «básicamente conceptual», y que nosotros hemos identificado como un uso situado dentro de complejos procesos de interacción comunicativa y de continua interpretación.

Sin embargo, pareciera que ese carácter propiamente hermenéutico de la utilización de conocimientos estuviera reservado solamente a los fenómenos de uso que se identifican más fácilmente con los modelos interactivo y de esclarecimiento. Lo razonable, por el contrario, es suponer que se trata de una característica inherente a *todos* los procesos de uso del conocimiento, incluso si se trata de investigaciones encargadas o contratadas o del uso de información altamente formalizada.

Digámoslo así: las estructuras de recepción y uso del conocimiento, en cualquier campo que se ubiquen, incluyendo el campo

119. *Ibid.*, p. 263

organizacional en que actúan los decisores, son siempre estructuras saturadas de conocimiento local y operan por eso a través de procedimientos hermenéuticos de apropiación y aplicación. Esto mismo los torna radicalmente distintos a aquellos procesos típicos de utilización que se hallan ubicados al final de la «cadena de descubrimiento» en el área de las ciencias naturales y de las actividades de R & D.

El hecho de reconocer dicho rasgo estructural propio de los procesos de utilización del conocimiento nos aproxima, de cualquier forma, más cómodamente a los modelos interactivo y de esclarecimiento de Weiss. Efectivamente, ellos identifican aquel tipo de procesos de utilización que suponen más intensamente procedimientos hermenéuticos. A ellos podrían agregarse, bajo esta misma óptica, los modelos que Weiss llama táctico y político, puesto que ambos suponen, igualmente, un uso interactivo de los conocimientos y su empleo de acuerdo a consideraciones de racionalidad estratégico-comunicativa.

Se recordará que esas estructuras invariablemente hermenéuticas de uso no son, sin embargo, todas iguales entre sí, debiendo distinguírselas según el campo de uso en que se ubican y, por tanto, según cuáles son los patrones típicamente predominantes de racionalización que en el caso de cada una de ellas impera.

Podemos desarrollar esta idea a propósito del modelo del *problem-solving* a que se refiere Weiss. Su modelo de supuesto lineal, guiado por la demanda de conocimientos proveniente desde el lado de los decisores de políticas, es, en efecto, sólo uno entre varios posibles para entender la utilización de conocimientos dentro de esa actividad llamada de *problem-solving*.

Por de pronto, lo característico de esa actividad, como muestra el propio estudio de Weiss, es la sistemática *complejidad* de los problemas que necesitan ser resueltos¹²⁰. Piénsese, por ejemplo, en el problema de la polución, o en cualquier otro que necesite ser atacado mediante la formulación e implementación de políticas. Sólo si abordamos el estudio de las decisiones referidas a ese problema como sujetas exclusivamente a una racionalidad analítico-instrumental, desembocamos en el callejón sin salida donde se demuestra que, salvo en casos excepcionales, podría producirse un verdadero «calce» entre la necesidad de

120. Incluso los problemas aparentemente más triviales de una organización son, una vez que se los aborda, problemas complejos. Véase al respecto, March, James y Olsen, Johan, *op. cit.*

contar con conocimientos determinados, en un momento determinado, para una determinada decisión pendiente y la oferta de ese conocimiento. Incluso si ese «calce» llegara a producirse tampoco es evidente, como muestra bien C. Weiss, que el conocimiento oportunamente disponible vaya a ser efectivamente utilizado.

Lo que falla en este análisis son, a nuestro juicio, los supuestos del mismo. Vimos que el modelo del *problem-solving* supone (i) que el fenómeno de la utilización consiste en el uso de investigaciones determinadas en función de decisiones puntuales y (ii) que el proceso de toma de decisiones se encuentra regido exclusivamente por la racionalidad instrumental; cálculo de medios en función de la obtención eficiente de fines claramente definidos.

Por el contrario, cabría concebir el proceso de *problem-solving*, organizacionalmente regulado, a la manera de una actividad que utiliza conocimientos dentro de una estructura decisional regida mixtamente por exigencias de racionalidad instrumental pero, también, por componentes, continua y estructuralmente presentes, de racionalidad comunicativa y estratégica, de acuerdo a las cuales los decisores interactúan en relación al problema entrando en un complicado juego de transacciones argumentativas e interpretativas, no exentas de elementos de fuerza posicional y de la movilización de los intereses asociados a esas posiciones. Por tanto, se hacen presentes en esas situaciones elementos que son propios de los modelos interactivo, de esclarecimiento, político y táctico de Weiss, simultáneamente. Bajo el impulso de esas varias formas de racionalidad, los decisores actúan a un mismo tiempo comunicativa, instrumental y estratégicamente, ajustándose a normas cuya aplicación negocian dentro del contexto de la organización. Incorporan así información y conocimientos proporcionados por la investigación social a su previo *stock* de conocimientos y experiencias, sea que hagan un uso técnico, táctico o de esclarecimiento de ellos o que los apliquen a la argumentación o para el cálculo estratégico.

Según propone Dryzek, podríamos imaginar la actividad del *problem-solving*, mirada desde este otro ángulo, como una actividad que involucra habitualmente a diversos actores dentro de la «arena de decisión», los cuales una vez dentro de ella quedan en disposición de interactuar en esa arena, en función de producir decisiones de solución. Así visto, el *locus* del *problem-solving* se desplaza desde la manipulación puramente instrumental de conocimientos por los ingenieros de políticas (decisores) hacia los esfuerzos cooperativos (conflictivamente

cooperativos) de un amplio conjunto de participantes. El peso cognitivo radicado al centro de la arena decisoria se reduce correspondientemente.¹²¹

En un esquema como éste, que incluso intuitivamente refleja mejor lo que uno imagina es el funcionamiento típico de una «arena de decisión», la incorporación de información y conocimientos se desplaza asimismo desde el centro hacia el conjunto del sistema de decisión, descentralizándose y multiplicándose con ello también los puntos de acceso de información y conocimientos.

Puede postularse, entonces, que dentro de un enfoque como éste, la utilización de conocimientos llegaría a captarse más exhaustivamente, aún cuando ella opere pluralistamente y de manera descentralizada o, incluso, dispersa.¹²²

Es posible que al adoptar este enfoque se corra el riesgo de imaginar que los consensos requeridos para la actividad de *problem-solving* podrían generarse exclusivamente dentro de una esfera de racionalidad comunicativa. Convendría, por el contrario, partir del supuesto que dicha racionalidad estará sujeta a distorsiones sistemáticas de la comunicación, puesto que los procesos comunicativos involucrados están siempre estructuralmente condicionados por jerarquías, por el control asimétrico de recursos organizacionales, por patrones preexistentes de influencia, por redes informales de interacción, por el acceso diferencial a la información y los conocimientos, por la intervención de coaliciones posicionales, por el ejercicio de derechos de vetos, etc. Todos estos elementos operan sobre las situaciones de comunicación impidiendo que se generen consensos (decisiones) basados exclusivamente en la fuerza del mejor argumento y, por tanto, sobre la exclusiva base de conocimientos provistos por la investigación.

Lo anterior no constituye en realidad un obstáculo para el enfoque postpositivista que aquí se ha adoptado. Pues dentro de tal enfoque, la

121. Dryzek, John, «Complexity and rationality in public life» *Political Studies*, vol XXXV, N° 3, September, 1987, p. 435.

122. Es evidente que este enfoque plantea problemas a la hora de estudiar empíricamente «arenas de decisión» en relación a procesos de utilización de conocimientos. Existiría una suerte de *trade-off* entonces entre esa dificultad empírica y el hecho de abandonar una teoría (modelo) que, en cambio, conduce a no percibir prácticamente ningún uso de conocimientos en situaciones de *problem-solving*, como le ocurre a C. Weiss en el caso de su segundo modelo.

propia naturaleza de los conocimientos producidos por la investigación impide pensar que los enunciados pudieran fundar, por su sólo poder teórico o empírico, consensos suficientes para arribar a decisiones basadas en el puro criterio de verdad o de objetividad de esos conocimientos.

Ni existe tampoco un *criterio pragmático* que pudiera servir para desechar las teorías competitivas en nombre de utilidades cada vez más exitosas del conocimiento producido. De allí que las teorías sigan operando mientras cuentan con una audiencia, así como los conocimientos producidos bajo su orientación siguen disponibles hasta volverse obsoletos y perder relevancia.

En suma, puede decirse que los decisores arriban a consensos (orientados hacia la decisión), los cuales pueden considerarse *racionalizados* sólo desde el punto de vista acotado de una *racionalidad comunicativa aplicada*, en la cual se mezclan elementos de racionalidad instrumental y estratégica que compiten por incidir en la definición de fines y en la selección de los medios más adecuados para alcanzarlos.

Es en esos contextos de racionalidades entrecruzadas y de sistemática distorsión de los procesos comunicativos donde los conocimientos producidos por la investigación social llegan eventualmente a incidir en las actividades de *problem-solving*, en continua interacción con *stocks* de conocimientos locales y con el capital de conocimientos y experiencias acumulado por los participantes.

El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile

Martín Hopenhayn

1. Introducción

Chile ha vivido en las últimas dos décadas procesos colectivos de ruptura que la sociedad nacional todavía no logra integrar del todo ni objetivar completamente. Estas rupturas permean también *la articulación entre producción de conocimientos sociales y acción social transformadora*, la cual se encuentra hoy en una fase de redefiniciones y búsquedas. Esto significa que dicha articulación, si bien cuenta con tradiciones importantes y demarcables en el país, sobre todo desde la segunda postguerra, está hoy sujeta a múltiples cuestionamientos. Por un lado, la puesta en duda de los grandes proyectos de modernización que constituyeron la materia básica de consumo simbólico-político en otros tiempos (fueran el desarrollismo, el liberalismo o el socialismo), mueve a los científicos sociales a preguntarse por el lugar que ocupa su propia producción de saberes en la orientación de los futuros cambios sociales y políticos. Por otro lado, el desencanto y la desconfianza generados por las rupturas institucionales, los fracasos políticos y los desmembramientos sociales, llevan a grados mucho más altos de heterodoxia en las *comunidades de productores* de las ciencias sociales¹.

1. Llamaremos «comunidades de productores de las ciencias sociales» a cada conjunto de investigadores adscrito, explícita o implícitamente, a alguna de las grandes tradiciones de la investigación social en el país, trátase de la investigación positiva funcionalista, la marxista, la liberal, o la humanista-crítica que examinaremos aquí. Cada comunidad de productores posee especificidad en cuanto a los horizontes éticos

Con ello se torna menos clara la articulación entre producción de conocimientos y su incidencia en la realidad social. Existe, por último, una elevada afluencia de críticas que en los últimos años se le han formulado a algunas opciones importantes de articulación entre la producción de saberes sociales y el cambio social², no sólo en Chile sino a escala global. Todo ello fuerza a una profunda autorrevisión en las tradiciones ya constituidas de investigación social y, lo que es más importante para este estudio, *añade* nuevas orientaciones y sensibilidades que, simultáneamente, compiten y contribuyen con/a las tradiciones ya prefiguradas.

En las páginas que siguen intento establecer los contornos de *una nueva sensibilidad de las ciencias sociales* en Chile, cuyas filiaciones axiológicas y epistemológicas, así como su propia práctica de investigación y comunicación de conocimientos, hasta ahora han parecido dispersas. En otras palabras, intento describir un *campo de producción científico-social* que todavía tiene un carácter incipiente, pero que progresivamente gana reconocimiento, espacio de debate académico, formas institucionales de acción e interlocución con cientistas sociales de otras comunidades, como también con actores sociales diversos. Dicha sensibilidad nace precisamente del desencanto y de la desconfianza respecto de los efectos políticos y sociales que se han desprendido de las comunidades de saberes sociales previamente constituidas en el campo de las ciencias sociales en Chile.

Esta nueva sensibilidad permea y condiciona la percepción, la acción y el impacto de una amplia gama de cientistas sociales en el país. Llamaré a esta comunidad de cientistas sociales, que responde a dicha sensibilidad emergente, *la comunidad humanista crítica* (de aquí en adelante CHC). Ciertamente es que hasta la fecha la CHC no ha logrado plasmar un «espíritu de cuerpo» que haga posible una institucionalización

o utópicos que la animan, sus opciones epistemológicas, sus estilos de investigación, y el tipo de usos sociales que prefiguran para los conocimientos que producen. En el trabajo llamaremos indistintamente a estas comunidades de productores de los siguientes modos: comunidades de productores de conocimientos sociales, tradiciones en ciencias sociales, comunidades de saberes sociales, y/o comunidades de productores de las ciencias sociales. Entendemos aquí como sinónimos los conceptos de *saberes* y *producción de conocimientos*: un saber se define, para efectos del presente trabajo, como un sistema específico de producción de conocimientos.

2. Insisto en la acepción de *saberes* aquí utilizada, entendida como *sistemas de producción de conocimientos*.

socialmente reconocida de dicha comunidad, un mecanismo de confluencia práctica en el trabajo de quienes podrían adscribirse a tal sensibilidad, y un efecto claramente reconocible en la esfera política o de *policy-making* en el país. Esta falta de institucionalización y de eslabonamientos obedece, en parte, a un problema de tiempo, pues se trata de una sensibilidad que recién en los últimos diez o quince años, y con muchas dificultades de recursos, de libertad de expresión y pensamiento, ha comenzado a orientar una parte sustancial de la investigación social en Chile. Pero también se debe, como veremos más adelante, al hecho de que la *propia disposición crítica* que la CHC encarna lleva a sus adherentes a resistir parcialmente la institucionalización del conocimiento que producen, y a sospechar de todos aquellos saberes que sean instrumentalizables para un determinado proyecto de sociedad o para ser utilizado por un agente político.

He optado por acuñar el concepto de «humanista-crítico» para hacer referencia a los cientistas sociales comprometidos en esta mentalidad nueva sensibilidad, dado que, a mi juicio, dicho concepto compuesto alude a dos momentos decisivos de orientación para la sensibilidad en cuestión, a saber³:

a. Por un lado, el término «crítico» aquí utilizado se refiere al momento de la «negación» que constituye el conato inicial para la articulación de un nuevo punto de partida en la investigación social. La toma de distancia, tanto respecto de la investigación social positiva como de la tradición marxista⁴, le permite a una diversa gama de profesionales de las ciencias sociales constituir una suerte de *espacio vacío* en la producción de conocimientos y en la interpretación de realidades sociales. Las tradiciones dominantes o prevalecientes son objetadas en dos sentidos claros, cuales son:

3. Este punto se desarrollará en el capítulo segundo, intitulado La crítica radical y la utopía democrática.

4. Como señalé en una nota anterior, existen también otras tradiciones de saberes sociales en el país, con las cuales la CHC también se define en oposición. Pero en lo que sigue del trabajo cada vez que interese definir elementos de la CHC por efecto de contraste, lo haremos recurriendo a la tradición positiva-funcionalista y a la tradición marxista, dado que para ambas tradiciones existen trabajos recientes, análogos a éste e incluidos en este mismo volumen. Cfr. José Joaquín Brunner «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento» y Tomás Moulian, «El marxismo en Chile: producción y utilización».

- Se denuncia el peligro totalitario en el modo en que dichas tradiciones se aproximan a los fenómenos y a los sujetos sociales. Del lado de la investigación social positiva, porque supuestamente produce un cuerpo de saberes que somete la «subjetividad del objeto» a términos cuantificables y homologables, y todo ello con el fin último de manipular a los agentes sociales en una dirección que ellos no necesariamente eligen ni sienten como propia. Del lado de la tradición marxista, en cambio, porque eventualmente el marxismo *construye* sujetos sociales por sus determinantes «estructurales», reduce la especificidad de unos a la generalidad de otros, y promueve un tipo de cambio social desde una concepción de mundo con poco espacio para la invención colectiva. La crítica humanista intenta desenmascarar las formas de voluntad de poder que subyacen a los discursos explícitos en las formas dominantes de saberes sociales. No es casualidad, pues, que la CHC utilice, probablemente más que ninguna otra comunidad de saberes sociales, los referentes teóricos de la teoría crítica, así como también recurre a otras referencias de la literatura que contribuyen a lo que podría llamarse la «interpretación delatora», vale decir, el develamiento de las estrategias de poder que supuestamente se ocultan bajo determinados discursos y prácticas del saber⁵.

5. La interpretación delatora se nutre de diversos referentes teóricos y bibliográficos. De la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, cabe mencionar la célebre *Dialéctica del Iluminismo*, de T. W. Adorno y Max Horkheimer, como trabajo pionero en el ejercicio del develamiento de discursos del poder, si bien algunos trabajos de Nietzsche, como *La genealogía de la moral* y algunos fragmentos de *La voluntad de poderío*, han sido rescatados ultimamente como textos fundacionales del desenmascaramiento (para no hablar de las críticas de la economía política en Marx). También hay trabajos pioneros de Marcuse, uno de crítica al economicismo, escrito en 1933 (*Acerca de los fundamentos filosóficos del concepto científico-económico del trabajo*), y otro de crítica al psicoanálisis, conferencia de 1963 intitulado *El «anticuamiento» del psicoanálisis*. Por su parte Adorno tiene un libro en que desentraña un eventual discurso ideológico tras el uso del lenguaje en Heidegger, y numerosos artículos de crítica cultural en los cuales emprende similar ejercicio de interpretación delatora. El desenmascaramiento de discursos de poder encuentra, quizás, su punto más refinado en los escritos de Michel Foucault, quien se desentiende explícitamente de toda filiación con la teoría crítica, pero que de todos modos ha hecho los aportes más significativos en mostrar cómo la voluntad de poder se ejerce mediante el uso de saberes tales como la medicina, la psiquiatría, la justicia penal y la sexualidad. En América Latina hay un antecedente importante en la obra de Franz Hinkelammert, quien ha contribuido a la «deconstrucción» del discurso desarrollista y, en un libro más reciente, al develamiento del pensamiento neoliberal, del pensamiento anarquista e incluso —a destiempo, ahora— del pensamiento soviético (Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*, Costa Rica, DEI, 1984). En Chile, un

- En segundo lugar, se condena la subordinación de la investigación social a la producción de un tipo de conocimiento orgánico, fuese este conocimiento consagrado a la planificación desde el Estado y a la formulación de políticas públicas, o fuese destinado a enriquecer la eficacia o el prestigio de un partido político en la competencia propia del sistema político. La crítica objetaría, en este caso, que la investigación social en ambas tradiciones prevalecientes —ya positiva-funcionalista, ya marxista— ha estado condicionada desde el ámbito político o político-institucional, y que en virtud de ello tiende a reducir su objeto de estudio (o sus sujetos de estudio) a imperativos previos que constituyen límites infranqueables (e inadmisibles) para la propia investigación.

b. Por otro lado, el término «humanista» constituye, simultáneamente, el derrotero de la crítica y el momento posterior a ella. En otras palabras, es *ya desde* una perspectiva que podría llamarse humanista que la CHC puede objetar a las tradiciones prevalecientes sus implicancias totalitarias o sus sesgos objetivantes; pero también una vez formulada dicha crítica, la *alternativa* a las opciones de la investigación social positiva y del marxismo aparece situada en una tradición humanista. Esto significa que, del lado de la alternativa, la tradición humanista-crítica intenta construir una relación de máxima coherencia entre una opción valórica y una opción epistemológica. La opción valórica es la construcción de un orden *exhaustivamente* democrático, entendiendo por «exhaustivo» que las relaciones susceptibles de ser democratizadas no son sólo aquellas que median entre el Estado y la sociedad civil, sino al interior de todo tipo de instituciones (familias, municipios, escuelas, lugares de trabajo, instituciones públicas, servicios, etc.) y en todos los planos (político, social, cultural, tecnológico y económico). La opción epistemológica que eventualmente resulta más compatible con este sustrato de valores es menos clara, o al menos no parece consensualmente definida. Esto último se explica tanto por la dispersión institucional y de trabajo en que se encuentran los científicos sociales que virtualmente se adscriben a la CHC, como también porque la opción epistemológica

precedente importante es el libro de Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago, Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984), en el que se «desmontan» las sociologías de la modernización.

exige un desarrollo y un «tiempo de ratificación» que, en el caso de la tradición que aquí nos interesa, parece ser todavía insuficiente. Por último, uno de los valores que se deduce de esta nueva sensibilidad es, precisamente, la apuesta por una *epistemología abierta*, vale decir, por una aproximación a la investigación social que se cuestiona a sí misma incesantemente, y cuyo grado de apertura a la reformulación constituiría una suerte de «antídoto contra la cosificación».

En las páginas que siguen intentaré sintetizar y comprender cómo la CHC construye, desde sus propios valores o metavalores, una determinada normatividad para sus opciones temáticas y epistemológicas, y para definirse a sí misma y al rol de sus saberes sociales en la acción transformadora. Esto exige dar cuenta de: el perfil temático y axiológico de la comunidad humanista-crítica de las ciencias sociales; sus filiaciones y simpatías en términos de corrientes y autores pertinentes; sus opciones en materia de objetos de estudio, de metodologías y de actores sociales que se tiende a privilegiar; su visión prescriptiva respecto del rol de las ciencias sociales en la sociedad; sus formas de inserción institucional dentro del sistema de producción y circulación de conocimientos de las ciencias sociales en Chile; sus estrategias de difusión y de impacto sobre la comunidad de pares y sobre la sociedad en general; y el tipo de uso que dicha comunidad parece (o debiera) adjudicarle a los conocimientos y orientaciones que produce⁶. Son estos los elementos que trataré de caracterizar en el presente estudio.

2. La crítica radical y la utopía democrática

El arsenal crítico

Si bien la CHC es incipiente y goza de menor articulación que otras comunidades de saberes en el campo de la investigación social en Chile, es posible advertir en aquélla una «ventaja comparativa» respecto de las precedentes, a saber: *su diversificado arsenal de herramientas de crítica* frente a los discursos prevaletentes en la producción de saberes sociales, frente a la relación entre discursos descriptivos y normativos

6. Esto último, no ya referido al uso *dentro* de la comunidad de pares, vale decir, de cientistas sociales que «comulgan» con la comunidad, sino al uso que de estos conocimientos y orientaciones de «escuela» puedan hacer otras instancias, tanto del sistema político como de organizaciones sociales o instituciones de diverso tipo.

que las ciencias sociales formulan en relación al orden social, y frente a los mecanismos que los propios saberes se atribuyen para intervenir sobre la realidad.

Dicha diversidad de herramientas críticas se nutre, correlativamente, de una amplia variedad de disciplinas y fuentes teóricas. Si la simpatía por la heterodoxia es un componente de la sensibilidad humanista-crítica; esta afinidad le ha permitido a la CHC acoger múltiples fuentes de análisis de lo social, algunas incluso contradictorias entre sí⁷. Esto último no ha ocurrido ni con la tradición positiva o funcionalista ni con la tradición marxista, sea por sobrecarga de exigencias metodológicas y de *policy-making* en la primera, sea por filiaciones teóricas e ideológicas excluyentes en la segunda.

De este modo, la CHC ha podido incorporar en la *interpretación crítica* del saber social y de la realidad social, elementos de disciplinas tales como el psicoanálisis, la psicología humanista, la teoría crítica, la etnometodología, la antropología cultural, la filosofía política, la antropología filosófica, la economía política, el espiritualismo, la sociología de la vida cotidiana, la sociología política, la psicología social, la ecología, la semiótica e incluso la teoría literaria. Por otro lado, también ha incorporado enfoques muy variados, provistos tanto por autores como por corrientes muy diversas que, por razones muchas veces aleatorias, penetran en el «espacio vital» de la CHC⁸.

La base de la operación crítica desde la cual la CHC establece su distancia —y su identidad, aunque en un principio sea una identidad negativa— frente a otros productores de saberes (y frente a otras sensibilidades sociales y cognoscitivas), consiste en la *crítica de racionalidades dominantes*: crítica a la racionalidad instrumental o manipuladora; crítica a la racionalidad económica o, más precisamente, economicista; crítica a *un cierto tipo* de racionalidad política, entendida hasta cierto punto como «la guerra por otros medios», y crítica a la

7. Así, por ejemplo, podría incluirse en CHC la vertiente del humanismo socialista de Fromm, Marcuse, Bahro y otros; pero también pueden incluirse, como referentes teóricos, a Foucault y a Lyotard. Mientras los primeros se adscriben plenamente en filosofías del sujeto, los segundos proclaman el ocaso de toda filosofía del sujeto. Otra contradicción que puede darse al interior de la CHC es entre el pensamiento negativo (a partir de T. A. Adorno) y las filosofías del crecimiento personal (Gestalt, psicomísticos, etc.); o entre la teología de la liberación y la contracultura.

8. De esto nos ocuparemos más adelante (M. H.).

racionalidad del progreso y específicamente del progreso entendido en una perspectiva iluminista-etnocéntrica⁹. Y, *last but not least*, la crítica —entendida, ahora sí, como desenmascaramiento— del entramado en que tales racionalidades se cruzan y refuerzan entre sí. Esto último se entiende sobre todo como *presencia de la razón instrumental* en el conjunto de racionalidades recién referidas¹⁰.

La crítica que la CHC le formula a estas llamadas racionalidades dominantes (crítica de la coherencia interna de los discursos en que tales racionalidades se expresan, y crítica de las consecuencias efectivas de tales racionalidades) confluye con frecuencia en un concepto operativo de *alienación*. Lo hace, además, aprovechando la riqueza —¿o indeterminación?— de dicho concepto, que tiene acepciones en los campos cultural, sociológico, político, y en el psicológico; y aprovechando que el concepto, según sus usos, remite a otra serie de conceptos «vecinos» que aparecen con frecuencia en la crítica de las racionalidades dominantes: cosificación, instrumentalización, dominación, coerción, cooptación, desnaturalización, sometimiento, pasividad, incomunicación, inautenticidad, etc. Todos ellos, claro está, cargados de una connotación éticamente negativa¹¹.

9. Véase, por ejemplo, el libro citado de Pedro Morandé. La crítica al etnocentrismo también corre por cuenta de aquellos investigadores consagrados al estudio de minorías étnicas, a estudios sobre el status de la mujer (con las consiguientes y múltiples críticas al patriarcado), y a la línea psicomística dentro de la CHC, donde se mezclan elementos de la psicología humanista con elementos extraños de tradiciones orientales de crecimiento espiritual.

10. Véanse, al respecto, los aportes múltiples de la Escuela de Frankfurt, sobre todo desde el derrotero Adorno-Horkheimer; también Hinkelammert y Morandé han desarrollado la crítica de la razón instrumental tomando como objeto los discursos de modernización dominantes en América Latina y mostrando en ellos la primacía de la razón formal. Pero la razón instrumental, tal como se plantea desde Frankfurt y se retoma en la CHC, no es sinónimo de razón formal, pues no se refiere tanto a la primacía de los medios sino a la objetivación de los sujetos (aunque esto último puede verse como consecuencia de lo primero). Porque trátase de la exclusión social, la explotación económica, la dominación política o la represión física, en cualquiera de estos casos la relación es vista como un acto de *cosificación* de sujetos. En otras palabras, es precisa la operación previa de negación de la humanidad de los sujetos para reconocer como válidos los procedimientos de explotación, exclusión, dominación o represión. En el caso chileno, algunos estudios sobre la represión han mostrado la necesidad de una racionalidad instrumental como soporte de los métodos represivos.

11. Sin embargo, y pese a la aplicabilidad del concepto de alienación en el ejercicio crítico emprendido desde la CHC, existe una vertiente al interior de dicha comunidad que opone resistencia al uso de este concepto. Me refiero a aquellos

De la crítica humanista al humanismo crítico

He señalado en la Introducción que en el derrotero de la crítica ya va contenido embrionariamente el contenido positivo que ha de elaborarse más tarde. Manipulación ideológica, dominación política, explotación económica, exclusión social, segregación cultural, coerción psicológica y represión de los cuerpos: tales parecen constituir las múltiples caras de la crítica, y todas remiten, virtualmente, *a una suerte de momento previo y positivo, aunque sea simbólico o intelectualmente construido, en contraste con el cual la alienación es siempre una degradación*. La crítica a la razón instrumental, de la que se nutren tantas otras críticas formuladas por el humanismo, coincide con esto: tiene que establecerse, aunque sea en la especulación, *un momento posible* que se sitúe más acá o más allá de la instrumentalización de los sujetos, vale decir, un momento donde las condiciones prevalecientes contribuyan, en lugar de inhibir, al despliegue de «sujetos libres y conscientes»¹². No significa esto que el humanismo crítico arrastre la matriz romántica de un paraíso perdido o de una unidad rota¹³. Significa, fundamentalmente, postular la necesidad —y la posibilidad— *hacia el futuro* de un proceso de *emancipación* respecto de las múltiples formas de alienación vigentes: proceso de cambios que no sólo radica en *negar* estas formas de instrumentalización de los sujetos —o las personas—, sino en *afirmar* un sujeto al que se le confiere —acaso intrínsecamente— la potencialidad de ser libre, solidario, creativo y diversificado.

cientistas sociales que se han apropiado del discurso de la postmodernidad y que, manteniendo una posición crítica y de impugnación a las racionalidades dominantes, rechazan el vocabulario «moderno» y humanista, en el cual la palabra «alienación» pareciera ir al comienzo de la lista. En Chile, esta vertiente postmoderna ha sido tomada tanto dentro de la sensibilidad humanista crítica como en corrientes más ligadas al liberalismo. En el caso de la CHC, tal es el caso de Nelly Richard y Justo Mellado en la crítica de arte, y de Patricio Marchant y Pablo Oyarzún en filosofía. Otros científicos sociales adscribibles a la CHC mantienen con el discurso postmoderno una relación cercana sin identificarse con él (casos como el de Norbert Lechner, Manuel Canales, el que aquí escribe y otros).

12. Esta terminología propia del humanismo moderno —«sujetos libres y conscientes», o «sujeto autónomo», o «sujeto emancipado»— no es tampoco compartida por el conjunto de la CHC. Los que mantienen posiciones anti-esencialistas, así como los postmodernos, rechazan esta idea de una esencia humana que permanece reprimida y que es preciso liberar.

13. Si bien en la práctica algunos de sus exponentes tienden a un cierto grado de bucolismo.

Existen, pues, una antropología filosófica y una ética tras el ejercicio crítico y de desenmascaramiento emprendido desde la sensibilidad emergente del humanismo crítico. Pero todo ello de manera dispersa o fragmentaria, lo cual puede obedecer a su alto grado de heterodoxia, e incluso a un cierto grado de eclecticismo en quienes participan de la sensibilidad humanista crítica en las ciencias sociales; o porque quienes integran —o pasan a integrar— esta virtual comunidad de productores traen, cada cual, fuentes muy diversas, trayectorias difíciles de compatibilizar, e influencias hasta contradictorias, y están más unidos por la crítica de lo dominante que por un concepto compartido de orden social deseado.

La CHC, al menos en su fase «emergente», tiene en común la crítica humanista del orden vigente y de la actual producción de saberes, y no tanto el *humanismo crítico*, entendido como proyecto intelectual y como un modo específico de intervención positiva de dicho proyecto sobre la realidad social. En otras palabras, es fácil para los miembros de esta eventual comunidad coincidir en que tanto los saberes dominantes como el uso de poderes hoy en día constituyen un obstáculo a la emancipación de los sujetos; pero es difícil para ellos coincidir *en qué consiste* tal emancipación y cuáles son las formas del saber y los sistemas de sociedad que habrían de resultar más propicios para potenciarla.

En base a lo anterior es posible puntualizar los siguientes rasgos que ayudan a caracterizar la CHC en su fase emergente dentro del campo de la investigación social en Chile¹⁴, a saber:

- Que su heterodoxia, y la valoración positiva que la comunidad hace de su propia disposición heterodoxa, le permite ser particularmente receptiva a la asombrosa diversidad de herramientas críticas que el saber social ha producido en los últimos treinta o cuarenta años; y que la incorporación de tales herramientas permite exacerbar la sensibilidad del cientista social frente a las múltiples formas de alienación y manipulación que se generan tanto en la producción del saber (y que le compete más directamente), como en el uso social del saber.

14. Cabe insistir, empero, que la CHC no se restringe al caso chileno. Tiene un perfil latinoamericano y un perfil global. Sucede con esta comunidad lo mismo que con otras tradiciones de saberes sociales en el país, a saber, que constituyen modos de apropiación de saberes exógenos, que más tarde siguen un curso específico según las condiciones propiamente nacionales.

- Que esa misma heterodoxia constituye un problema en el momento de pasar desde la crítica a la propuesta, o desde la deconstrucción a la construcción, o desde el momento del conocimiento negativo al del conocimiento positivo; y en gran parte esta falta de resolución *general* va a provocar un tipo *particular* de resolución en la articulación entre producción y uso de conocimientos sociales, generándose una brecha entre la *macrocrítica* y la *micropropuesta*¹⁵.

- Que el contenido positivo en la producción de conocimientos sociales dentro de esta tradición radica principalmente, al menos en su fase incipiente o emergente, en lo que podría llamarse la expansión de conciencia (*awareness*), y que dicha expansión se refiere tanto a la conciencia personal como a la conciencia colectiva. En otras palabras, el paso de la crítica humanista (momento negativo) al humanismo crítico (o momento constructivo) radica esencialmente en la *multiplicación de la conciencia crítica*, o en *poblar el tejido social, el debate académico y el mercado político de conciencia crítica progresiva*.¹⁶ Sólo en medida mucho menor, o en escala microsocia, podría pensarse que los saberes de la CHC se ha traducido en propuestas positivas de reordenamiento social.

Si los diversos adherentes al humanismo crítico tienen como normativa común la subordinación de la práctica productiva del saber a la socialización progresiva de la conciencia crítica, esto significa que hasta el momento la *cohesión*, en tanto comunidad de investigación, está dada por un cierto acuerdo —tácito, virtual— en la necesidad de *comunicar hacia afuera* las herramientas críticas, vale decir: de socializar el espíritu crítico, y sobre todo de adecuar tales herramientas a distintos actores sociales, a fin de que éstos sean capaces de comprender y contextualizar el entramado de instrumentalizaciones y exclusiones al

15. No es raro, en este sentido, encontrar textos de la CHC que, partiendo de disquisiciones globales sobre las necesidades humanas y la crisis de la sociedad industrial, rematan en propuestas restringidas al potenciamiento de organizaciones de base o exaltación de algunas micro-experiencias autogestionarias.

16. El concepto de «conciencia crítica» es susceptible de múltiples lecturas, según se trate de una visión psicologista, sociológica, o de la cultura. La acepción que aquí se le asigna, y que resulta coherente con elementos de la CHC ya referidos, es la capacidad para comprender la propia situación (personal, social) como *modificable*, y para comprender el entorno como un entorno *históricamente producido* y, por lo mismo, también modificable; también hace referencia a la capacidad para desentrañar, tras los discursos del saber y sus usos por la sociedad, así como tras el mundo de la política y de la cultura, *las voluntades de poder* que les subyacen.

que están sometidos. En otras palabras, el paso de la crítica al «proyecto» estaría situado en una suerte de iluminismo al revés (¿o de recuperación del proyecto original del Iluminismo?): promover una actitud generalizada de sospecha frente a las racionalidades dominantes y de conciencia de la propia alienación, a fin de iniciar una suerte de movimiento «microsocial» en pequeñas unidades, pero multiplicándose cada vez más que apunte hacia la emancipación «de toda la persona y de todas las personas»¹⁷.

En este marco, el momento positivo de la CHC se traduce en *una forma de inserción del saber social en la sociedad*, cual es la difusión, por todos los medios posibles, de una conciencia crítica que, según el tipo de receptor, privilegia unas u otras herramientas críticas. Pero queda por ver si bajo esa forma existe, al menos en gestación, *un contenido positivo compartido*, vale decir, la construcción de un saber social específico, o de un «modo de producción de saberes» que permita orientar esa «emancipación» en una dirección clara, o que permita «organizar la emancipación» desde una teoría del cambio.

La producción de saber sin teoría del cambio

Si la «ventaja comparativa» de la CHC respecto de otras tradiciones de la investigación social en Chile radica en la riqueza y diversidad de su arsenal crítico, así como en su variedad de fuentes disciplinarias y teóricas, la desventaja comparativa es que la CHC carece, hasta la fecha, de una teoría positiva del cambio. Recordemos que en Chile la investigación social ha tenido históricamente, como justificación y sentido, acoplarse a la dinámica de la modernización, ofreciendo para ello teorías comprensivas del cambio —fueran destinadas al consumo simbólico a los programas y políticas públicas, o a la lucha política— Tanto la tradición de la investigación social positiva, como la tradición marxista en sus distintas variantes, han articulado un método de investigación, un análisis de los fenómenos sociales, y una *prospectiva* de los fenómenos sociales, capaz de orientar —errónea o acertadamente, deseable o indeseablemente, no es este el momento de juzgarlo— a la

17. Aunque una vez más, quedan sin definir los contenidos y programas específicos de la emancipación.

sociedad como un todo en un camino compuesto por fases, medidas y contradicciones consideradas en la teoría del cambio.

La CHC no ha logrado —o no ha querido construir— una teoría comprensiva del cambio social, capaz de «ofertarse» como proyecto de sociedad al mercado político o al debate público. No hay, como en el «saber marxista», una producción de conocimientos capaces de articular tácticas y estrategias para la conquista del poder, o de mostrar el camino de una eventual revolución cuyas características también podrían ser anticipadas desde la propia teoría. No hay tampoco, como en el saber funcionalista o positivo, una teoría de la planificación, una estrategia de desarrollo con indicadores agregados ni un sistema difundido de medición que permita evaluar el tránsito prescrito en el itinerario de la modernización (trátese de medir grados de industrialización, de integración o de bienestar social). No hay, en resumen, un cuerpo programático capaz de saldar la brecha, *a escala societal*, entre un futuro deseable y un presente carente.

Varias explicaciones son posibles para dar cuenta de esta desventaja comparativa de la CHC, y según a cuál de éstas se acuda, esta misma carencia podrá evaluarse positiva o negativamente. Así, por ejemplo, puede entenderse negativamente —vale decir, como carencia— si se argumenta que esta tradición emergente *no ha sido capaz* de producir un cuerpo lo suficientemente coherente y comprensivo de conocimientos como para construir, desde allí, una teoría *verosímil* del cambio social, más allá de los utopismos o voluntarismos inscritos en la retórica «alternativista». Puede entenderse negativamente, también, señalándose que la investigación social en Chile —como en el conjunto de América Latina— no puede constituir corrientes legítimas si éstas no cuentan con una teoría del cambio coherente (es decir, con programas y mecanismos de totalización), porque la propia precariedad de la modernización y de la integración de las sociedades nacionales obliga a producir saberes funcionales o «estratégicos»¹⁸.

Sin embargo, si se interroga esta falta de una teoría del cambio *desde dentro* de la sensibilidad humanista crítica, la propia carencia puede asumir connotaciones positivas.

18. En una visión panorámica de la historia de la sociología en América Latina. Alain Touraine muestra este nexo casi inmediato entre la producción sociológica y las tareas de la modernización en la región (véase Alain Touraine, «La profesión sociológica en América Latina», Montevideo, *Cuadernos del CIAEH*, N° 39, 1986).

a) desde la perspectiva crítica, como una forma de rechazo a la racionalidad instrumental o de dominio, y a la alienación que supuestamente permean las teorías del cambio operantes hasta la fecha en el país (y en la región y, por qué no, en el mundo), y por lo tanto, como una forma de mantenerse al margen de la eventual voluntad de poder que subyace a teorías «constructivistas» del cambio social; y

b) desde la perspectiva humanista, como una *ausencia necesaria*, porque una visión humanista de los sujetos aboga por un orden que no puede regularse ni normarse en la mesa del planificador, del político o del investigador, sino que debe ser el resultado de la inventiva y la creatividad social¹⁹.

Respecto del primer argumento, cabría indicar que esta «perspectiva crítica» de la sensibilidad emergente ha hecho un abuso inconsciente —o tal vez no tan inconsciente— de una ambigüedad conceptual; porque una cosa es la *construcción* de una teoría del cambio y otra diferente es la teoría constructivista del cambio, así como no es lo mismo un orden *totalitario* que una teoría totalizadora. Esta identificación es explicable porque en alguna medida han coincidido construcciones teóricas con teorías constructivistas, así como las teorías totalizantes con frecuencia han plasmado históricamente en programas totalitarios. También puede ser cierto que en el caso chileno, tanto la investigación social positiva como la marxista han tenido ese tipo de implicancias en sus efectos: prácticas de dominio, de manipulación y de coerción en la sociedad. Pero obviamente, no es esto razón suficiente para establecer un nexo de causalidad suficiente entre teoría del cambio y deshumanización, o entre una teoría de la sociedad y la castración de la creatividad social. Sin embargo, y este es el punto conviene rescatar, *la constatación crítica de que históricamente existen cristalizaciones totalitarias de teorías totalizadoras* obliga a una actitud de sospecha ante las teorías globales, entre las cuales se cuentan las teorías del cambio prevalecientes en las grandes tradiciones de investigación social en Chile.

El segundo argumento merece mayor detención, y de él quisiera ocuparme en el subcapítulo que sigue.

19. La idea de un orden abierto, y de la democracia como el marco institucional para inaugurar un proceso con alta dosis de inventiva y de autoconstitución de actores sociales, parece compartida por una gama amplia de cientistas sociales en Chile, incluyendo, por ejemplo, a Norbert Lechner, Manuel Canales, Antonio Elizalde, Luis Weinstein, Luis Razeto, Bernardo Subercaseaux, Eduardo Sabrowsky, Ernesto Ottone y otros.

La utopía democratizadora y la centralidad de lo cultural: un posible desenlace constructivo

Existe una utopía latente que opera como *sustrato y conato* del campo teórico-práctico del humanismo crítico; utopía que motiva y orienta la crítica, pero también que sugiere, en un momento posterior a la crítica, un orden deseable. Entiendo aquí por utopía, una meta-imagen subyacente o extrema que atraviesa a los miembros de una comunidad dada y que funciona, en último término, como principio de cohesión y de orientación. Cada comunidad de productores tiene, en cierto sentido, un horizonte utópico, en el triple sentido de la palabra: como horizonte de inteligibilidad, como horizonte normativo de la acción intelectual, y como orden social ideal²⁰.

Si bien las imágenes orientadoras entre distintas tradiciones de la producción intelectual pueden intersectarse, pareciera que cada tradición hipostasia una imagen o un valor que las diferencia. En otras palabras, lo que cada comunidad de productores tiene de exhaustivo o enfático marca sus límites últimos²¹.

En el caso de la tradición funcionalista o positiva podría pensarse, como meta-imagen, en la *integración exhaustiva*: utopía de una modernidad sin rezagos y de una homogeneización progresiva de las estructuras sociales hasta un grado máximo de cohesión social. En el caso de la tradición marxista podría pensarse en la meta-imagen de una *inversión exhaustiva*, asociada a la imagen terminal de revolución con inversión del poder entre clases antagónicas. En el caso de la tradición humanista-crítica, esta imagen límite podría ser caracterizada como de *democratización exhaustiva*, donde la palabra democratización sugiere, a diferencia de la palabra democracia, un proceso abierto, con un orden

20. Para estas acepciones —y funciones— de la construcción utópica, véase el texto de Franz Hinkelammert ya citado, así como el documento de trabajo de Norbert Lechner: *El consenso como estrategia y como utopía*, Santiago, FLACSO, 1983, y mi artículo intitulado "La utopía contra la crisis o como despertar de un largo insomnio", Santiago, *Revista de Estudios Públicos* N° 33, 1989.

21. Este meta-valor hace referencia a la voluntad, pero también a la racionalidad subyacente en cada comunidad de productores: punto inicial que moviliza a cada tradición en una orientación específica, y que constituye una suerte de *realización exhaustiva, puramente virtual, de aquello que en la práctica sólo aparece dosificado en pequeñas unidades, a veces hasta imperceptibles*.

por crear, y donde los grados de exhaustividad del «valor-democracia» a lo ancho de la sociedad siempre son extensibles²².

Por cierto, estas meta-imágenes se cruzan en distintos sentidos: la CHC también contiene una cierta *voluntad de inversión*, aunque con contenidos distintos a la tradición marxista (al punto que también busca invertir el marxismo); y la tradición marxista, a su modo específico, puede contar con una imagen deseada de integración todavía más extrema que la tradición funcionalista (aunque con una previa inversión del orden reforzado/racionalizado por el funcionalismo).

La democratización exhaustiva aparece como meta-valor en un amplio haz de investigadores y «productores de saber» que pueden adscribirse a la CHC, y constituye quizás la utopía más afín a la sensibilidad humanista y la que resulta más compatible con las variadas fuentes teóricas y disciplinarias que nutren dicha sensibilidad. La exhaustividad no hace referencia sólo a la dimensión política. No se trata de una imagen restringida a un orden político o a un Estado «extremadamente» democrático; denota, por el contrario, *la amplia gama de esferas* en que han de definirse, jugarse y construirse prácticas democráticas. Esto tanto en relación a espacios (familiar, comunitario, local, regional, nacional) como a aspectos (cultural, comunicacional, económico, político, social, moral, relacional, sexual, étnico, etc).

Cabe agregar aquí que en buena medida esta utopía es, al menos para el caso chileno, un producto histórico de la negación sostenida y sistemática del valor de la democracia en muchas esferas. Por cierto, el trauma abierto por el autoritarismo en Chile ha modificado sustancialmente todas las tradiciones de la investigación social: sea porque obligó a sus adherentes a una drástica reconfiguración institucional, porque mostró con el ejemplo más duro la estrecha relación entre doctrinas y procedimientos, o porque marcó con la represión y/o con el exilio a una proporción importante de productores del saber.

Pero también cabe reconocer que las salidas «burocrático-autoritarias» en el Cono Sur expresan el fracaso relativo de la «modernización sostenida» y obligan a la profunda revisión de otras alternativas para las sociedades en cuestión. Sea por erosión interna o por represión exógena,

22. En lugar de la «revolución permanente» que en otros tiempos invocaba el trotskismo, cabría aquí hablar de «democratización permanente.»

los modelos de acción política —y de acción de políticas— que hasta principios de la década de los setenta parecían interactuar dinámicamente con la producción del saber social —el modelo desarrollista, en sus diferentes versiones, y el modelo marxista, también en sus diferentes versiones—, se ven gravemente erosionados a lo largo de los últimos quince años. En este marco, una corriente de las ciencias sociales que emerge dentro de la revisión retrospectiva advierte que las experiencias de dictaduras militares en el Cono Sur no deben interpretarse tanto como el resultado de una lucha política o de una crisis social con problemas de hegemonía, sino sobre todo como la expresión extrema, pero auténtica, de una *cultura antidemocrática* de las sociedades en cuestión, que termina expresándose en un Estado antidemocrático. La utopía democratizadora —o de democratización exhaustiva— intenta constituir, implícitamente, el contrapeso a la actual prominencia de la cultura autoritaria, partiendo del supuesto de que sólo la progresiva consolidación de una cultura democrática en todos los estamentos y espacios sociales garantiza, en el futuro, un Estado democrático y una articulación democrática entre éste y la sociedad civil.

La utopía democratizadora marca aquí un *privilegio por la dimensión cultural*, no sólo en el cambio social sino también en el análisis de los fenómenos sociales. Este es, probablemente, el elemento que más claramente diferencia la CHC de otras comunidades de la investigación social: un sesgo culturalista que tiene su origen en el reconocimiento (cuya validez no corresponde interrogar aquí) de una cierta irreductibilidad y centralidad de la dimensión cultural en los futuros procesos de democratización de la sociedad nacional²³.

Esta apuesta por la centralidad de lo cultural se nutre, también, de la constatación de otros fenómenos que eventualmente advertirían sobre las crecientes dificultades para sustentar la vigencia de una opción marxista o funcionalista en la producción de saberes. Estos fenómenos no corresponden a procesos específicamente chilenos ni solamente latinoamericanos, sino que tienen que ver con transformaciones profundas en el ámbito global, entre las cuales cabe destacar: el desencanto cada vez más extendido respecto de los socialismos reales; la irrupción

23. La dimensión cultural no se restringe, en esta acepción, a la producción intelectual y artística de una sociedad, sino que hace referencia al imaginario social, la normatividad interiorizada por la sociedad, las pautas de vida cotidiana y relación social, los lenguajes de comunicación, las utopías compartidas, la sensibilidad gregaria, etc.

de una nueva sensibilidad cultural postmoderna que desconfió de los discursos del progreso o de las racionalidades únicas, y que reconoce y exalta a la vez un mundo discontinuo y fragmentado; una «nueva onda» tecnológica en el campo de la informática y de las telecomunicaciones, que no sólo altera las relaciones económicas sino también las nociones previas de unidad nacional, soberanía y desarrollo industrial; la ofensiva ideológica neoliberal, estrechamente vinculada a la apertura de mercados, al auge del capital financiero y al rebrote vigoroso de una cultura economicista y de una visión mercantilizada de los lazos sociales; el peso de la deuda externa y de la crisis en América Latina, que asume el carácter de crisis estructural y de crisis de los modelos de desarrollo que primaron por décadas en el «imaginario político-económico» de la región; y la nueva sensibilidad pluralista y democratizante en todas las latitudes del mundo, con el dato sin precedentes que en América del Sur, por primera vez en la historia republicana del subcontinente, todos los países cuentan —o contarán en un futuro inmediato— con gobiernos elegidos por votación popular.

En la visión de la CHC este conjunto de transformaciones aparece interpelando con tal radicalidad a las tradiciones marxista y funcionalista, que no cabe sino reubicar el análisis de los procesos sociales en una línea nueva. La opción por lo cultural aparece, en este sentido, no sólo deducida de una nueva utopía de democratización exhaustiva (donde lo exhaustivo alude sobre todo a la trama cultural de lo social y lo político); pero también aparece como la posibilidad de reciclar la invención del cambio societal mediante la valorización de aquello que en la investigación social positiva y en la tradición marxista nunca contó con el centro de atención: la dimensión de lo cultural. Por último, este nuevo énfasis responde no sólo a una nueva utopía y a una necesidad de marcar diferencias con tradiciones previas en la producción del saber. También obedece a la certidumbre —por lo demás muy evidente— de que los cambios producidos en la escena mundial, resumidos más arriba, impactan fuertemente lo cultural.

Si la CHC privilegia elementos tales como el imaginario social, el orden simbólico, los lenguajes de comunicación, la vida cotidiana, las utopías emergentes o descartadas, las nuevas formas de la sensibilidad ciudadana o la ruptura de racionalidades predominantes, ello obedece precisamente a la constatación de que todos estos elementos han sido radicalmente remecidos, y que es *ese remezón el que le otorga centralidad*

*a lo cultural o el que permite comprender la centralidad de lo cultural*²⁴. Si la emergente CHC ha echado mano de fuentes disciplinarias o teóricas tales como la etnometodología, la antropología, la lingüística, la teoría crítica, la antipsiquiatría, el psicoanálisis, el interaccionismo simbólico, la semiótica, la epistemología, la sociología de la cultura o la literatura, es porque allí encuentra herramientas adecuadas para esta reorientación hacia la dimensión cultural de los fenómenos sociales²⁵.

Residuales o alternativos: una duda por resolver

No es este el lugar para ponderar en qué medida la recomposición del campo de producción de saberes sociales en Chile obedece a los cambios globales, a los regionales o a los propiamente nacionales; pero no cabe duda que dicha recomposición se ha visto determinada —y seguirá, probablemente, determinada— por las transformaciones producidas en los tres niveles. No cabe duda, tampoco, que la autorrevisión en las comunidades de investigadores sociales, así como la constitución de una nueva sensibilidad en la producción de saberes sociales, guardan estrecha relación con tales transformaciones.

Las transformaciones aludidas han producido entre los científicos sociales una oleada de marcado desencanto respecto de las utopías que en las décadas anteriores movilizaron y orientaron sus actividades de producción teórica. En este contexto, la nueva sensibilidad humanista-crítica puede aparecer inicialmente como un campo residual en el que van a encontrar un refrescante reposo los desencantados del desarrollismo y de las viejas izquierdas latinoamericanas, y que a la vez se resisten a ser absorbidos por la ofensiva neoliberal o por el llamado «realismo político» de las democracias emergentes. Dicho campo incorpora no

24. Ver al respecto, por ejemplo, el libro de Pedro Morandé ya citado, y sobre todo un libro más reciente, bastante alegórico, de Bernardo Subercaseaux: *Fin de siglo, la época de Balmaceda: modernización y cultura en Chile*, Santiago, CENECA—Editorial Aconcagua, 1988. También desde la perspectiva postmoderna, autores como Nelly Richard han enfatizado esta crisis de imaginario social y la centralidad de lo cultural.

25. Veremos más adelante cómo este privilegio por la dimensión cultural de los fenómenos sociales y la utopía de la democratización exhaustiva determina el tipo de actores sociales, fuentes teóricas y prácticas sociales a privilegiar.

sólo la crítica de las utopías provistas por el desarrollismo o el marxismo: también incorpora la crítica de los enfoques y métodos de investigación, de los actores sociales privilegiados por dichas tradiciones del saber, y del tipo de articulación orgánica que las tradiciones preexistentes previeron para orientar la producción del saber hacia la intervención sobre la realidad social.

El desplazamiento de cientistas sociales desde las comunidades tradicionales de la investigación social hacia la constitución de un nuevo «espacio vital» de producción de saberes es susceptible de una doble interpretación. Por un lado, como la formación casi espontánea de un campo residual, sin identidad propia, cuya especificidad está solamente dada por su carácter de marginal respecto de las tradiciones predominantes en la investigación social. Por otro lado, como la constitución de un campo heterodoxo, que reúne tanto a viejos desencantados como a nuevas generaciones formadas bajo la égida de muchas y muy variadas referencias doctrinarias, y que constituye una alternativa para los «nuevos tiempos» y para la nueva cultura.

El escaso tiempo de sedimentación impide, empero, determinar en qué medida se trata de un campo residual de identidad negativa o de un espacio vital alternativo que encarna la necesaria actualización en la producción de saberes sociales. La propia heterodoxia en fuentes y prácticas de investigación en la CHC, así como su falta de articulación claramente reconocible entre la producción de saberes sociales y la intervención de dichos saberes sobre la realidad social, torna difícil toda afirmación taxativa en este respecto. Probablemente lo que sigue del presente trabajo contribuirá a mostrar que ambas interpretaciones son momentos o partes de una misma verdad, y que la naturaleza de esta tradición emergente, que aquí he dado en llamar la CHC, constituye *al mismo tiempo* un espacio vital residual para la producción de saberes, y una alternativa emergente que ocupará progresivamente en la investigación social, y en la intervención de las ciencias sociales sobre la realidad social, un espacio comparable al que han tenido tradiciones tales como la investigación social positiva o el marxismo en sus diversas vertientes.

3. De la utopía a la praxis. El humanismo crítico en el campo de la investigación social

Las consideraciones previas respecto al tipo de horizonte utópico que orienta la percepción en el campo del humanismo crítico, así como su énfasis en la dimensión cultural de los fenómenos sociales, marca de manera significativa los distintos aspectos de la investigación social que esta tradición habrá de emprender. Tales aspectos serán resumidos en el presente capítulo bajo la siguiente tipologización:

- Los valores que se deducen del metavalor utópico de democratización exhaustiva;
- Las fuentes en la literatura de las ciencias sociales que tienden a ser apropiadas por la CHC para la posible legitimación de los valores básicos compartidos por dicha comunidad, y para su consiguiente uso en el análisis de los fenómenos sociales;
- El tipo de *procesos sociales* y *actores sociales* que privilegian los investigadores como objeto de estudio, sea porque encarnan, problematizan o niegan tales valores;
- Los correlatos que se establecen entre los procesos y actores, y otros procesos y actores análogos en otras sociedades nacionales;
- La escala de realidad a la que la producción de conocimientos se extiende o restringe;
- La disposición del investigador frente a su propio objeto, vale decir, qué metodologías privilegia en su campo de producción de saberes, y qué tipo de compromiso (epistemológico, cultural, político, técnico, y/o psicológico) adquiere con los actores y procesos sociales que intenta poner de relieve;
- El marco institucional que sostiene o ampara la producción de saberes de la CHC; y
- La articulación entre los conocimientos producidos a lo ancho de la CHC, o dicho de otro modo, cómo se organizan los conocimientos entre los pares que forman parte de la tradición referida, a fin de generar un espacio con cohesión interna y reconocimiento externo.

Valores

A partir de la meta-imagen de democratización exhaustiva, la CHC deduce una serie de valores asociados a los que les asigna fuerza

normativa. Entre ellos, los siguientes abarcan el grueso del espectro axiológico en cuestión:

a. Participación. En el marco de la democratización exhaustiva la participación es entendida en un sentido fuerte y en varios sentidos a la vez: como acceso a las decisiones que afectan el entorno inmediato en que se desenvuelven los sujetos y sus proyectos de vida; como visibilidad progresiva de demandas y necesidades de los sujetos en el debate público y frente al sistema político; como reconocimiento, por parte de los demás, de las necesidades y capacidades propias de cada cual; y como identificación con movimientos colectivos que pueden definirse por espacios (comunitario, local o regional) o por tipo de reivindicaciones (culturales, de necesidades básicas, de género, de edad, etc.). En cualquier caso hay un privilegio de la participación directa, multidireccional, no jerarquizada y permanente, todo ello en virtud del principio de democratización exhaustiva²⁶.

b. Pluralismo. Este valor también cobra en el humanismo crítico una acepción fuerte: no se restringe al libre mercado de ofertas políticas ni a la ausencia de restricciones ideológicas en el sistema político, en los espacios públicos, en las instituciones educativas y en los medios masivos de comunicación. Si bien incluye tales dimensiones, coloca el énfasis en la diversidad de cosmovisiones y en la afirmación de las distintas identidades socio-culturales de la sociedad: la afirmación de la mujer, de las etnias, de los marginados, de los esotéricos, de los comunitaristas, de los saberes locales o populares, y de todas aquellas organizaciones no reconocidas por la cultura dominante ni por la política dominante (ni por las culturas políticas dominantes). Dicho pluralismo se afirma por oposición al etnocentrismo y al iluminismo²⁷, y encuentra su expresión más clara en el entusiasmo del humanismo

26. Véase al respecto los siguientes trabajos que, a nivel latinoamericano o en distintos países de la región, ilustran sobre el valor de la participación dentro del metavalor de la democratización exhaustiva: José Luis Castagnola «Participación y movimientos sociales», Montevideo, *Cuadernos del CLAEH* N° 39; Fabio Velázquez, «Crisis municipal y participación ciudadana en Colombia», Bogotá, *Revista Foro*, N° 1, 1986; Jordi Borja, «Participación, ¿Para qué?», Bogotá, *Revista Foro*, N° 1, 1986; Martín Hopenhayn, «La participación y sus motivos, partes I y II», Lima, *Revista Acción Crítica* N° 24 y 25, 1988 y 1989.

27. El Iluminismo, entendido aquí en su aspecto coercitivo e instrumental, tal como ha sido criticado desde Adorno a Horkheimer (*op. cit.*) y más tarde abiertamente descalificado por el postmodernismo.

crítico por los llamados «nuevos movimientos sociales», así como por todas aquellas expresiones fragmentarias irreductibles a la racionalización occidental-moderna²⁸.

c. Comunitarismo. Si la democratización exhaustiva supone que las relaciones democráticas han de generarse y propagarse a lo ancho de *todo* el tejido social, y no sólo en la relación político-institucional entre Estado y sociedad civil, entonces forzosamente han de privilegiarse las escalas de sociabilidad donde la desjerarquización, la participación directa y la afirmación de identidades son más palpables. Estas escalas son las de los espacios pequeños, llámense locales o comunitarios. De allí que muchos de los cientistas sociales comprometidos en una perspectiva humanista-crítica aboguen por el fortalecimiento de los espacios locales, exalten la participación comunitaria, y guarden especial simpatía por las organizaciones de base de diverso tipo. En cierto modo, la utopía de la democratización exhaustiva encuentra su anclaje o su embrión en la escala comunitaria²⁹.

d. Minimalismo. Complementario al comunitarismo es el valor asignado a la vida cotidiana y a las estrategias de supervivencia en la constitución de los sujetos. El mismo privilegio de la dimensión cultural

28. Respecto de el rescate de los movimientos sociales como portadores de nuevas racionalidades, véanse por ejemplo, también en el ámbito latinoamericano, los siguientes textos: Elizabeth Jelin, *Movimientos sociales y democracia emergente*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987; Fernando Calderón (comp.) *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, CLACSO, 1986; Fernando Calderón y Mario R. dos Santos, «Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación» en *Cultura política y democratización*, op. cit.; Tilman Evers, *Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais*, Brasil, Novos Estudos, CEBRAB, 1984; Luis Alberto Restrepo, «El protagonismo político de los movimientos sociales: características, condiciones de su surgimiento, perspectivas actuales y futuras», Bogotá, *Revista Foro* N° 2, 1987. En el caso chileno, el interés por el tema de los movimientos sociales en la investigación sociológica es evidente. Prueba de ello es que en el último DIRINS (Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo), confeccionado conjuntamente por el Centro de Investigación y Planificación del Medio Ambiente (CIPMA) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y editado en septiembre de 1989, 13 de los centros de investigación que figuran en el catastro tienen, entre sus temas centrales, el estudio de los movimientos sociales.

29. En Chile, el aporte de más vuelo teórico en este sentido lo constituyen los libros de Luis Razeto publicados por el Programa de Economía del Trabajo (*Economía de solidaridad y mercado democrático*, Tomos I y II, 1985; y *Las organizaciones económicas populares*, 1983). También ofrece una interpretación totalizadora el texto de CEPAAUR—Fundación Dag Hammarskjöld, «Desarrollo a escala humana, una opción para el futuro». *Development Dialogue*, Número Especial, 1986.

lleva a la CHC a buscar en la vida cotidiana y en las estrategias de supervivencia no sólo los elementos explicativos de las identidades sociales, sino además a exaltar el campo de lo cotidiano —de las «pequeñas estrategias», los intersticios, las conquistas provisorias, los goces precarios— como una suerte de relevo para los viejos y grandilocuentes sueños liberadores.

e. Resistencia. Frente a las racionalidades dominantes y a los discursos omnicomprensivos del poder (autoritarismo político, etnocentrismo, economicismo, instrumentalización, sexismo, etc.), se valoran todas aquellas iniciativas y discursos que puedan constituir formas de resistencia puntual a la pretensión de dominio universal de las racionalidades prevaletentes³⁰. La resistencia aparece dotada *en sí misma* de una especial valoración, trátase de la resistencia de identidades locales contra las centrales, de la mujer contra el patriarcado, de los excluidos mediante formas de contraviolencia o de convivencialidad alternativa, del arte que cifra lenguajes contra los lenguajes vigentes, de fragmentos culturales marginados o automarginados de las distintas formas de etnocentrismo. Resistir es afirmar la diferencia, producir lo irreductible a los discursos del «gran poder» y, al mismo tiempo, lo que pone en evidencia la ampulosidad de los discursos del poder.

f. Desarrollo integral y desarrollo personal. La democratización exhaustiva supone el desarrollo de «todas las personas y de toda la persona»: tal es la formulación más precisa —y más vaga— de la utopía humanista crítica. Aquí el humanismo crítico retoma —Fromm y Marcuse mediante— el concepto de libre y plena actualización de las potencialidades de la persona³¹. La valorización del desarrollo integral y personal en el humanismo crítico incluye distintos aspectos que pueden priorizarse según el momento, el actor, o la sensibilidad del cientista social: aspectos psicoterapéuticos, espirituales y/o místicos, comunitarios, culturales, y expresivos y/o artísticos.

30. En ello influyen fuentes muy variadas: desde los artículos de Adorno y *El hombre rebelde* de Camus, hasta el célebre *Vigilar y castigar* de Michel Foucault y el enigmático texto de Gilles Deleuze intitulado *El Antiedipo*.

31. Esta concepción del sujeto es la cristalización de una larga trayectoria del humanismo que, como lo han mostrado Martin Buber y otros, recorre la modernidad. En cierta manera, Erich Fromm y Herbert Marcuse, en la línea del humanismo socialista, oponen esta figura del «libre desarrollo de las potencialidades» a la imagen de la sociedad alienada y de la alienación en todas sus formas. Para ello, vuelven al Marx joven, al de los *Manuscritos*.

g. Interdisciplinariedad. Si bien este no es un valor ético ni social, sino epistemológico o metodológico, también puede cobrar por momentos ribetes éticos. Esto ocurre cuando, desde la perspectiva humanista crítica, se sostiene que el reduccionismo de las disciplinas conlleva a visiones totalitarias de la realidad donde los sujetos sociales son unilateralmente «construidos» por la práctica del analista (economicismo, psicologismo, sociologismo, etc.). La práctica interdisciplinaria —y, más enfáticamente, la *actitud* interdisciplinaria— constituyen, por lo mismo, una suerte de antídoto contra el efecto constrictivo de la teoría social. La interdisciplinariedad sería, en consecuencia, una especie de correlato del pluralismo en el campo de la investigación social, o de correlato epistemológico para el concepto normativo de «desarrollo integral»³².

Referentes en la literatura

He señalado que la CHC es altamente heterodoxa en sus orientaciones y en las influencias teóricas y disciplinarias de las cuales se nutre. Por lo tanto, resulta infructuosa la tarea de inventariar los autores, las disciplinas y las corrientes de la teoría social que constituyan las influencias decisivas en las opciones epistemológicas, metodológicas y temáticas de los científicos sociales comprometidos con esta tradición. La misma brevedad de trayectoria de este «espacio de producción» hace que la primacía de unos referentes sobre otros sea, hasta el momento, variable y alternable. Por otra parte, como la heterodoxia se justifica por la convicción de que es la situación o el problema concreto el que debe llevar a la elección de las herramientas disciplinarias pertinentes, entonces no hay fuentes imperativas. A diferencia del marxismo, donde el peso de la exégesis de ciertas fuentes ha tenido una considerable importancia para el análisis de procesos históricos nacionales y de coyunturas sociopolíticas concretas, en la CHC no hay «textos sagrados» sino una apropiación *ad hoc* en una gama muy amplia de referentes disponibles.

Por otra parte, dado que la interdisciplinariedad constituye un valor propio de la CHC, las fuentes utilizadas se expanden todavía más:

32. Esto es muy evidente en el texto de CEPUR y citado, intitulado «Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro».

la combinación de heterodoxia en enfoques y diversidad en disciplinas arroja un número casi inconmensurable de referentes teóricos de la literatura social, susceptibles de uso y apropiación por parte del espacio productivo del humanismo crítico. Esto lleva a reconocer como referentes válidos autores tan heterogéneos entre sí como Marcuse, Foucault, Frankl, Habermas, Fromm, Bahro, Baudrillard, Sartre, Hinkelammert, Wright Mills, Garfinkel, Hanna Arendt, Carl Rogers, Schumacher, Gadamer, Maslow, Barthes, Laing y Cooper, Fals-Borda, Pedro Demo, Iván Ilich, Tilman Evers, Ignacy Sachs, Paulo Freire, los teólogos de la liberación, Bloch, Agnes Heller, Adorno-Horkheimer, Fritz Perls, Lyotard, Heidegger, Gianni Vattimo, Laclau, Marleau-Ponty, Gilles Deleuze; y en el país, una gama igualmente amplia que incluye a referentes tan heterogéneos como Norbert Lechner, Manfred Max-Neef, Luis Razeto, Eduardo Sabrovsky, Luis Weinstein, Nelly Richard, Humberto Gianini, Gabriel Salazar, Pedro Morandé, Humberto Maturana, Luis Flores, Fernando Mires, Alejandro Rojas y otros. En términos de corrientes teóricas, la heterogeneidad también es notoria: postmodernismo, el «otro desarrollo», interaccionismo simbólico, corrientes hermenéuticas, fenomenología aplicada, etnometodología, antipsiquiatría, enfoque de necesidades básicas, enfoques de economía popular, enfoques de atención primaria en salud, corrientes de educación popular, corrientes sobre salud mental, enfoques sobre religiosidad popular, enfoques sobre desarrollo personal, epistemologías holísticas, semiología aplicada, psicomística, ecologismo postmarxista, cristianismo popular, etc. Por último, en términos de disciplinas la gama va desde lo más abstracto (la filosofía y la física) hasta lo más concreto (la microhistoria, la antropología de historias de vida, la sociología de lo cotidiano). Especialidades y subespecialidades proliferan a su vez según dinámicas de consumo teórico cuyas causas pueden incluso ser aleatorias: condicionamiento del financiamiento, modas tribalizadas, o contingencias sociales cuyo esclarecimiento exige cambios de herramientas.

Las referencias recién aludidas son sólo ejemplificaciones de la diversidad de fuentes susceptibles de uso por parte de las prácticas de investigación en la CHC. En ningún caso pretenden agotar un universo que, por definición, es abierto, dinámico y discontinuo.

Procesos y actores

Los procesos y actores sociales que la investigación social humanista-crítica privilegia son, por lo general, aquéllos que no han constituido el centro de atención de tradiciones pre-existentes de la investigación social en Chile y que, conforme a la percepción de los científicos sociales de esta nueva tradición, materializan —o problematizan— con mayor intensidad los valores señalados más arriba: participación, pluralismo, comunitarismo, resistencia, minimalismo, desarrollo integral y desarrollo personal³³.

En este marco, los procesos que la CHC privilegia, en tanto objeto de investigación, pueden resumirse del siguiente modo:

- Procesos de participación comunitaria en espacios urbanos reducidos y socialmente homogéneos, en los cuales un grupo de personas o familias se organiza para autogestionar bienes o servicios tales como infraestructura de vivienda, productos alimentarios, programas de capacitación y de educación, atención pre-escolar, mejoramiento del medio ambiente, plantación de huertos comunitarios o ingresos³⁴.
- Procesos de afirmación de identidades colectivas, sean éstas de corte social, sexual, etéreo, espacial o étnico, en los que los actores

33. No es cuestión de examinar aquí los grados de coherencia entre valores adscritos y actores/procesos privilegiados por la investigación social. Esta coherencia es, por cierto, susceptible de muchos cuestionamientos.

34. La bibliografía que permite ilustrar sobre trabajos orientados en este ámbito es vasta y su rango científico es variable. Una de las recopilaciones más rigurosas es la realizada conjuntamente por UNICEF y la Universidad de Columbia, bajo el título *Del macetero al potrero: el aporte de la sociedad civil a las políticas sociales*, Santiago, 1986. Allí se recopila una docena de artículos escritos en base a la experiencia de diversas organizaciones no gubernamentales en áreas vinculadas con la participación comunitaria: educación popular, atención primaria en salud, tecnologías apropiadas, agricultura orgánica, organizaciones económicas populares y talleres de aprendizaje. Entre los centros de investigación que destinan parte importante de sus actividades a la promoción de la participación comunitaria pueden mencionarse, a modo de ejemplo, los siguientes: CENECA y ECO en animación de grupos juveniles a escala comunitaria; CREAR en el trabajo de participación con los Aymaras en el norte de Chile; el Taller Norte en experiencias de ayuda mutua; CEAAL, y OPDECH en la organización de Cooperativas; INPRODE, PAESMI, SUR y El Canelo de Nos en iniciativas de desarrollo local; el PET en el estudio y la promoción de organizaciones económicas informales; CAPIDE, CIDE, PíEE, SERPAJ y TIDEH en educación popular; y más de veinte centros de investigación y promoción dedican esfuerzos a la capacitación en la comunidad (información extraída del DIRINS de 1989, Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo, op. cit.)

comprometidos explicitan diferencias constitutivas respecto del poder, la economía o la cultura dominantes, y establecen demandas que interpelan críticamente el orden vigente.

- Iniciativas de resistencia civil al autoritarismo militar, sobre todo en lo que se refiere a movilizaciones contra la tortura y en defensa de los derechos humanos, y todo el discurso gestual y expresivo que acompaña este tipo de movilizaciones. No obstante, el campo de resistencias que despiertan el interés y la adhesión del humanismo crítico se extiende más allá de las acciones de impugnación al autoritarismo militar, incluyendo, como señalé antes, la resistencia de las mujeres al patriarcado, de los excluidos a los excluyentes, de las culturas autóctonas o fragmentadas al etnocentrismo en sus distintas formas, etc³⁵.

- Procesos de desarrollo local y de autonomías regionales, reivindicados como formas de oposición al centralismo, al estatismo, y al burocratismo y, en términos positivos, como vehículos de la participación y de la dimensión cultural del desarrollo³⁶.

- Corrientes u «ondas» espirituales, e incluso esotéricas, de escala variable y perdurabilidad relativa, que no sólo cuestionan la cultura dominante sino también las formas de conocimiento académico y el sentido del saber en general, y ponen en tela de juicio las mentadas virtudes de la razón y el intelecto para el desarrollo de las personas y de la sociedad. En la misma dirección apuntan múltiples iniciativas en torno al llamado crecimiento personal, donde el cambio social es visto

35. En este ámbito los aportes más importantes provienen de organismos de investigación y promoción de los derechos humanos (Asociación Chilena de Investigaciones para la Paz, Comisión Chilena de Derechos Humanos, Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, Grupo de Estudios Constitucionales, Servicio de Paz y Justicia, etc.). También constituyen un aporte en este sentido diversos trabajos de psicología social relacionados con los efectos y reacciones psicosociales a la represión. Una buena síntesis de la amplia gama de aportes emanados desde esta perspectiva puede encontrarse en la recopilación hecha por Jorge Osorio y Luis Weinstein, *La fuerza del arcoiris: movimientos sociales, derechos humanos y nuevos paradigmas culturales*, Santiago, CEAAL, 1988. Dicha publicación recoge un total de 26 artículos e intenta ligar el tema de la promoción de los derechos humanos al de una nueva cultura política y nuevos paradigmas culturales.

36. La literatura producida en torno a este eje muestra grandes diferencias de escala: de un lado, registro de micro-experiencias comunitarias o de pequeños espacios en los que se intenta, desde un agente externo, introducir formas de organización y gestión que permitan activar el potencial existente en materia de recursos naturales y humanos. Del otro lado, documentos generales sobre los beneficios de la descentralización y los males de la burocracia estatal.

como la multiplicación de cambios cualitativos en el plano personal mediante la experimentación psicoterapéutica, sobre todo a escala grupal, y la incorporación de dimensiones no intelectuales a los procesos de aprendizaje —la intuición, la afectividad, la percepción y/o la comunicación no verbal—³⁷.

- Experiencias expresivas y/o comunicacionales en las que se identifican fenómenos tales como apropiación o invención de símbolos colectivos, formas específicas en el uso del lenguaje por parte de distintos actores, nuevas propuestas artísticas con renovación de códigos estéticos, o iniciativas de producción o promoción de nuevos códigos de lenguaje³⁸.

- Nuevas formas de práctica cognoscitiva, donde muchas veces el objeto es el propio investigador social quien, a partir del cuestionamiento de las formas vigentes de producción de saberes, conceptualiza alternativas tales como la investigación-acción, el conocimiento cualitativo, la investigación participativa, el aprender a aprender, las iniciativas interdisciplinarias, etc.³⁹.

- Programas de ayuda social con nuevas formas y contenidos en que se enfatiza la recepción activa —o la participación— de los beneficiarios, y donde los agentes externos suelen ser organizaciones no

37. Casos ilustrativos son los trabajos del psiquiatra Luis Weinstein y de la institución que él coordina —el TIDEH, Talleres de Investigación en Desarrollo Humano—, así como las publicaciones surgidas a partir de las visitas que hiciera a Chile Vimala Takhar, discípula hindú de Krishnamurti. Antecedentes a esta línea pueden encontrarse en la trayectoria del llamado Grupo Arica, formado hace casi veinte años por Ichazo y Claudio Naranjo, y por el gran poder de irradiación ejercido por Lola Hoffmann, ya fallecida. En todos ellos puede rastrearse un discurso de confluencia entre el desarrollo espiritual, el cambio cultural y la paz social.

38. Al respecto merecen destacarse, entre otros, los trabajos de Nelly Richard, Bernardo Subercaseaux, Federico Schopf y Adriana Valdés respecto de la producción de la plástica y la literatura; de Manolo Canales, Irene Agurto, Guillermo Sunkel y Eduardo Valenzuela en el ámbito de la expresión popular; y sobre todo, una infinidad de artículos dispersos en revistas tales como *Noreste*, *El espíritu de la época*, *Kritica* (actualmente de nombre *Kappa*), *La Bicicleta* (que fue pionera), *Qué Hacemos*, *Número Quebrado* y algunas páginas de la Revista *Apsi*.

39. En este campo los aportes cubren un espectro temático muy amplio, que se remonta desde la epistemología fenomenológica de Humberto Maturana, basada en los hallazgos de la biología, hasta los aportes originados en el campo de la educación popular, como es el caso de los documentos producidos por centros como CIDE, PIEE o El Canelo de Nos, pasando por niveles intermedios entre la especulación y la acción, como pueden ser los de Luis Weinstein, Antonio Elizalde y Manfred Max-Neef. Sin duda, las influencias más significativas provienen de otros países de América Latina, y la constituyen autores tales como Orlando Fals Borda, Pedro Demo, Paulo Freire e Iván Illich.

gubernamentales, y sólo rara vez alguna instancia pública. Estas iniciativas incluyen programas de educación de adultos, de atención primaria en salud, de autoconstrucción de viviendas, de atención pre-escolar, de tecnologías apropiadas, de salud mental, etc.⁴⁰.

- Uso de saberes tradicionales y autóctonos, tales como la medicina popular, la religiosidad popular, técnicas no industriales de producción agrícola o la fabricación artesanal de productos diversos.

Los actores que la investigación social de filiación humanista crítica tiende a privilegiar son aquéllos involucrados en los procesos recién señalados. Entre éstos cabe mencionar los siguientes:

- Los pobres, llámense «informales», «marginales», «excluidos» o simplemente, «pobres». Por cierto, la categoría es muy amplia, y puede desglosarse en subcategorías tales como: i) Los comunitarios urbanos y rurales, vale decir, aquéllos cuyas estrategias de supervivencia se centran en la autogestión colectiva, sea en el campo de la producción, del aprendizaje o del consumo⁴¹; ii) La juventud popular, sobre todo porque ocupa un espacio de intersección de resistencias y conflictos (generacionales, sociales y políticos)⁴²; iii) Los pobres violentos, vale decir, aquéllos que responden a la exclusión con distintas formas de contraviolencia.

- Los reprimidos y los movimientos contra la represión, sobre todo durante los años más «duros» del autoritarismo militar, en que los movimientos en defensa de los derechos humanos y contra la tortura y la represión eran, por su sola presencia, un acto de integridad moral y valentía. En la actualidad estos movimientos también despiertan el

40. Véase, por ejemplo, *Del macetero al potrero*, op. cit., así como el registro de experiencias ofrecido por la Revista de El Canelo.

41. Respecto de los informales, contrasta la visión negativa de los trabajos del PREALC o de la CEPAL con la visión de rescate propuesta desde la CHC, en la cual la informalidad, más que indicador de involución social, aparece como embrión de nuevas formas de convivencia. En Chile, los libros ya citados de Luis Razeto aparecen como el esfuerzo más logrado en esta última línea de interpretación. Una síntesis de esta visión de la informalidad puede encontrarse en Martín Hopenhayn, «Nuevos enfoques sobre el sector informal», Madrid, *Revista Pensamiento Iberoamericano* N° 12, julio-diciembre 1987.

42. Al respecto son relevantes las investigaciones de autores ya citados, tales como Eduardo Valenzuela, Irene Agurto, Manolo Canales, como también el amplio registro de experiencias de animación juvenil con que cuentan organizaciones no gubernamentales como CENECA, FOLICO, ECO y PET, y revistas ya mencionadas, como *Qué Hacemos* y *La Bicicleta*.

interés de la sensibilidad humanista-crítica, en la medida en que representan la memoria de la sociedad violentada y promueven la elaboración colectiva de los «traumas» sociales⁴³.

- Las minorías étnicas, que en Chile no son muchas ni muy numerosas, pero que aparecen, simultáneamente, como víctimas de un alto grado de exclusión y como la explicitación más extrema de la diferencia (¿qué más claramente distinto a lo dominante que lo «no blanco»?). Además, estas minorías despiertan el interés de los humanistas críticos porque aparecen portando otra cultura, otra forma de vida, otros saberes⁴⁴.

- Las mujeres, y no sólo en calidad de sometidas sino también porque desde un eventual discurso de mujeres se pone en evidencia la dimensión patriarcal-autoritaria de la cultura hegemónica, y se interpela al conjunto de la sociedad respecto de una amplia diversidad de formas de dominación.

- Los grupos de base, habitualmente formados por jóvenes en estratos medio-bajos o bajos, muchas veces bajo el amparo o la promoción de parroquias o centros eclesiales, y cuyas actividades pueden ser de tipo productiva, de crecimiento personal, de formación política o cultural, de comunicación grupal, de organización comunitaria, de formación religiosa, etc.⁴⁵.

- Los movimientos contraculturales —el «underground» local—, que incluyen: movimientos juveniles acompañados de determinadas ondas musicales y expresivas; movimientos de producción artística que se plantean la renovación de códigos estéticos, la resistencia al poder por vía de nuevas formas de expresión, y la interpelación crítica del arte dominante; movimientos que, por medio de revistas de circulación restringida, y de actos y gestos «relámpagos», buscan renovar el lenguaje político o al menos objetar los lenguajes en uso en la oferta política; y movimientos anti-consumistas y/o anti-industrialistas que

43. Véanse, al respecto, los trabajos provenientes del FASIC, sobre todo los realizados por Elizabeth Lira y Eugenia Weinstein, así como algunos artículos publicados en la *Revista Chilena de Derechos Humanos*.

44. Según el DIRINS de 1989 (Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo, *op. cit.*), en Chile existen siete centros de investigación que destinan al menos una parte de sus actividades al estudio y la promoción de minorías étnicas. Estos centros son: CAPIDE, CEAAL, CEM, CREAR, GIA, OPDECH y TER.

45. Al igual que en otros países de América Latina, el papel de la Iglesia, a través de sus parroquias comunales, ha sido fundamental en la promoción de grupos de base.

optan por estilos de vida radicalmente distintos (por ejemplo, el retiro a Peñalolén, al Valle de Elqui, etc.), o que le plantean demandas ecológicas a la sociedad⁴⁶.

- Los movimientos eudemónicos, principalmente ocupados en optimizar, por medio del desarrollo personal, los grados de felicidad y de plenitud: grupos espirituales o místicos, grupos de encuentro, grupos de experimentación comunicacional, etc.

- Las organizaciones no gubernamentales, en las cuales suelen desenvolverse los propios investigadores de filiación humanista-crítica, y que con frecuencia se auto-definen como organizaciones que en la práctica se diferencian y oponen a las lógicas asistencialista, estatista, tecnocrática, burocrática, profesionalizante-academicista y lucrativa⁴⁷.

- Los movimientos de religión popular, que en Chile cuentan con la adhesión de sectores muy vastos de la población, y que constituyen una combinación de elementos propios de la moral y doctrina cristianas, con otros elementos de tipo ritual cuyo origen puede encontrarse en aspectos de la cultura popular y la cultura tradicional.

Correlatos exógenos

La CHC se ha nutrido también de correlatos exógenos, vale decir, eventos o procesos acontecidos en América Latina y/o en el mundo que, desde la perspectiva en cuestión, guardan especial correspondencia con los actores y procesos privilegiados por la CHC en la escala nacional. Esto parece ser un recurso necesario dentro de la CHC, pues el tipo de racionalidad —y realidad— que dicha perspectiva objeta asume, a los ojos de la propia crítica, dimensiones universales. De este modo, es necesario encontrar correlatos anti-hegemónicos en otras realidades nacionales, vale decir, ejemplos de actores o procesos sociales que en otras latitudes del continente o del mundo hayan interpelado críticamente el «sistema» o la racionalidad dominante. De este modo se establece una

46. Véanse al respecto algunos autores ya citados, tales como Nelly Richard en la crítica del arte contracultural; y las revistas mencionadas en relación a juventud popular, arte contestatario y resistencia político-cultural.

47. Véase el texto *Del macetero al potrero*, y el Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo, DIRINS, ya citados.

suerte de *continuum planetario* que refuerza las apuestas axiológicas del humanismo crítico.

Los correlatos exógenos que sirven de referencia y complemento para el estudio de las realidades locales son múltiples y diversos, y no se restringen a fenómenos de actualidad. Incluyen, por ejemplo, las movilizaciones de mayo de 1968 en Francia y Alemania, los movimientos por los derechos civiles en Estados Unidos durante los años 60, las experiencias de los *grass-roots* en distintos países industrializados, el caso de Mondragón en España y de Villa El Salvador en Perú (ejemplos de sociedades autogestionarias a escala intermedia), el caso de Solentiname en Nicaragua, las comunidades eclesiales de base en Brasil, los movimientos verdes en Alemania y en otros países de Europa, los movimientos pacifistas y antirrepresivos dentro y fuera de América Latina, y las experiencias de participación comunitaria registradas por las ciencias sociales en países vecinos o lejanos.

En general, los correlatos exógenos cobran fuerza en la sensibilidad humanista crítica porque configuran allí un tejido de actores y procesos que encarnan la participan directa, rechazan la civilización capitalista industrial, revalorizan la pequeña escala, impugnan el estatismo y la burocratización de las relaciones humanas, relativizan la razón occidental, ponen en práctica la solidaridad social en situaciones concretas y, en cierto modo, intentan efectivizar en escala molecular la utopía democratizadora.

Escalas de realidad

Las escalas de realidad a las que se remite la producción de saberes sociales en el «registro» humanista-crítico son poco claras. La proclama de «obrar localmente y pensar globalmente», tan cara a los paladines del desarrollo alternativo, le plantea al cientista social que la adopta serios problemas prácticos y epistemológicos. Por un lado la macrocrítica y por otro lado la micropropuesta. Aquí la pequeña escala, y un poco más allá la utopía universal. De una parte el rescate de lo molecular, de otra parte las grandes tesis de antropología filosófica o las teorías universales sobre necesidades humanas⁴⁸.

48. Véase el texto de CEPUR y los de Razeto ya citados, así como mi texto intitulado *Las necesidades humanas y la aventura del desarrollo*. Santiago, CEPUR.

La crítica a la civilización industrial *en su conjunto*, que el investigador puede usar de contexto explicativo o hermenéutico para una entrevista en profundidad o en una historia de vida individual (a un poblador de la periferia capitalina, a un campesino de una cooperativa, a un testigo de Jhová), plantea una brecha epistemológica difícil de saldar entre el alcance de la hipótesis y la legitimidad de la evidencia.

Pese a esta brecha, el contraste adquiere un sentido dialéctico, puesto que *lo singular* aparece, en la interpretación humanista-crítica, constituido como *negación viva* (o concreta, o carnal, o irreductible) de un orden universal. Detenerse y privilegiar la escala de lo micro —trátase de movimientos sociales locales, iniciativas de base, constitución de colectivos solidarios, experiencias comunicativas o de desarrollo personal, resistencias puntuales— no aparece para la CHC como una reducción arbitraria y caprichosa del universo de lo social, sino una forma de poner de relieve el *juego de oposiciones* entre fuerzas de resistencia que tienden a la emancipación y fuerzas dominantes que tienden a la alienación. Su validez radica, precisamente, en *patentizar* la tensión entre estas lógicas.

Sin embargo, dos objeciones resultan difíciles de rebatir en este punto. La primera cuestiona un cierto sesgo ingenuo o maniqueo del investigador comprometido en las filas del humanismo crítico, en virtud del cual se traza, con excesiva ligereza, una línea divisoria entre los actores que portan la marca de la dominación y aquéllos que aparecen como embriones de la emancipación. Muchas veces el investigador reparte el bien y el mal entre los distintos agentes sociales y soslaya excesivamente la naturaleza heterogénea de los propios actores, como si éstos fuesen enteramente prístinos o completamente crepusculares.

1976, y el texto de Luis Weinstein, *La racionalidad integradora y el desarrollo alternativo*, Santiago, CEPUR, 1985. Algunos referentes externos pueden ser los siguientes: Max-Neef, Mallman y Aguirre, *La sinergia humana como fundamento ético y estético del desarrollo*, Argentina, Fundación Bariloche, 1978; Tibor Scitovsky, *The Joyless Economy: An Inquiry Into Human Satisfaction and Consumer Dissatisfaction*, Oxford University Press, 1976; Dag Hammarskjöld Foundation, *Qué Hacer*, Uppsala, 1976; Abraham Maslow, *The Farther Reaches of Human Nature*, Nueva York, The Viking Press, 1971; E. F. Schumacher, *Small is Beautiful*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1975; Erich Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, trad. de F. M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 9ª edición, 1971; y Oscar Varsavsky, *Marco histórico constructivo para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1975.

Por cierto, ésta no es una regla general, sino una tendencia que podría minimizarse si la CHC aplicara su notable rigor crítico a sus propias prácticas teóricas.

Una segunda objeción respecto de la escala en que se sitúa la mirada del CHC se refiere al salto acrobático ya señalado entre el pequeño caso y la gran propuesta. Se señaló anteriormente que esta tradición incipiente carece de una teoría del cambio, y esto obliga precisamente a esta acrobacia hiperinductiva mediante la cual el investigador se remonta de un caso sintomático a una antropología filosófica; de un ejemplo empírico a un principio ético; de una experiencia comunitaria a un proyecto de país. Se echan de menos una serie de instancias intermedias de análisis, escalones que medien entre la teoría y la realidad, y entre la realidad y el proyecto de mundo.

Por cierto, este problema de brechas entre escalas de acercamiento a la realidad social no descalifica, como opción de conocimiento y producción de saberes, a la CHC. En esto, y una vez más, su debilidad puede ser también su fuerza: a diferencia de otras tradiciones, no ha agotado todavía sus posibilidades de construcción social, sino que cuenta con un importante espacio abierto, de meso-escala, reservado a la imaginación productiva.

El investigador frente a su objeto

De los valores éticos asumidos como propios la CHC deduce y adopta opciones epistemológicas, metodológicas y de práctica investigativa. Más allá de la validez científica que estas opciones puedan tener, condicionan en importante medida la forma en que el cientista social encara su propia producción cognoscitiva, y condicionan también la relación que establece —o que intenta establecer— con su objeto de estudio, vale decir, con los procesos y actores sociales que privilegia. De estas opciones me parece pertinente destacar suscitadamente las siguientes:

- La investigación-acción y la *investigación participativa*, lo cual supone que el cientista social estudia su «objeto» interviniendo con él en un proceso de interacción y de determinación recíproca. En otras palabras: los procesos y actores considerados dejan de ser un *objeto* de estudio para convertirse en un sujeto que participa de la propia experiencia cognoscitiva del investigador, y a su vez el investigador participa de

los procesos y sujetos que estudia. En cierto modo esta opción respondería a la imagen de una práctica cognoscitiva des-instrumentalizante y de un cientista social que no reifica los sujetos que pretende comprender. Respondería también al ideal de un conocimiento cuya producción es directamente apropiada por los potenciales beneficiarios de dicho saber en la práctica, sin la intermediación burocrática del *policy-maker* o del político: un conocimiento que se capitaliza en el lugar en que ha sido producido, pero que también modifica «vitalmente» al propio investigador.

- La investigación cualitativa, que se traduce concretamente en recabar historias de vida, formular entrevistas en profundidad, formar talleres de discusión con los sujetos-objetos de la investigación para conocerlos en su dimensión expresiva y afectiva, desarrollar una hermenéutica de los acontecimientos sociales para destacar la producción de sentidos por parte de los actores comprometidos, etc. Si bien como metodología tiene un cuestionable rango científico, responde a la idea de que el instrumental de medición cuantitativa utilizado por la investigación social positiva no es capaz de captar a los procesos y a los actores en sus dimensiones más reales y sentidas, y que sólo el análisis cualitativo y experimental habilita una relación no instrumental entre el investigador y su objeto⁴⁹. De este modo, el conocimiento se «humaniza» en beneficio de un mundo más humano.

- La investigación crítica, que constituye el momento negativo de la producción del saber social en la CHC. Entiéndase por momento negativo el ejercicio permanente de desmistificación, denuncia o desenmascaramiento que el cientista social hace respecto de las lógicas de dominio, y sobre todo respecto de cómo esas lógicas de dominio encarnan —y se disimulan— en discursos que circulan y son parte del consumo simbólico de la sociedad; ya se trate de los discursos que provienen del Estado, que circulan en la publicidad de los medios de comunicación de masas, que emanan desde los partidos o desde las ideologías políticas, o que se arraigan en el ejercicio de profesiones y saberes diversos.

- La reconstrucción especulativa es, al mismo tiempo, el momento más cuestionable y el más desafiante en la producción humanista-

49. Esta dimensión *experiencial*, tomada como fuente legítima y necesaria de conocimientos, tal vez constituye una de las diferencias más claras entre la tradición marxista y la tradición humanista crítica.

crítica. Si el ejercicio crítico termina por objetar hasta las bases mismas de los saberes y las ideologías predominantes, desde las ruinas es necesario construir los cimientos de un nuevo edificio explicativo: una nueva economía política cuando se objetan los fundamentos de la vieja economía política⁵⁰; una nueva teoría sobre la constitución de los actores sociales cuando se han puesto en entredicho las explicaciones prevalecientes; una nueva teoría de las necesidades cuando se ha explicitado la insuficiencia de las teorías previamente «ofertadas»⁵¹; una nueva epistemología cuando se han derribado las viejas epistemologías. No se trata, claro está, de construcciones *ex-nihilo*, sino de una apropiación heterodoxa de fuentes teóricas diversas, cruzadas con la observación y el estudio de fenómenos sociales específicos, de lo cual resultan propuestas de interpretación relativamente novedosas. Estas propuestas suelen traslucir el intento por reconstruir la teoría social en consonancia con los valores éticos previamente interiorizados y explicitados. Su legitimidad está dada, con frecuencia, más por esta coherencia con valores que por la consistencia interna de las propias propuestas de construcción teórica⁵².

El modo en que el investigador se ubica frente a los procesos y actores sociales que intenta poner de relieve en su producción de saberes podría remitirse a un *compromiso del conocimiento con la utopía de la democratización exhaustiva*, compromiso que encarna aquí en un triple movimiento, a saber: i) El intento por sistematizar los procesos y actores en cuestión, vale decir, por establecer la relación entre éstos y la utopía democrática, y las relaciones efectivas o potenciales que podrían existir entre estos procesos y entre estos actores; ii) El intento por *constituirse a sí mismo* en parte de este conjunto de procesos, mediante la penetración más directa y vital posible con los actores-portadores de la democracia y los procesos en que se manifiesta —a los ojos del investigador— el embrión de la democratización exhaustiva; y iii) El intento por *difundir* de la manera más efectiva y exhaustiva el conocimiento social que destaca la relevancia de estos actores para la construc-

50. Ver CEPUR y Razeto, *op. cit.*

51. Véase una nota anterior en que se citan fuentes en relación a nuevas conceptualizaciones de necesidades humanas.

52. Esto no es reprochable: por el contrario, constituye otra forma de entender el campo de producción social, forma que la propia CHC está continuamente explicitando y tematizando.

ción de una democracia radical, y por alentar, en el mundo académico y en el mundo político, la preocupación por estos micro-procesos y estos «pequeños héroes» ocultos en el tejido social.

De este modo, la opción temática es también una opción valórica: se estudian actores de la sociedad que el investigador *construye*⁵³ en tanto portadores, potenciadores o inhibidores del cambio social. Todo ello poblado de sentido desde el horizonte utópico previamente asumido por el propio investigador. La posición del investigador frente a su objeto trasunta, pues, un *interés vital*.

De la misma manera, los procesos y/o prácticas sociales que la investigación ha de poner de relieve son aquéllos que la teoría también busca *precipitar*: procesos que pueden existir en «estado de latencia» o de «incipiencia», de dispersión o de presencia esporádica, y que el investigador desea proyectar en el espacio y en el tiempo, dotarlos frente a la sociedad de un cuerpo más denso, adscribirles una eficacia centrípeta en el cambio social; en suma: forzar un reconocimiento social más extendido del valor y el potencial de determinados procesos que, a los ojos de la CHC, refuerzan la dirección de la historia en el sentido de la utopía que subyace a su propio campo epistemológico.

En cierta manera el investigador sitúa su objeto particular de estudio en el momento de la universalidad: es así como lo investiga y lo construye al mismo tiempo. Ese momento de la universalidad lo facilita la utopía que sirve de horizonte de la acción del investigador, y es, también, el momento en que es posible una suerte de virtual fusión entre el investigador y su objeto: el teórico se funde con los procesos y actores que lo ocupan, amalgamado por una historia que tanto él como sus objetos-sujetos empujan en una misma dirección.

El investigador aporta, por la vía de la investigación participativa, una suerte de «para-sí» para su objeto: el actor investigado gana en autoconciencia merced al compromiso que el cientista social adquiere con él. De este modo el investigador contribuye a la conciencia crítica del actor y a que éste expanda sus potencialidades de participación en procesos de emancipación. Igualmente, el investigador intenta propagar, por la vía de múltiples estrategias de diseminación, la conciencia crítica en todas las esferas de la sociedad.

53. O «libera», o «cataliza», o «precipita», palabras que el investigador de la CHC aceptaría de buen gusto.

Expandir la conciencia crítica, fortalecer la autoconciencia en los actores-embriones de la emancipación, transformarse a sí mismo mediante este proceso de compenetración con los actores y procesos investigados, recuperar los pequeños triunfos de los pequeños movimientos para que arraiguen en memoria histórica y en cultura política: tales parecen ser los roles que el propio miembro de la CHC se prescribe en tanto observador-actor; éstos parecen ser los modos en que el científico social de esta tradición se convierte, desde una nueva sensibilidad y una perspectiva renovada, en una nueva versión de intelectual comprometido con el cambio social.

El soporte institucional

Hasta el momento el soporte institucional de la CHC han sido las llamadas organizaciones no gubernamentales u ONGs. Esto se explica tanto por razones de fuerza externa como por una cierta afinidad entre este modelo de soporte institucional y el tipo de inserción del investigador humanista-crítico en la dinámica de producción de saberes sociales.

La determinación externa viene dada por el hecho de que los principales soportes institucionales que históricamente habían nucleado la producción de saberes sociales en el país se vieron gravemente disueltos o restringidos después del golpe de Estado en 1973. Estos soportes eran las universidades y los partidos políticos y, en menor medida, instituciones del sector público vinculadas a la planificación, al fomento industrial o al desarrollo científico. Mientras las universidades fueron intervenidas, reprimidas e ideológica y culturalmente censuradas por el gobierno militar, los partidos políticos fueron directamente proscritos y perseguidos. Por otro lado, la política de reducción de la participación del Estado en la esfera económica también minimizó, en cantidad y en pluralismo, la producción de saberes sociales en organismos públicos.

Todo esto condujo a los científicos sociales —y no sólo a los de corte humanista crítico, que para entonces eran muy pocos y muy dispersos, sino también a los de otras corrientes, principalmente de izquierda— a nuclearse en torno a instituciones privadas de investigación social, cuyos recursos eran obtenidos mediante donaciones de organizaciones de ayuda al desarrollo o de cooperación internacional, provenientes de países industrializados. Poco a poco las ONGs prolifera-

raron, se consolidaron y crecieron. Actualmente, la producción de saberes sociales que emana de dichas instituciones ya goza de un reconocimiento social innegable, y en muchos casos mayor que el de la investigación análoga que se desarrolla en los claustros universitarios.

Las ONGs se constituyeron, de este modo, en la principal estrategia de supervivencia profesional por parte de los científicos sociales expulsados de la universidad, privados de participación en el sistema político, y vetados en el sector público. Actualmente existe una cantidad y variedad enorme de organizaciones no gubernamentales en Chile, con tamaños y recursos muy diversos⁵⁴.

Resulta difícil encontrar organizaciones no gubernamentales que sean homogéneas en el perfil de producción de conocimientos. Al interior de ellas conviven humanistas críticos, funcionalistas renovados, socialistas renovados, marxistas heterodoxos y distintos tipos de eclécticos. Esta pluralidad ha sido también una alternativa necesaria a la uniformización ideológica emprendida por el gobierno militar en todos los otros espacios de producción de conocimientos científico-sociales.

Puede suponerse que, dada la relativa incipiencia de la tradición humanista-crítica, y al hecho de que todos sus adherentes han sido desde el principio opositores al régimen militar⁵⁵, esta tradición *comienza y se expande* bajo el paraguas institucional de organizaciones no gubernamentales. Es difícil encontrar en Chile a científicos sociales adscriptos a esta tendencia que hayan desarrollado actividades de investigación social, en la línea del humanismo crítico, en instituciones que no sean ONGs⁵⁶.

Pero más allá de las circunstancias de fuerza externa, es probable que la investigación social adscripta a la CHC encuentre en las ONGs

54. Véase al respecto el Directorio de Instituciones Privadas de Investigación en Ciencias Sociales y Promoción del Desarrollo. DIRINS, *op. cit.*

55. La mayoría de ellos tiene una trayectoria previa, que en algunos casos perdura de manera reformulada, de militancia en partidos de izquierda.

56. Existen, claro está, excepciones. En las universidades chilenas han perdurado o se han constituido enclaves que pueden adscribirse a la CHC, tales como el colectivo de trabajo sobre bienestar psicosocial en el Decanato de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, los trabajos de Max Cifuentes y de Pedro Morandé en el Instituto de Sociología de la misma universidad, las discontinuas actividades del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, y algo de teoría crítica que, ya desde los años anteriores al golpe militar, se cuele en materias muy aisladas de carreras humanistas en las universidades.

su correlato institucional más apropiado⁵⁷, y esto por tres razones: En primer lugar, porque se trata de una institucionalidad «blanda», vale decir, de un marco flexible y desburocratizado que *en su funcionamiento* guarda un cierto nivel de coherencia con el sesgo anti-institucionalista y anti-burocrático compartido por los pares del humanismo crítico⁵⁸. En segundo lugar, porque en muchos casos las propias agencias de financiamiento que destinan recursos a las ONGs condicionan el flujo de estos recursos a un tipo de investigación-acción estrechamente ligada a la comunidad, y sobre todo a los sectores más pobres. De este modo, en las ONGs puede producirse una «feliz coincidencia de oferta y demanda» entre las opciones de investigación del humanismo crítico, y la orientación de algunos flujos de financiamiento desde las agencias del norte. En tercer lugar, porque las ONGs han mostrado durante estos años que pueden constituir centros de marcada cohesión grupal —incluso tribal— y con una fuerte mística interna, lo cual favorece la consolidación de comunidades de investigadores todavía incipientes.

Articulación colectiva de la producción de conocimientos

No existe una articulación consagrada e institucionalizada de los conocimientos producidos por la CHC. Esto puede obedecer al escaso grado de sedimentación, vale decir, al carácter de incipiente que caracteriza a esta corriente *en tanto comunidad de productores de conocimientos sociales*. Pero también puede explicarse, al menos hipotéticamente, como el correlato, en el plano de la organización, del valor que *en el contenido* se le asigna al pluralismo, a las singularidades y a las resistencias. En otras palabras, la falta de un modo instituido en la agregación de conocimientos producidos por la comunidad de investigadores puede corresponder al desinterés, e incluso a la resistencia, frente a la posibilidad de formar «cuerpos de conocimientos», nuevas

57. Aunque en sociedades industriales la CHC nació, creció y se legitimó en las universidades y tuvo un importante efecto movilizador entre los estudiantes, que en ocasiones se extendió hacia otros sectores sociales.

58. Si bien el grado de institucionalización de las ONGs es variable, pero pareciera que la tendencia de los humanistas críticos es nuclearse en las menos formalizadas; por otro lado es un arma de doble filo, porque también refuerza la precariedad e incluso la arbitrariedad de los criterios que pueden llegar a imponerse en algunas de estas organizaciones.

disciplinas constituidas o un «curriculum» humanista-crítico. Estas formaciones podrían, explícita o implícitamente, ser vistas por miembros de la propia comunidad como concesiones excesivas a los modos «dominantes» de producción de conocimientos.

Pero la falta de un modo consagrado de agregación de saberes en la CHC no implica que no existan modos parciales y fragmentarios de agregación. De estos modos, los siguientes no agotan el espectro ni son privativos de la CHC, pero permiten ilustrar algunos de los mecanismos en curso:

- La producción de *readers* o antologías en las que habitualmente participan varias organizaciones no gubernamentales, y donde se relata un conjunto de experiencias de investigación-acción o investigación participativa realizadas por distintas ONGs en distintos ámbitos de la sociedad⁵⁹; o donde se muestra un conjunto de «miradas» de autores que se desenvuelven en áreas de competencia distintas, e incluso en terrenos disciplinarios diversos, y que aportan desde perspectivas diferentes su experiencia acumulada⁶⁰.

- La ejecución de talleres, seminarios y congresos, tanto a escala nacional como latinoamericana, donde se encuentran los pares, intercambian experiencias y acumulación de conocimientos respectivos, y sistematizan la diversidad de estudios e insumos en intentos iterativos de integración de información.

- La ejecución de proyectos de investigación, financiados por agencias internacionales, que tienen por objetivo actualizar alguna de las esferas de interés del humanismo crítico: experiencias de participación comunitaria, grupos de mujeres, identidades regionales, experiencias de desarrollo local, organizaciones juveniles, aporte de las organizaciones no gubernamentales, etc.

- La ejecución de cursos o programas de capacitación, a cargo de alguna de las ONGs, donde confluyen, en un curriculum que requiere un cierto grado de articulación, profesionales de distintas competencias que tienen en común esta sensibilidad «emergente», es decir, que forman parte de la comunidad de humanistas críticos.

Queda por ver de qué modo el conjunto de elementos traídos a colación hasta ahora (utopías, valores, metodologías, formas de situarse

59. Ejemplo de ello es la publicación citada, *Del macetero al potrero*.

60. Véase el libro citado, *La fuerza del arcoiris*.

ante los actores y procesos estudiados, estrategias institucionales, modos de producción de saberes, escalas de realidad, etc.) van a configurar en la CHC *estrategias y expectativas de inserción en la sociedad*: tipos de impacto, uso y/o consumo de los conocimientos que la propia comunidad de producción de conocimientos prescribe para la sociedad; estrategias que la CHC contempla para que este impacto se haga posible, lo que incluye estrategias publicitarias, comunicativas y de difusión; y redes de interlocución y reconocimiento que utiliza, sea que estas redes existan, sea que deben ser impulsadas por iniciativa de la propia comunidad.

4. Los saberes en marcha: campos de uso del humanismo crítico

Nos interesa aquí examinar en qué medida y de qué manera las orientaciones de práctica teórica de la CHC, tal como las hemos caracterizado en los capítulos precedentes, condicionan estilos de difusión y de uso de los conocimientos generados por dicha tradición. Son los *campos de uso* de estos conocimientos los que permiten completar la mirada a la comunidad de saberes que aquí nos ocupa. Una vez que se delimitan los campos de uso prefigurados desde la propia tradición de producción teórica, dicha tradición puede visualizarse en su doble movimiento interno/externo: en relación a sus valores y contenidos, y a los usos que prefigura para sus conocimientos en el campo de la acción social.

Importa distinguir aquí entre campos *efectivos o plausibles* de uso, y aquellos campos *deseables* de uso que *desde la propia* producción de saberes son previstos, precipitados o fantaseados. Es esto último lo que aquí nos interesa poner de relieve: no tanto lo que ocurre en los hechos con la producción de saberes, como los usos *implicados* ya en la CHC, y deducidos de sus propias opciones valóricas y su propia toma de posiciones frente a la sociedad. Para efectos de distinción, de aquí en adelante llamaré usos plausibles a los campos de uso en toda su extensión (real y posible), y usos deseables a aquellos que se deducen de las propias opciones valóricas y epistemológicas de la CHC, y que son coherentes con la *voluntad y orientación* de los cambios sociales a los que se adscriben los científicos sociales de perfil humanista crítico.

El uso plausible de los saberes puede tener sentidos incluso contradictorios con dichos valores, o bien puede ser indiferente a fundamentos éticos o axiológicos. De hecho, no todo uso prefigurado por los productores del saber se funda en la movilización de valores. Algunos usos son mucho más prosaicos y tienen que ver con las estrategias de supervivencia de los propios investigadores, tales como el prestigio, el reconocimiento por parte de diversas fuentes de financiamiento o la legitimación con fines de proyección profesional.

El presente capítulo ha sido organizado sobre la base de la siguiente secuencia temática:

a. Creciente diversificación de campos y niveles de uso de los saberes producidos por las comunidades de investigación en ciencias sociales: no sólo *entre* distintas comunidades sino también en cada una de ellas.

b. Diversidad de motivaciones que, en el seno de la CHC, llevan a prefigurar distintos tipos y niveles de uso, así como posibles *intersecciones* y *bifurcaciones* entre campos plausibles y campos deseables de uso.

c. Tipo de impacto que la comunidad se propone en términos de usos deseables de sus saberes, y las *estrategias* que considera válidas y/u oportunas para optimizar ese impacto de sus saberes en la sociedad.

d. Sistemas de interlocución y reconocimiento que se desprenden desde la CHC y desde las formas de usos deseables prefiguradas por dicha comunidad.

e. El tipo de *demandas* y *expectativas de la sociedad hacia la comunidad de productores*, es decir, de qué modo la sociedad misma, o algunos de sus agentes, pretenden condicionar la oferta de saberes de la CHC.

Es necesario formular aquí dos advertencias. En primer lugar, que en esta secuencia temática no se consagra ningún punto a la *circulación* o *difusión* de los conocimientos producidos por la CHC. Esto se debe a que, tratándose de una comunidad incipiente, la difusión es ya un fin en sí mismo. Resulta difícil, por ende, separar un supuesto campo de circulación de los campos de uso. Me parece, por el contrario, más apropiado considerar aspectos de difusión *al interior* de algunos de los puntos recién señalados, tales como los impactos buscados, las estrategias utilizadas, y los interlocutores y reconocimientos prefigurados. De esta manera puede verse que, tal como existen múltiples formas y campos de uso, existen múltiples estrategias comunicativas y de difusión de conocimientos.

En segundo lugar, me parece necesario advertir que el desarrollo de los puntos en este capítulo tiene un alto componente especulativo, donde me confío, no sin riesgo de arbitrariedad, a mi propia percepción. No he recurrido al apoyo de literatura o de encuestas relativas al caso⁶¹. Acudo, por el contrario, a mi propia experiencia profesional y a mi visión de la investigación social⁶².

La proliferación de usos

La complejización de la vida institucional de las ciencias sociales en América Latina en las últimas dos décadas, así como la proliferación de enfoques, metodologías y temáticas, también se refleja en la inserción de las ciencias sociales en las sociedades nacionales⁶³. En este sentido, es notoria la progresiva diversificación de públicos, tipos de actividad

61. Hasta donde yo sé, el material recogido en este tema es escaso y no permite desarrollar este capítulo sobre la base de ese expediente.

62. Al respecto, mi propia actividad en investigación social tiene evidentes confluencias con la CHC, y he desarrollado buena parte de mi trabajo profesional en perspectivas y temas afines a los discursos y valores del humanismo crítico. Esto es un arma de doble filo, pues me permite confiar en mi percepción «compenetrada», pero a la vez establece un sesgo analítico del cual el lector debe quedar advertido.

63. Según una extensa investigación recientemente realizada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales —CLACSO— «la diversificación parece ser la tónica dominante en el mundo institucional de las ciencias sociales en la región, que resulta hoy mucho más complejo que hace veinte o treinta años... la vida institucional de las ciencias sociales se ha diversificado en cuanto a modelos institucionales, actividades, orientaciones, temáticas y enfoques teóricos y metodológicos.» (Fernando Calderón y Patricia Provoste, *La construcción institucional de las ciencias sociales en América Latina*, op. cit., p. 66). La diversificación es ante todo producto del crecimiento, sobre todo de la cantidad de egresados, que en la región pasan de alrededor de 6.400 a comienzos de los años 60, a 59.000 a mediados de los 70, mientras se expanden los programas de pregrado y postgrado, y el número de centros de investigación (Calderón y Provoste, op. cit., p. 67, tomado de J. J. Brunner y A. Barros, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, FLACSO, Chile, 1987). En relación a los campos de uso, que «abarcan simultáneamente la microorganización de la vida cotidiana, la producción y reproducción organizada de la sociedad y las instancias que surgen del entrecruzamiento entre el mundo de la vida cotidiana y la producción organizada, se corresponden con la variedad y complejidad de la propia producción de conocimientos provistos por las ciencias sociales.» (José Joaquín Brunner, «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento», Santiago, *Documento de trabajo*, p. 154).

y resultados de la actividad de investigación⁶⁴. Esta diversificación ha tenido como correlato la proliferación de redes de circulación y de uso de conocimientos: redes formales o informales cuya unidad puede ser temática, disciplinaria, geográfica o subregional⁶⁵.

Esta situación es también evidente en el caso de Chile. La ampliación de los campos de uso se observa en la variedad de públicos que utilizan o demandan servicios de conocimiento provenientes de las ciencias sociales. Estos públicos incluyen al Estado, al sistema político en su conjunto, a empresarios, a sindicatos, a medios de comunicación de masas, a grupos de mujeres, a centros de promoción social, a entidades de capacitación, a municipios, a las propias organizaciones no gubernamentales, a agencias de publicidad, y tantos otros⁶⁶.

Por cierto, la especial situación política del país bajo la égida del gobierno militar ha privado considerablemente a las ciencias sociales de su tradicional y más importante cliente, a saber, el Estado. El hecho de que la gran mayoría de científicos sociales tuvieran filiaciones políticas

64. Según cuestionarios utilizados en la investigación de CLACSO mencionada en la nota anterior, y que cubre el conjunto de la región, esta diversificación se expresa del siguiente modo: «1. Diferentes tipos de público a los que se dirigen los resultados de la investigación: académico, el 88% de los centros; organismos estatales, el 64%; organismos populares, el 47%. 2. Participación de investigadores del centro en las siguientes actividades dirigidas a la opinión pública: en foros públicos, 89% de los centros; en programas de T. V. o radio, el 67%; en la prensa escrita, el 81%. 3. Diferentes tipos de usuarios de estudios cortos, asesoramientos, consultorías o evaluaciones: organismos de Estado, el 52% de los centros; organismos internacionales, el 49%; organismos no gubernamentales ni políticos, el 51%; partidos políticos, el 12,4%.» (Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 71).

65. Ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 68.

66. Una posible clasificación de usuarios es la que establece J. J. Brunner, en la cual los circuitos de usuarios se ubican en los siguientes campos: a) Campo político (gobierno, organismos centrales como ministerios y oficinas de planificación y estudio, departamentos descentralizados del Estado, partidos con sus niveles superiores y equipos técnicos, intermedios y de base; Fuerzas Armadas; y círculos políticos internacionales); b) Campo cultural (medios de difusión masivos, industria editorial, iglesias, sistema educacional, movimientos y organizaciones culturales, medios educativos y de difusión internacionales, etc.); c) Campo intelectual (incluyendo otros productores del mismo subcampo de la investigación social y de otros subcampos del campo intelectual a nivel nacional; y circuitos de campo intelectual en el ámbito internacional); d) Campo social (organizaciones comunitarias y sociales, movimientos sociales en sus instancias de dirección, asociaciones civiles tales como colegios profesionales, organizaciones no gubernamentales de promoción social, etc.); e) Campo económico, que incluye empresas nacionales y extranjeras; y f) Mercados genéricos, referidos a la opinión pública en general. (J. J. Brunner, *Uso del conocimiento*, memorandum interno).

contrarias al régimen militar desde su comienzo, y dado el carácter excluyente y autoritario del régimen, cortó el lazo más importante entre la investigación social y su utilización en la sociedad. Esto explica parcialmente que a lo largo de los últimos dieciséis años los investigadores hayan tenido que explorar y explotar otros mercados y campos de uso, en la esfera privada y en segmentos de la sociedad civil. Por otro lado, coincide cronológicamente con la creciente profesionalización — y consiguiente mercantilización— de las ciencias sociales, con lo cual éstas han tenido que legitimarse a través de su inserción, mal que les pese, en mecanismos competitivos de mercado⁶⁷. Finalmente, y en el mismo contexto, se han aprovechado las ofertas provenientes de clientes privados dentro de un sistema socioeconómico anti-estatista, competitivo y mercantilizado como ha sido el chileno estos últimos años. Tales ofertas provienen de los departamentos de personal de las empresas, los grandes medios de comunicación de masas, las agencias de publicidad, circuitos internacionales de cooperación para el desarrollo, etc.

Por último, la redemocratización del país plantea a los científicos sociales un desafío cuya resolución está poblada de incertidumbres, a saber, la re-apropiación de los conocimientos producidos en el campo de la investigación social en Chile para su uso público estatal. Por cierto, en alguna medida estos usos han existido en ámbitos ministeriales, municipales y de empresas públicas durante los últimos años. Pero se han restringido a enfoques ideológicos muy marcados, con escaso criterio meritocrático y con un claro sesgo tecnocrático de aplicación, por lo cual el grueso de los científicos sociales no ha tenido ingerencia significativa en ese campo. Por ello, no deja de producir expectativas el advenimiento de un régimen democrático, en el cual podrán existir las condiciones para un uso estatal de conocimientos sociales que no sea ideológicamente excluyente ni de perfil exclusivamente tecnocrático. De este modo, probablemente las distintas líneas de investigación

67. «En relación con los contenidos de la diversificación institucional... (parece existir)... un proceso de redefinición de la práctica profesional, hecho que se relaciona en parte con la incorporación de la actividad científico-social a un sistema de mercado, pero que también estaría denotando un proceso de redefinición de la inserción social de los centros, asociado a la construcción de una legitimación social, cuya dirección y modalidades seguramente son asociables a la estabilidad de las instituciones.» (Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 78).

social, con sus variados discursos, enfoques, y objetos de preferencia, se plantean en estos momentos cuáles son los usos plausibles y/o deseables que el Estado democrático podrá hacer de su oferta de actividades y productos: en el campo de lo político, de la formulación de políticas, de la cultura, de las comunicaciones, de la planificación del desarrollo, de los objetivos estratégicos, de la construcción de consensos, de la movilización de amplios sectores sociales, etc.

Pero nada indica tampoco que la futura permeabilidad del Estado a distintos usos de la investigación social produzca una correlativa involución de otros campos de uso que se han consolidado con el correr de los últimos diez o quince años. Tales campos tienen que ver tanto con la profesionalización de las ciencias sociales y su consiguiente inserción en un régimen competitivo-mercantil de saberes y técnicas; como con la apropiación más directa, por parte de la sociedad civil y de sus actores, de los aportes emanados de las ciencias sociales⁶⁸.

No es fácil, en este marco de diversificación de usos y en la perspectiva de apertura del Estado como potencial «macro-cliente» de las ciencias sociales, clasificar distintas comunidades de productores en ciencias sociales según clientes prefigurados, o según apunten a redes estatales, redes privadas-empresariales, o redes de actores sociales en general. Pareciera que un criterio que subyace a las distintas tradiciones vigentes en la investigación social es su propia diversificación en prefiguración de usos y en clientes potenciales. Sea por estrategias de legitimación social o de supervivencia económica, sea por mística profesional o por la posibilidad de incidir en decisiones que determinan cursos de la sociedad, el cientista social en Chile no parece ser demasiado selectivo en los usos posibles, e incluso deseables, para sus conoci-

68. Aunque la profesionalización de las ciencias sociales también responde, entre otras cosas, a demandas que le plantea la política profesionalizada. En el caso chileno esto se ha hecho evidente en los últimos dos años, y se refleja en: a) un verdadero «boom» de encuestas de opinión política, realizadas por centros de investigación y solicitadas por las fuerzas políticas y electorales; b) en trabajos que partidos o alianzas electorales solicitan a investigadores y centros de investigación; y c) en la conformación de equipos técnicos en las fuerzas políticas donde participan muy activamente los investigadores sociales. Por otra parte, la profesionalización de las ciencias sociales tiene relación con exigencias que debe cumplir para la obtención de su financiamiento, que en gran medida proviene de agencias internacionales, para las cuales los centros de investigación elaboran verdaderos «mercados de proyectos» que deben cumplir con ciertas condiciones estandarizadas en materia de coherencia y de rigor metodológico. (Ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, pp. 72 a 79).

mientos. La inestabilidad del financiamiento, la larga exclusión ideológica, y la provisoriedad de sus actividades durante mucho tiempo, pueden ser los principales factores que contribuyan a este bajo grado de selectividad.

Esta actitud también puede explicarse por otros dos fenómenos. El primero es la debilidad de las redes y agrupaciones científicas en América Latina⁶⁹, lo cual lleva con frecuencia a formas dispersas, aleatorias e incluso oportunistas de inserción social por parte de distintas comunidades de investigadores. La falta de redes y agrupaciones que aseguren desde dentro de las ciencias sociales formas meritocráticas de promoción y reconocimiento, y que provean mecanismos claramente definidos de reconocimiento entre pares (cientistas sociales, sean de la misma tradición o de tradiciones diferentes), produce una suerte de *extroversión histórica* que, en última instancia, constituye una amenaza para el rigor y la legitimidad internas de la actividad en ciencias sociales. La preocupación por «estrujar» hacia afuera las actividades propias de producción de conocimientos hacen que muchos científicos sociales consagren más tiempo a la publicidad de sí mismos —y de sus productos— que a la investigación en sí. Esto podría verse conjurado por redes y circuitos científicos motivados por el mérito académico y de la investigación misma.

Un segundo fenómeno en la baja selectividad de usos y clientes puede ser la emergente *cultura de la diversificación*, esta suerte de sensibilidad postmoderna donde se valora positivamente la propia praxis como un juego de múltiples combinaciones, y donde se reconoce que la propia identidad viene dada por distintas estrategias, diversos interlocutores, variadas formas de relación social y profesional, y diferentes usos de saberes⁷⁰.

De cualquier modo, y pese a que es fácil encontrar en todas las tradiciones vigentes de investigación social en Chile la búsqueda de inserción social en todos los niveles, también es cierto que las orientaciones *internas* en cada caso prefiguran, a pesar de esa voluntad multiexpansiva o de cualquier forma de extroversión histórica, cierta direccionalidad en el uso. Esta direccionalidad puede definirse en dos

69. Dicha debilidad parece ser una de las evidencias en la investigación realizada por CLACSO y mencionada en notas anteriores (ver Calderón y Provoste, *op. cit.*, p. 75).

70. Véase, al respecto, mi trabajo «El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo», documento de ILPES, Santiago, 1988.

sentidos diferentes: *horizontalmente*, según el tipo de agentes que aparecen en el horizonte como posibles usuarios de los conocimientos producidos (el Estado, los agentes económicos privados y/o los actores sociales externos al Estado; o en un nivel más desglosado: los políticos, los *policy-makers*, la burocracia, los intelectuales, los artistas, los profesionales y técnicos, los obreros, los informales, los comunitarios, las mujeres, los jóvenes, los comunicadores, los profesores, los empresarios, etc); y *verticalmente*, según el tipo de usos que un agente cualquiera puede hacer de los saberes que se apropia (para diseñar políticas, recrearse, aplicarlo en escala pequeña o grande, contrastarlo con otros saberes, retransmitirlo, aumentar su capacidad crítica, usarlo de insumo intelectual o académico, etc).

Sin embargo, las formas verticales y horizontales de apropiación que la propia tradición, *por su contenido interno*, prefigura hacia afuera, nunca son puras ni claras. Esa extroversión de baja discriminación a la que antes hice referencia impide establecer tipologías inequívocas de uso según la tradición de investigación social que se considere. Por lo tanto, si en los puntos que siguen intento definir orientaciones de uso a partir de la *especificidad interna* de la CHC (especificidad que, tal vez arbitrariamente, he contorneado en los dos capítulos precedentes), tal delimitación debe tomarse con cautela.

La distinción previamente formulada entre usos plausibles y usos deseables puede resultar útil en este respecto, pues ayuda a discernir entre aquello que, como modo de uso, se deduce *necesariamente* de los contenidos internos de la CHC (valóricos, epistemológicos, políticos), de aquellos otros modos de uso que vienen dados por causas más aleatorias, y que tienen que ver con esa suerte de «extroversión histérica» recién mencionada, o con estrategias comunes de supervivencia y legitimación de cualquier comunidad de producción de conocimientos.

Motivaciones, usos plausibles y usos deseables en el humanismo crítico

Huelga decir que son múltiples los móviles que en las comunidades de producción teórica generan expectativas y estrategias de inserción social de los conocimientos producidos por ellas. Estos móviles incluyen, entre otros, los siguientes: la necesidad de legitimación de los científicos sociales frente a la comunidad y frente a su propia conciencia

de grupo; la articulación del saber teórico con proyectos masivos de transformación o de preservación del orden social; la búsqueda de prestigio frente a otras comunidades de producción teórica y frente a otros actores sociales; la búsqueda de un reconocimiento funcional que permita consolidar o extender las fuentes de financiamiento para una determinada comunidad de producción teórica; o la afirmación de una identidad grupal mediante el efecto de irrupción o disrupción en la sensibilidad política, ideológica y/o cultural de la sociedad.

Obviamente, las estrategias y expectativas de la propia comunidad en la difusión y en los usos posibles de su producción interna podrán variar según cuales sean, en cada momento, las motivaciones predominantes o las posibilidades reales de articular motivaciones y usos. Pero una vez más tendremos que hacer abstracción de estos desplazamientos circunstanciales y situarnos ante *algunos nudos que le otorgan especificidad a la CHC*, a saber:

a. En primer lugar, la articulación entre producción teórica y usos sociales del conocimiento en esta tradición es problemática a causa de la heterogeneidad de temas, enfoques, influencias y filiaciones doctrinarias al interior del humanismo crítico. Esta heterogeneidad en que conviven incluso sensibilidades encontradas, tensiona la prefiguración de usos deseables de los saberes que produce. ¿Cómo compatibilizar, por ejemplo, los usos deseables prefigurados por un «foucaulteano» y por un «marcuseano», por el pensamiento negativo y el desarrollo alternativo, por el privilegio de lo cultural y el del psicologista?

Esta diversidad puede tener un doble efecto: por un lado, el de *ampliación indefinida* del espectro de usos y usuarios, es decir, de la línea horizontal y de la línea vertical en campos de usos⁷¹; por otro lado, el de *dispersión indefinida* de usos y usuarios, también en la línea horizontal como vertical de los campos de usos. Del lado de la ampliación indefinida, existe la interesante posibilidad de que la variedad de usos y usuarios termine por permear la cultura y la sensibilidad de toda una sociedad lo cual, en cierto modo, sería un efecto envidiable para

71. Un foucaulteano jamás prefiguraría al Estado como usuario de sus saberes, pero sí podría hacerlo un ecologista o un economista orientado a estrategias de satisfacción de necesidades básicas.

cualquier otra tradición de la investigación social⁷². Del lado de la dispersión indefinida, se corre el riesgo de que los usos sean siempre precarios o esporádicos, los usuarios efímeros y discontinuos, y de que a la larga no haya más que un permanente «recomenzar» o meras declaraciones sobre la importancia de «eventuales usos» de los saberes generados por el humanismo crítico.

b. En segundo lugar, para aquellas zonas del pensamiento crítico más ligadas al pensamiento negativo de la Escuela de Frankfurt, los usos del conocimiento están problematizados *a priori*. Más aún, la crítica de la alienación *se extiende* a la alienación implicada en la distribución y el consumo de bienes culturales, incluidos, claro está, los discursos y saberes producidos en las ciencias sociales; y si todo termina neutralizado, apropiado, «cosificado» o «fetichizado» por el consumo, la mercantilización o la ideología, entonces la producción crítica buscará, en su propio seno, un mecanismo de resistencia a estos usos fetichizantes de su propia producción —un anti-virus—. No es casualidad, en este sentido, el hermetismo de lenguaje en los textos más representativos del pensamiento negativo⁷³.

Ese hermetismo, como también sus dificultades para construir un discurso propositivo, pueden conducir a esta línea de producción teórica a circular autoconsumiéndose en públicos muy restringidos, y sin otro uso que recorrer la crítica teórica una y otra vez, en una suerte de ritual en que la «resistencia cultural» comulga en sus espacios de negación de discursos instituidos⁷⁴. De este modo, el componente crítico o negativo

72. Este es el modelo iluminista o *enlightenment model* propuesto por C. Weiss, cuyo supuesto es que «las generalizaciones y orientaciones producidas por la investigación social circulan entre los públicos informados llegando a moldear la manera en que la gente piensa sobre los problemas sociales.» (J. J. Brunner, «La investigación social positiva y la utilización del conocimiento», op. cit., p. 167). Sin embargo, Weiss se refiere sobre todo al impacto en la arena política y en la toma de decisiones, y no tanto al impacto de penetración en la cultura.

73. Hermetismo que también es compartido por los filósofos «anti-sujeto» como Gilles Deleuze y Jacques Derrida. También Michel Foucault comparte esta visión del poder que absorbe y produce discursos para el despliegue de su dominio (aunque esto no lo lleva a Foucault a producir un discurso hermético). Curiosamente, en esto confluyen los críticos del sujeto y anti-humanistas, con hiper-humanistas como T. A. Adorno. Unos y otros comparten la idea de resistencia aplicada al campo propio de saberes y, con ello, a la restricción de sus usos posibles.

74. En relación al llamado pensamiento negativo de la Escuela de Frankfurt, cabe señalar que el mismo encontró sus campos predilectos de circulación en las universidades de los países industrializados (sobre todo Alemania y Estados Unidos), en circuitos

de la tradición que aquí nos ocupa pondría, en principio, obstáculos de coherencia ética para proyectar el conocimiento en múltiples campos de uso. La opción —¿radical o residual?— sería entonces la de un uso «cualitativo» del saber, en contraste con el consumo de masas y el consumo mercantil, y tendría por meta-función evitar que la sociedad alienada se cierre sobre su propia autocomplacencia⁷⁵.

Sin embargo, la dimensión crítica también puede prefigurar una cierta *heterogeneidad horizontal con homogeneidad vertical*. Ello consiste en la búsqueda de un *impacto disruptivo común* sobre una amplia gama de posibles receptores: políticos, académicos tradicionales, tecnócratas, promotores de la cultura, intelectuales de clase media, ideólogos de partidos y diversos círculos de profesiones liberales. Aquí ya no se trata del ritual de la lectura entre cómplices para la ratificación de una visión crítica previamente asumida; por el contrario, se trata de una lectura por usuarios muy variados, y cuyo objetivo prefigurado es promover el cuestionamiento en la conciencia de aquéllos: ofuscar, indignar, confundir y, en último término, iluminar⁷⁶.

c. En tercer lugar, existe una dificultad general para que la producción teórica atribuible a la CHC se inserte en canales de distribución de alcance masivo. Esto puede explicarse porque dicha producción nunca se ha anexado a modelos políticos en curso ni a proyectos mayoritarios en la oferta política nacional. Piénsese, en contraste con el

de intelectuales ilustrados, y llegó a los países de habla hispana a través de editoriales costosas, por lo cual se difundió en la región entre intelectuales ilustrados de sectores medio-altos y altos. De modo que su consumo ha sido más intensivo y extensivo en Europa Occidental y en América del Norte que en América Latina, sobre todo en los años 60 y comienzos de los años 70, que son los de mayor auge de la literatura de la teoría crítica. Es en países industrializados donde los procesos políticos, de movimientos y movilizaciones sociales, y de cuestionamiento masivo del *statu quo*, pudieron encontrar un respaldo teórico oportuno en algunas vertientes del pensamiento crítico. Sin embargo, esta empatía fue efímera, dado que el pensamiento negativo evidenció, en su momento de mayor apogeo, su intrínseca dificultad para formular propuestas. En América Latina, en la misma época, y por el propio estadio de desarrollo que la caracteriza, los modelos teóricos más susceptibles de convertirse en plataforma de movilizaciones sociales y luchas políticas provenían de un marxismo menos heterodoxo y de un desarrollismo que poco tenía que ver con los postulados y la sensibilidad «frankfurteana».

75. Lo cual es un sofisma, porque la propia literatura del pensamiento negativo requiere de un lector ya crítico para poder apropiarse de ella sin «prejuicios cosificantes».

76. De este modo el pensamiento crítico deja traslucir la vocación iluminista que lo anima, muchas veces a pesar suyo.

humanismo crítico, en la fuerte presencia del socialismo marxista como forma de pensar el cambio social en los años 60 y 70, y desde el cual el humanismo crítico podía parecer una tergiversación pequeño-burguesa o una ideología individualista «enmascarada»; piénsese también cuán ajeno es el humanismo crítico a la corriente desarrollista, tan ascendente en los años 50 y 60 en América Latina; piénsese en lo todavía más ajeno que es a modelos industrializadores imitativos y al pensamiento neoliberal ascendente de los 70 y los 80⁷⁷.

Esta falta de presencia en la oferta política bloquea considerablemente las opciones de difusión y de uso de los saberes producidos al interior del humanismo crítico. Con ello, la CHC enfrenta un círculo vicioso que consiste en la necesidad de una difusión amplia y un uso intensivo para abrirse espacios en el campo político y, por otro lado, en la necesidad de contar con dichos espacios para que tales difusión y uso sean posibles. Por último, estas restricciones no sólo afectan o limitan el uso político y los usuarios políticos (tanto *political-oriented* como *policy-oriented*); esa misma falta de presencia en la arena política constituye a su vez un limitante para captar a otros usuarios que, si bien no son políticos, toman la presencia política de un discurso como indicador de valor. Por algo es tan improbable que una publicación de la tradición crítica en Chile se convierta en éxito editorial u obtenga una presencia pública significativa.

d. En cuarto lugar, no debe olvidarse que en general los aspectos más positivos, y que se encuentran dispersos a lo ancho de la tradición humanista crítica, tienen una limitación de escala. Se privilegia lo local, el desarrollo personal y grupal, el territorio acotado —sea como lugar de resistencia o de crecimiento—. En buena medida, y salvo algunas excepciones, esto contribuye a que la circulación y el consumo de dicha producción sea consistente con las escalas que esa misma producción privilegia⁷⁸. Sin embargo, la prescripción de la acción en

77. Aunque hay intentos de apropiación y cooptación de algunas temáticas del humanismo crítico por parte del neoliberalismo. Tal es el caso de asociacionismo de los informales, exaltado por Hernando de Soto con el objeto de oponer el mercado al Estado (Hernando de Soto, *El otro sendero*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987); y más aún, el intento del neoliberalismo de apropiarse de la bandera del anarquismo mediante una versión muy particular conocida como anarco-capitalismo, y difundida nada menos que por el hijo de Milton Friedman.

78. Como es el caso del libro de E. F. Schumacher, *Small is Beautiful*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1975.

pequeña escala va acompañada de la prescripción del pensamiento en gran escala («obrar localmente y pensar globalmente» es una de las máximas del humanismo crítico), con lo cual la difusión «coherente» varía según se privilegien las escalas de intervención o de especulación.

Pero resulta difícil en este aspecto discernir si las limitaciones se refieren a usos plausibles o a usos deseables. Puede ocurrir, por ejemplo, que las limitaciones exógenas a los campos de uso plausible pueden llevar a la CHC a exacerbar una prefiguración restrictiva de los campos de uso deseable, vale decir, a incurrir en un purismo que acaba alimentándose a sí mismo: si no me leen, haré de ello una causa. Pero también puede ocurrir lo contrario: dadas las escasas opciones de usos deseables y la discontinuidad de la difusión, vale la pena ser menos riguroso en la definición de campos de uso.

Los rasgos recién advertidos en la CHC pueden sugerir que en ella es marcado el peso de los usos deseables frente a los usos plausibles. En otras palabras, podría existir al interior de dicha comunidad una exigencia de consistencia ética o una opción de escalas que orienta las motivaciones de difusión y las prefiguraciones de uso en direcciones restringidas⁷⁹.

La relación entre motivaciones y campos de uso deseable en la tradición del humanismo crítico puede hacerse más palpable al contrastarse con otras dos tradiciones gravitantes en las ciencias sociales en Chile, como son la tradición positiva-funcionalista y la marxista⁸⁰. Este contraste puede ilustrarse, esquemáticamente, del siguiente modo:

Marxismo

Motivación fundamental: comprensión y transformación en gran escala (y «estructural»).

Problema y pasión: los intereses.

Visión de la política: como campo de lucha.

Difusión preferente: militante, ámbito político y ámbito obrero. Campo de uso deseable: socialización, educación (de la clase, del partido) y movilización (de masas).

79. Esto, claro está, poniendo entre paréntesis aquel criterio ya señalado, que subyace y trasciende a toda filiación paradigmática, según el cual la diversificación de los campos de uso es un *bien en sí mismo*.

80. Como ya se señaló, tanto la tradición positiva-funcionalista como la marxista han sido consideradas en trabajos análogos a éste, por J. J. Brunner y Tomás Moulian respectivamente y que aparecen formando parte de este libro.

Funcionalismo

Motivación fundamental: la optimización-modernización-integración.

Problema y pasión: eficiencias y agregaciones.

Visión de la política: como ingeniería social, campo de ordenamiento.

Difusión preferente: superestructural (*decision-makers, policy-makers, tecnócratas, etc.*).

Campo de uso deseable: técnico, constructivista, de formulación y efectivización de políticas.

Humanismo crítico

Motivación fundamental: comprensión en gran escala y cambio en pequeña escala.

Problema y pasión: las racionalidades.

Visión de la política: como campo de dominación/alienación.

Difusión preferida: molecular, intersticial, «cualitativa».

Campo de uso deseable: iluminista-crítico, de creación/emancipación de sujetos y prácticas.

A diferencia de la comunidad marxista o la funcionalista, la CHC manifiesta una recurrente resistencia, al menos en el discurso explícito, a producir conocimientos destinados al uso por el Estado o para el control del Estado, o para la política entendida como campo de acción restringido a la articulación entre la sociedad, los partidos políticos y el Estado. Existe, más bien, una visión maniquea tanto del Estado como de la política en su acepción convencional, lo cual restringe el campo de uso deseable previsto desde la propia CHC⁸¹. A diferencia del funcionalismo, en el cual la política puede ser entendida como un campo de ordenamiento, y del marxismo, en el que la política es pensada como campo de lucha, en el humanismo crítico la política tiende a ser «sensibilizada» como un campo de dominación y alienación, sea cual sea el lugar que el sujeto ocupe en ese campo de ordenamiento y/o lucha⁸².

81. Aunque también puede darse una circularidad causal o una relación causal inversa: la escasa resonancia política y pública produce internamente este maniqueísmo respecto de la dimensión política-pública.

82. Hay que considerar también que actualmente los límites de lo político no son claros ni en la teoría ni en la práctica, pues son difusas las fronteras entre lo político, lo institucional y lo cultural. La pregunta por el alcance de lo político es importante no sólo

He señalado que el uso privilegiado del humanismo crítico va en el sentido de expandir la conciencia crítica y de promover la creación-autocreación de sujetos y prácticas alternativas⁸³. He advertido también que la difusión preferente es a escala molecular e intersticial, vale decir, destinada precisamente a aquellos sujetos cuya auto-creación o auto-liberación es buscada —y supuestamente promovida— por la CHC, y a otros sujetos afines que pueden ayudar a dicha auto-creación o auto-liberación. Los métodos de investigación-acción o investigación participativa, tan reivindicados por el humanismo crítico, apuntan en esa dirección: el conocimiento producido va a parar precisamente al objeto de estudio, a los actores en proceso de constitución, tanto investigadores-promotores como sujetos-beneficiarios; y el proceso producción-uso es instantáneo, pues no media una difusión micro-macro sino una connivencia micro-micro.

Esto no impide, claro está, que el campo de usos deseables se extienda a todos aquellos receptores a quienes el consumo de los conocimientos de la CHC les permita una mayor comprensión y autocomprensión, tanto en el rigor de la crítica como en la voluntad de la emancipación. Y puesto que la emancipación puede tomarse en un sentido social, en un sentido cultural, o incluso en un sentido puramente psicológico e individual, esto hace posible que el campo de usos deseables sea extendible a una amplia gama de receptores potenciales y de formas de uso.

La extensión de los campos de la crítica, así como la multiplicidad de aspectos de la emancipación, permite ampliar y flexibilizar la gama de usos deseables y de usuarios deseables (gama que, como se vio previamente, de lo contrario estaría muy restringida por el imperativo

como objeto de reflexión, sino también para el uso que el investigador le prefigura a los productos de su propia investigación. A modo de ejemplo, puede sostenerse que un teórico de la alienación contaría con escaso eco en los usos estatales de la investigación social; pero si la subjetividad ciudadana o la expansión de conciencia crítica son definidas como espacios políticos, entonces los usos del producto de ese mismo teórico de la alienación serían definidos como usos políticos.

83. Uso iluminista, al fin y al cabo, aunque más no sea para desenmascarar la voluntad de dominio del proyecto iluminista. También, una vez más, la eterna contradicción que implica «promover la auto-creación en otros», ese peligro de hacer entrar por la ventana el autoritarismo o el dirigismo que se ha querido expulsar por la puerta. Este peligro también puede ser conjurado con una precaución extrema, sumamente individualista, cual es: la no-intervención radical, el no-uso del conocimiento como principio ético y el solipsismo como antídoto.

de consistencia ética propio del pensamiento crítico). Con ello, el corte horizontal de usos plausibles tiende a coincidir con el de usos deseables: todos los actores son susceptibles de aumentar su capacidad crítica o de despertar su voluntad de emancipación, y por ende no hay usuario vetado de antemano. Sin embargo, el corte vertical en los usos no deja de ser problemático; aquí, sin duda, ciertos usos plausibles pueden ser totalmente contradictorios con los usos deseables prefigurados desde la propia CHC. Empezando, claro está, por el uso manipulador del conocimiento.

Impactos y estrategias

El tipo de impacto social que una comunidad de productores prefigura para los conocimientos que produce no es homogéneo. Cabe distinguir, ante todo, los impactos individuales de los impactos que una tradición busca generar en la sociedad *en tanto cuerpo colectivo*. Es esto último de lo que interesa en la perspectiva de este trabajo.

El impacto social prefigurado por la CHC es deducible del cúmulo de elementos ya expuestos en las páginas precedentes, y puede desglosarse, al menos con fines de ordenamiento, del siguiente modo:

a. En primer lugar, y como ya se ha advertido, el humanismo crítico busca promover la auto-creación y auto-emancipación expansiva de actores sociales a los que les atribuye el patrimonio de una racionalidad anti-dominante (no manipuladora, pro-solidaria, humana, ecológica, etc.), y busca rescatar y reivindicar las prácticas coherentes con dicha racionalidad. Ejemplo claro de ello es el vasto número de publicaciones, foros, seminarios y cursos en torno a los grupos de base o las llamadas organizaciones económicas populares, así como la tendencia a mostrar, a partir de dichos actores, el embrión de racionalidades alternativas⁸⁴.

b. En segundo lugar, la CHC busca *abrir la sensibilidad* de la gente, sea cual sea su ubicación social. En otras palabras, intenta predisponer a las personas a cambios en sus visiones de mundo, en sus

84. Estas publicaciones y actividades corren por cuenta de organizaciones no gubernamentales, tanto de investigación como de promoción, tales como PET, CENECA, CEPUR, ECO, CIPMA, TIDEH, y otras mencionadas en notas anteriores, dedicadas a la promoción del desarrollo en escala comunitaria o local.

referentes de normatividad, en suma, en su orden simbólico. De cierto modo esta prefiguración retoma el concepto marxista de falsa conciencia, entendida como el relato fatalista en el que el *statu quo* es visto y sentido como necesario o como inmodificable; lo que el humanismo crítico buscaría, pues, es remecer el letargo de la falsa conciencia colectiva y alentar un relato de mundo en el que el metabolismo societal sea concebido como un orden abierto, disponible a la invención y creatividad colectivas⁸⁵.

c. En tercer lugar, el humanismo crítico busca, como ya se ha señalado reiteradamente, promover el desenmascaramiento progresivo y generalizado de todos aquellos discursos y prácticas que ocultan y alientan la voluntad de dominio de unos sobre otros y de todos sobre la naturaleza. Agudizar la mirada de la sociedad consigo misma para convertirla en auscultadora de síntomas: ese es otro de los impactos sociales que el humanismo crítico prefigura para sus propios conocimientos.

d. En cuarto lugar, se pretende aportar con herramientas que los usuarios puedan usar para su propio crecimiento personal y/o grupal⁸⁶, sobre todo en el campo de la psicología humanista; la idea es que a la larga dichos usos puedan surtir un efecto multiplicador, y así generar verdaderos movimientos colectivos de «resocialización emancipadora».

e. En quinto lugar, existe una suerte de *impacto silencioso* prefigurado en la tradición humanista crítica, estrechamente vinculado a la tónica implícita en la investigación-acción y la investigación participativa;

85. Esta imagen del orden societal como un orden abierto, o un orden por construir, aparece en autores tan dispares como Norbert Lechner («La democratización en el contexto de una cultura postmoderna», en *Cultura política y democratización*, Santiago, FLACSO/CLACSO/ICI, 1987; y *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago, Ediciones Ainavillo-FLACSO, 1984) y Luis Weinstein «La racionalidad integradora y el desarrollo alternativo», Santiago, CEPUR, *Documento de trabajo*, 1985).

86. En este campo lo referentes externos principales son las contribuciones de Fritz Perls, Carl Rogers y Ronald Laing, entre otros. En Chile, la difusión masiva de estas herramientas ha corrido por cuenta de la Editorial Cuatro Vientos, que ha publicado y promovido activamente, al menos durante los últimos diez años, una amplia gama de literatura sobre crecimiento personal, dinámica de grupos y desarrollo espiritual. También apuntan en esta dirección los trabajos grupales realizados por Fernando Flores y sus discípulos, que tanto seducen a muchos intelectuales y profesionales chilenos; y las actividades del colectivo La Comunidad, grupo en el que se origina el actual Partido Humanista.

dicho impacto consistiría en *poblar el tejido social de resistencia molecular*: pequeños espacios o territorios «ganados al poder o a la racionalidad dominante», en los que priman la transparencia comunicativa, el comunitarismo, la negación de una normatividad dominante pero no deseada, y/o formas menos institucionalizadas de relación interpersonal.

f. Por último, y complementando el punto anterior, el humanismo crítico busca producir un cuestionamiento público de ciertas instituciones prevalecientes, sobre todo en el campo de la educación, la salud, la organización del trabajo y la justicia, denunciando sus procedimientos y estructuras autoritarias, rígidas, manipuladoras, etnocéntricas, etc. Este cuestionamiento va acompañado de propuestas alternativas —de educación popular, atención primaria en salud, salud popular, participación laboral, reforma del sistema penal, etc.— sistematizadas por la propia literatura de la CHC.

Puede verse, en consecuencia, que el impacto que la tradición humanista crítica prefigura para su propia producción de saberes revela una evidente vocación iluminista: se trata, en suma, de educar para promover la auto-emancipación, tanto individual como de los pueblos, en todos los niveles y en todos los espacios. El impacto, aunque se manifieste en hechos tales como movilización de grupos, creación de movimientos o impugnación de un orden simbólico, es fundamentalmente formativo. En esto, la vertiente iluminista también reaparece: la transmisión de conocimientos cristaliza en nuevas formas de sociabilidad, liberadas de las trabas de prejuicios y de múltiples formas arbitrarias de autoridad. Tanto la iluminación crítica como la emancipación molecular aparecen como efectos ideales de un previo aprendizaje en el cual la materia prima la constituyen los conocimientos aportados por la propia tradición crítica.

Por cierto, estos impactos se refieren al campo de usos deseables, vale decir, aquellos modos de uso que guardan coherencia con la utopía, los valores, las opciones epistemológicas y la voluntad de cambio inscritos en la tradición que aquí nos ocupa. Existen, claro está, otros impactos prefigurados por la comunidad de productores y que tienen que ver con modos de uso que son propios de toda comunidad de científicos sociales. Estos impactos pueden relacionarse con el aumento de prestigio social de la comunidad o con la obtención de un reconocimiento funcional que redunde en mayores recursos, en acceso a los medios masivos de comunicación, en facilidades de difusión, etc. Sin

embargo, puesto que aquí interesa sobre todo delimitar lo *específico* de una tradición de investigación social —aquello que la diferencia de otras tradiciones—, parece poco pertinente analizar tipos de impacto que no guardan relación particular con la CHC ni con su articulación interna.

En relación a las estrategias que la comunidad utiliza —consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente— para facilitar los impactos sociales buscados, estas pueden ser muy diversas y no necesariamente excluyentes: estrategias de seducción de públicos cautivos, de persuasión de públicos indefinidos, de utilización de demandas emergentes del consumo cultural, de apropiación táctica de lenguajes en uso o modas intelectuales, e incluso de construcción o simulación de imágenes tales como el intelectual serio, el brillante, el lúcido, el experto, el intuitivo, el estadista, el imaginativo, etc. Puesto que las estrategias constituyen medios, y por lo tanto se rigen en gran medida por cálculos de beneficio y por la racionalidad formal, resulta difícil diferenciar estrategias según su filiación con una u otra tradición de cientistas sociales. En general, son recursos de publicidad, de psicología de masas y de marketing cuyo aprovechamiento permite potenciar los niveles de uso y la diversidad de usuarios de los saberes producidos por una tradición cualquiera⁸⁷.

No obstante, las estrategias de seducción, persuasión, apropiación de simbologías en uso, aprovechamiento de demandas de consumo cultural, o construcción de auto-imágenes por parte del cientista social, varían en recursos específicos según la tradición que los explote. En el caso de la emergente CHC, algunas de estas estrategias son construidas en base a los siguientes recursos:

- La espontaneidad y/o vitalidad proyectada por los propios cientistas sociales de la CHC, que se comunican con sus posibles públicos de un modo deliberadamente des-profesionalizante. Esto es coherente con el mensaje que se desea transmitir, de carácter anti-

87. Y si se consideran como parte de las estrategias los medios de difusión utilizados por las diferentes tradiciones, es todavía más difícil establecer diferencias de opciones entre distintas tradiciones. En principio, todos los medios de difusión resultan válidos para la difusión del conocimiento, sea cual sea la tradición en cuestión: medios de comunicación de masas, eventos públicos o restringidos, publicaciones, redes informatizadas o tradicionales, etc. En este caso, las diferencias son más de acceso y de magnitud, o de mejor o peor aprovechamiento, pero difícilmente de opciones sustantivas.

institucional y en pro de la participación a todo nivel, y con la idea de la comunicación por «contagio» (en el buen sentido de la palabra). La comunicación directa, espontánea, «de igual a igual» entre usuarios y productores del conocimiento, es al mismo tiempo una estrategia de seducción y una consecuencia natural de las opciones propias de la CHC. Por otra parte, recoge una demanda sociocultural expansiva, de vitalidad y espontaneidad, que viene dada por el «desencanto postmoderno»⁸⁸, la influencia de la publicidad, el «éxtasis de la comunicación»⁸⁹, la pérdida de espontaneidad generada por la mayor profesionalización de los campos de saber, etc.

• El uso del «apelal de lo contestatario», sobre todo cuando se trata de públicos cautivos que pueden sentirse atraídos por un discurso de confrontación con el sistema, tales como jóvenes, minorías étnicas, mujeres, sectores marginales, etc. Adoptar, sobre todo en el debate y la confrontación con otras tradiciones, la posición de la periferia, de lo contrahegemónico, de la resistencia o de la ruptura, puede generar un impacto positivo; más aún en condiciones de crisis de propuestas, como las que se viven en la actualidad. Por cierto, la CHC tiene contenidos contestatarios, y es, de todas las tradiciones vigentes de la investigación social en Chile, aquella con mayores elementos de impugnación a los órdenes vigentes. Esto también la dispone a poder utilizar su propia riqueza crítica con fines estratégicos o de difusión. No se trata necesariamente de un uso histórico de sus propios valores, sino de una *exteriorización estratégica* de sus funciones de impugnación. Por último, también en este caso existe una demanda sociocultural de discursos de resistencia, sobre todo desde la mentada crisis del marxismo y del socialismo «histórico», modelos que, hasta la década pasada constituyeran el «lugar natural» de impugnación del orden.

• La figura del intelectual «arremangado» (o descalzo, o desafeitado, o ripioso), connotando una nueva versión, post-obrerista y post-revolucionaria, del intelectual junto al pueblo. Dada la crisis del marxismo y de los partidos obreristas y/o comunistas, queda vacío en el imaginario social el lugar del intelectual consagrado a la lucha por la justicia social

88. Ver de Norbert Lechner, «El desencanto postmoderno», en *Imágenes desconocidas*, Buenos Aires, CLACSO, 1989.

89. Ver de Jean Baudrillard, «El éxtasis de la comunicación», en *La postmodernidad*, Barcelona, trad. de Joaquín Jordá, Editorial Anagrama, 1985.

y en defensa de los pobres. Ese lugar vacío es, en cierto modo, utilizable desde el discurso de la investigación participativa, del basismo y de la iglesia de los pobres. El cientista social «hermanado a la base», que va y vuelve de la oficina a la barriada o de la biblioteca a las cooperativas campesinas, se convierte, de manera subrepticia, en el relevo del intelectual obrerista.

Por cierto, en este caso también hay coincidencia con los contenidos mismos de la CHC. No hay contradicción con las opciones valóricas y políticas internas (comunitarismo, participación-acción, democratización exhaustiva, rearticulación teoría-práctica, etc.). Pero eso no impide que se haga un uso publicitario de dichos contenidos con fines de extender el impacto social de los mismos. También aquí puede haber un recurso a la ética del sacrificio y a la mística de la solidaridad, que a veces excede, con fines publicitarios, las voluntades reales que animan el trabajo concreto de los investigadores.

- Una notable versatilidad en los usos del lenguaje, que pueden ir desde el esoterismo hasta la más diáfana de las claridades. De este modo, el público con «sentido de tribu» puede sentirse atraído por los herméticos del humanismo crítico, mientras el público con «sentido genérico» puede acudir a los discursos dirigidos a «los hombres de buena voluntad». Entre ambos extremos pueden situarse diversos usos de lenguaje, con la posibilidad de captar diversos tipos de público. Una vez más, esto refleja la heterogeneidad interna de la tradición humanista-crítica; pero esta consistencia entre contenido y forma, o entre lo interno y lo exteriorizado, no impide que pueda constituir una *versatilidad estratégica* en los lenguajes con que el humanismo crítico comunica sus conocimientos al conjunto de la sociedad.

- Por último, un uso oportuno de la falta de utopías movilizadoras permite al humanismo crítico ocupar un espacio vacío, a saber, el de la oferta de proyectos de confluencia posible entre el individuo y la historia. Si después del golpe militar en Chile uno de los grandes dramas del imaginario colectivo, y una de sus cuentas pendientes, ha sido la brecha abierta entre proyecto de vida (individual) y proyecto de mundo (social), el humanismo crítico aprovecha —consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente— esta herida abierta, es decir, ofrece un abanico de rearticulaciones posibles entre la acción individual y el sentido social. Sea con un discurso comunitarista, un discurso periférico, un discurso contracultural o participacionista, puede captar muchos usuarios ocupando este lugar vacío. Insisto, sin temor a la

repetición, que esto no contradice sus contenidos; por el contrario, ya en la voluntad que anima a buena parte de la tradición humanista crítica hay un esfuerzo por hacerse cargo de esta brecha abierta entre proyecto de vida y proyecto de mundo⁹⁰. Esto no impide tampoco que esta «oferta alternativa» sea promovida publicitariamente bajo circunstancias de crisis de identificación.

Los recursos estratégicos recién enumerados son aquellos que, a mi juicio, tienen relación más estrecha con esta tradición y, por tanto, establecen diferencias con recursos estratégicos de otras tradiciones. Se puede sostener, en síntesis, que en cada tradición existe *un aprovechamiento de modos de producción y contenidos de producción internos en la forma de comunicación hacia afuera*, y que si bien las estrategias de impacto pueden recurrir a los mismos medios en distintas tradiciones (medios masivos de comunicación, rituales profesionales de diverso tipo, etc), *existen imágenes, sub-discursos y meta-discursos que colman estas estrategias, y que varían según cada tradición, y según las opciones valóricas y epistemológicas internas y específicas de cada tradición*.

De este modo, las estrategias cristalizan, por una parte, en *formas consistentes de exteriorización*, las cuales pueden deducirse de los contenidos propios de la tradición (de allí la consistencia); y, por otra parte, las estrategias constituyen una *exacerbación o explotación* de ciertos contenidos de la tradición, traducidos a imágenes o discursos seudo-subliminales cuando se extrovierten hacia la sociedad. En casos extremos, esta consistencia puede llegar a transfigurarse en extroversión histórica.

Las estrategias de difusión y de impacto, en suma, *se pueblan de imágenes flotantes* cuyo origen puede rastrearse al interior de la producción misma de conocimientos. Una vez transpuestas al ritual comunicativo, estas imágenes pasan a «flotar», vale decir, están a disposición del buen comunicador, probablemente con menos peso discursivo que al interior de la tradición misma, pero con mayor atractivo para un público de no iniciados.

90. Dentro de esta tradición, los más proclives al espíritu postmoderno exaltan esta brecha en lugar de insistir en la necesidad de saldarla. Sin embargo, esta exaltación puede ser, a su vez, una vuelta distinta de la misma tuerca: se trataría de exagerar la brecha para hacerla más insoslayable, o de sucumbir «alegremente» a su fatalidad.

Sistemas de interlocución y reconocimiento

Los sistemas de interlocución y reconocimiento son parcialmente contruidos por la comunidad de productores, y en parte constan de las redes de interlocución y de los sistemas de legitimación vigentes a los que la comunidad recurre para su inserción social. También hay, además, una intencionalidad desde afuera hacia adentro, vale decir, la pre-existencia de otros que frente a una comunidad de productores se plantean como interlocutores y/o legitimadores de los saberes producidos por dicha comunidad, y que esperan de ella cierto tipo de productos. Existe, en este aspecto, una tensión permanente, aunque rara vez explicitada, entre el esfuerzo de la comunidad por inaugurar sus propios referentes externos —de interlocución y de reconocimiento—, la necesidad de recurrir a referentes ya instalados —aunque sólo tenga afinidad relativa con estos referentes—, y el «posicionamiento exógeno» en que los sistemas instalados sitúan a la comunidad desde un mercado de saberes que opera con sus propias lógicas.

Entre los diferentes tipos de interlocutores a los que una tradición de productores se dirige de manera deliberada, pueden distinguirse los siguientes:

- Los interlocutores a los que la comunidad de productores destina sus productos para que operen como difusores o cajas de resonancia, a fin de extender, finalmente, la gama de usuarios de los conocimientos (medios de comunicación, redes y asociaciones profesionales, comunicadores, etc.).

- Los interlocutores definidos como potenciales agentes de cambio o de consolidación, es decir, *como transformadores de la teoría en práctica ordenadora*, o como agentes que, consagrados a prácticas que no son las de la comunidad misma, se definen como potencialmente «empáticos» con el mensaje o el producto en cuestión, y capaces de materializarlo en algún hecho posible.

- Los interlocutores definidos como agentes dotados de especial poder en la sociedad, o especial poder para incidir en cambios orientados en la dirección prescrita por la meta-imagen (la utopía y sus derivados normativos) de la tradición de productores (agentes que destinan recursos, que toman decisiones políticas, que influyen sobre otros agentes de poder, que el conjunto de la comunidad de productores les reconoce un status especial de autoridad moral o intelectual, que garantizan reconocimiento institucional, etc.).

- Finalmente, los interlocutores definidos como pares-en-tanto-intelectuales, o en tanto cientistas sociales, pero no como pares en la comunidad de productores, y con quienes cabe mantener un intercambio para efectos de persuasión, prestigio, enriquecimiento recíproco, debate frente a terceros, etc.

En cuanto a los sistemas de reconocimiento, estos son básicamente de dos tipos, a saber:

- Reconocimientos de valor académico por parte de pares de otras tradiciones o entre instituciones académicas socialmente reconocidas como tales. Este reconocimiento puede traducirse en premios, honores de todo tipo, inclusión de conocimientos producidos por la comunidad en *curricula*, difusión de conocimientos producidos, citas en textos de pares, invitaciones a actividades de intercambio intelectual, etc. Se reconoce aquí el conocimiento por su validez intrínseca.

- Reconocimientos de utilidad práctica que pueden provenir de organismos gubernamentales (*policy-makers*, tecnócratas, burócratas, profesionales del sector público), del sistema político (partidos o el aparato propiamente político del Estado), de organizaciones sociales diversas (organizaciones de promoción del desarrollo, grupos de base, sociedades profesionales, etc.), de medios de comunicación de masas y de agentes económicos privados (empresas de todo tipo). Estos reconocimientos se traducen en la conversión de los conocimientos producidos en medidas de políticas, en criterios políticos, en acciones comunitarias, en criterios profesionales, en estrategias empresariales, etc. Se reconoce aquí la validez del conocimiento por su eficacia en campos diversos de acción.

El sistema de reconocimientos permite, por último, asegurar la promoción de la tradición de productores o de algunos de sus miembros, lo cual puede traducirse básicamente en: oferta de cargos públicos o políticos, contratación de expertos por parte del sector privado empresarial, financiamiento de agencias de ayuda al desarrollo desde los países desarrollados, oferta de cargos académicos, espacios de intervención crecientes entre distintas organizaciones sociales, y mayor acceso a los medios de comunicación de masas.

Los tipos de interlocutores y reconocimientos que he desglosado más arriba son de tipo general y forman parte del interés y de las estrategias de todas las tradiciones importantes en materia de investigación social. Una vez más, si lo que nos interesa es desentrañar aquello que la tradición humanista crítica tiene de específico, y que establece sus

diferencias respecto de otras tradiciones de las ciencias sociales en Chile, es necesario delimitar, aunque sea tentativamente, cómo materializan estas fuentes de interlocución y reconocimiento desde la propia tradición, vale decir, cómo se conciben en un supuesto «momento de inflexión» interno/externo, donde la tradición extrovierte su producción hacia posibles campos de uso. Valgan los siguientes rasgos como posible síntesis de *orientaciones específicas de interlocución y reconocimiento* desde la perspectiva de la tradición humanista crítica.

a. En el campo de la interlocución con pares de las ciencias sociales que «militan» en otras tradiciones (funcionalistas, marxistas, integristas, liberales, etc.), una forma de relación que puede esperarse de la tradición humanista-crítica es de *relativización de los saberes del otro*; el variado arsenal crítico del que dispone esta tradición le permite realizar esta operación continuamente, situando el discurso del otro en el «mapa» de las racionalidades. Este lugar se explicita mostrando que dicho discurso (del par que es otro) obedece a determinaciones culturales, a opciones epistemológicas que a su vez forman parte de opciones ideológicas, a un uso del lenguaje que nunca es puramente operativo, y/o a una cosmovisión que siempre oculta/devela una alta dosis de etnocentrismo (llámese racionalismo, determinismo, causalismo, economicismo, instrumentalismo, naturalismo, etc.).

b. Los interlocutores capaces de traducir la teoría en práctica ordenadora son muy variables en la visión del humanismo-crítico. Todo depende si se privilegia la dimensión de lo local, de lo estético, de lo efímero, de lo personal, de lo cultural, etc. Según cual sea, pues, la dimensión que en un momento dado adquiere primacía respecto de otras (primacía fluctuante al interior de los propios saberes del humanismo crítico), los agentes definidos como catalizadores prácticos de dichos saberes podrán variar: comunitarios, artistas, grupos de encuentro, líderes estudiantiles, iniciativas contraculturales, etc.

Sin embargo, lo que subyace a esta diversidad de interlocutores-agentes de cambio es que *la relación de interlocución se plantea, en buena medida, como relación de reciprocidad*; en otras palabras, el cientista social va a comunicar sus saberes, pero al mismo tiempo a completar esos saberes por vía de la respuesta que obtiene de los agentes en juego. Una vez más, el modelo de investigación participativa o de investigación-acción se hace sentir. A tal extremo, que podría afirmarse que es con estos agentes definidos como catalizadores, más que con los científicos sociales de otras tradiciones (los pares/diferentes), con quie-

nes los humanistas críticos establecen su propio sistema de reciclaje intelectual.

c. Respecto de los interlocutores definidos como agentes de poder o de influencia dentro de la sociedad, el intercambio que la comunidad humanista-crítica establece con ellos también es variable. Desde adentro hacia afuera, hay un intento por influir sobre estos interlocutores, y por diferenciar entre agentes de poder receptivos y agentes impermeables. Una vez que se identifican los agentes receptivos, la interlocución puede establecerse *intentando introducir criterios y enfoques propios del humanismo crítico en la práctica específica del interlocutor*: en programas de desarrollo local si son dirigentes municipales; en programas de educación política y de líneas de acción si son dirigentes de partidos; en criterios favorables a un tipo de desarrollo social integrado si son agentes de gobierno; en curricula educacionales si pertenecen a la institucionalidad académica, etc.

Desde afuera hacia adentro, puede haber una apropiación y distorsión de los saberes producidos, a fin de justificar una situación que los propios humanistas críticos objetarían. Un ejemplo de ello lo constituye la exaltación de la participación comunitaria, valor que puede ser retomado por agentes de poder (del gobierno, de los municipios, de organismos internacionales, de medios de ideologización de masas) pero para justificar la no intervención del Estado, la reducción de gastos en programas sociales, o la homologación de la descentralización con la privatización (nota: ejemplo De Soto y su difusión). Otro ejemplo es la apropiación de elementos de teoría crítica, por parte de agentes de poder y de influencia (incluyendo a comunicadores e intelectuales de grupos dominantes), para objetar a terceros. Ejemplo de ello es la apropiación de la crítica de la razón instrumental y del iluminismo, por parte de la derecha ideológica, para atacar a la izquierda (nota: se pueden citar a los anti-utópicos: Popper, Nozick, etc.).

d. En relación a los sistemas de reconocimiento, pareciera que la tradición humanista crítica se insertase en canales similares a toda tradición, si bien en el caso de los reconocimientos de utilidad práctica difieren los contenidos respecto de la tradición funcionalista o de la tradición marxista (ver Brunner y ver Moulian). En este aspecto, es menos esperable su inserción en el aparato técnico de gobierno, en la empresa privada, en la movilización de masas o en los partidos políticos. Su inserción es mucho más evidente en el ámbito de organizaciones sociales (comunitarias, profesionales, de promoción del desarrollo, de

contra-cultura), y por lo tanto los reconocimientos le vienen, en su mayor parte, desde tales organizaciones. En esta medida, se le puede reconocer a sus saberes una eficacia que ha de ser más simbólica que material: proveer nuevos símbolos de identificación, generar motivaciones para la participación, dotar de sentido extra-pecuniario a prácticas profesionales, y/o incentivar el desenmascaramiento de las racionalidades dominantes.

e. Por último, los reconocimientos de valor académico no parecen diferir de aquéllos que puedan establecerse desde otras tradiciones. Al fin y al cabo, se busca lo mismo: reconocimiento de la institucionalidad académica a la calidad del conocimiento producido; adjudicación de honores, premios y menciones; inclusión de la literatura producida por el humanismo crítico en bibliografías, *curricula*, citas de otros y publicaciones académicas; incorporación a redes, eventos de intercambio de conocimientos, seminarios, debates, etc.; ofertas de empleo para intelectuales de la tradición humanista crítica en los campos de la docencia y la investigación; y mayores espacios en los medios de difusión de los conocimientos producidos por las ciencias sociales.

Tal vez lo específico de la tradición humanista crítica respecto de la obtención de reconocimiento académico, consiste en su búsqueda de *reconocimiento por la diferencia*, vale decir, por la fuerza relativizadora que el humanismo crítico es capaz de ejercer respecto de los saberes producidos por otras tradiciones. Pero dado que en este espacio de reconocimiento lo que debe probarse a sí mismo es el *conocimiento mismo*, y no tanto su utilidad práctica, esta fuerza crítica se expresa, con frecuencia, en la *crítica de los paradigmas* que operan en las ciencias sociales, en la crítica de los métodos y en la *crítica de la relación sujeto-objeto* del conocimiento. El reconocimiento y la legitimidad académica que puedan recibir los saberes del humanismo crítico pueden depender, en importante medida, de su capacidad crítica en esta dirección.

Del lado de la sociedad: demandas y expectativas

El recorrido descriptivo que he formulado en las páginas precedentes, ha intentado mostrar los rasgos más propios de oferta de una línea de producción de saberes a la sociedad, incluyendo los campos de usos, impactos, interlocutores y estrategias de extroversión. He intentado reconstruir, por decirlo de algún modo, un itinerario que va de adentro

hacia afuera, y que direcciona los saberes *endógenamente* para situarlos en ciertos campos de uso o para connotar a priori dichos campos.

Pero es innegable que la relación adentro/afuera no es lineal sino dialéctica, y el condicionamiento de la oferta de saberes *por* la demanda social es algo de lo cual aquí no nos hemos ocupado. Sólo hemos rozado el tema en la referencia a las estrategias utilizadas por la tradición humanista crítica para extender los campos de usos sociales de sus conocimientos. Hicimos referencia allí a ciertos «lugares vacíos» o, en otras palabras, a una demanda insatisfecha de aquello que se ha dado en llamar «consumo simbólico».

Por cierto, la temática de la demanda social de conocimientos daría lugar a un trabajo tanto o más extenso que éste. Una vez más, y sólo con fines de ilustración, me interesa hacer hincapié en aquellos contenidos de la demanda que se plantean de manera *específica* a la tradición humanista crítica. Sepa el lector que esta caracterización no tiene más base que mi propia «constatación experiencial», por lo cual puede contener una alta dosis de arbitrariedad.

a. Reiterando lo ya señalado en algún momento anterior de este trabajo, se le plantea a la comunidad humanista crítica una demanda por *símbolos de identificación*, vale decir, por ideas-fuerza que tengan la capacidad de seducir y movilizar los adormilados ánimos de transformación social. La crisis del marxismo y, sobre todo, la crisis de la movilización de masas como lugar de condensación del «sentido de la historia», mueven a buscar otros símbolos y otras formas para volver a dotar a la acción de sentido histórico.

La desmovilización represiva ejercida sostenidamente por la dictadura durante tantos años, ha forzado a vastos contingentes sociales a buscar en otro lado la satisfacción de esta «necesidad de sentido», como también del «ritual del sentido». En este contexto, la tradición humanista-crítica aparece como el lugar de una oferta alternativa, con contenidos renovados y rituales menos públicos y más personalizados; aquí, lo que se espera es una identificación simbólica que no cristalice en la «fusión indiferenciada» con la masa, sino en una acción cualitativa y más individualizada. El propio resurgimiento del individualismo, promovido con otros fines desde ideologías dominantes, mueve a buscar rituales de identificación simbólicos más personales, y se espera que el humanismo crítico sea capaz de proveer materia prima para construir estos rituales.

b. En un sentido parecido, se busca el sustituto de la imagen desvanecida de una *revolución posible* y de una *utopía posible*, y entonces se le pide al humanismo crítico que de alguna manera vuelva a poblar el futuro de las virtualidades que otrora suministraba la imagen de la revolución. Estas virtualidades son las siguientes: la producción de *acontecimientos sociales significativos*; la generación de cambios con *fuerza redentora*, que puedan liberar a los sujetos del sentimiento de sometimiento o de culpa; y la plena compenetración de la vida personal con la vida de los pueblos mediante un movimiento irreversible de la sociedad (nota: ver mi trabajo al respecto).

La crisis del marxismo, por un lado, y la confluencia de otras tradiciones de las ciencias sociales hacia el pragmatismo por el otro —la cautela, el institucionalismo, el gradualismo—, obligan a muchos a orientar cada vez más sus demandas de símbolos de transformación —y su pasión por el cambio— hacia la tradición humanista crítica. De este modo, *desde afuera* se busca construir o magnificar una *oferta de radicalidad*.

c. Pero también existe una demanda en dirección contraria: se le pide al humanismo crítico que, a partir de la crítica de las racionalidades y de la crítica a la oferta «dominante» de modelos sociales, proponga modelos *viabiles* de «convivencialidad», incluyendo modos de organización de la vida social, de asignación de recursos, de negociación entre poderes, etc. Se le objeta, en este respecto, su excesivo utopismo y voluntarismo en las propuestas, y se le pide atenuar su radicalidad crítica para que las propuestas que emanen de dicho ejercicio crítico puedan ser tomadas en consideración por el sistema político, el aparato técnico del Estado, los profesionales liberales y/o las grandes organizaciones internacionales de ayuda al desarrollo.

d. En el mismo sentido, existe una importante demanda de elementos prácticos de articulación micro-macro, vale decir: procedimientos que permitan remontarse de la «experiencia piloto» a las políticas sociales de amplia cobertura; explicitación *concreta* de aquello que con tanta facilidad se nombra como «efecto multiplicador» (cómo, en suma, puede promoverse este efecto, entre quienes, cuándo, hacia dónde, etc.); formulación de módulos de acción comunitaria estandarizados, replicables y eficientes; catastros de las experiencias existentes y acumuladas en materia de participación comunitaria, autogestión, micro-experiencias de desarrollo endógeno, etc.; y estrategias claras y convincentes de cooperación entre distintos niveles de

acción que incluyan instancias de gobierno central, de planificación sectorial, de municipios, de organismos no gubernamentales, de organizaciones de base, de agencias internacionales para el desarrollo, de medios de comunicación de masas y de asociaciones profesionales.

e. Por último, existe también una demanda de mayor *continuidad* y *conexión* en los saberes que dicha tradición ofrece al público. Continuidad, porque las mismas características institucionales y de personalidad de la tradición humanista crítica llevan a interrumpir o discontinuar muchos «proyectos de saber» que son «anunciados» al consumo, pero que nunca llegan a término ni se desarrollan. Conexión, porque la oferta de conocimientos por parte de la tradición humanista crítica ha sido bastante dispersa, lo cual puede producir en los receptores una sensación de inconsistencia o de fragilidad, y una demanda consiguiente de mayor articulación entre los saberes que ellos quieren «consumir».

La demanda que emana desde distintos lugares de la sociedad y que opera como mecanismo de presión sobre la oferta, está, a su vez, condicionada por la oferta previa; por las *promesas pendientes* de la oferta, por sus estrategias de seducción y de persuasión, por sus recursos publicitarios. Por ello, sobre las distintas tradiciones de producción de saberes pesan demandas diferentes, o cuando menos matices distintos. La dialéctica del condicionamiento entre la oferta y la demanda varía también según el tipo de interlocutores a considerar, trátase de los pares —cientistas sociales— de otras tradiciones, de agentes de poder, de agentes de difusión o de agentes de catalización.

A modo de conclusión

Al releer el trabajo que aquí culmina he quedado con la impresión de que el esfuerzo por disimular mi propia pertenencia a la CHC me ha llevado a algunos comentarios ácidos o irónicos respecto de la misma. No obstante, creo que el panorama que aquí se ofrece es bastante exhaustivo y ecuánime, incluso al precio de excesiva generalidad. Me parece, también, que la comprensión del humanismo crítico *en tanto campo de saberes sociales*, vale decir, campo de producción de conocimientos sociales con el que se identifica una gama diversa de profesionales de las ciencias sociales, ha quedado expuesta con claridad.

Quisiera cerrar el trabajo con una reflexión en torno a las perspectivas y aportes potenciales de la CHC al proceso democrático que se abre

para el país. Si bien este aporte tiene especial sentido en las puertas de un nuevo orden institucional, no deja de ser pertinente si se proyecta hoy día al ámbito latinoamericano. Trátese de democratizaciones recientes o de países con institucionalidad democrática perdurable, la mayoría de los países de la región se enfrenta a problemas similares cuando se deben plantear opciones que tengan por objeto articular democracia con desarrollo. Las observaciones que siguen intentan recuperar algunas de las herramientas de la CHC en función de esta articulación pendiente.

En primer lugar, el aporte de la CHC a la nueva institucionalidad democrática nace de su propia utopía «fundante», descrita en estas páginas como la utopía de la democratización exhaustiva. De este modo, la CHC puede interpelar al nuevo orden desde el derrotero de la *cultura democrática*. En esta línea han de inscribirse, probablemente, los saberes más estrechamente vinculados a la temática de los derechos humanos. También el tema de la participación, que constituye otro *leitmotiv* en la CHC, tiene estrecha relación con la idea-fuerza de democratizar la cultura. El aporte de la CHC a un imaginario social emergente, en el cual la democracia aparezca no sólo con su valor político, sino como el marco normativo en el cual inscribir la vida misma del tejido social, puede contribuir a un dinamismo societal inédito. La idea de poblar la cotidianidad de relaciones democráticas —el vecindario, la familia, la escuela, el trabajo—, tan afín a los paladares del humanismo crítico, sería un referente-límite para la nueva democracia y podría proveer, por lo mismo, una orientación práctica. Pero también aquí le cabe a la CHC ponerse a la altura de sus meta-valores y ser capaz de ofrecerle a la democracia caminos específicos que respondan a esta orientación.

En segundo lugar, la CHC puede contribuir en el aprendizaje social de un pluralismo radical; este aprendizaje parte por el cuestionamiento incesante de todo aquello que, en una institucionalidad democrática, arrastra el sesgo de la exclusión, el reduccionismo, el etnocentrismo o, en resumen, la intolerancia frente a la diferencia. Los saberes que provienen de la crítica postmoderna (en arte, en política, en sociología), los saberes ligados a los movimientos contraculturales, los saberes más estrechamente vinculados con el status de la mujer y de las minorías, así como aquéllos consagrados a las identidades contrahegemónicas o los nuevos movimientos sociales, pueden aportar elementos específicos en este sentido. Si la democratización tiene, como medio y como fin, la consagración de un orden abierto en el que

conviven diferentes valores, sensibilidades, opiniones y deseos, cuánta más presencia pública tenga la «alteridad», más receptivos serán los distintos agentes sociales a nuevas racionalidades. Lo que podría estar en juego, aunque suene retórico, es una democracia en que las identidades encuentren campo de afirmación. Para ello, la CHC tiene un arsenal considerable. Falta orientarlo hacia los espacios públicos y políticos.

En tercer lugar, la CHC puede hacer aportes en la concepción de un desarrollo donde las escalas y los ámbitos juegan un papel primordial. Por un lado, la reivindicación de lo comunitario, lo local y lo regional, entendidos como espacios de participación más plena y de «integración diversificada». Por otro lado, el énfasis en la dimensión sociocultural y en la dimensión personal del desarrollo, vale decir, en sus aspectos más cualitativos, y en una perspectiva multidisciplinaria que pueda servir de antídoto contra la compulsión tecnocratizante. En este sentido, la CHC puede contribuir a un modelo de desarrollo para la democracia, sobre todo contrastando sus propios saberes con los modelos hegemónicos de desarrollo y con los indicadores propios de los discursos «modernizantes» del desarrollo. De este juego de confrontaciones podrían emanar nuevas ideas en torno a las opciones estratégicas para un nuevo orden.

En cuarto lugar, la CHC debiera contribuir a *hacer presente los actores ausentes*, vale decir, los excluidos del sistema económico y de la representación política, y que a la vez son los protagonistas prefigurados por la CHC: los pobres, los informales, los grupos de base, las organizaciones económicas populares y los llamados nuevos movimientos sociales. Si la democracia es la posibilidad de que todos los intereses colectivos sean representables ante instancias de decisión, de deliberación y de asignación de recursos, entonces estos actores excluidos y/o emergentes deben tener presencia pública y política. La CHC debiera tener bastante que decir en este respecto, pues un porcentaje importante de sus saberes ha tenido por objeto-sujeto a estos sectores. De modo que puede sugerir modos de organización, mecanismos de representatividad y estrategias de presión en favor de dichos grupos.

Por último, la CHC tiene bastante que decir en una de las discusiones más importantes para el futuro entroncamiento entre desarrollo y democracia, cual es la de los límites entre lo privado y lo público. Su crítica del estatismo (del asistencialismo, de la tecnocracia, de la burocracia, del centralismo, del autoritarismo estatal) la separa del marxismo y del socialismo real; y su crítica del mercado y de la

competencia la separan del neoliberalismo. El rescate de lo privado, no ya restringido al mundo de los empresarios, sino también como el mundo de la economía popular y de las identidades sociales diversas, permite reformular el problema de la articulación entre lo público y lo privado. La CHC debiera, pues, potenciar el uso de sus saberes para enriquecer este debate que tantas consecuencias tiene sobre las opciones estratégicas de desarrollo que deberá formular el nuevo orden institucional.

Finalmente, la CHC debiera insertarse dinámicamente en el debate teórico y práctico acerca del sentido de la democracia, y esto sobre todo con dos fines: para poner el acento en la idea de la democracia como un campo de invención social y como un orden abierto a nuevas ideas y proyectos de sociedad; y para ofrecer un relato posible (no imperativo, pero sí movilizador), de alcance nacional, que permita situar la democracia en un horizonte de sentido. En estos aspectos la CHC podría contar con una mejor disposición que otras comunidades de saberes sociales, precisamente porque su «stock» de proyectos de sociedad todavía no ha sido puesto a prueba. Tiene, con ello, la ventaja de los nuevos aires y el riesgo del noviciado. Un futuro abierto tal vez tenga que transitar por ese doble filo.

El humanismo crítico empieza a constituirse como campo reconocido de saberes sociales en un momento de inflexión en el cual, como se dijo al principio, también está en tela de juicio la articulación entre producción y uso de saberes. Hay demanda de conocimientos y de símbolos, de proyectos y de cuestionamientos, de relatos y de contrarrelatos. El cientista social, atrapado también en un cruce de proyectos personales y sueños de sociedad, quiere responder estas demandas pero también quiere que se le escuche; espera ser no sólo testigo, sino también protagonista en la construcción de un nuevo orden.